

Libro 1 serie Templarios

Las Espadas

de Hierro

Kaera Fox



Espadas de Tiempo



Serie Templarios

Libro 1

Kaera Nox

© Kaera Nox, 2019

Título: Espadas de tiempo.

Diseño de portada: Rachelrp

Publicado en Sevilla, julio de 2019.

Registro en Safe Creative: 1907171457529

Esta es una obra de ficción, producto de la imaginación del autor. Los lugares y los personajes son ficticios. Cualquier similitud a la realidad es pura coincidencia.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de la autora. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

*Para mis lectoras.
Ya están aquí vuestros templarios.
Ojalá la espera haya merecido la pena.
Gracias.*

*Ten cuidado con tus sueños; son la sirena de las almas.
Ellas cantan, nos llaman, las seguimos y jamás
retornamos.*

» *Gustave Flaubert* (1821-1880) Escritor francés

Índice

[Argumento](#)

[Tiempo de Morir](#)

[Tiempo de Soñar](#)

[Tiempo de Recordar](#)

[Tiempo de Encontrar](#)

[Tiempo de Confiar](#)

[Tiempo de Despertar](#)

[Tiempo de Comprender](#)

[Tiempo de Organizar](#)

[Tiempo de Aterrizar](#)

[Tiempo de Dudar](#)

[Tiempo de Sorpresas](#)

[Tiempo de Buscar](#)

[Tiempo de Trabajar](#)

[Tiempo de Rescatar](#)

[Tiempo de Cambiar](#)

[Tiempo de Enfrentamientos](#)

[Tiempo de Confesar](#)

[Tiempo de Regresar](#)

[Tiempo de Venganza](#)

[Tiempo de Luchar](#)

[Tiempo de Amar](#)

[Tiempo de Aceptar \(epílogo\)](#)

[Agradecimientos](#)

[Sobre la autora](#)

[Otros libros de Kaera Nox](#)

Argumento

Aby lleva desde que tiene uso de razón viendo al mismo hombre, cada noche, en sus sueños. Una presencia que la ha acompañado a cada paso, convirtiéndose en una parte fundamental de su vida. Un caballero templario que le dice una única palabra: encuétranos.

Pero algo ha cambiado en las últimas semanas y sus sueños se han transformado en algo más... personal. Aby teme haberse enamorado de un hombre que no existe, que no es más que un producto de su imaginación.

En el año del Señor de 1291, mientras la ciudad de San Juan de Acre era sitiada por un ejército sarraceno, siguiendo las órdenes del Gran Maestre, nueve caballeros templarios abandonaron sus muros dejando a sus hermanos y a los habitantes a su suerte.

Más de siete siglos después una mujer llega hasta ellos despertándolos de su largo sueño.

Es tiempo de despertar.

Es tiempo de creer.

Es tiempo de luchar.

Cuando el tiempo se agota y la amenaza del fin del mundo se cierne sobre sus cabezas, ¿será también tiempo de encontrar el amor?

Tiempo de Morir

Año 1291 D.C.

San Juan de Acre.

Último bastión de la cristiandad en Tierra Santa.

Guillaume de Blois, caballero de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo, también conocida como la Orden del Temple, observaba el inmenso ejército musulmán que se apostaba frente a las murallas de la ciudad.

El asedio duraba ya más de un mes y la esperanza escaseaba casi tanto como las provisiones.

Cuando Al-Ashraf, sucesor del Sultán Qalawin, posicionó a sus más de doscientos mil hombres en torno a las murallas que rodeaban la última ciudad cristiana aún bajo la protección de la Orden, el sonido ensordecedor de los tambores se igualó al de los corazones de los apenas veinte mil soldados cristianos que defendían aquel territorio.

A pesar de la obvia desventaja en la que se hallaban, no habían cejado en su empeño de defender aquella ciudad y a sus habitantes. Sabían que el fin estaba cerca, sus fuerzas se habían visto más mermadas aún por los incesantes ataques a los que les habían sometido los soldados musulmanes y aquello no iba a ir a mejor.

Guillaume recorrió el campamento sarraceno con la mirada antes de volverse a contemplar lo que quedaba del escaso ejército cristiano. Los hombres estaban cansados, muchos de ellos heridos de gravedad y todos eran más que conscientes de las escasas o nulas posibilidades de victoria.

La Orden de los Hermanos Hospitalarios luchaba codo con codo en su vano intento de defender a los habitantes de San Juan de Acre. Los daños infligidos a la muralla que rodeaba la ciudad eran muchos, las pérdidas humanas incontables y el asedio duraba ya lo bastante como para que la escasez de alimentos se estuviera convirtiendo en un problema a tener en cuenta. La hora de abandonar aquellas tierras e intentar salvar el mayor

número de vidas posibles se acercaba.

—No podemos perder San Juan, Guillaume —las palabras del Gran Maestro de los templarios resonaban en sus oídos—. No podemos dejar Tierra Santa en manos de los sarracenos.

—Lucharemos, señor, hasta la muerte —y no había el menor atisbo de duda de que eso sería exactamente lo que encontrarían. Muerte.

—Lo sé, Guillaume, del mismo modo que sabes que no será suficiente.

—Moriremos luchando.

—Y perderemos más vidas de las que podríamos contar...

El deje de tristeza en la voz del Gran Maestro de la Orden se mezclaba con la furia propia de aquel que es consciente de que está enviando a sus hombres a una muerte segura.

—Al unirnos a la Orden pusimos nuestras vidas al servicio de la Cristiandad. Es la voluntad de Dios quien nos guía y la defenderemos hasta nuestro último aliento.

—No tú —los ojos oscuros del superior de los templarios se clavaron en los suyos—. No en esta batalla, al menos.

—No entiendo...

—Tengo una última orden para ti, Guillaume de Blois. Una que sé que no será de tu agrado.

El caballero contuvo como pudo el temblor que amenazaba con hacer que sus rodillas se volvieran incapaces de sostener su cuerpo. No podía pedirle...

—Puedo —el Gran Maestro habló como si estuviera leyendo sus pensamientos y mantuvo su mirada fija en él —y es exactamente lo que voy a hacer.

—Pero... ¡necesitamos a cada hombre! ¡Las vidas perdidas ya son demasiadas y cada soldado contará!

—Nueve de ellos no marcarán ninguna diferencia frente a los más de doscientos mil a los que nos enfrentamos.

—¡Quizás sí! ¡Quizás esos nueve sean precisamente quienes puedan marcar la diferencia!

La tristeza embargaba la mirada del superior de la Orden cuando apartó la vista del caballero antes de volver a hablar.

—Y la marcarán. Estoy seguro de ello, pero no aquí. No ahora.

—Pero...

—*No hay peros que valgan, Guillaume de Blois. Cumplirás la orden de tu Gran Maestre y, llegado el momento, tú y aquellos que por su propia voluntad decidieron seguirte, abandonaréis la ciudad de San Juan de Acre a su suerte.*

—¡Señor de Blois! ¡Señor de Blois!

Un niño de no más de siete años corría en su dirección, llamándolo a gritos y sacándolo de golpe de sus recuerdos. Sus ropas estaban raídas y sucias y su rostro cubierto de polvo y churretes. Aquellos días toda ayuda era necesaria e incluso las pequeñas manos de los niños se hacían indispensables a la hora de retirar los pedazos de muralla que mantenían atrapados a algunos de sus hermanos.

—Traigo un mensaje del Gran Maestre —dijo el muchacho serio, una vez estuvo parado frente a él. Recto y formal como un soldado demasiado pequeño, como habían sido todos los que yacían muertos a su alrededor y los que yacerían una vez que ellos se hubieran marchado. ¿Estaría aquel niño entre ellos?

Apartó el lúgubre pensamiento de su mente y adoptó la misma formalidad del muchacho antes de responder. Daba igual su edad, en aquella ciudad todos se habían convertido en soldados. Hombres, mujeres, ancianos y niños por igual, peleaban y sobrevivían día a día en una batalla que sabían perdida, pero en la que no se iban a rendir.

—Gracias... —extendió la mano y el pequeño dejó un papel lacrado con el sello de la Orden sobre él.

—Thomas, señor.

La voz firme y segura del muchacho puso una sonrisa en sus labios que se apresuró a disimular con una tos.

—Gracias, Thomas.

—A su servicio, señor. ¿Sabe? Cuando sea mayor yo también seré caballero y lucharé contra los enemigos de la Cristiandad.

Guillaume apoyó una mano sobre su hombro y miró a los ojos del pequeño, al tiempo que lanzaba una plegaria silenciosa, pidiéndole a Dios que le mantuviera con vida y a salvo para que viera cumplido su sueño.

—Serás un buen soldado de Cristo, Thomas.

—¡Gracias, señor!

El infantil rostro se iluminó con una sonrisa que mostraba unos dientes mellados y que le hizo desear abrazar a aquel niño, esconderlo en algún lugar

o llevárselo consigo a donde la muerte que se avecinaba, rodeando aquella ciudad e inundando el aire con el sonido de los tambores, no pudiera alcanzarle.

Thomas se marchó corriendo, escabulléndose entre la gente que deambulaba por las calles en busca de víveres, cuidando de los heridos, trasladando a los caídos o haciendo cualquier otra cosa.

El trozo de papel en su mano apenas pesaba, pero recibirlo había sido como poner una enorme losa sobre su pecho. Había llegado la hora.

Abandonar a sus hermanos en mitad de la batalla iba tan en contra de su naturaleza como desobedecer una orden directa del Gran Maestre. Cogió aire y llamó a su segundo al mando, Jacques d'Angoulême. Era un soldado de Cristo y tenía una orden que cumplir, aunque fuera lo último que quisiera hacer.



La noche era cerrada cuando se deslizaron más allá de las murallas, ocultos de los vigías de ambos bandos. Siguieron un viejo pasadizo que los llevó más allá de los límites de la ciudad. Anduvieron varios kilómetros, alumbrados tan solo por las antorchas que portaban, antes de salir a una pequeña zona rocosa y elevada a unos cinco kilómetros de San Juan.

Desde allí, las hogueras del ejército que rodeaba las murallas parecían aún más brillantes en aquella noche sin luna. Eran tantos que las tiendas y los soldados cubrían casi cada palmo de desierto que había entre ellos y la ciudad.

Se apresuraron a apagar las antorchas, lo último que querían era ser descubiertos, y comenzaron su descenso hasta donde, según las indicaciones del Gran Maestre, encontrarían a sus caballos. Cómo había conseguido sacarlos de la ciudad y llevarlos hasta allí era algo que desconocía por completo y que le encantaría saber.

Descendieron en silencio, atentos a la menor señal de que habían sido descubiertos. Un murmullo a su espalda le hizo volverse espada en mano. Jacques forcejeaba con Hugo, otro de sus hombres y un experto rastreador. Se acercó raudo a separarlos, antes de que fueran descubiertos.

—¡Suéltame! ¡Tengo que ir a buscarla!

Hugo se retorció, intentando librarse del férreo agarre con el que su superior le mantenía sujeto.

—¡Estamos rodeados por los hombres del sultán! ¿Quieres acabar con tu cabeza en una pica? Te vendría bien por estúpido.

—¡Prefiero la mía a la de ella!

—¿La de ella? —preguntó Guillaume, interrumpiendo la réplica de Jacques—. Explícate.

—Sí, la de ella. Acabo de ver a una de las mujeres de la ciudad adentrándose en una de esas cuevas—. El caballero señaló un grupo de huecos excavados en la roca a la derecha de donde se encontraban—. Se llama Nahid, la he visto echando una mano en la enfermería. No tengo ni idea de cómo ha llegado hasta aquí, ni por qué lo ha hecho, pero no pienso dejarla en manos de esos salvajes.

—Guíanos—. Una clara orden envuelta en una simple palabra.

—Pero, Guillaume, ¿y si es una espía? ¿Y si trabaja para los hombres del sultán? —intervino Jacques.

—¡Nahid no es...! —Hugo elevó la voz en su enardecida defensa de la muchacha y Dalman, otro de los caballeros, se apresuró a cubrirle la boca con su mano.

—¡Estúpido! ¿Quieres que nos encuentren? —murmuró en su oído antes de soltarle.

—Nahid no es ninguna espía —concluyó Hugo en un murmullo furioso.

—Guíanos —insistió Guillaume—. Si es una mujer inocente y se encuentra en apuros es nuestro deber ayudarla —volvió su seria mirada hacia Hugo, que se disponía a emprender la marcha, deteniéndolo con un fuerte apretón en su hombro—. Y si es una espía nos encargaremos de ella. Puede que nos veamos obligados a cumplir órdenes y abandonar a nuestros hermanos en la lucha, pero si podemos evitar que se vean perjudicados, lo haremos.

Su agarre sobre el hombro de Hugo se fue haciendo más duro, mientras ambos mantenían un duelo de miradas. En los oscuros ojos verdes del inglés refulgía su deseo por contradecir al hombre al cual había ligado su destino. Sin embargo, guardó silencio y asintió a regañadientes, momento en que Guillaume lo liberó por fin.

Descendieron con cuidado siguiendo un pequeño y escarpado sendero difícilmente identificable en la oscuridad de la noche, poniendo mucho

cuidado en cada uno de sus pasos. Hugo lideraba la marcha con decisión y a buen ritmo, deseoso de llegar hasta la muchacha. Sus compañeros le seguían con la atención dividida entre el ejército apostado frente a ellos y los sonidos propios de la noche, además del abrupto camino.

La oscuridad hacía muy difícil distinguir lo que tenían frente a sus ojos y el sonido del choque de sus armas contra sus cuerpos al moverse, resonaba contra las rocas inundando la noche, pero deshacerse de ellas no era una opción.

Cuando alcanzaron la entrada de la primera de las grutas, un frío glacial les dio la bienvenida. Aunque tan solo pasaron frente a ella, la corriente de aire helado hizo que se aferraran con más fuerza a los pesados mantos oscuros que los cubrían.

Hugo continuó avanzando con decisión, como un hombre con un único objetivo claro en su vida, hasta llegar a la entrada por la que creía haber visto desaparecer a Nahid.

—¿Estás seguro de que entró aquí? —preguntó Jacques en un tono que dejaba claro su desacuerdo con el plan de ayudar a la muchacha.

Dalman sujetó la muñeca del segundo al mando en un intento de calmar los ánimos, pero lo único que consiguió fue que la furibunda mirada de la mano derecha de Guillaume de Blois recorriera toda la longitud de su brazo y se elevara hasta encararse con él. Un tirón de su agarre hizo patente lo poco bienvenido que era aquel contacto. Dalman bajó la mirada y se disculpó en un susurro antes de girarse hacia la entrada de la cueva.

—Dalman —la firme voz del hombre al que todos aquellos caballeros habían escogido seguir, irrumpió en la noche sin necesidad de que elevara el tono —, tú, Philippe, Barthelemy, Guido y yo entraremos en la cueva. —Con una simple mirada frustró la protesta que peleaba por salir de los labios de su explorador—. Hugo, Jacques, Práxedes y Rodrigo os quedaréis aquí. No entréis a menos que penséis que estamos en peligro. Recordad que el enemigo está cerca y lo último que queremos es vernos atrapados en el interior de una cueva. Si se acercan o percibís la menor señal de peligro, ya sabéis qué hacer.

Práxedes y Rodrigo asintieron, alejándose unos metros para tomar posición cubriendo el perímetro. Jacques y Hugo mantenían un duelo de miradas entre sí, que solo se veía interrumpido cuando uno de los dos miraba a Guillaume. Ninguno de ellos parecía estar de acuerdo con su decisión.

Jacques quería asegurarse de que la muchacha, si es que estaba allí, no

era ningún peligro, mientras Hugo, lo único que quería era sacar a Nahid de aquella cueva y mantenerla a salvo.

El inglés estaba totalmente seguro de que no representaba ningún riesgo para sus hermanos, ni para ningún habitante de San Juan de Acre. La había observado durante horas en sus turnos en la enfermería, viéndola atender a los heridos, cuidar con mimo sus heridas, tratándolos con cariño y una eterna sonrisa en sus labios. Sus pensamientos vagaron hacia el único breve encuentro que habían compartido, apenas un par de palabras rápidas en medio de un mar de cuerpos ensangrentados.

Había sido al comienzo del asedio, la zona de la muralla en la que patrullaba sufrió un pequeño derrumbamiento. Él había sido afortunado al salir indemne, pero otros no tuvieron la misma suerte. Entre ellos su compañero de ronda, cuyo brazo derecho había quedado aplastado bajo las rocas. Se había apresurado a liberarlo y cargarlo en brazos hasta la enfermería, rezando porque no fuera tan malo como parecía y pudiera conservar el miembro. Nahid había estado atendiendo a otro de los heridos y corrió hacia ellos al ver la gravedad de las heridas del hombre.

Sus ojos, del color de la miel, se habían encontrado con los de Hugo apenas un instante antes de que la muchacha centrara toda su atención en su compañero herido, pero aquella pequeña fracción de segundo fue más que suficiente para que él supiera que había caído irremediablemente enamorado de ella. Observarla desde la distancia, su sonrisa, sus mohines de disgusto ante las heridas especialmente desagradables o las lágrimas que se limpiaba a escondidas cuando era demasiado tarde para ayudar a alguno de los heridos, solo habían hecho que aquella certeza se reforzara.

Como caballero templario siempre había respetado su voto de castidad, al igual que los de pobreza y obediencia. Jamás había estado tentado a romper ninguno de ellos antes de que sus ojos se cruzaran por primera vez con los de Nahid. Cumplir la orden de abandonar la ciudad había sido difícil, pero también un alivio. Significaba tanto alejarse de la tentación como evitar ver morir a aquella mujer que, con solo una mirada, le había robado el corazón.

Un sonido que identificaría en cualquier lugar hizo que se tensara y desenvainara las dos cimitarras que llevaba ocultas en su espalda. Sus armas eran propias de los sarracenos, unas que un caballero templario jamás debería empuñar, pero que él manejaba con destreza. Una lucha encarnizada estaba teniendo lugar en el interior de la cueva. Sus tres compañeros se apresuraron a

acercarse, armas en mano, tomando posición en torno a la entrada, a la espera de acabar con cualquier enemigo que intentara huir por allí y dispuesto a acudir en ayuda de sus hermanos.



Guillaume se adentró en la cueva seguido de cerca por sus cuatro soldados. Odiaba verlos envueltos en aquella situación. No solo por tener que entrar en aquella gruta sin saber lo que les esperaba, sino por haberles forzado a dejar atrás las murallas de Acre y abandonar a su suerte a sus hermanos de armas. Ningún soldado que se preciara se sentiría orgulloso de huir de una batalla, pero las órdenes eran órdenes y ellos, como soldados, tenían que cumplirlas.

La oscuridad se volvía más densa con cada paso, tanto que parecía acabar no solo con cualquier atisbo de luz, sino que amenazaba con absorber hasta el aire de sus pulmones. La respiración se hacía dificultosa, el ambiente era cada vez más frío y húmedo, lo que le hacía pensar que aquella cueva no solo se internaba en la montaña, sino que descendía hacia las mismas profundidades del abismo.

Pero, si se dirigían al infierno, ¿no debería hacer cada vez más calor y no más frío? El absurdo pensamiento en aquel momento de tensión hizo que se preocupara por su estado mental. Se obligó a centrarse a sí mismo, forzando al helado aire a penetrar en sus pulmones en respiraciones profundas y acompasadas. Se mantuvo pegado a la pared, recorriéndola con su mano izquierda, mientras en la derecha sostenía con fuerza el puñal que siempre llevaba oculto en su antebrazo.

El sonido de los pasos de sus acompañantes y los suyos propios, resonaban contra las paredes de forma rítmica, al igual que las gotas de agua que resbalaban por las frías rocas creando charcos en el suelo. El silencio era ensordecedor, por un segundo temió haber perdido el oído y que aquella sensación de soledad y abandono que empezaba a colarse en su alma se

mezclara con el frío congelándolo para siempre. Solo, abandonado, sin nadie que oyera sus lamentos ni acudiera en su ayuda cuando la desgarradora muerte hiciera acto de presencia.

La tentación de correr lejos de aquella oscura gruta no le sorprendió tanto como la necesidad de esconderse bajo las faldas de su madre. Sentirse arrullado por su abrazo, mientras el fresco olor a flores que la acompañaba siempre le envolvía por completo. Aquel había sido su lugar seguro, en el que siempre encontró la felicidad. Al menos hasta...

Quizás fue la rapidez a la que aquel sentimiento de tristeza y añoranza se volvió en el más puro odio y deseo de venganza lo que le indicó que algo no andaba bien. Él no era una muchacha que se perdía en sus emociones y sentimientos, era un guerrero curtido que vivía para la lucha y, en cambio, en el breve espacio de tiempo transcurrido desde que había entrado en aquella cueva había experimentado más emociones de las que podía recordar.

Detuvo sus pasos y se concentró en lo que había a su alrededor. Un leve llanto llegó a sus oídos, seguido de un gruñido, respiraciones aceleradas y la sensación de que no era el único que se había visto invadido por más sentimientos de los que podía manejar.

—¡Deteneos! —ordenó entre susurros—. Sea lo que sea lo que estáis sintiendo en este momento es mentira. No es más que una ilusión. Pertenece a la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Somos templarios —su voz se volvía más firme con cada palabra—, luchamos para llevar la grandeza de Cristo a todos los rincones del mundo y nos enfrentamos a sus enemigos hasta la muerte. Es la luz de Cristo, el hijo de Dios, del único Dios verdadero, la que nos guía y nada ni nadie es más fuerte que eso. Confiamos, creemos, amamos, luchamos y somos en Cristo nuestro Salvador. Y derramaremos hasta la última gota de nuestra sangre, hasta el último de nuestros alientos, para defender lo que representa.

Lo que había comenzado siendo una arenga para ayudarse a sí mismo y a sus soldados a recuperar la cordura y enfrentarse a lo que fuera que estuviese afectándoles, había acabado convirtiéndose en una declaración de intenciones en toda regla. Habían entrado en aquella oscura cueva por un motivo y no abandonarían a ninguno de los suyos.

De repente, una serie de antorchas se iluminaron a su alrededor. Observó a sus soldados que, aturdidos, miraban a su alrededor intentando encontrar sentido a lo que habían experimentado y lo que estaba pasando.

Se encontraban en una enorme sala redonda. Las paredes de piedra estaban cubiertas por extraños símbolos y antiguas escrituras. En el centro de la misma, sobre una columna de piedra tallada con intrincadas figuras, reposaba lo que parecía ser un cofre construido con el mismo material, pero de un rojo tan profundo que, prácticamente, parecía negro.

El sonido de rocas desprendiéndose hizo que volviera su atención hacia las paredes de la sala. Sus ojos se abrieron como platos mientras su cerebro intentaba comprender lo que estaba sucediendo.

En distintos puntos, la pared había caído dejando a la vista lo que parecían antiguos guerreros que, armados con extrañas espadas, lanzas y otros artilugios, los rodeaban en actitud amenazante. La orden de atacar brotó de sus labios antes incluso de que su mente aceptara lo que acababa de suceder ante sus ojos.

Asiendo con fuerza su puñal, se defendió del primero de los atacantes que, vestido con lo que se asemejaba a una especie de falda blanca que apenas le llegaba a mitad del muslo y el pecho descubierto, iba directo hacia él. Sus oscuros ojos le dirigieron una mirada que parecía carecer de vida, mientras la espada que portaba chocaba contra el acero de su arma, obligándole a dar un paso atrás.

Aquel guerrero era extremadamente fuerte. Guillaume, en un solo movimiento, se deshizo de la pesada capa que le cubría; librarse de ella le permitiría moverse con más agilidad. Con un gesto de muñeca que había entrenado durante años, lanzó el puñal hacia otro de los seres que se acercaba a Dalman por la espalda, mientras el soldado luchaba con fiereza contra otro de ellos. Le acertó entre las cejas, tal y como había pretendido, pero no estaba preparado para que, justo en el momento en que sus ojos se ampliaron consciente del daño mortal que le habían infligido, se deshiciera dejando tan solo una montaña de polvo y rocas en el lugar en el que había estado.

El grito de Philippe, que se apresuró a interponer su espada para evitar que resultara herido, lo sacó de su aturdimiento. Miró alrededor consciente de que más trozos de pared desaparecían, convirtiéndose en nuevos enemigos armados y dispuestos a acabar con sus vidas. Sostuvo su espada con ambas manos y se colocó en posición de combate, apartando de su mente todo lo que no fuera enfrentarse a aquellos seres que le amenazaban a él y a sus hombres. Ya tendría tiempo de analizar lo que estaba pasando, lo único que importaba en aquel momento era que salieran de allí con vida.



Un grito de mujer seguido del más absoluto silencio hizo que Hugo se lanzara hacia el interior de la cueva antes de que ninguno de sus hermanos pudiera reaccionar.

Habían permanecido atentos y preparados para intervenir desde el momento en que los primeros sonidos de lucha llegaron a sus oídos. La batalla se había recrudecido rápidamente, el sonido de metal contra metal, los gritos de guerra, la voz de Guillaume dando órdenes a sus compañeros los habían mantenido en vilo.

Habían tenido que recordarse unos a otros las órdenes recibidas en más de una ocasión y obligarse así a permanecer al margen. Incluso había tenido que forcejear con Jacques, que parecía tomarse su papel de segundo al mando tan en serio que no estaba dispuesto a permitir que su superior entrara sin él en ninguna batalla, por mínima que fuera.

Pero escuchar su grito había sido demasiado para él. Porque sabía que era ella, Nahid, *su Nahid*, quien había emitido aquel sonido desgarrador. Sus piernas le impulsaron raudas a través de la espesa oscuridad. Oía las voces de sus hermanos llamándole, sus pasos veloces tras los suyos.

El aire helado se sentía como puñales entrando y saliendo de sus pulmones, pero la necesidad de llegar hasta ella lo antes posible era tan grande que no le resultó complicado ignorarlo, al igual que al resto de emociones y sentimientos que parecían querer asaltar su cabeza por la fuerza.

Sin aminorar el paso, Hugo se esforzó en desentenderse de aquellas sensaciones que le tentaban a esconderse en un rincón oscuro, lejos del peligro, justo antes de llenar sus venas con la necesidad de destruir todo lo que le rodeaba hasta que no quedaran más que cenizas y polvo. Sus ojos se empañaron cuando una profunda tristeza se instaló en su corazón, pero todo quedó atrás por el sonido de aquel grito que aún retumbaba en sus oídos y la imagen de Nahid que flotaba en su mente. Atravesó la bruma que parecía

envolver su cuerpo y pensamientos aferrándose a ella. A los recuerdos de las veces que había permanecido observándola entre las sombras de la enfermería. Su sonrisa, su tristeza, la dulzura de su tacto cuando atendía a los heridos, su melodiosa voz cuando trataba con los niños.

Sus pies se pararon de golpe al llegar a una sala inundada de luz. Sus pulmones lucharon por recuperar el aire debido al esfuerzo. Aunque no debían haber pasado más de un par de minutos a lo sumo, y estaba seguro de que no se habían internado en la cueva más que unos escasos metros, por algún motivo, el recorrido le había dejado exhausto.

Se deshizo de la capa negra que cubría su cuerpo, dispuesto a entrar en la lucha, al tiempo que asía con fuerza las dos cimitarras que empuñaba como si fueran extensiones de sus propios brazos.

Elevó la vista y su siguiente respiración quedó congelada en su pecho ante la imagen frente a él.

Se encontraban en una sala circular excavada en la roca. Antorchas iluminaban el espacio desde las paredes, las mismas que parecían haberse venido abajo en distintos puntos dejando a la vista antiguos guerreros de ojos totalmente negros, sin alma. Permanecían inmóviles con sus armas en alto, como si se hubieran quedado paralizados justo antes de entrar en batalla.

Siguió su mirada vacía hasta el centro de la estancia, donde un cofre de piedra reposaba sobre una columna del mismo material, pero no fue aquello lo que atrajo su atención. Ni lo que hizo que su corazón comenzara a latir aún más rápido y que las lágrimas, que llevaba sin derramar toda una vida, volvieran a asomar a sus ojos por segunda vez en apenas unos instantes.

En el suelo, arrodillado junto a la columna, Guillaume de Blois, el hombre al que había jurado lealtad y al que le había confiado su vida en numerosas batallas a lo largo de los años, sostenía el cuerpo de Nahid. La mirada de Hugo se enganchó en los ojos del color de la miel caliente de la muchacha durante una fracción de segundo, antes de que exhalara su último aliento y estos quedaran mirando al vacío eterno. Las manos de la joven, empapadas de sangre, cayeron desde la herida en su vientre yendo a descansar a ambos lados de su cuerpo.

Hugo dio un paso atrás, tembloroso, incapaz de aceptar la imagen frente a sus ojos. Un grito silencioso que amenazaba con quebrar su cordura inundó su mente. Aquello no podía ser real. Nahid no podía haber muerto.

—Hugo... —Guillaume tragó saliva, tratando de aclarar su voz y su

mente.

Intentaba encontrar las palabras adecuadas. Todo había sucedido demasiado rápido, los extraños guerreros de piedra no dejaban de aparecer, por cada uno de ellos que vencían varios más ocupaban su lugar. La lucha se había recrudecido por momentos y todos habían estado tan inmersos en ella que ninguno se había percatado de la aparición de la joven.

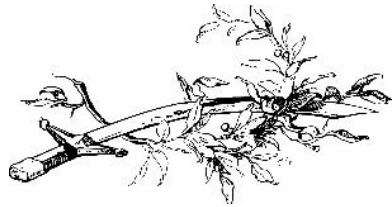
No sabían de dónde había salido. De repente eran ellos cinco contra un ejército de piedra y, al instante siguiente, la espada de uno de sus hermanos, o tal vez la suya, había atravesado el cuerpo de la muchacha. Su grito de dolor los había paralizado al instante, tanto a ellos como a sus enemigos.

Se había apresurado a alcanzarla antes de que su cabeza chocara contra el suelo. Nahid respiraba con dificultad mientras la sangre abandonaba su cuerpo a borbotones por la herida de su estómago. No iba a sobrevivir.

Sus peores temores se confirmaron cuando comenzó a deslizarse un hilillo del líquido vital por la comisura de sus labios. La mirada de terror en los ojos de la muchacha se clavó en su corazón y el aspecto abatido de Hugo al ver a la mujer, solo hizo que el nudo en la garganta de Guillaume se hiciera aún más grande.

Era como si el tiempo se hubiese detenido en el instante en que la joven exhaló su último aliento.

Hugo se obligó a dar un paso al frente, sacudiéndose del aturdimiento en que se hallaba inmerso y, justo en ese momento, todo explotó.



Una fuerza invisible los empujó contra las paredes de la cueva, inmovilizándolos contra las rocas. Los caballeros buscaron las miradas de sus hermanos, sin entender lo que ocurría, justo antes de que sus ojos repararan en la multitud de montículos de piedras y polvo en que se habían convertido los mismos guerreros que amenazaban sus vidas.

La oscura figura de un ser, cubierto de los pies a la cabeza por un manto negro que parecía absorber la luz a su alrededor, ocupaba el centro de la sala.

Hugo se retorció, intentando librarse de las invisibles ataduras que lo mantenían firmemente sujeto, cuando aquella cosa comenzó a aproximarse al cuerpo sin vida de Nahid, que yacía en el suelo en una extraña postura.

—¡¡Aléjate de ella!! —gritó desesperado.

Un solo gesto de la mano de aquel ser bastó para silenciarle. Por más que abría la boca e intentaba gritar, ni un solo sonido brotaba de su garganta. Hugo se revolvió aún con más fuerza mientras lágrimas de dolor e impotencia rodaban por sus mejillas.

—¡¡Libéranos!! —exclamó Guillaume, luchando contra la fuerza invisible que le mantenía fijo contra la pared.

Los gritos de sus hermanos exigiendo ser liberados y amenazando al oscuro ser con todas las torturas imaginables no tardaron en unirse al suyo.

—¡¡¡¡Silencio!!!!

Otra explosión de energía los obligó a apretarse aún más contra las rocas al tiempo que los dejaba sin voz.

Incapaces de mover un solo músculo, tan solo podían observar mientras aquel ser se acercaba al cuerpo de la joven. Se arrodilló junto a ella y, con infinita dulzura, la tomó en sus brazos abrazándola contra su pecho.

El sonido de piedras chocando contra el suelo hizo que los caballeros temieran por sus vidas. Un sollozo desgarrador brotó del ser en el centro de la sala, las antorchas que titilaban débilmente en las paredes se apagaron en el acto y, durante un segundo, la oscuridad a su alrededor se volvió asfixiante. Como si, además de la luz, estuviera apagando poco a poco sus vidas.

Una tímida luz precedió a un brillo cegador que inundó la sala obligándoles a cerrar los ojos. Al volver a abrirlos, parpadeando para adaptarse a la nueva y brillante luminosidad, una figura igual a la primera, pero vestida completamente de blanco, se encontraba en la estancia.

Sus pies se deslizaron con suavidad, casi como si flotara en vez de caminar, mientras se acercaba a la sombra oscura que permanecía en el suelo abrazando el cuerpo de Nahid.

Algo cambió en el ambiente en el instante en que ambos estuvieron lo bastante cerca como para tocarse. Era como si la oscuridad del primero estuviera absorbiendo la luz del segundo, apagando poco a poco el brillo de sus vestiduras que comenzaban a volverse de un gris mortecino, a la vez que la claridad que absorbía transformaba sus propios ropajes, volviéndolos más luminosos y aclarando su oscuridad.

Para cuando ambas figuras estuvieron arrodilladas junto al cuerpo sin vida de la muchacha, sus ropas habían adquirido el mismo tono grisáceo, con destellos de luz y zonas un poco más oscurecidas que se movían como si la tela tuviera vida propia y estuvieran danzando.

El sonido de piedras cayendo volvió y un nudo de profunda tristeza se coló en las gargantas de los guerreros. Brillantes diamantes y oscuros ónix caían desde el lugar en el que deberían estar los rostros de los dos seres, ocultos bajo aquellos mantos con capucha. El sonido de sus sollozos inundó el aire.

—La han matado —la voz profunda, oscura y rota de dolor del primer ser inundó la estancia—. Mi pequeña...

Una mano traslúcida asomó por una de las mangas del segundo de ellos y acarició con extrema dulzura el rostro de Nahid.

—Mi amor... —La voz del segundo era dulce y fresca, como gotas de rocío al llegar la mañana.

—¡¡Vosotros!! —La atención del ser oscuro se volvió hacia los templarios que continuaban atrapados contra las rocas—. ¡¡Vosotros pagaréis por ello!!

La misma fuerza invisible que los mantenía fijos contra la pared de roca, tiró de los cuerpos de Guillaume, Dalman, Philippe, Barthelemy y Guido. Los cinco hombres que habían entrado en la cueva en busca de Nahid y se habían visto envueltos en la batalla que la había llevado a la muerte, fueron manejados como marionetas y colocados en círculo alrededor del cofre.

“Ocuparéis el lugar de aquella cuya sangre habéis derramado. Perdidos en el olvido, alejados de toda emoción y pensamiento, convertidos en piedra, el mismo material que recubre vuestros corazones. Hasta que el tiempo llegue, hasta que sea la hora y lo que permanecía oculto sea revelado.”

Mientras las palabras resonaban contra las paredes de roca de la cueva, el cuerpo de cada uno de los cinco caballeros fue cubriéndose de una capa oscura y rígida, endureciéndose y adquiriendo un color grisáceo. Cayeron de rodillas incapaces de luchar contra aquello que estaba transformando sus cuerpos. Guillaume, miró por última vez a sus compañeros. Lágrimas silenciosas se deslizaban por sus rostros.

Los otros cuatro permanecían inmóviles contra las paredes, contemplando impotentes cómo sus hermanos se convertían en estatuas de piedra, hasta

quedar arrodillados, con sus rostros inclinados como si estuvieran adorando aquel cofre que desearían no haber encontrado nunca.

La atención del ser se volvió hacia ellos.

“Y vosotros, que permanecisteis al margen, viviréis mil vidas y habréis de pasar mil muertes mientras vagáis por la Tierra. Sin familia, sin amigos, sin nadie que os conozca ni os recuerde. Mientras esperáis a que el tiempo llegue, a que sea la hora. Entonces, solo entonces, enfrentareis vuestro destino.”

La mirada de Hugo buscó a Nahid, deseoso de que su imagen fuera la última que vieran sus ojos y quedara grabada en sus retinas para la eternidad. El cuerpo de la muchacha se elevaba en el aire al tiempo que se difuminaba transformándose en una lluvia de diamantes y ónix. Cerró los ojos, intentando controlar las lágrimas que pugnaban por salir.

Solo un segundo.

Nada más.

Tiempo de Soñar

Londres.
En la actualidad.

La oscuridad lo cubría todo. El cielo nocturno cuajado de estrellas que apenas iluminaban su camino a través de la noche sin luna. Sus pies tropezaban una y otra vez a lo largo del interminable y pedregoso camino. El sonido de los tambores se unía al de su propio corazón, rugiendo cada vez con más fuerza.

Se quedaba sin tiempo.

De repente, la imagen cambió.

Podía sentir sus manos recorriendo su cuerpo y se aferró con fuerza a sus musculosos brazos. Estaba allí, por fin. Disfrutó del sabor de su piel salada cuando sacó su lengua a pasear, recorriendo con ella sus pectorales hasta llegar a su cuello. Enredó sus manos en los mechones de cabello que cubrían su nuca, mientras él continuaba explorando con detalle cada curva de su cuerpo.

Se abandonó a aquella emoción caliente que derretía su interior. A la sensación de sus manos recorriendo sus muslos, el tacto suave de la seda bajo su cuerpo.

No sabía dónde estaba ni quién era él, pero no había ningún otro lugar en el mundo en el que prefiriese estar. Ninguno en el que se sintiese más segura que entre sus brazos.

La tímida luz de la luna penetró a través de las finas cortinas de gasa, iluminando suavemente la habitación. Buscó sus ojos, de un color negro tan profundo que casi podía confundirse con el brillo de la obsidiana; unos ojos que reconocería en cualquier parte a pesar de que sabía que solo existían en sus sueños.

Se aferró a él con más fuerza, sintiendo cómo la electricidad comenzaba a acumularse en su cuerpo, recorriéndola desde la punta de sus pies. El fin estaba cerca y con él llegaba la despedida.

El grito de placer que brotó de sus labios sin remedio al alcanzar el éxtasis se transformó en un desgarrado lamento cuando el cuerpo bajo sus manos comenzó a desaparecer.

Abrió los ojos, aferrándose al aire vacío desesperada y con una palabra aún retumbando en sus oídos. La única que él pronunciaba cada noche:

—Retrouvez nous.

«Encuétranos»

Aby pateó las sábanas. El sudor cubría su cuerpo y la sensación de vacío, que la acompañaba cada mañana al despertar, se volvió pesada en su estómago.

Se levantó de un salto y temió que sus débiles y temblorosas piernas no pudieran sostenerla en su prisa por llegar al baño y vaciar cualquier resto de la cena de la noche anterior.

Su piel sudorosa agradeció el contacto con la fría porcelana cuando se abrazó a la taza y dejó que todo saliera. Apoyó la frente buscando la frescura del material para despejarse.

Con los años había aprendido que la cena no era tan importante y era mucho mejor irse a la cama en ayunas.

«Retrouvez nous».

Llevaba soñando con él desde que tenía memoria. Se había colado en sus inofensivos sueños cuando no era más que una niña hasta que, con el tiempo, había acabado por adueñarse de ellos.

Comenzó siendo un rostro familiar oculto entre la multitud cuando soñaba con el siguiente partido de baloncesto en la escuela, o el salvador que siempre aparecía en el momento justo en sus pesadillas.

Por su culpa, en lugar de dibujar casas, monigotes, coches de bomberos o paisajes, había comenzado a dibujar caballeros templarios desde muy joven. Algo que encantaba a su abuelo, ferviente seguidor de esa parte de la historia, pero que no la había ayudado a dejar de ser la “rarita” durante su adolescencia.

Su obsesión la había llevado a estudiar historia y especializarse precisamente en esa época. No ayudó que, cuando dejó de ser una adolescente para convertirse en una adulta, aquel rostro hubiera decidido comenzar a hablar. Una sola palabra: «Retrouvez nous», que se había convertido en su

obsesión.

Había aprendido francés con la esperanza de poder entenderle cuando volviera a hablarle, pero aquello era lo único que alguna vez había salido de sus labios. «Encuétranos». ¿Cómo se suponía que debía hacerlo? Si al menos supiese qué debía encontrar...

Los sueños se habían ido volviendo cada vez más sensuales, más íntimos. Hasta que hacía un par de meses se despertó sintiendo que le faltaba el aire. Había tenido la mejor experiencia sexual de su vida y solo había sido un sueño. Triste, ¿no?

Aby se incorporó con esfuerzo cuando Venus, su gata persa y única compañera de piso, decidió que ya había esperado bastante por su desayuno.

—Ya voy, peque, dame un minuto.

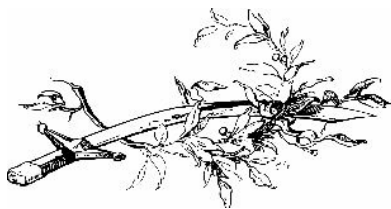
Palmeó la cabeza de la gata con mimo antes de terminar de ponerse en pie. Se aseguró de que sus piernas podían sostenerla antes de soltar el borde de la bañera y el lavabo, a los que se había agarrado para levantarse, y mirarse en el espejo.

Un maullido lastimero hizo eco de su pensamiento al ver su reflejo.

—No, peque, hoy creo que ni todo el maquillaje del mundo conseguirá que tenga buen aspecto.

Su mirada fue a parar al reloj en su muñeca y sintió cómo su corazón daba un salto mortal con tirabuzón.

— ¡Genial! Otra vez tarde al trabajo.



Estaba segura de que había batido algún récord cuando tan solo treinta minutos después, atravesó las puertas del Museo Británico. Cruzó la zona de personal como alma que lleva el diablo y fue directa a su despacho en el ala de catalogación.

— ¡Perdón, perdón! Vuelvo a llegar tarde otra vez, lo sé. ¡Lo siento! — Aby se apresuró a dejar el bolso sobre su mesa y sustituir la chaqueta de su

sobrio traje por la bata blanca que usaba para trabajar.

—¡Menuda novedad! —exclamó Chloé entre risas—. Aby Stevenson llega tarde. —Un coro de risas se unió a la de su amiga y compañera—. La sorpresa nos la llevaremos el día que llegues a tu hora.

—¿Qué ha sido esta vez? —La aguda voz de Shanon se hizo oír por encima de las bromas—. ¿Una invasión alienígena? Supongo que ser la favorita del jefe tiene sus ventajas —concluyó mordaz.

Aby no pudo evitar encogerse ante la obvia burla. Ella no era la favorita del jefe o, al menos, no había hecho nada para merecer ese honor y tampoco lo quería.

Shanon le dedicó una última mirada de odio antes de abandonar la habitación hacia su propia oficina. Como encargada de eventos del museo su función era organizar las recogidas de fondos, las presentaciones de las nuevas exposiciones y esas cosas que siempre estaban rodeadas de gente y glamur, dos cosas que no tenían nada que ver con Aby. No deberían verla jamás por allí, pero parecía que reírse de la historiadora patosa que siempre llegaba tarde se había convertido en su deporte favorito.

Chloé se acercó a ella y le habló en un susurro.

—¡Vamos, Aby! No dejes que esa harpía te afecte, solo sirve para escupir veneno.

Sus labios dibujaron una mueca que pretendía ser una sonrisa, pero se quedó en un gesto de sorpresa cuando el señor Thompson, director del museo, entró en el despacho que compartía con Chloé. Sus pequeños y saltones ojos negros la buscaron desde detrás de sus enormes gafas. Podría parecer un abuelito bonachón con su corta estatura, su cabello blanco y su rostro arrugado, si no fuera porque era el ser más desagradable con el que había tenido la mala suerte de encontrarse en su vida.

—Buenos días, señorita Stevenson.

—Buenos días, señor Thompson.

Chloé había desaparecido de su lado y reaparecido en su escritorio como por arte de magia, dejándola sola ante el peligro, a la misma velocidad a la que el resto de los compañeros habían huido hacia sus respectivos puestos de trabajo.

—Me gustaría verla en mi despacho —dijo Thompson, causándole un escalofrío cuando sus pequeños ojos la recorrieron de la cabeza a los pies—. Ahora.

Se marchó igual que había llegado, sin una palabra ni una mirada al resto de sus compañeros.

—¡¡Aby!! ¡Reacciona, por Dios! Como no estés en su despacho cuando llegue se va a liar. —Chloé murmuró y gritó las palabras, todo a la vez, sin moverse de su mesa de trabajo.

Su amiga se puso en marcha inmediatamente. Volvió a cambiar su bata por la chaqueta del traje y salió corriendo tras el director. Sí, definitivamente la mañana no estaba yendo a mejor.

Sus peores temores se confirmaron cuando, al llegar al despacho de Thompson se encontró con que había alguien más esperándolos. Paul Arthur Williamson, su superior directo, estaba apoyado en la enorme mesa de caoba. Era sorprendente que hubiese encontrado un hueco en el que apoyarse que no estuviera lleno de cosas.

La sonrisa que le dedicó al verla le provocó una sensación extraña, como siempre que se encontraba frente a él. Era una mezcla de intranquilidad y la necesidad imperiosa de salir corriendo en dirección contraria.

Sonrió con timidez antes de aceptar su invitación a tomar asiento.

—Señor Thompson, señor Williamson.

Aby saludó a ambos hombres sintiéndose como una alumna de instituto llevada ante el director y el jefe de estudios después de una trastada. Una trastada de las gordas, de esas que te aseguran expulsión perpetua o trabajos forzados en la otra punta del mundo. Tragó saliva, nerviosa.

Aquellos dos hombres eran sus superiores y nunca, jamás, se reunían con nadie juntos. Todo el mundo sabía que no se soportaban y apenas toleraban estar en la misma habitación. Y, sin embargo, allí estaban. Observándola.

Thompson con el rostro de desagrado de quien acaba de darle un bocado a un limón y Williamson con esa sonrisa que, con total seguridad, hacía babear a las mujeres a su paso, pero a ella solo le provocaba un escalofrío de desconfianza.

Tenía que admitir que Paul Arthur Williamson era guapo. Probablemente había más que pasado los cuarenta, pero se conservaba estupendamente. Alto, de tez morena y cabello oscuro, con algunas canas que le daban un toque de distinción, ojos claros, una sonrisa perpetua en los labios, hombros anchos, un gusto exquisito al vestir y un cuerpo perfectamente definido que se dejaba intuir bajo sus trajes de más de tres mil euros.

—Señorita Stevenson... —Aby se sonrojó al percatarse de que,

probablemente, llevaba más tiempo del que se consideraba adecuado observando a su jefe. Este se limitó a ensanchar aún más su sonrisa mientras Thompson continuaba hablando—. Supongo que se preguntará por qué le hemos pedido que venga.

Aby miró de uno a otro. Sus dos jefes. Los que jamás se reunían para nada, los que se rehuían como si fueran la peste. Si estaban juntos en la misma habitación tenía que ser algo importante o... grave. ¡Mierda! Iban a despedirla. Seguro.

Mentalmente comenzó a elaborar una lista de argumentos por los que no podían echarla. Le encantaba su trabajo, no pensaba renunciar a él. Intentaría llegar puntual, se esforzaría el doble, haría horas extras gratis si era necesario. Total, tampoco es que tuviera mucha vida fuera del museo.

—¿Señorita Stevenson? —La sonrisa de Williamson estaba mucho más cerca de lo que esperaba. ¿En qué momento se había acercado tanto? —¿Se encuentra bien?

—Sí, perdón. No he pasado buena noche, estoy teniendo algunos problemas para... —Aby decidió que aquel era un momento tan bueno como cualquier otro para comenzar a dar explicaciones que impidieran que la pusieran de patitas en la calle. Lástima que Thompson no estuviera por la labor.

—Todos tenemos cosas importantes que hacer, señorita Stevenson, así que agradeceríamos que nos diera una respuesta para que podamos volver a nuestras respectivas obligaciones.

Aby miró de uno a otro sin comprender... ¿Una respuesta? ¿Es que le habían hecho alguna pregunta?

—Como le estábamos comentando, Aby. Puedo llamarte Aby, ¿verdad? —preguntó Williamson. Ella se limitó a asentir—. Pues, como le decíamos, creemos que es la persona más cualificada para este trabajo. Sus conocimientos sobre los Templarios, en especial sobre la Caída de San Juan de Acre, así como su profesionalidad y su experiencia en excavaciones, la convierten en nuestra mejor opción.

Un momento, ¿no iban a despedirla?

—Perdón, pero... creo que no entiendo...

—Señorita Stevenson, la pregunta es bastante sencilla —gruñó Thompson desde su asiento—. El Señor Williamson por fin ha conseguido los permisos para realizar su investigación en los alrededores de la antigua ciudad de Acre

y necesita que usted le acompañe. La excavación durará varios meses, pero ambos creemos que, si es capaz de levantarse a su hora por las mañanas, es la persona más adecuada para dirigirla junto a él.

Dirigir una excavación, ¿ella? La última vez que había estado en una aún era estudiante de Historia y solo había estado echando una mano durante un par de semanas. Pero la posibilidad de ir a Acre, empaparse de su historia, vivir un pedacito de la leyenda templaria en primera persona... Era algo a lo que no podía negarse.

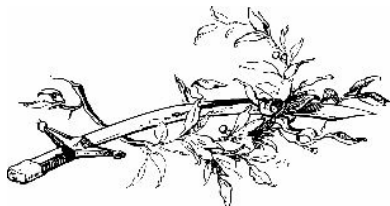
—¿Cuándo nos vamos? —preguntó exultante, poniéndose en pie de un salto.

Williamson procedió a contarle los planes para la expedición. Tenía una semana para solucionar todo lo referente a su trabajo y demás obligaciones antes de que salieran rumbo a Cisjordania. Aby lo escuchaba, sonriendo como una niña a la que Santa Claus le ha traído su regalo más deseado, deseosa de empezar aquella aventura y ansiosa por empaparse del pasado de aquella tierra.

«Retrouvez nous».

La voz resonó una vez más en su mente causándole un escalofrío. Nunca, jamás, la había escuchado fuera de sus sueños. La eterna sonrisa de Williamson se ensanchó aún más mientras comentaba que el aire acondicionado estaba un poco fuerte, pero cuando sus miradas se encontraron, Aby sintió un frío helador, que nada tenía que ver con el aparato, calarla hasta los huesos. Los ojos de su jefe, durante un instante, parecieron volverse totalmente negros y su sonrisa, una mueca sádica de satisfacción.

Aby negó con la cabeza, intentando deshacerse de aquellas absurdas sensaciones y pensamientos. Justo lo que necesitaba. Le ofrecían el trabajo de sus sueños y comenzaba a oír voces y ver cosas raras. Simplemente perfecto.



La semana pasó volando. Consiguió que Chloé se hiciera cargo de Venus

y terminar con la mayoría de las catalogaciones que tenía pendientes. Esperaba no haber cometido muchos errores ya que tenía que admitir que había pasado más tiempo con la cabeza en las nubes que centrada en sus obligaciones.

Los sueños se habían vuelto aún más intensos y realistas si es que eso era posible. El desconocido que formaba parte de su vida desde que tenía memoria, se colaba también en sus momentos de vigilia pidiéndole que los encontrara una y otra vez.

Probablemente debería haber comenzado a temer por su cordura, pero en lugar de eso, se sentía cada vez más emocionada. Como si cada paso que la acercaba a aquella excavación, la acercara también a él.

El viaje fue largo y agotador. Después de despertar cubierta de sudor, con la respiración agitada y una sensación de pánico atenazando su garganta, no había querido volver a dormirse.

Williamson había viajado la semana anterior para prepararlo todo por lo que, al menos, no tuvo que preocuparse por haber hecho el ridículo delante de su jefe, solo ante un montón de desconocidos que la miraban como si estuviera loca.

Quizás lo estaba.

Sonrió al pasaje y se arrebujo en su asiento esforzándose por pasar desapercibida y no volver a quedarse dormida.

Cuando por fin aterrizó tenía más pinta de zombi en una batalla posapocalíptica que de arqueóloga seria. Se registró en el hotel y se dispuso a disfrutar de su *suite* con un buen baño y una larga noche de sueño para recuperar fuerzas. Menos mal que no tenía que presentarse en la excavación hasta el día siguiente.

Las pequeñas piedras se clavaban en las plantas de sus pies haciéndole daño, las ramas bajas arañaban sus piernas y arrancaban pedazos de tela de sus escasas vestiduras. La sangre goteaba de las heridas y sabía que debía parar y cubrirlas. Probablemente estaría dejando un rastro y eso facilitaría que sus perseguidores la alcanzasen. Porque había alguien tras ella.

Podía oír sus fuertes pisadas, los gritos de los hombres azuzando a sus canes, el ladrido de los perros. Los aullidos cuando volvieron a encontrar su olor en mitad del bosque. Apretó el paso, pero estaba demasiado cansada. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo? Aferró aún más contra su pecho el bulto

que llevaba entre sus brazos. Su pequeña. No podía rendirse, no podía parar, tenía que sacarla de allí.

Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas helándose en su recorrido. La noche era fría y había huido con lo puesto; un escueto camisón que apenas cubría lo bastante y su pequeña.

Algo la despertó en mitad de su sueño, la sensación de peligro se aferró a su piel y antes de ser siquiera consciente de lo que hacía, había corrido hasta la habitación donde descansaba su bebé.

La mirada en los ojos de su esposo cuando le pidió que le entregara a su hija había sido aterradora. Y entonces lo supo: tenía que huir. Correr todo lo lejos que pudiera si quería salvar sus vidas.

La escena cambió de repente y volvió a encontrarse en la misma habitación de siempre. Tumbada sobre aquellas sábanas de seda cuyo tacto le resultaba tan familiar. Las cortinas de gasa se movían con el viento que atravesaba las ventanas dejando que la luz de la luna se colara iluminando levemente la estancia.

El contacto de unas manos cálidas que reconocería en cualquier lugar acariciando sus tobillos hizo que se estremeciera de placer al tiempo que la excitación bullía en su sangre. Lo deseaba. Deseaba sentirlo en su interior, recorrer su cuerpo con sus labios y perderse en cada una de las sensaciones que provocaba en su cuerpo, casi más que su próximo aliento.

Apoyó los codos sobre la cama, incorporándose, buscando encontrarse con su mirada. Con aquellos ojos oscuros que convertían su sangre en lava ardiente con tan solo un vistazo. Le sonrió con dulzura y ella supo que estaba perdida.

Los labios de él comenzaron a recorrer la cara interna de sus piernas hasta llegar a los muslos, dejando pequeños besos y suaves mordisquitos a su paso. Un estremecimiento de placer se mezcló con el deseo y la anticipación, cuando el rostro de su amante se cernió sobre su sexo.

Dejó que las sensaciones se apoderaran de su cuerpo sin oponer resistencia, permitiendo que cada una de las caricias, mordiscos y lametones relajara y tensara sus músculos. Navegó las olas de éxtasis que la recorrieron desde la cabeza hasta la punta de sus pies una y otra vez, mientras su amante se esforzaba en hacerla volar lejos.

Aby despertó empapada en sudor, aún envuelta en los últimos espasmos de placer, con el mismo ruego vibrando en sus oídos. «Encuétranos»

Miró a su alrededor aturdida, intentando ubicarse. Aún era de noche. Se levantó de la cama y abrió la ventana en busca de algo de aire fresco y observó la ciudad a sus pies. Estaba en la sexta planta del mejor hotel de Acre, eran más de las tres de la madrugada y el silencio de la noche a su alrededor junto al calor pegajoso que empapaba su piel de sudor, le recordaron que estaba muy lejos de casa.

Su mirada viajó hacia los restos de la antigua fortaleza. La vieja ciudad de Acre se elevaba a su derecha como un fantasma, bellamente iluminada, pero no por ello menos en ruinas. La torre que, a duras penas, aún se mantenía en pie parecía observarla desde la distancia. Llamándola.

«Encuétranos»

Tiempo de Recordar

Había pasado una semana desde que llegó a Acre y, por fin, los permisos estaban en regla e iban a poder acceder a las partes de la antigua ciudadela cerradas al público.

Decir que estaba emocionada era poco. Aby estaba exultante. Había hecho la ruta turística todos los días desde que llegó, deseando embeberse de aquellos aires de antigüedad, de la esencia oculta entre aquellas piedras que habían visto siglos de historia.

Recorrió cada trozo accesible imaginando la vida de los templarios entre esas viejas murallas cuando aún eran ejemplo de su grandeza. Casi podía verlos allí. Paseando, entrenándose, rezando, atendiendo a heridos o enfermos junto a la Orden de los Hospitalarios, ayudando a los ciudadanos... Luchando y muriendo en la última batalla, cuando cayeron a manos de los sarracenos.

Pasaba los días repasando mentalmente la estructura de la ciudad que hacía siglos que había desaparecido, pero que había grabado en su cabeza a base de estudios. Y ahora que al fin podría acceder sin trabas a cada resquicio de aquel lugar no podía pensar en otra cosa que no fuera reproducir un día normal de la vida de cualquiera de aquellos hombres.

Deseaba visitar la capilla en la que debían realizar sus rezos, los aposentos, la armería, el comedor, la sala de audiencias. Cualquier lugar por el que aquellos hombres hubieran pasado y dejado su huella.

—¿Aby? ¿Estás lista? —Williamson la esperaba al pie de la escalinata de acceso con su eterna sonrisa y una duda en su mirada. Una vez más, ella había vuelto a perderse en sus pensamientos con la mirada fija en la torre.

—¡Sí, por supuesto! —respondió apresurándose a alcanzarlo—. Estoy deseando empezar.

Puso una brillante sonrisa en sus labios y caminó junto a su jefe hacia el interior de uno de los patios. Habían quedado allí con el director de la Ciudad-Museo de Acre, el cual insistía en revisar que toda la documentación estuviera en regla.

Una vez más.

Si no fuera porque aquel lugar había sido revisado y estudiado cientos de veces en el último siglo, Aby habría pensado que tenían algo que ocultar. Dudaba que hubiese ningún tesoro oculto entre aquellas piedras. Al menos no de los que están hechos de oro, plata y piedras preciosas...

Una pregunta que, probablemente, debería haber realizado mucho antes, surgió en su mente y, aun sintiéndose un poco estúpida al hacerla a aquellas alturas, no pudo evitar que sus labios la verbalizasen.

—Señor Williamson...

—Paul, Aby. —Otra vez esa sonrisa en sus labios que, lejos de tranquilizarla, le provocaba escalofríos—. Llámame Paul, por favor. Después de todo, vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—Claro... Paul —sonrió, intentando disimular el extraño malestar que le hacía sentir la compañía de su jefe, y decidió ir directa al grano—. Aún no me has explicado en qué consiste exactamente la excavación. —Su voz había ido disminuyendo conforme hablaba, consciente de lo absurdo que era realizar esa pregunta dos semanas tarde. Cuando ya había recorrido medio mundo y llevaba siete días en aquella ciudad—. ¿Dónde vamos a excavar? ¿Y cuándo llegará el resto del equipo? —preguntó atropelladamente luchando contra el rubor que amenazaba con cubrir sus mejillas.

—Pensé que nunca lo preguntarías. —Paul rio, liberando un poco de la tensión que se había acumulado en el cuerpo de Aby—. ¿Pensarías que estoy loco si te digo que aún no tengo claro dónde vamos a excavar?

Lo primero que le vino a la mente fue un «¡¡¡¡¡sí!!!!», enorme y exclamado a voz en grito. ¿Cómo demonios podía poner en marcha una excavación, y lo más importante, pedir los permisos para llevarla a cabo, sin saber dónde pensaba excavar? Aquello no tenía el más mínimo sentido.

—No... ¿sabes dónde vamos a realizarla? —preguntó en su lugar, intentando controlar su tono de voz, pero incapaz de reprimir la expresión de sorpresa y aturdimiento que se coló en su rostro.

—Si te soy sincero, pensaba que tú podrías aclarar ese punto. De hecho, esa es la razón por la que estás aquí.

—¿Que yo...? —Aby estaba cada vez más confundida—. No entiendo lo que quieres decir.

—Está claro, ¿no? Tú eres la experta en los templarios y la ciudad de Acre, ¿quién mejor que tú para decidir el mejor sitio donde excavar?

—¿Podrías decirme al menos qué es lo que pretendes encontrar? —preguntó mientras cruzaba los dedos mentalmente, rezando porque no dijera...

—El tesoro de los templarios, ¿qué si no? No me digas que no te gustaría tener la oportunidad de sostener el Santo Grial en tus propias manos. —La sonrisa se ensanchó aún más y casi pudo jurar que sus dientes resplandecieron como si de un dibujo animado se tratara.

—Estás de coña, ¿no?

Cierto, aquella no era forma de hablarle a su jefe, pero es que... ¡no podía estar hablando en serio! ¿El tesoro de los templarios? ¿El Santo Grial? ¡Aquello tenía que ser una broma! La lista de grandes historiadores que habían echado a perder su reputación buscando esas quimeras era tan larga como la distancia que había recorrido para llegar hasta allí. Y seguro que no pensaba entrar a formar parte de ella.

Comenzó a hacer cuentas mentalmente sobre lo que le costaría un pasaje de vuelta a Londres... y lo que tardaría en encontrar otro empleo, porque estaba segura de que, si abandonaba a Paul y su absurda búsqueda del tesoro, podía darse por despedida. Con sus ahorros aguantaría un par de meses, quizás uno... o tal vez solo una o dos semanas. Daba igual, con sus referencias seguro que encontraba otro trabajo antes de que su cuenta entrara en números rojos. Eso si se largaba de allí antes de convertirse en una paria en su profesión.

—¿Sabes que tu cara es muy expresiva? —preguntó Paul antes de empezar a reírse a carcajadas—. Solo es una broma, Aby, respira.

—Muy gracioso —gruñó entre dientes, intentando decidirse entre las ganas de reír, el alivio y el enfado porque la hubieran tomado por tonta.

—Deberías haber visto tu cara. —Paul volvió a reír—. Por un momento pensé que ibas a salir corriendo hacia el aeropuerto sin mirar atrás.

—La verdad es que estaba a punto de hacerlo... —Aby empezó a reír en el instante en que su cerebro se aseguró de que todo aquello solo había sido una broma y su cuerpo se relajó—. Entonces, y esta vez más te vale que vaya

en serio, ¿qué es lo que estás buscando?

Paul la miró, sus ojos tenían un brillo extraño cuando comenzó a hablar y, por primera vez, la sonrisa que siempre bailaba en su rostro, desapareció.

—Hay una leyenda sobre la última batalla que tuvo lugar en esta ciudad. Más concretamente sobre nueve de los caballeros que debían haber luchado en ella, pero no lo hicieron.

—Nunca he oído hablar de nada de eso —murmuró Aby, extrañada, mientras intentaba recordar si había leído algo, alguna vez, sobre lo que decía.

—No me extraña, no es algo que esté en los libros de historia. —Paul abrió la bolsa de cuero que colgaba de uno de sus hombros y sacó de ella su tableta. Toqueteó la pantalla un par de veces hasta dar con lo que buscaba antes de tendérsela—. Uno de mis antepasados estuvo aquí, en esta misma ciudad, cuando estaba rodeada por los sarracenos. Era apenas un niño y logró escapar en uno de los barcos que salieron del puerto con los últimos supervivientes. Él hablaba de nueve caballeros que abandonaron la ciudad en la oscuridad de la noche antes del último ataque. Los caballeros más valientes que huyeron siguiendo las órdenes del Gran Maestro de la Orden. Juraba haber entregado una carta a uno de ellos, Guillaume de Blois, con el mismísimo sello del Gran Maestro y que, aquel mismo día, cuando la luna se ocultó, los vio escabullirse e intentó seguirlos. Pero solo era un niño y no tardó en perderlos de vista en la oscuridad. Nunca más se supo de aquellos nueve hombres. Él afirmaba que fueron enviados a proteger algo, a evitar que los sarracenos llegaran a una habitación oculta en algún lugar de la fortaleza en la que guardaban algo muy importante, aunque nunca supo de qué se trataba exactamente. Es una historia que ha pasado de boca en boca a través de mi familia a lo largo de los siglos hasta que uno de ellos decidió ponerla por escrito.

Aby pasaba las páginas escaneadas de lo que parecía un antiguo diario en el que se narraba la historia que Paul acababa de contarle. Aquello olía demasiado a la búsqueda del Santo Grial y no acababa de convencerla.

—Sé lo que estás pensando y no. No creo que sea el tesoro de los templarios ni el cáliz de Cristo lo que se oculte aquí, pero quizás haya algo. Aunque solo sea el lugar de descanso de nueve caballeros que desaparecieron hace siglos. ¿No crees que ellos también merecen que su historia sea contada? —La mirada ansiosa en los ojos de Paul dejaba claro que no había nada en el mundo que pudiera hacerle cambiar de opinión.

—Eso suponiendo que haya una historia que contar —masculló Aby entre dientes—. Lo siento, Paul, pero no acabo de verlo. Según dices, tu antepasado era tan solo un crío, ¿cómo sabes que realmente vio lo que dice que vio?, ¿que esos caballeros realmente existieron?

—No lo sé —respondió serio —y precisamente por eso estamos aquí, para averiguarlo. Según él, huyeron por un pasadizo que partía de la torre. — Paul señaló la única que se mantenía en pie y Aby sintió un escalofrío.

—Encuétranos. —La maldita palabra volvía a repetirse en su mente y sus labios la pronunciaron en un susurro antes de que pudiera impedirlo. ¿Sería posible que...? No. Aquello era una locura.

—¿Qué has dicho? —Paul la miraba extrañado.

—Nada, solo estaba pensando. —Aby tomó la decisión en ese mismo instante—. Te ayudaré a buscar ese pasadizo, si es que existe.

¿Por qué no? Después de todo, no tenía nada que perder. Unas semanas en una ciudad exótica cargada de historia podían dar para mucho y, si no encontraban nada, serían como una especie de vacaciones pagadas. No solo eso, cobraría por ellas. ¿No sería genial?

«¿Y si encontramos algo?». La pregunta flotó en su mente unos segundos.

Si encontraban algo... bueno, con suerte dejaría de escuchar esa voz en su cabeza y podría dormir una noche del tirón sin echar el estómago por la boca al despertar.

Y ¿no sería eso fantástico?

Tiempo de Encontrar

El sonido de los tambores inundaba el aire, retumbando contra los muros de piedra y haciendo que el ambiente se volviera aún más pesado. El olor de la muerte se sentía en cada calle y rincón de la ciudadela fortificada. Las ratas, sabedoras de que el fin estaba cada vez más cerca, huían hacia el puerto, como si prefiriesen morir ahogadas a continuar con aquella desesperante espera que duraba ya demasiado tiempo.

Sus pies se pusieron en marcha, obligándose a sí mismo a caminar. Un paso tras otro, apenas un vistazo atrás para asegurarse de que sus compañeros le seguían.

A medida que se acercaban a la torre, el aire se volvía más denso. Sabía que aquella sensación no era real, el aire seguía siendo el mismo: húmedo, caliente, cargado de sudor, sangre y lágrimas y con el olor de la desesperación, ante la batalla perdida que abandonaban a sus espaldas, filtrándose en cada poro de su piel.

Tanteó la pared con ansiedad. No habían encendido antorchas, nada iluminaba su búsqueda ya que ninguno de ellos quería tener que responder a preguntas incómodas. Abandonar a sus hermanos en aquellos momentos, aunque fuera por cumplir órdenes, dejaba un regusto amargo en su garganta como solo la traición podía dejar.

Afinó sus oídos, atento al menor ruido, pero solo los tambores continuaban resonando. Una parte de él deseaba que los sarracenos decidieran poner fin a aquella amarga espera y atacaran en ese preciso instante. Nadie podría recriminarles entrar en la lucha si no les daba tiempo a abandonar la ciudad antes de que esta surgiera. Pero no tuvieron tanta suerte, o quizás el problema es que sí la tuvieron. Aquellos salvajes

decidieron darles una noche más de angustia, justo lo que necesitaban ellos para...

Sus dedos por fin tocaron el engranaje oculto y una ráfaga de aire helado abofeteó su rostro, cubriéndolo de un olor a rancio que le daba una idea bastante clara de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que alguien usó aquel pasadizo.

Con un gesto de su mano hizo que sus compañeros cruzaran el estrecho umbral. Descendieron por la escalinata de piedra que los llevaría hasta las mismísimas entrañas de San Juan de Acre. Lejos de sus hermanos, lejos de la batalla, lejos de la muerte.

O, quizás, directo a sus hambrientas fauces.

Aby abrió los ojos. Su pecho subía y bajaba con rapidez. Aún podía oír los tambores resonando en su cabeza, la sensación gélida del aire chocando contra su rostro, el olor a humedad y podredumbre en aquel pasadizo.

Se obligó a controlar su propia respiración mientras miraba a su alrededor. Otra vez no.

Conocía aquellas paredes de piedra demasiado bien. El mismo día que Paul le informó de sus verdaderos planes y aceptó unirse a él, ambos abandonaron sus preciosas y cómodas habitaciones de hotel y se trasladaron a una zona de la ciudad antigua. Un ala cercana al museo que se encontraba acondicionada como estancia para acoger a estudiosos y eruditos que viajaban hasta allí para conocer más sobre los últimos días de los Templarios.

En aquel momento le había parecido una opción práctica y una idea maravillosa que le permitiría pasar más tiempo entre aquellas rocas, recorriendo aquellas calles y, por supuesto, les facilitaría el trabajo evitando que aquella búsqueda inútil en la que había permitido que su jefe la embarcara, se dilatará más de lo necesario.

¿Cuándo dejaría de ser tan ingenua?

La primera noche, sus sueños habían cambiado. El hombre que siempre aparecía en ellos había desaparecido o, mejor dicho, todo parecía indicar que ella se había convertido en él. Le había llevado algún tiempo darse cuenta de aquello, pero en el momento en que despertó y se encontró de pie en el interior de la torre, supo que sus problemas no habían hecho más que empezar.

Llevaban tres noches allí y su sueño se había repetido cada una de ellas sin la más mínima variación. El sonido de los tambores, el desasosiego, la lucha interna entre el deber y el honor. La oscuridad de la noche y la premura

con la que recorrían aquellas estrechas callejuelas hasta llegar a la torre. La aspereza de las paredes bajo sus manos, mientras las recorría palmo a palmo en busca del engranaje oculto que les llevaría lejos de aquellos muros.

Aby inhaló con fuerza, obligándose a recuperar el control de su cuerpo y dejar de temblar.

—No deberías estar aquí.

La profunda y desconocida voz, resonó contra los muros de la torre, elevándose y causando que cada fibra de su cuerpo temblara de puro terror. Apretó sus párpados una vez más, mientras en su mente se repetía que no era real, que esa voz debía ser un eco perdido de sus sueños. Sus brazos se aferraron en torno a su cintura, apretándose, como si pudieran impedir que todo su cuerpo se desencajara haciéndola caer desmadejada en el frío suelo. Abrió los ojos, infundiéndose a sí misma un valor que no tenía, y su mirada recorrió las paredes a su alrededor, deteniéndose en cada sombra y recoveco, en busca del dueño de aquella voz.

—¿Qué buscas?

Las palabras resonaron a su espalda y Aby giró con brusquedad, intentando encontrarse cara a cara con quien fuera que le estuviese gastando aquella broma pesada. Porque tenía que ser eso: una broma, ¿verdad? Seguro que alguien la había observado caminar sonámbula las noches anteriores y le había parecido divertido reírse de ella.

Envolvió sus brazos a su alrededor aún más fuerte mientras intentaba controlar la sensación de temor que crecía en la boca de su estómago.

De repente, las sombras frente a sus ojos comenzaron a volverse más oscuras, a hacerse más densas; como si estuvieran reuniéndose. Frente a sus ojos, continuaron espesándose y moldeándose hasta dar forma al cuerpo de un hombre. Uno muy alto, si se le permitía decirlo.

Sus características fueron definiéndose poco a poco y, bajo la escasa luz que proporcionaban las tenues antorchas eléctricas que imitaban la antigua iluminación, pudo distinguir un rostro de rasgos duros. Mandíbula cuadrada, pelo rapado casi al uno, nariz recta y unos ojos de un intenso color verde que parecían refulgir en la oscuridad.

El... ¿hombre?, dio un paso al frente y Aby retrocedió otro en un acto reflejo.

Completamente vestido de negro —¿o eran las sombras lo que cubrían su cuerpo?— dio un paso más hacia ella.

—Responde —gruñó sin apartar sus extraños ojos de los de Aby.

El temblor de su cuerpo aumentó, mientras se preguntaba cómo era posible que una sola palabra pudiera sentirse como una oleada de energía que la impelía a responder.

—¿Qué es lo que buscas, mujer?

—Y-Y-Yo sss-ssso-sssolllo... —su voz temblaba al mismo ritmo que su cuerpo, impidiendo que las palabras salieran de sus labios con sentido. Aby respiró hondo y dejó que sus nervios salieran con su respuesta, diciéndolo todo de un tirón casi sin respirar—. No sé lo que hago aquí. Estaba durmiendo en mi habitación, teniendo uno de mis extraños sueños, como cada noche y, de repente, desperté aquí. No era mi intención molestar, ni inmiscuirme en lo que sea que usted esté haciendo. Será mejor que vuelva a mi habitación, no le diré a nadie que le he visto, lo juro. De todos modos, probablemente aún siga durmiendo y esto no sea más que otro de los extraños giros que dan mis sueños. Ojalá pudiera librarme de ellos.

Mientras vomitaba las palabras apresuradamente, Aby fue caminando de espaldas hacia la puerta a pequeños pasos, intentando poner distancia entre ella y el desconocido; con el único objetivo en su mente de salir de allí. Echó un vistazo a su espalda, apenas unos pasos la separaban del arco sobre el cual brillaba un pequeño letrero con la palabra *exit* escrita en letras mayúsculas. Cuando volvió a mirar hacia el frente, el rostro del desconocido estaba muy cerca del suyo. Tanto, que podía sentir el pausado ritmo de su respiración sobre su cara y el fresco aroma a hierba y bosque que desprendía.

Aby tragó con fuerza y retrocedió un paso más. La mano de él se aferró a su brazo desnudo, apretándolo con fuerza e impidiéndole seguir retrocediendo. Ella se revolvió, intentando librarse de su agarre. No iba a morir allí, a manos de un loco sicópata surgido de las sombras.

—*Retrouvez nous.*

Las palabras salieron de los labios del desconocido con un tono sorprendido, al tiempo que sus ojos se ampliaban, observando a Aby como si la viera por primera vez. El agarre sobre su brazo se fue suavizando hasta casi convertirse en una caricia.

«Encuétranos». Oír esa palabra hizo que Aby se paralizara. La había pronunciado en francés, con un acento ligeramente extraño, que sonaba antiguo. Parpadeó, sin poder apartar la mirada de aquel hombre que la observaba con curiosidad y... ¿alivio?

Sin más, la soltó y se volvió sobre sus pasos, directo hacia una de las paredes.

Aby sabía que era el momento, la oportunidad de escapar de allí, de él. Regresar a su habitación, atrancar la puerta y esperar a que amaneciese escondida bajo la cama si era necesario. Pero una extraña fuerza la impulsó a seguirle, a acercarse hasta el punto en que él se había detenido, observándola, como si esperase a que tomara la decisión de ir hacia allá por sí misma.

El primer pasó fue dubitativo, al segundo le siguió el tercero sin darle oportunidad de pensar y, antes de darse cuenta, estaba junto al desconocido, observando la pared de piedra y esforzándose por acallar las advertencias de su subconsciente sobre sicópatas asesinos y mujeres estúpidas que caían en sus redes por no huir cuando aún estaban a tiempo.

Los dedos del oscuro hombre acariciaron la piedra con decisión, reconociendo cada borde y arista como si no fuera la primera vez que lo hacía, hasta llegar a una pequeña junta entre dos de las rocas. Con un par de manotazos, apartó el polvo y la suciedad acumulada con el paso de los años, clavó los dedos en la junta y tiró de la piedra inferior con fuerza haciendo que se desplazara. Ni su respiración ni su cuerpo mostraron la más mínima señal de esfuerzo, a pesar de que Aby estaba segura de que aquella roca debía pesar lo suyo. Con un par de tirones más la piedra estaba totalmente retirada, dejando a la vista un oscuro pasaje. Al asomarse, Aby sintió el aire frío sobre su piel y el olor a cerrado; las mismas sensaciones que en su sueño, y un escalofrío recorrió su cuerpo.

—Llevamos mucho tiempo esperándote —murmuró el hombre junto a ella—. Encuéntranos —dijo, invitándola a entrar en el oscuro túnel con un gesto de su mano.

El fortísimo tirón que sintió Aby desde lo más profundo de sus entrañas, impeliéndola a entrar en aquel tenebroso pasaje, hizo que recobrarla la poca cordura que parecía quedarle. Echó un último vistazo a la oscuridad, inhalando el olor espeso y desagradable. Miró al hombre que permanecía a su lado, con actitud calmada y una tranquila sonrisa en los labios, y... huyó.

Corrió hacia la puerta con toda la velocidad que sus piernas le permitían sin mirar atrás ni una sola vez. Sintió cómo las pequeñas piedras del camino se clavaban en la planta de sus pies desnudos y continuó corriendo. Su pijama se pegaba a su cuerpo por el sudor y la humedad de la noche, podía sentir las

gotas resbalando por su espalda. Pero no paró hasta llegar a su habitación.

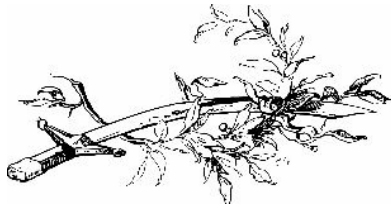
Cerró la puerta y colocó el único mueble de la estancia contra ella. Aunque aquel ser había aparecido de las sombras, ¿y si...? Se apresuró a encender todas las luces de la habitación, usó la linterna de su teléfono móvil para alumbrar aquellos rincones a los que no llegaba y se acurrucó sobre la cama, con la espalda apoyada en el cabecero y la vista fija en el armario que cubría la puerta de entrada.

—Despierta, Aby, tienes que despertarte —murmuró para sí misma.

Se pellizcó el brazo, en un vano intento de convencerse de que aún seguía en uno de sus sueños, y el dolor hizo que diera un respingo. Respiró, intentando controlar las lágrimas. ¿Y si se estaba volviendo loca?

—*Retrouvez nous.*

La palabra resonó en su cabeza, pronunciada por una voz que reconocería en cualquier parte y que, por primera vez, lejos de tranquilizarla, solo consiguió que llorara con más fuerza. ¿Qué demonios estaba pasando? Y ¿por qué a ella?



Hugo observó a la pequeña mujer correr despavorida y por un instante pensó en seguirla, pero apartó la idea de su mente. La chica parecía realmente aterrorizada y, si había entendido bien las señales, la necesitaba. Llevaba tanto tiempo esperando...

Pegó su espalda a la pared y dejó que su cuerpo se difuminara, fundiéndose con las sombras, para salir al otro lado de la torre. La noche estaba despejada mostrando un cielo cuajado de estrellas y una luna a la que le faltaba muy poco para estar llena. Una media sonrisa se coló en sus labios al recordar la expresión en el rostro de la mujer cuando su cuerpo se había materializado de entre las sombras.

Llevaba siglos vigilando aquella entrada. Cada noche, se escondía en la oscuridad y observaba la entrada oculta en la que comenzaba el camino que llevaba hasta sus hermanos dormidos. Él velaba sus sueños, esa era su obligación. Después de todo, lo que sucedió aquella noche había sido culpa

suya o quizás esa sensación venía del hecho de que él había vivido mil vidas mientras ellos permanecían convertidos en piedra.

Un grito de mujer, el último sonido que había salido de los labios de Nahid, retumbó en su mente y el nudo de culpa se apretó más fuerte en torno a su corazón. En todos aquellos años, siglos más bien, no había conseguido olvidar su rostro ni la sensación de vacío al ver cómo exhalaba su último aliento.

Apartó los dolorosos recuerdos y se centró en la extraña mujer.

Había aparecido por primera vez dos noches antes. Entró en la torre con andares decididos y recorrió con sus manos, palmo a palmo, cada centímetro de la pared en la que se ocultaba la entrada. Hugo estuvo tentado de detenerla cuando sus dedos se aproximaron al resorte bien escondido, hasta que se percató de sus ojos cerrados y su respiración irregular. ¿Estaba dormida?

Cuando abrió los ojos y miró a su alrededor con una mezcla de sorpresa y confusión en su mirada, Hugo obtuvo su respuesta y la dejó marchar. Pero la noche siguiente volvió a aparecer y a repetir cada uno de sus movimientos. Salvo que, en aquella ocasión, de sus labios salía una y otra vez la misma palabra «encuétranos» y, cada vez que la pronunciaba, un escalofrío recorría a Hugo de los pies a la cabeza. ¿Qué era lo que pretendía encontrar? ¿Estaban sus hermanos en peligro?

La tercera noche estaba esperándola cuando apareció. Pero sus pasos no habían sido decididos y seguros, sino dubitativos y renuentes, como si se dirigiera a un lugar al que no quería ir. Con la cabeza encogida entre sus hombros y las manos colocadas como si sujetara un pesado manto en torno a su cuerpo, sus gestos y miradas huidizas a su espalda le resultaron tan familiares que, si en aquel momento su cuerpo no hubiese estado difuminado entre las sombras, probablemente cada uno de sus músculos se habría tensado en alerta.

Caminó directa hacia el punto en que se encontraba la entrada al pasadizo y sus dedos comenzaron a trazar las juntas entre las rocas como si realmente supiera lo que estaba buscando. Sintió, más que vio, el momento en que su cuerpo se tensó, como si estuviera al borde de un precipicio sabiendo que la única opción era saltar.

Hugo se movió entre las sombras, acercándose a ella, dispuesto a impedir que, sumida en su extraño trance, encontrara el secreto que llevaba protegiendo tanto tiempo.

Por primera vez la observó de cerca. Pelo rojo, largo y liso que caía sobre sus hombros como una cascada, tez blanca de apariencia suave y un rostro cuajado de pecas. Sabía que tenía los ojos claros, de un azul casi verdoso, porque se había fijado en ellos las noches anteriores. Su boca estaba torcida en un gesto extraño que deformaba sus llenos labios y su fina mandíbula tenía una pose decidida que le hacía pensar que aquella mujer, aparentemente frágil, ocultaba un núcleo duro como el acero.

Dio un paso atrás, empujándose aún más entre las sombras, cuando la chica se revolvió y sus largas pestañas comenzaron a parpadear sobre sus ojos. Estaba despertando.

Probablemente podría haberla dejado marchar sin más, como las dos noches anteriores, pero aquella vez había estado demasiado cerca. Sabía cosas que no debería saber y él tenía la obligación de proteger a sus hermanos.

Dejó que su voz brotara de las sombras. En aquel estado, aun sin tener una boca física, hacía tiempo que descubrió que podía hablar. Aunque era una sensación extraña ya que parecía que su voz surgía de cada rincón de la oscuridad en que se ocultaba.

—No deberías estar aquí.

Y era cierto. Nadie debería conocer el secreto que ocultaba aquella torre. El último de los que lo habían conocido murió hacía ya muchos siglos.

Los ojos de la mujer se ampliaron, asustados, mientras recorrían las sombras que rodeaban la estancia. Jamás podría verle. No mientras él no quisiera mostrarse.

—¿Qué buscas?

En esa ocasión, dejó que su voz sonase a la espalda de ella. Confundiéndola.

La mujer giró asustada y continuó escrutando las sombras. Unas palabras murmuradas se deslizaron de sus labios.

—No es real. No es real. No es real.

Hugo sonrió, regodeándose en el terror que salía del cuerpo de la mujer como oleadas. No disfrutaba atemorizando a una dama indefensa, pero era necesario. Alguien aterrorizado no volvería al lugar que le causaba temor.

Tiró de cada una de sus moléculas esparcidas entre las sombras, para recuperar su forma corpórea lentamente. No recordaba en qué momento había conseguido ser capaz de hacer aquello, pero no podía negar que era un truco bastante útil que le permitía ocultarse a placer.

Útil, sí, pero también doloroso.

Podía sentir cómo cada una de sus células se reunía, enlazándose con la siguiente, para dar forma a cada uno de sus órganos. Dejó que las sombras se espesaran a su alrededor, sin apartar la vista de la intrusa que observaba con asombro cómo la negrura se hacía más densa, formando brazos, piernas y un torso, que parecían estar hechos de pura oscuridad. Durante un instante, Hugo temió que se desmayara.

Dejó que los rasgos de su rostro se fueran mostrando y echó mano de otro de sus trucos, manteniendo su cara en la oscuridad y dejando que solo sus ojos refulgieran entre las sombras.

Hugo dio un paso al frente y ella retrocedió otro en respuesta.

—Responde. —Imprimió en esa sola palabra toda la energía que tenía en su cuerpo, convirtiéndola en una orden ineludible—. ¿Qué es lo que buscas, mujer?

Ella comenzó a tartamudear. Su voz temblaba tanto como su cuerpo y, por un instante, temió que se desmontara en pequeñas piezas sobre el suelo.

Para su sorpresa, la pequeña mujer elevó el rostro mirándolo fijamente a los ojos, tomó aire y, armándose de valor, comenzó a hablar. Pero, junto a cada palabra, daba un paso en dirección a la salida, algo que Hugo no estaba dispuesto a permitir hasta que tuviera todas las respuestas que esperaba.

Aprovechó el momento en que ella echó la vista atrás fugazmente, supuso que calculando la distancia que la separaba de su tan ansiada huida, para acercarse a ella. Una de las ventajas de moverse con las sombras era que estas le proporcionaban una velocidad extrema; de manera que, en un simple parpadeo, estaba frente a ella.

Pudo ver cómo tragaba al percatarse de su cercanía y sintió el momento en que sus piernas se tensaron, preparándose para la huida. Su mano voló hacia el brazo de la mujer, dispuesto a retenerla hasta que contestara a cada una de sus preguntas.

Hugo se quedó petrificado ante el primer contacto. Una voz que hacía demasiado tiempo que no escuchaba resonó en su cabeza. La de un hombre al que había confiado su vida y que él mismo había llevado a la muerte. O, al menos, a algo que se le asemejaba bastante.

—*L'heure s'approche, Hugo, et elle c'est la clé. Guide-la. Aide-la. Retrouvez nous.*^{[li](#)}

La última palabra resbaló de sus labios sin poder reprimir su asombro.

—*Retrouvez nous.*

Cientos de preguntas se agolparon en su mente. Observó a la mujer con una mezcla de asombro y alegría, pero también temor. Había llegado el momento de reencontrarse con sus hermanos, pero aquello no podía significar nada bueno.

Aun así, había recibido una orden.

Con una sonrisa en los labios, anhelando recuperar a sus compañeros, soltó a la mujer y retrocedió hacia el punto en la pared en que se encontraba su mayor secreto. Volvió la vista para asegurarse de que ella le seguía los pasos y deslizó sus dedos por las rocas, que encontraron la ranura oculta sin dificultad.

Después de un par de tirones, la piedra cedió, dando paso a la escalera oculta que los llevaría a las profundidades de la antigua ciudadela y, desde allí, al lugar donde descansaban sus hermanos.

El aire frío con olor a cerrado salió del agujero llenando su mente de recuerdos. El momento se acercaba. La hora en que podría resarcirse de sus errores y conseguir el perdón. El recuerdo de Nahid llenó su mente. Ella era la que más había perdido aquella noche. Quizás, cuando todo hubiera acabado, volvieran a encontrarse y él podría...

Apartó el pensamiento y, obligándose a regresar al presente, miró a la mujer a su lado.

—Llevamos mucho tiempo esperándote —murmuró—. Encuéntranos.

La última palabra la acompañó de un gesto de su mano con el que la invitaba a cruzar el umbral y comenzar a descender por las escaleras. Pero, en lugar de entrar, la mujer miró una sola vez a la oscuridad y huyó.

Hugo se quedó paralizado, observando cómo la esperanza de sus compañeros, sus hermanos, y la suya propia, salía corriendo a través de la puerta alejándose de su destino. Quiso correr tras ella, pero la voz de Guillaume en su mente lo detuvo.

—*Tranquille, mon frère. Elle reviendra et tu devras la guider.*^[iii]

Apretó los puños con fuerza y asintió en silencio. Lo haría bien. Ayudaría a aquella mujer a cumplir su misión y volvería a encontrarse con sus hermanos. La cuestión era cómo hacerlo. Probablemente, al amanecer ella se habría convencido de que todo aquello no había sido más que un sueño.

Un plan comenzó a formarse en su mente. Al fin y al cabo, las cosas siempre son más reales bajo la luz del sol.

Tiempo de Confiar

La mañana encontró a Aby acurrucada contra el cabecero de la cama en una postura bastante incómoda. Estiró los brazos y movió varias veces el cuello intentando librarse de la tensión provocada por la posición en la que se había quedado dormida.

Sonrió mientras lo hacía —menudo sueño extraño había tenido—, pero el gesto se heló en su cara cuando su vista fue a parar al armario que bloqueaba la puerta de entrada a su dormitorio. El recuerdo de unos ojos verdes, brillantes, casi irreales e inhumanos, rodeados por unas sombras densas que se agrupaban formando brazos y piernas hasta dar lugar a un hombre alto, muy alto, le causó un escalofrío.

Entonces... ¿no lo había soñado?

Tenía que haberlo hecho, ¿desde cuándo los hombres se formaban a partir de la oscuridad? Probablemente su imaginación le había jugado una mala pasada y, teniendo en cuenta los extraños ataques de sonambulismo de los últimos días, lo más seguro es que se hubiera levantado en sueños y... ¿hubiese arrastrado el armario para bloquear la puerta? Resopló poco convencida.

Echó un último vistazo a la poco ortodoxa ubicación del mueble y se dirigió al baño con paso decidido. Quizás después de una ducha las cosas parecieran menos... extrañas.

Llegó tarde a la sala donde desayunaban cada mañana. Paul ya estaba sentado, dando buena cuenta de su café, junto a Samir Cohen, el director del complejo histórico. Un tercer hombre los acompañaba a la mesa.

Desde la entrada, todo lo que Aby podía percibir era una amplia espalda, cubierta por una camiseta negra, y un corte de pelo estilo militar muy apurado.

—¡Aby! —Paul, como el educado caballero inglés que era, se levantó al verla entrar—. Espero que tu retraso no sea debido a una mala noche.

Quiso echarse a reír por lo acertado del comentario, pero logró controlarse.

—Demasiado calor para una londinense, Paul —respondió con una sonrisa educada.

—Le apuesto lo que quiera a que, cuando lleve aquí un par de semanas, no querrá volver a Londres, señorita Stevenson. ¡Está usted en el paraíso!

La risa de Samir, profunda y viril, parecía más propia de un hombre joven que de un anciano de casi setenta años, cuando llenó el aire. Aby no pudo evitar acompañarle; aquel hombre tenía ese aire de abuelito bonachón y dulce que le provocaba una infinita ternura.

La carcajada se quedó atrapada en su garganta cuando se encontró frente a unos ojos iguales a los que había visto la noche anterior. El desconocido se había girado para mirarla, con una enorme sonrisa en sus labios carnosos y una mirada divertida que hacía aún más brillante el color verde de sus ojos.

Durante un instante, Aby sintió que se quedaba atrapada en ellos mientras revivía en su mente el momento en que las sombras se agruparon para dar forma a un hombre muy parecido al que ahora se encontraba frente a ella, tomando un distendido desayuno con su jefe y Samir.

—Aby, te presento a Hugo O'Neill —Paul hizo un gesto con su cabeza, señalándola —y esta es la señorita Aby Stevenson, nuestra experta en la Orden del Temple.

—Estoy seguro de que se llevarán muy bien —intervino Samir—. El señor O'Neill, además de uno de nuestros mayores benefactores, es toda una eminencia en todo lo referente a los últimos años de los templarios.

El aludido se puso en pie y caminó hacia ella con una sonrisa en los labios y la mano extendida. Aby tuvo que esforzarse y obligarse a sí misma a no retroceder. O, más bien, a no salir corriendo despavorida hacia su habitación, gritando como una loca.

Carraspeó, rogando porque la voz saliera a través del nudo que se había

formado en su garganta, y le devolvió el saludo tomando su mano.

—Encantada de conocerle, señor O'Neill.

Un escalofrío recorrió su cuerpo cuando los fuertes dedos se cerraron en torno a su mano, mucho más pequeña y que parecía haberse quedado helada.

—Hugo, por favor. Es un placer conocerla... ¿puedo llamarla Aby?

La palabra que comenzaba a odiar con todas sus fuerzas volvió a resonar en su mente. Soltó la mano, que aún le sujetaba, como si le hubiera dado un calambrazo y dio un paso atrás, aturdida.

—Eh... sí, claro, Aby está bien —respondió aún distraída por la impresión.

Paul se acercó a ellos sin parar de hablar sobre la interesante conversación que estaban manteniendo antes de que ella llegase, la acompañó a su asiento y retiró la silla. Todo sin apartar su mano de la parte baja de la espalda de Aby, en uno de sus múltiples gestos caballerosos que comenzaban a ponerla de los nervios.

Los tres hombres continuaron hablando mientras ella se centraba en tomarse su café sin poder evitar mirar de reojo a Hugo O'Neill cada pocos segundos. Conforme más lo miraba, más convencida estaba de que era el mismo hombre que había surgido de las sombras en la torre la noche anterior.

«*Ayez confiance en lui, Aby. Retrouvez nous*». [*\[iii\]*](#)

Una vez más, la voz surgió en su mente sin ser invitada y la impresión casi hizo que escupiera el café. Escucharlo en sueños era una cosa, pero que se metiera en sus pensamientos durante las horas de vigilia resultaba, cuando menos, incómodo. Por no decir preocupante. ¿Se estaría volviendo loca?

Su atención regresó a Hugo, que le devolvió la mirada con una sonrisa y un asentimiento. Como si él también hubiera escuchado las palabras y quisiera confirmarle su veracidad.

—Entonces, ¿estás de acuerdo con que empezemos por la torre? —preguntó Paul en aquel momento, sacándola de sus pensamientos.

—Me parece el lugar más adecuado para encontrar un pasaje oculto. —Hugo respondió mirando de reojo a Aby.

—¡Vamos allá, entonces! ¿Te parece bien, Aby?

Dio el último trago a su café mientras se ponía en pie y asentía con la cabeza. No había informado a su jefe sobre sus actividades nocturnas ni había dicho una palabra acerca de su repentino sonambulismo que, noche tras noche,

la llevaba precisamente a aquel punto y dudaba que ese fuera el momento para hacerlo.

La torre era el lugar idóneo para buscar. Al fin y al cabo, ella ya había visto el pasaje oculto. Miró al alto hombre que presidía la marcha y no pudo evitar preguntarse cómo pretendía explicar el hecho de que supiese exactamente dónde estaba la entrada.

A pesar de que era primera hora de la mañana, el sol ya calentaba lo suficiente y Aby se alegró de haberse puesto unos pantalones cortos y una camiseta sin mangas, junto con las botas. Quizás se le acabaran cociendo los pies, pero ni tenía ganas de explicar las heridas que se había hecho la noche anterior, ni estaba dispuesta a arriesgarse a que empeoraran llevando sandalias.

El camino a la torre lo hizo en silencio. Samir se había despedido de ellos al salir de la sala donde habían desayunado para dirigirse a su despacho, argumentando que tenía mucho papeleo pendiente y varios grupos de visitantes a los que atender. Paul y Hugo mantenían una animada conversación en la que su jefe volvía a contar la historia de su antepasado durante la caída de Acre. Aby se limitaba a escuchar, preguntándose cómo era posible que, con lo que le había costado confesarle a ella los verdaderos motivos tras la supuesta excavación, se los dijera con tanta ligereza a alguien que acababa de conocer.

—Pues... ¡aquí estamos! ¿Por dónde deberíamos empezar? —preguntó Paul cuando llegaron a la torre, que había sido previamente cerrada a las visitas por orden de Samir.

—No sabría decirte, Paul. ¿Qué opina usted, Aby? —Hugo volvió la mirada hacia ella y le guiñó un ojo cómplice.

¿Así que ese era su plan? ¿Actuar como si no supiera exactamente dónde se encontraba la entrada? Aby recorrió las paredes de la torre con su mirada y, las sombras que se amontonaban en las zonas a las que la luz del sol no llegaba, devolvieron a su mente los recuerdos de la noche anterior. Miró temerosa a Hugo, cuyos ojos permanecían clavados en unos turistas que parecían haberse saltado la señal de «prohibido el paso» colocada en la entrada, y en cuya presencia no había reparado hasta aquel momento.

—¿Qué hacen ustedes aquí? —bramó Paul al verlos—. ¿Es que no han visto las señales que indican que esta área es de acceso restringido?

Ninguno de los tres hizo el menor gesto de reconocimiento ante las preguntas del jefe de Aby ya que, junto a Hugo, los cuatro parecían muy

concentrados en una especie de duelo de miradas.

A pesar de que en el rostro de ninguno de ellos se apreciaba la menor señal de reconocimiento, Aby podía sentir como si una corriente de energía fluyera entre los cuatro, haciendo que los vellos de sus brazos se pusieran de punta.

—*Retrouvez nous.*

La voz volvió a sonar y, en esa ocasión, Aby habría jurado que no se oyó solo en su mente.

—¿Quién ha hablado? —El tono asustado en la voz de Paul despejó sus dudas.

¿Cómo se llamaban esas alucinaciones que se producían en grupo? ¿Era posible que hubiese contagiado a su jefe?

En aquel momento, los cuatro hombres se movieron como uno solo, dirigiéndose con paso firme al punto exacto de la pared en el que se encontraba la entrada al pasadizo. Paul retrocedió hasta colocarse junto a ella.

—¿Qué está pasando? —preguntó casi en un susurro al tiempo que se agarraba a su brazo.

Aby se limitó a encogerse de hombros, sin apartar la vista de los tres desconocidos que, junto a Hugo, tiraban de la piedra que cubría el acceso a las escaleras ocultas.

Aunque los cuatro parecían moverse como si fueran uno solo, no podían ser más diferentes entre sí. Uno de ellos vestía un traje de tres piezas que debía costar una pequeña fortuna. Alto, aunque no tanto como Hugo, y delgado, con el pelo oscuro recogido en un moño cuidadosamente deshecho y una barba perfectamente recortada, parecía alguien salido de una revista de moda más que un hombre dispuesto a ensuciarse las manos arrastrando una roca.

El segundo podía definirse como «compacto». Era el más bajo de los cuatro y, aun así, debía medir más de metro ochenta. Su anchura delataba una musculatura más que desarrollada que quedaba a la vista por la camiseta sin mangas que llevaba puesta. Muslos y piernas fuertes, cubiertas por un pantalón vaquero de color negro con rotos en las rodillas, y unas botas de motorista del mismo color.

El último de los desconocidos era el más alto de todos y debía rondar los dos metros. Con el pelo rubio oscuro en un corte desaliñado que llegaba casi a sus hombros, vestía una camisa azul remangada hasta los codos y unos pantalones beis, junto a unos zapatos clásicos marrón oscuro. Su cuerpo

delgado parecía más fibroso que musculado, más parecido al del primer desconocido que al de Hugo o el motero.

Mientras ella se entretenía en observarlos, habían logrado apartar la roca, se habían colocado a ambos lados de la entrada y la miraban como si estuvieran esperando...

—*Retrouvez nous.*

La voz sonó aún más clara y los dedos de Paul se clavaron con fuerza en torno a su brazo.

Sin poder resistirse, Aby comenzó a caminar hacia la oscura entrada, incapaz de oponerse a la llamada que se repetía en su mente como un cántico.

—Aby, para, ¿dónde vas? —Paul tiraba de ella, intentando detenerla.

—¿No era esto lo que querías? ¿Encontrar el pasaje oculto? —respondió sin mirarle ni detenerse.

—Sí, pero... Todo esto es muy extraño, Aby, deberíamos...

—Camina o apártate. —El motero gruñó las palabras con los ojos clavados en su jefe y Aby pudo sentir el temblor que recorrió el cuerpo de Williamson a través de la sujeción de su brazo.

Paul la soltó, con los ojos abiertos como platos y visiblemente asustado, y ella continuó caminando hacia la entrada.

El olor a cerrado era un poco menos intenso que la noche anterior. El motero se colocó a su lado, chasqueó los dedos y las antorchas que recubrían las paredes del pasadizo comenzaron a arder.

Una pequeña porción de la mente de Aby era consciente de que aquello no era normal y de que, probablemente, debería estar muerta de miedo y llamando a su madre entre enormes lágrimas. Pero la voz continuaba en su cabeza. La misma que llevaba oyendo desde hacía meses, la que pertenecía al hombre que habitaba en sus sueños desde que tenía memoria y que, por alguna extraña razón, sabía que la esperaba al final de aquel túnel.

Cogió aire con fuerza, cuadró los hombros y dio un paso hacia el interior del pasadizo. Si hacía caso a todas las películas de terror que había visto durante su adolescencia, seguramente estuviera caminando hacia su muerte, pero ¿qué más daba morir si ya estaba loca de todos modos?

Tiempo de Despertar

Aunque dejó que Aby fuera la primera en entrar en el pasadizo, Hugo no tardó en pasar delante de ella. El aire se sentía extraño y su cabeza estaba a punto de explotar. Desde que había visto a los tres hombres en la torre era como si su mente estuviera luchando contra ella misma, intentando recuperar unos recuerdos que estaban demasiado bien enterrados. Las imágenes se entremezclaban, pero eso era lo de menos.

La sensación de familiaridad, el flujo de energía que se había establecido entre los cuatro, como si sus cuerpos reconocieran aquello que sus mentes eran incapaces de entender... y la misma voz que había sonado una vez más en su cabeza, instándole a reconocer a sus «hermanos».

El aire se volvió aún más denso conforme bajaban por la estrecha escalera. La mano de Aby se aferraba a su espalda mientras caminaban despacio bajo la tenue luz de las antorchas. Cada uno portaba una en sus manos, proporcionando la única iluminación del camino.

Anduvieron varios kilómetros acompañados tan solo por el sonido de sus pasos y sus respiraciones entrecortadas. Ninguno habló. Hugo estaba demasiado concentrado intentando comprender la extraña sensación de familiaridad que se mezclaba con los destellos de imágenes que se colaban en su mente.

Él siempre había conocido la existencia de aquel pasaje, el secreto que guardaba, pero los recuerdos eran confusos. Solo la imagen de Nahid

exhalando su último aliento y la de sus hermanos convirtiéndose en piedra como castigo, habían permanecido en su mente.

Echó un vistazo sobre su hombro y se encontró con los ojos oscuros del hombre trajeado que había aparecido en la torre. Sonrió y asintió, como animándole a continuar. Una sensación cálida ocupó su pecho, una parte de él conocía a aquel hombre, igual que a los otros dos, y sabía que habían compartido una parte de sus vidas. No recordaba sus rostros ni sus nombres, pero sabía que eran... hermanos. Tanto como los que habían permanecido convertidos en piedra durante siglos, aguardando aquel momento.

Una ráfaga de aire cálido le indicó a Hugo que se encontraban próximos a la salida y frenó el avance de Aby y los demás con su brazo. Viejos tablonos de madera cubrían un agujero excavado en la roca. A través de las grietas, se vislumbraba un denso follaje que, probablemente, había mantenido oculta aquella entrada.

El material, deteriorado por el paso de los años, cedió con facilidad bajo sus manos. El sol estaba alto cuando salieron al exterior, en una pequeña colina próxima a la ciudad. La mirada de Hugo se perdió en las vistas, mientras los recuerdos de una noche oscura y el resonar de los tambores invadía con fuerza su mente.

Intercambió miradas con los tres hombres, sus hermanos, que, al igual que él, mantenían un gesto serio. Sintió cómo algo tiraba de él hacia un pequeño sendero semioculto que bajaba por la empinada ladera.

—¿Y ahora qué? —Paul habló por primera vez—. Un pasaje oculto que lleva a mitad de la nada. ¡Menudo descubrimiento! —La decepción goteaba de cada una de sus palabras.

—Ahora continuamos —respondió tajante el motero, asesinándole con la mirada, antes de indicar a Hugo con un gesto que encabezara la marcha.

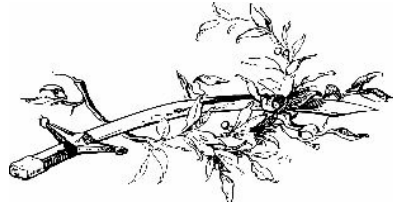
Sus pies resbalaban en el camino pedregoso, pero no dudó ni por un instante la dirección que debía seguir. Con la mano derecha sujetaba la de Aby para evitar que esta se despeñara, mientras descendían lentamente. En su mente, el sol dio paso a la luna, transportándolo muchos años atrás, a una noche en la que el sonido de los tambores se acompañaba con el latido de su corazón.

Al llegar a la entrada de la primera cueva se detuvo, inseguro. El presente se había impuesto a sus recuerdos y, de repente, no sabía a dónde ir. Miró a su alrededor, buscando algo que activara su mente, que le indicara el camino.

—¡¡Aby!! ¡¡Espera!!

En su duda, había soltado la mano de la mujer y esta corría hacia la siguiente entrada como si su vida dependiera de ello.

—¡¡Están aquí!! ¡¡Puedo oírle!! —gritó antes de desaparecer en la oscuridad del interior de la gruta.



Aby sabía que todo era demasiado extraño, cierto, pero hacía tiempo que había dejado de preguntarse acerca de su cordura. En el momento en que dio el primer paso en el interior del pasaje oculto supo que ya no había marcha atrás. Quizás nunca la había habido. Al menos no desde que aquel hombre apareció por primera vez en sus sueños.

Había seguido a Hugo aferrándose a su espalda, con los ojos cerrados, literalmente. Odiaba la oscuridad y los lugares estrechos, pero esa no era la razón por la que sus párpados se habían bajado.

Podía verle. A él. En su mente. No decía nada, solo estaba ahí, mirándola, con la mano tendida hacia ella, pidiéndole en silencio que la tomara, que le encontrara. Y ella quería hacerlo más de lo que había querido nada en su vida. Lograr aferrar aquella mano era todo en lo que podía pensar.

Cuando salieron a la luz del sol, la imagen desapareció de su mente. Tuvo que parpadear un par de veces y obligarse a sí misma a mantener los ojos abiertos.

Las vistas de la ciudad desde aquel lugar eran realmente hermosas, pero ella solo podía recorrer los alrededores con la mirada una y otra vez, buscándole.

Las palabras bruscas de Paul dieron voz a sus pensamientos. ¿Dónde estaba? ¿No se suponía que el pasadizo la llevaría a él? Entonces, ¿por qué estaban de pie en lo alto de una colina, rodeados de árboles y maleza?

En el momento en que Hugo retomó la marcha, ella comenzó a seguirle sin siquiera pararse a pensar. Estaba ansiosa, la sensación de premura hacía que la adrenalina corriera por sus venas como si estuviera participando en una

maratón.

Se aferró con fuerza a la mano derecha del hombre mientras descendían paso a paso por el estrecho sendero que bajaba la empinada ladera. Quería correr, pero sabía que no era seguro y se forzó a sí misma a poner cuidado en cada paso, reteniendo su prisa.

Al llegar frente a la entrada de una especie de cueva, Hugo se detuvo, inseguro, pero la ansiedad de Aby solo aumentó. La palabra comenzó a repetirse en su mente con más fuerza y podía sentir cómo unos hilos invisibles tiraban de ella, instándola a apresurarse. La llamada a encontrarles era cada vez más urgente y sus pies comenzaron a correr antes siquiera de que ella les hubiera dado la orden.

A escasos metros se encontraba la entrada de una segunda gruta. Ni dudó ni esperó a que la alcanzara ninguno de sus acompañantes. Se lanzó hacia el interior sin pensarlo un segundo y continuó corriendo a pesar de la oscuridad y lo angosto del recorrido; centrándose únicamente en la voz que insistía en su mente y que, con cada paso, sonaba más cerca.

El aire a su alrededor se hizo pesado, como si se estuviera haciendo más denso, dificultando su avance. Se centró en la voz, la calidez que desprendía, la necesidad en su ruego; cuando una sensación inexplicable de terror amenazó con helar la sangre en sus venas.

Se obligó a dar un paso tras otro y a apartar de su mente el pánico y el dolor que se habían colado sin saber de dónde. Tenía que llegar a él. Tenía que encontrarlos. Quizás entonces, su vida podría comenzar a ser normal. Quizás entonces pudiera comprender el porqué de los sueños que la habían acompañado desde su infancia.

Luchó contra un muro invisible para poder dar el último paso y adentrarse en una cámara amplia y circular. Antorchas iluminaron la estancia, encendiéndose de repente. No iba a preocuparse por eso, no en aquel momento. No cuando, frente a ella, las estatuas inclinadas de cinco templarios rodeaban un cofre de piedra de un color rojo tan oscuro que parecía negro.

Su respiración acelerada se bloqueó en su garganta. Los había encontrado. Recorrió las estatuas con la mirada una y otra vez, esperando... algo.

El corazón le latía con tanta fuerza que parecía que fuera a salirse del pecho. La voz en su cabeza se había callado y un silencio atronador, que le producía ganas de gritar, ocupaba su mente. Las figuras de piedra permanecían allí, inmóviles y ella... ¿qué había esperado? Gritó su frustración, sintiéndose

estúpida. Quizás, después de todo, sí que estaba loca.

Apoyó la espalda contra la pared irregular de roca, sin importarle lo más mínimo que las piedras se clavaran en su carne, y se dejó caer hasta acabar sentada en el suelo. Encogió las rodillas, agachó la cabeza y la cubrió con sus brazos mientras dejaba que las lágrimas brotaran sin control.

—¿Aby?

Escuchó la voz de Hugo muy cerca, pero no creía tener fuerzas siquiera para elevar la vista y mirarle. Se sentía derrotada. Toda su vida había girado en torno a aquel hombre en sus sueños. Cuando había comenzado a hablar, a pedirle que los encontrara, se había convertido casi en una obsesión y ahora...

Un gemido lastimero brotó de sus labios mientras sentía cómo su corazón se encogía de dolor. Quizás era hora de admitir la verdad, que nada de aquello había sido real, que necesitaba ayuda profesional, que estaba... loca. Al fin y al cabo, ¿cómo iba un caballero de una orden extinta hacía más de siete siglos a comunicarse con ella a través de sus sueños? ¿Y, por qué, de entre todas las personas del mundo, iba a escoger a una niña, a ella, para entregarle su mensaje?

—Pero ¿qué coño? —La voz asombrada de Paul la sacó de su fiesta de autocompasión e hizo que levantara la cabeza.

Su jefe se había acercado al centro de la sala para tocar el antiguo cofre. El pedestal sobre el que reposaba tembló en el instante en que sus dedos tocaron la piedra y se apresuró a dar un paso atrás.

En aquel momento, el último de los desconocidos, el que vestía la camisa remangada, entró en la estancia y la luz de las antorchas empezó a parpadear, encendiéndose y apagándose al más puro estilo de una *rave party*.

Una ráfaga de viento barrió la cámara, empujando a Paul contra la pared, haciendo que golpease su cabeza contra ella y cayera al suelo inconsciente, e impulsando a los otros cuatro hombres hacia el centro de la estancia, como si un huracán se hubiera desatado de repente. Hugo y los otros tres cayeron de rodillas, en la misma posición que estaban las estatuas, uniéndose al círculo que formaban estas alrededor del cofre.

Los ojos de Aby se abrieron de asombro cuando, el mismo aire que había impulsado a los hombres, comenzó a llenarse de la roca pulverizada que arrastraba de las estatuas y formaba un remolino en el centro de la estancia, justo sobre el pedestal que sostenía el pequeño arcón de piedra.

Con cada giro del huracán en miniatura, más roca desaparecía del cuerpo

de las estatuas. Aby se vio obligada a cerrar los ojos y ocultar su rostro entre sus manos para evitar que los pequeños granos de piedra machacada le dañaran la vista. Aquello no podía ser real, aquellas figuras inmóviles no podían estar perdiendo su dura coraza para dejar a la vista a personas reales. Tenía que ser fruto de su imaginación, o de su locura.

Tan repentinamente como había empezado, el viento amainó, dejando la sala sumida en un silencio sepulcral. Como si estuviera viendo una escena desagradable de una película *gore*, separó ligeramente los dedos de sus manos para echar un vistazo entre ellos. Nada, ni siquiera los años de sueños y su desbordante imaginación infantil o aquella palabra que se había repetido en su mente una y otra vez durante las últimas semanas, podría haberla preparado para aquello.

Ante ella, nueve hombres de carne y hueso permanecían arrodillados en torno al pedestal. Cuatro de ellos vestían ropas modernas, los otros cinco, en cambio, llevaban pesadas cotas de malla que asomaban bajo sus túnicas blancas, en las que lucían el escudo templario. Todos mantenían sus cabezas bajas, como si estuvieran rezando o adorando lo que fuera que hubiese en el centro de la sala.

La idea de que, sin quererlo, hubiese encontrado el Santo Grial cruzó su mente y no pudo evitar que una carcajada nerviosa escapara de su garganta. Una sola cabeza se elevó y unos ojos negros como el carbón, que había visto demasiadas veces, se clavaron en los suyos dejándola paralizada en el sitio.

Su tez morena por el sol, el pelo negro como la noche que caía en desordenados mechones sobre su frente; la mandíbula fuerte, la nariz recta y los labios llenos. Unos rasgos que la habían acompañado desde su infancia y que ella había creído que solo existían en su mente.

—Aby... —una media sonrisa se dibujó en la boca de él y ella sintió cómo sus piernas temblaban—. *Vous l'avez fait. Vous nous avez retrouvés.* ^[iv]

Otros ocho rostros se elevaron, girándose hacia ella, con una sonrisa de agradecimiento en sus labios y Aby sintió que le faltaba la respiración.

Tal y como el hombre de sus sueños acababa de decirle: lo había hecho, los había encontrado. Pero ¿qué significaba eso exactamente?

Apoyando en el suelo la espada que sostenía en sus manos, el hombre que hasta aquel momento solo había existido en sus sueños, hizo ademán de levantarse sin apartar su intensa mirada de la de ella. Una fuerza desconocida lo forzó a arrodillarse de nuevo al tiempo que empujaba el cuerpo de Aby

contra la pared.

Dos figuras comenzaron a formarse a ambos lados del cofre. Una de ellas parecía emitir luz y la otra absorberla. Permaneció inmóvil, con la espalda pegada contra la fría roca, viendo cómo, poco a poco, iban tomando forma.

Llevaban unos mantos que las cubrían desde la cabeza hasta los pies. En la zona más cercana entre ambos, eran de un color gris piedra que, en la figura de la derecha iba aclarándose hacia el blanco y, en la de la izquierda, oscureciéndose hacia el negro, conforme la distancia entre ambos aumentaba.

—La hora ha llegado. —Una voz grave y profunda inundó la estancia—. Los engranajes del destino se han puesto en marcha y nada puede pararlos.

—Tenéis mucho que aprender y poco tiempo para hacerlo, hijos míos. —La segunda voz era melódica, dulce y cantarina—. La batalla se acerca y solo vosotros podéis evitar que el mundo se cubra de sangre y muerte.

Aby sabía que eran aquellos dos seres quienes hablaban, aunque ninguno de ellos se había movido en lo más mínimo. Las voces resonaban en las paredes de la gruta y en su mente: destino, batalla, sangre... muerte.

La figura oscura elevó la cabeza, dejando a la vista tan solo negrura en el hueco de la capucha que lo cubría, pero, de algún modo, Aby supo que sus ojos, si es que los tenía, estaban clavados en ella.

—Es tiempo de que comprendáis...

Con esas palabras, la mente de Aby se llenó de imágenes que pasaban una tras otra a una velocidad imposible. Sujetó su cabeza con ambas manos, intentando detenerlas, hacer que pararan.

—Déjate llevar, Aby. —La voz dulce resonó en sus oídos, consolándola y refrescándola, como agua en el desierto—. Solo deja que el conocimiento fluya.

Y, sin saber cómo ni porqué, Aby se relajó, dejando que las imágenes penetraran en su mente y le contaran una historia que jamás hubiera imaginado que pudiera ser real.

Tiempo de Comprender

En el principio de los tiempos, la Luz se abrió paso desgarrando a la Oscuridad y, desde ese preciso instante, ambas han sido consideradas enemigas.

Luz y Oscuridad, Vida y Muerte, Bien y Mal. Antónimos, contrarios y, en realidad, las dos caras de una misma moneda. Opuestos que, al fin y al cabo, solo existen por el otro, porque... ¿quién valora la luz del sol más que aquel que vive entre tinieblas? ¿Cuándo conoces la verdadera alegría sino tras pasar por la más profunda tristeza?

Luz y Oscuridad nacieron y crecieron como hermanas, manteniendo un férreo equilibrio entre ellas. Uno del que depende la mera existencia del universo.

De ambas, surgieron seres de fuerte temperamento. A unos los llaman Ángeles, a otros Demonios, a unos Virtudes y a otros Pecados. Pero, fueran cuales fueran los nombres que quisieran darles a sus hijos, lo importante era que siempre encontraban a su opuesto.

Si de la Luz surgía Perdón, de la Oscuridad debía llegar Venganza. Porque el equilibrio *debía* mantenerse.

Mas con el tiempo, como sucede la mayoría de las veces, las viejas enseñanzas cayeron en el olvido.

Luz y Oscuridad hacía mucho que habían abandonado este plano de existencia, dejando tan solo a sus hijos para vivir y crecer en libertad con la

única regla de mantener el equilibrio.

Los años pasaron, transformándose en siglos y, con el paso del tiempo, los Hijos de la Oscuridad se volvían más oscuros, mientras los Hijos de la Luz, cada día iluminaban más.

Nadie sabe cómo empezó, solo que, poco a poco, comenzaron a separarse. Los Oscuros comenzaron a agruparse, alejándose de los Luminosos que hicieron exactamente lo mismo. La Tierra comenzó a llenarse de puntos iluminados y otros cubiertos por la más profunda oscuridad. Zonas en las que la luz brillaba y otras sumidas en una noche perpetua. Hasta que, cerca del final, el mundo se dividió en dos. Una mitad en la que reinaba la Oscuridad y otra en la que solo existía la Luz.

El equilibrio se había roto.

Los opuestos no estaban en contacto, por lo que no cumplían su misión. La Luz no tenía a quien iluminar y la Oscuridad cada vez se hacía más densa, más profunda, sin nadie que le mostrara que había algo más allá de su propia negrura.

Odio, Guerra, Envidia y Venganza, absortos en su propia naturaleza oscura, decidieron que no tenían por qué conformarse tan solo con la mitad del mundo y dirigieron su ejército hacia aquellos lugares donde la Luz gobernaba.

Los Hijos de la Luz llevaban tanto tiempo sin hacer aquello para lo que habían sido creados, que fueron incapaces de oponer la más mínima resistencia contra la Oscuridad que se cernió sobre ellos. Ninguno recordaba cómo mantener el equilibrio y, aunque lo hubieran hecho, había pasado tanto tiempo que ni siquiera eran capaces de reconocer a sus opuestos. A aquellos a los que estaban destinados a iluminar.

La Oscuridad cubrió la Tierra, convirtiendo los desiertos en páramos interminables habitados tan solo por Desesperanza y Abandono. Las selvas y los bosques se transformaron en lugares terroríficos en los que Miedo y Horror campaban a sus anchas.

La Luz se apagó, porque aquellos que debían mantenerla habían olvidado cómo hacerlo.

El grito triunfal de Guerra se vio interrumpido por la voz de Fracaso, encantado de señalar el pequeño punto de luz que aún brillaba en el horizonte. Al galope, sobre sus esqueléticas monturas de alas correosas, se dirigieron a la cima de la montaña más alta, iluminada como un faro en mitad de la noche.

Allí, en un viejo templo en ruinas, encontraron a Paz. Sentada sobre la fría

piedra, con una sonrisa en sus labios y brillando, como si la mismísima Luz Creadora habitara en ella.

Guerra y Paz se miraron y una corriente eléctrica se estableció entre ellos y, como si jamás se hubieran separado, el equilibrio se restableció en el mismo instante en que sus manos se tocaron.

El grito de Envidia ante la rendición de Guerra hizo reaccionar a Odio que, sin dudar un solo segundo, clavó su espada en el pecho de Paz. La Tierra tembló en el momento en que la primera gota de sangre derramada tocó el suelo, haciendo que Luz y Oscuridad despertaran de su sueño para encontrarse con aquello en lo que sus amados hijos se habían convertido.

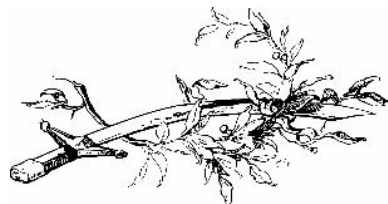
Las lágrimas de ambas hermanas se mezclaron mientras Luz sostenía a su amada hija en sus brazos y, de ellas, surgieron unos nuevos seres que no eran Hijos de la Luz ni de la Oscuridad, sino de ambas.

Para evitar que aquello volviera a repetirse, que los opuestos se alejaran de nuevo, decidieron que una parte de cada uno de sus hijos viviría en cada uno de esos nuevos seres que habían surgido de sus lágrimas.

Pero Odio se había vuelto demasiado fuerte, su esencia podía contaminar a la nueva raza, anulando así a cualquiera de sus hermanos.

Temerosas de que alcanzara el poder suficiente para destruir también a aquellos nuevos seres, encerraron la mayor parte de su esencia en un cofre de piedra, custodiado por un ejército de seres inmortales que debían protegerlo.

Pero nada dura eternamente y llegaría el día en que Odio se hiciera tan fuerte que ni siquiera el poder de la Luz y la Oscuridad combinados, fuera suficiente para mantenerlo encerrado y evitar que reclamase aquello que consideraba suyo: su esencia y el mundo.



Las imágenes continuaron sucediéndose en la mente de Aby. Los comienzos del mundo de los hombres, el ir y venir de civilizaciones enteras. El modo en que los Hijos de la Luz y la Oscuridad fueron considerados dioses y recibieron distintos nombres. El mundo había seguido girando y aquellos

nuevos seres evolucionaron, abandonando las viejas creencias y dejando atrás los mitos y leyendas sobre dioses y seres sobrenaturales capaces de manipularlos y controlar su destino.

Se perdió en antiguas batallas, vio caer imperios y levantarse otros nuevos. Vio amanecer y anochecer en mil vidas. Y vio la Caída de Acre. El momento en que aquellos nueve templarios, ahora frente a ella, habían abandonado a sus hermanos siguiendo las órdenes del Gran Maestro del Temple.

Los vio huir en contra de su voluntad, cruzar el mismo túnel que ella había atravesado minutos antes. Como si de una película se tratara, observó la discusión entre aquellos hombres que, bajo el sonido de los tambores, con un ejército enemigo a sus pies y sabiendo que el tiempo jugaba en su contra, optaron por ir en busca de una mujer que podía estar en peligro.

Las imágenes se sucedieron y asistió, con el corazón encogido y lágrimas en sus ojos, al momento en que Nahid exhaló su último aliento de vida sellando los destinos de aquellos nueve caballeros templarios. Observó cómo cinco de ellos se convertían en piedra justo antes de que los otros cuatro desaparecieran y supo que habían sido arrojados en distintas direcciones, lejos de aquellas tierras.

Aby parpadeó luchando contra las lágrimas que caían sin control por su rostro. Tanto dolor. Tanta soledad. Sintió su corazón romperse por las vidas que había truncado una simple decisión: ayudar a una mujer o pasar de largo.

—Ha llegado la hora de que cumpláis vuestro cometido. —La voz oscura y grave llegó a sus oídos superponiéndose a las imágenes que seguían inundando su mente—. Odio se ha hecho fuerte, gobierna los corazones de gran parte de la humanidad y su poder crece cada día.

—Depende de vosotros evitar que recupere el cofre y con él toda su fuerza. —La otra voz inspiraba ternura y calidez, a pesar de la dureza de sus palabras—. Si lo consigue, podrá abrir la puerta y vuestro mundo estará perdido.

—¿Qué puerta? —La misma pregunta que Aby no quería hacerse, la susurró una voz ronca y gastada.

—Eso no importa ahora —zanjó Oscuridad o, al menos, Aby asociaba a ella el tono profundo y pesado que le provocaba escalofríos de temor—, y no importará si mantenéis el cofre a salvo.

—Odio se acerca, pronto será tan fuerte que su poder sentirá la llamada

de su esencia y no habrá lugar en el mundo en el que podamos ocultar el cofre. A no ser...

Si hubiese podido ver los ojos de Luz, Aby habría jurado que se clavaron en ella en ese instante. Una sensación de inevitabilidad se cernió sobre su alma, como si la espada de Damocles acabara de colocarse sobre su cabeza.

La fuerza invisible que la mantenía pegada a la pared desapareció, haciendo que cayera sobre sus rodillas, antes de ser impulsada hacia el frente, justo al mismo círculo que formaban los nueve hombres.

—Encontraréis personas que podrán ayudaros a ocultar el cofre. Ellas poseen una fuerza oculta que les permite mantener a Odio alejado de la pista de su esencia —continuó Luz—. Las reconoceréis porque verán más allá de lo que los simples mortales perciben.

—Pero también son la llave que puede llevarlo directamente hasta ella y hacer que la balanza se decante hacia su lado —interrumpió Oscuridad con un borde aún más duro en su voz—. De vosotros depende que se mantengan en el camino, que no caigan en la tentación y cedan a Odio convirtiéndose en el camino que lo lleve directamente a lo que más ansía.

—Cada uno de vosotros habéis recibido unos dones que os ayudarán en esta batalla —continuó hablando la voz dulce y melódica—. Algunos ya los habéis descubierto, otros tendréis que aprender a manejarlos. Recordad: el tiempo apremia, permaneced juntos, proteged el cofre. Vosotros sois la última esperanza de la humanidad.

Sin más, ambas figuras desaparecieron en el aire, difuminándose entre las luces y las sombras. La estancia giró alrededor de Aby y tuvo que cerrar los ojos para evitar el mareo. Cuando volvió a abrirlos, la luz del sol de mediodía caía sobre ella. Miró aturdida a su alrededor, sintiendo el peso del cofre de piedra que yacía sobre su regazo.

¿Qué demonios había sido todo aquello?

Tiempo de Organizar

Aby se aferró a los reposabrazos del asiento del avión privado mientras despegaban. Su cabeza aún daba vueltas alrededor de todo lo sucedido, intentando encontrar esa explicación racional que siempre acababa escapándosele entre los dedos.

Habían aparecido en un hangar privado del aeropuerto. Rodrigo, que así se llamaba el que parecía un modelo de revista, al parecer era el dueño de una de las mayores empresas tecnológicas del mundo y tenía su propia flota de aviones, además de una enorme mansión a las afueras de Londres que había ofrecido como «cuartel general» y hacia donde se dirigían en aquel momento.

Su mente necesitaba aferrarse a algo real, tangible, y dejar de dar vueltas en torno a dioses, el origen del mundo y su aparentemente próxima destrucción. Dejó que su mirada vagara por los hombres que ocupaban los asientos a su alrededor y, sin poder evitarlo, se quedó fija en aquel a quien conocía desde siempre, aunque hiciera apenas unas horas que lo había visto por primera vez: Guillaume de Blois.

Aún le costaba aceptar que era real y que... le había encontrado. Se revolvió nerviosa en su asiento cuando los recuerdos de los últimos sueños que habían compartido se colaron en su mente y él escogió ese preciso instante para mirarla. Una sonrisa concedora se coló en sus labios, como si supiera perfectamente en lo que estaba pensando. Aby sintió cómo el calor subía hasta

sus mejillas y apartó la vista, decidida a centrarse en cosas menos... comprometedoras.

Junto a él estaba sentado uno de los hombres que habían aparecido en la torre, el de la camisa remangada y pantalón beis. Se llamaba Jacques y, al parecer, había sido el segundo al mando de Guillaume cuando ambos luchaban en Tierra Santa. Más de siete siglos después se habían abrazado como si no hubiera pasado ni un solo día.

El que tenía pinta de motero había permanecido en silencio la mayor parte del tiempo. Su nombre era Práxedes, aunque él había dicho que prefería ser llamado Prax. A parte de eso, había pronunciado pocas palabras más. Lo observaba todo con una carga de duda e inseguridad en su mirada. ¿O tal vez era culpa? Aby no podía evitar preguntarse qué había vivido aquel hombre durante todos aquellos siglos. Tenía la sensación de que no había sido nada bueno.

Junto a Guillaume, los otros cuatro hombres que habían encontrado en aquella oscura cueva eran Dalman, Philippe, Barthelemy y Guido. Los tres primeros de origen francés y el último español. Los cinco habían permanecido muy callados todo el tiempo, probablemente porque tenían mucho que digerir... algo más de setecientos años, de hecho.

Al parecer, en sus mentes no solo se había colado la historia que Luz y Oscuridad les habían contado, sino toda la información referente a los más de siete siglos que habían permanecido dormidos. Aby no quería ni imaginar lo que sería tener tantos conocimientos metidos en su cabeza de golpe. Si fuera ella, seguramente tendría migrañas durante una semana... como mínimo.

Respiró hondo y volvió la vista hacia Paul, sentado a su lado. Al parecer se había desmayado al chocar contra la pared en el momento en que Luz y Oscuridad hicieron su aparición en la cueva. Despertó cuando estaban en el hangar solo para volver a caer en la inconsciencia al ver a los cinco hombres con uniforme templario a su alrededor. Eso sobre la valentía de su jefe.

Tampoco es que pudiera culparlo; después de todo, la última vez que los había visto eran cinco estatuas y verlas caminar y hablar tenía que impresionar a cualquiera, ¿no?

Su jefe se revolvió en su asiento. Las largas pestañas oscuras que rodeaban sus ojos se agitaron antes de que los abriera de golpe.

—¡Aby! —exclamó aturdido mientras se acomodaba, poniéndose más recto en su asiento—. He tenido un sueño rarís... —Las palabras se atascaron

en su garganta cuando sus ojos cayeron sobre los nueve hombres con los que compartían avión—. No ha sido un sueño —murmuró.

Aby casi pudo escucharle tragar con fuerza. Observó cómo sus nudillos adquirirían un color blanquecino conforme apretaba su agarre contra los reposabrazos del asiento.

—¿De verdad están vivos? —La voz de su jefe salió en un susurro.

Instintivamente, Aby agarró la mano de Paul e intentó calmarle.

—Respira, tranquilo. —Intentó acompasar su respiración para conseguir que el hombre a su lado se relajara—. ¿Qué es lo que recuerdas?

—Recuerdo... —La mano se giró, soltando el reposabrazos y aferrándose a la suya—. Recuerdo que estábamos en la torre y aparecieron unos hombres. Sé que nos metimos en un túnel oscuro, un pasaje oculto tras una de las paredes, y fuimos a parar a una colina cercana a la ciudad. Recuerdo la cueva, una sensación asfixiante de miedo, de oscuridad... y una enorme sala con un cofre de piedra en el centro. Ellos... —Paul tragó saliva visiblemente y señaló con la cabeza a los templarios —ellos estaban allí, ¡pero eran de piedra!

Lo último lo gritó entre susurros, al tiempo que apretaba su mano con más fuerza. Aby temió que acabara rompiéndole algún dedo, así que puso su otra mano sobre la de él y le acarició con suavidad, tratando de que se relajara su agarre.

—¿No recuerdas nada más?

Paul pareció dudar unos segundos antes de negar con la cabeza.

—No. Después todo se volvió negro y, cuando desperté, estábamos en el hangar y ellos estaban vivos y me miraban y...

Su jefe estaba comenzando a hiperventilar por lo que Aby decidió tomar cartas en el asunto. Soltó sus manos y empujó la cabeza de Paul hacia abajo, para que la metiera entre sus propias piernas.

—Respira. Está todo bien. ¿No querías encontrar a los nueve templarios desaparecidos de los que te habló tu antepasado? Pues ¡enhorabuena!, ahora los tienes aquí sentados.

—Pero... ¡eso es imposible! —respondió sin levantar la cabeza.

—Empiezo a pensar que lo imposible no existe —murmuró Aby—. Solo intenta calmarte y controlar tu respiración. Tenemos mucho de qué hablar.

Jacques se acercó a ellos despacio, con un pequeño maletín en la mano.

—¿Va todo bien? —su voz era suave, como si temiera asustarla. Debería

preocuparle más que Paul saltara del avión en marcha.

—Creo que le está dando una crisis de ansiedad —respondió Aby sin poder apartar la vista de los ojos azules del hombre. Parecía que se movían, como si estuviera mirando al mar, con las olas rompiendo en la playa. Eran extrañamente hipnóticos y muy atractivos.

—¿Puedo echarle un vistazo? Soy médico. —Levantó el pequeño maletín como si eso lo explicara todo, y Aby pasó la mano por la espalda de su jefe con cuidado antes de levantarse y cederle su asiento a Jacques.

—¡Ey! Paul, ¿verdad? Soy Jacques, ¿cómo te encuentras?

La reacción de su jefe fue revolverse en su asiento y pegarse contra la ventana en un intento de poner la máxima distancia posible entre su cuerpo y el del hombre que intentaba ayudarlo.

—¡No me toques! ¡Eres uno de ellos! Tú, no... ¡No es posible! —Las manos de Paul fueron a su cabeza, aferrándose a sus cabellos de los que empezó a tirar con fuerza, como si quisiera arrancárselos.

—Paul, necesito que te tranquilices. Estás bien, no voy a hacerte daño.

Los gritos fueron a más mientras imitaba a una lagartija, pegándose a la ventanilla e intentando trepar, buscando la forma de huir. Paul estaba aterrorizado y lo peor era que Aby no podía culparle por ello. Al contrario, no dejaba de preguntarse por qué ella no lo estaba. La reacción de su jefe era extrañamente normal dadas las circunstancias y, en cambio, la tranquilidad y naturalidad con la que ella se había tomado las revelaciones de las últimas horas le completamente fuera de lugar.

Jacques la miró con una disculpa en sus extraños ojos antes de inclinarse sobre su maletín y sacar una jeringuilla.

—Sujetadlo —dijo mirando a Rodrigo y Hugo que se habían acercado a ayudar.

Ambos hombres agarraron los brazos de Paul, que no paraba de gritar y revolverse, e intentaron mantenerlo inmóvil mientras Jacques le administraba lo que debía ser un sedante. En cuanto la aguja salió del cuerpo de su jefe, este se derrumbó sobre el asiento, inconsciente.

Aby estiró la mano y apretó dos dedos en el cuello de su jefe, como había visto hacer en las series y películas, buscando sentir su pulso y asegurarse de que seguía con vida y solo estaba dormido. Como si ella supiera lo que estaba haciendo.

Jacques tomó su mano y deslizó sus dedos un centímetro a la derecha,

colocándolos sobre la carótida. Aby sintió el lento palpitar bajo ellos.

—Solo está dormido, Aby. —Jacques le sonrió y acarició su muñeca con suavidad antes de soltarla.

—Es mejor así. —La voz, un poco ronca, de Guillaume resonó en el reducido espacio del avión haciendo que el corazón de Aby se acelerara—. Él no tiene nada que ver con esto y, cuanto menos sepa, mejor. Cuando llegemos a Londres lo llevaremos a su casa y, cuando despierte —los ojos del templario, mortalmente serios, se clavaron en los de ella—, le dirás que estando en Acre cogió un virus que le postró en cama con fiebre muy alta, por lo que volvisteis a Londres. Creerá que sus recuerdos son fruto de las alucinaciones debidas a las altas temperaturas que le ocasionó la enfermedad.

—Pero... ¿y si no se lo cree? —preguntó Aby con voz temblorosa—. Paul es muy cabezota, no dejará...

—Se lo creerá —cortó Guillaume tajante—. Confía en mí.

Y, por alguna razón, Aby confiaba en él. Asintió y se relajó en su asiento. Cerró los ojos y volvió a repasar los hechos. Esa era su especialidad. Seguro que, si los revisaba las veces suficientes, acabaría encontrando el sentido de toda aquella locura.



Guillaume volvió a sentarse en su sitio. Le temblaban las manos. Sabía lo que era un avión, esos conocimientos se habían introducido en su cabeza. Conocía el nombre de los hermanos Wright e, incluso, tenía imágenes de sus primeros intentos de construir una máquina que permitiera al hombre volar.

En su mente había un montón de cosas que no estaban allí antes. Información, conocimientos, imágenes, nombres, datos... Colocó sus manos a ambos lados de su cabeza y masajeó sus sienes con fuerza.

—Deberías tomarte un analgésico —sugirió Jacques sentándose a su lado. Guillaume le miró sin comprender—. Para el dolor de cabeza —concluyó señalándole.

—Anal...gésico —murmuró el nombre mientras buscaba qué era aquello

entre toda la información que pululaba en su mente. No le sonaba nada bien.

—Es una pastilla para calmar el dolor. Se toma con agua —explicó Jacques con una sonrisa mientras sacaba una píldora de color blanco de su maletín junto con una botella.

—Supongo que el tiempo de los emplastes y brebajes de hierbas, quedó bastante atrás —murmuró mientras tomaba ambas cosas y se tragaba el *analgésico*. Repitió la palabra en su mente intentando familiarizarse con ella.

—Todo debe ser muy confuso, ¿no? —continuó hablando Jaques—. Quiero decir, para ti es como si hubiéramos entrado en esa cueva ayer y no hace más de setecientos años.

—Veo que tu habilidad para resaltar lo obvio no se ha perdido con los años —respondió con una sonrisa.

La carcajada de Jacques resonó en las paredes del avión.

—Me he esforzado mucho para que te sintieras cómodo en tu regreso, hermano. No querría que echaras de menos las cosas que más te gustaban de mí.

—Tienes razón en una cosa: sigues siendo insufrible. —Los oscuros ojos de Guillaume se clavaron en los de Jacques con intensidad y su rictus se volvió serio—. Me alegro de estar de vuelta, hermano.

Con un apretón en sus antebrazos, ambos hombres expresaron mucho más de lo que podrían decir las palabras. Jacques apartó la mirada de su mejor amigo al que hacía, literalmente, siglos que no veía y había echado de menos a cada paso de su solitario camino. Porque, a pesar de no recordarle, el vacío había estado ahí, al igual que la sensación de pérdida. Como esa punzada constante y molesta que permanece en tu mente cuando sabes que has olvidado algo importante, pero eres incapaz de recordar qué. Aun así, se sentía incapaz de verbalizar lo que había sido su vida en todos aquellos años y la intensa mirada de Guillaume hacía que se sintiera expuesto. Como si, tan solo con mirarle a los ojos, pudiera leer su alma.

Carraspeó y se acomodó en el asiento, apartando aquellos absurdos pensamientos. En contra de su voluntad, como ahora recordaba que había sucedido siempre desde que sus caminos se cruzaron por primera vez, sus ojos buscaron al joven Dalman. Sentado al otro lado del pasillo, observaba con los ojos muy abiertos a través de la ventana. Dudaba que pudiera ver algo más que nubes y, quizás, con un poco de suerte, el inmenso océano bajo sus pies, pero él siempre había sido así. Demasiado joven, demasiado ingenuo, demasiado

inocente para haber vivido entre guerras, sangre, dolor y miedo.

Se obligó a sí mismo a apartar la mirada. Siempre se había sentido protector con Dalman, quizás demasiado. Su corazón palpitó en su pecho y volvió la vista hacia él una vez más. Su pelo rubio estaba un poco más largo de la cuenta y sus ojos azules brillaban emocionados. Se aferró con fuerza a los reposabrazos de su asiento, luchando con la misma necesidad con la que había luchado cada día que habían compartido en el campo de batalla: ir hacia él, estrecharlo entre sus brazos y protegerlo de cualquier persona o cosa que pudiera querer dañarle. Negó con la cabeza, reprochándose a sí mismo por aquellos pensamientos. Al parecer, había cosas que no cambiaban, ni aunque pasaran más de setecientos años.

Guillaume observó a Jacques de reojo. Quería decirle muchas cosas como, por ejemplo, que en su cabeza no solo estaba toda la información que Luz y Oscuridad habían metido en ella. También estaban los pensamientos de todos sus hermanos. Por algún motivo, era como si pudiera ver a través de su mente y saber lo que pensaban en cada momento. Algo que no ayudaba en absoluto con su dolor de cabeza.

Los miedos, la inseguridad y el remordimiento de Jacques ocupaban un primer plano, llenándolo todo y causándole una sensación de asfixia casi insoportable. Era como si se estuviera ahogando en el mar de dudas que ocupaba la mente de su compañero.

Se obligó a respirar y decidió desviar su atención hacia otro lugar. Levantó la vista a la fila de asientos frente a la suya, pero en el otro lado del pasillo, donde se encontraba Aby. También podía ver sus pensamientos y los prefería mil veces a los de Jacques.

Aquella mujer tenía una mente analítica que se esforzaba en repasar una y otra vez cada dato de la historia que estaba viviendo buscando encontrarle el sentido. Sus miradas se encontraron y, una vez más, al igual que minutos antes, destellos de aquellos encuentros que había creído tener en sueños, se colaron en su mente.

Caricias, besos, suaves sábanas, dos cuerpos sudorosos amándose...

Pero también recordaba a la Aby niña. ¿No era aquello extraño? La había visto crecer en su mente hasta convertirse en la mujer fuerte y decidida, un poco tímida y bastante patosa, que tenía delante.

No había querido decírselo a Jacques, había cosas que su hermano no necesitaba saber, pero recordaba todos y cada uno de los días que habían

pasado desde que fue convertido en piedra. Vacíos. Solitarios. Llenos de una oscuridad aplastante que, en más de una ocasión, le había hecho desear la muerte.

Hasta que llegó ella. Una dulce niña de ojos claros y pelo oscuro que, cuando le daba el sol, brillaba en un tono rojizo como si estuviera en llamas. La había observado en la distancia, presenciando sus sueños, protegiéndola en sus pesadillas, aferrándose a ella como si fuera lo único real en medio de tanta soledad.

La había visto crecer día a día. Dejar de ser una niña para convertirse en una adolescente desgarrada y, más tarde, en una hermosa mujer. Y, en su desesperación, hastiado de su soledad, de aquella oscuridad que le asfixiaba y solo su presencia conseguía iluminar, había cometido el mayor error de su existencia: la había amado. No solo con su cuerpo como había hecho cada noche en las últimas semanas, sino con su corazón.

Aby sonrió y Guillaume apartó la mirada mientras la imagen de una mujer muy diferente se formaba en su mente. Una a la que también había amado y a la que había visto morir. Fijó la vista en sus manos, unidas sobre su regazo y, por un momento, la visión de ellas manchadas de sangre, de la sangre de Aby, hizo que la respiración se paralizara en su pecho.

Puede que la mujer de sus sueños fuera real, pero ninguno de ellos podría serlo. No si Aby quería seguir con vida. Él había aprendido hacía mucho tiempo que el amor no era algo que le estuviera destinado.

No a él.

No en esta vida.

Ni en ninguna otra.

Tiempo de Aterrizar

Aby se desperezó, de una forma muy poco femenina, en cuanto puso un pie en el suelo bajando del impresionante *Jaguar C-x17* de color negro. Cuando aterrizaron en el hangar privado del Aeropuerto de Heathrow había tres de ellos esperándoles y lo cierto era que había disfrutado de lo lindo de la comodidad del coche de lujo. Siempre había querido subirse en un *Jaguar*. Ciertamente era que había imaginado uno de los modelos clásicos y no el prototipo del único todoterreno que poseía la marca, pero tampoco iba a quejarse.

Durante la primera hora de viaje hasta el pintoresco pueblo de Stokenchurch, ubicado en el condado de Buckinghamshire, había dormitado en el cómodo asiento de piel. Las emociones del día y las más de cinco horas de avión la habían dejado exhausta. Eso sin contar con la diferencia horaria, que sí, que solo eran dos horas, pero, aun así, convertían su día en uno de veintiséis horas, por si ya no estaba lo bastante cansada. Si a todo eso le añadías que las últimas noches no podía decirse que hubiera descansado precisamente, por culpa de esos malditos sueños que no la habían dejado dormir tranquila... Pues eso, que su cuerpo pedía una cama a gritos.

El problema era que, al parecer, Rodrigo y ella tenían conceptos muy diferentes de lo que significaba “a las afueras de Londres” porque, tras casi una hora por la M40 y llegar al pequeño pueblo de poco más de cuatro mil habitantes, se habían internado en una interminable secuencia de carreteras secundarias y caminos de cabras durante más de cuarenta y cinco minutos que

habían echado al traste su siesta y casi sus nervios.

Aby levantó la vista hacia la inmensa mansión de piedra frente a ella. Tenía que admitir que el dueño tenía un gusto exquisito y no solo para los coches.

Unas escalinatas de piedra llevaban hasta la puerta principal, de más de dos metros de altura, hecha de madera tallada y con una aldaba de bronce en cada hoja que representaba un enorme león con la boca abierta. Tuvo que apretar las manos en puños para resistir la tentación de hacerlas sonar, al parecer aún no había madurado lo suficiente como para sobreponerse a ese instinto que tienen los niños de llamar al timbre y salir corriendo.

La propiedad estaba rodeada por unos inmensos jardines, muy bien cuidados, que colindaban con el bosquecillo cercano. Debía haber llovido aquel mismo día, porque el olor de la hierba mojada inundaba sus fosas nasales trayéndole recuerdos de su infancia.

Si el exterior de la mansión era impresionante, el interior era... indescriptible. Suelos de mármol, obras de arte en las paredes, pesadas cortinas de terciopelo... En el centro de la amplia entrada había una estatua muy parecida a la Venus de Milo y Aby esperaba, fervientemente, que no fuera más que una reproducción. Prefirió no preguntar y fijarse en las amplias escaleras que ascendían en curva a ambos lados de ella hacia la segunda planta.

Según les había contado su anfitrión, la mansión tenía tres plantas, unas cincuenta habitaciones y otros tantos cuartos de baño. Aby se había mordido la lengua antes de preguntar para qué diablos quería un hombre soltero una casa tan grande... y quién demonios se encargaba de la limpieza. A ella le costaba la vida mantener ordenado su pequeño estudio de una habitación y un baño, en el que la cocina estaba integrada en el salón.

Pensar en su casa le recordó a su gata, Venus. Se la había dejado a Chloé, que había estado encantada de hacerse cargo de ella mientras Aby estuviera de viaje, pero, ahora que estaba de regreso, la verdad es que se moría por achucharla. Aunque, probablemente, la maldita gata pasaría un par de días ignorándola en venganza por haberla dejado sola con una «extraña».

Un hombre y una mujer con uniformes de mayordomo y doncella que parecían sacados de una novela histórica, cruzaron el *hall* y se inclinaron ante Rodrigo. Aby estuvo a punto de ponerse a gritar que hacía mucho que la esclavitud había sido abolida, pero la mujer abrazó a Rodrigo que le devolvió

el gesto con cariño antes de estrechar la mano del hombre y decidió que, quizás, estaba demasiado sensible por la falta de sueño.

—Estos son Martha y Tom. Se encargan de mantener la casa y estarán encantados de ayudaros en todo lo que necesitéis.

Ambos sonrieron e inclinaron la cabeza en gesto de reconocimiento. Ninguno pareció sorprendido en lo más mínimo porque su jefe hubiera aparecido con nueve desconocidos —diez si contábamos a Paul que continuaba dormido en el coche—. Ni porque cinco de ellos fueran vestidos como templarios dispuestos a entrar en batalla. Cota de malla, escudo y espadas incluidas.

—Sus habitaciones están preparadas en el segundo piso tal y como solicitó el señor.

Martha habló con un tono melódico y dulce. Por su aspecto, debía rondar los sesenta años y parecía una dulce abuelita; de estatura baja y un poco rechoncha, llevaba el pelo blanco recogido en un apretado moño que dejaba a la vista sus facciones suaves. Tom, que aparentaba algún que otro año más, era alto y delgado, con una pronunciada calvicie y un bigote gris cubriendo su labio superior. Su gesto serio cambió a una sonrisa cuando pilló a Aby observándole y no dudó en guiñarle un ojo cómplice. No, definitivamente, aquella pareja no parecía ser tan estirada como los típicos mayordomos y doncellas de las novelas históricas.

—En los armarios encontrareis algo de ropa más... apropiada —dijo Rodrigo con una sonrisa, repasando de arriba abajo a sus cinco hermanos recién despertados—. Cualquiera otra cosa que necesitéis podemos pedirla por Internet. —Dudó un momento antes de preguntar—: Sabéis lo que es Internet, ¿no?

—Un conjunto descentralizado de redes de comunicación interconectadas que utilizan la familia de protocolos TCP/IP, lo cual garantiza que las redes físicas heterogéneas que la componen, formen una red lógica única de alcance mundial. Sus orígenes se remontan a 1969 cuando se estableció la primera conexión de computadoras, conocida como ARPANET, entre tres universidades en California, Estados Unidos. —La voz suave y juvenil de Dalman sorprendió a Aby que no le había escuchado hablar más de dos palabras seguidas hasta aquel momento.

—Parece que te has tragado la Wikipedia, hermano —Rodrigo golpeó al joven en el hombro, bromeando, pero el chico no pareció entender el chiste y

le devolvió una mirada seria—. Supongo que el humor no venía con los conocimientos —concluyó encogiéndose de hombros y comenzando a ascender por la escalera de la derecha.

Aby lo siguió por un interminable pasillo hacia lo que Martha había llamado «el ala este» de la casa. Su equipaje, al igual que todos ellos, había aparecido en el hangar del aeropuerto de Haifa en el que se encontraba el avión privado de Rodrigo y estaba deseando darse una ducha y cambiarse de ropa.

En sus brazos llevaba el cofre de piedra, del que no se había separado en ningún momento. De algún modo, sabía que sus manos eran el lugar más seguro para él y, afortunadamente, su peso era mucho menor del que aparentaba. Sosteniéndolo, parecía mucho más pequeño y era mucho menos pesado de lo que había esperado cuando lo vio por primera vez en la cueva. Aunque no sería ella quien se quejase.

Rodrigo señaló una habitación a la derecha del pasillo, entre las de Guillaume y Jacques y justo enfrente de la de Dalman, indicándole a Aby que era la suya. Teniendo en cuenta lo que en aquel momento llevaba entre sus manos, no era de extrañar que la hubiesen ubicado en el centro de todos los demás.

Entró en la imponente *suite*, que tenía casi el tamaño de su piso en Londres, y se quedó paralizada al verla. Una enorme cama tamaño *king size*, rodeada por cuatro postes de madera labrada a los que se sujetaba un dosel de color blanco, dominaba la pared de la izquierda. A la derecha, un sofá de piel y una butaca en tonos camel, estaban ubicados frente a un enorme televisor y rodeados por dos estanterías llenas de libros. La pared de enfrente contaba con dos enormes ventanales cubiertos por cortinas blancas con pequeños motivos de un naranja claro. Entre ellos, unas puertas francesas daban acceso a una terraza desde la que se divisaban unas hermosas vistas del bosquecillo que rodeaba la propiedad.

Junto a las estanterías, dos puertas llevaban hasta un vestidor, del tamaño de la habitación que tenía en su modesto piso, y en el que la poca ropa que había llevado al viaje se veía ridícula, y a un baño privado.

Cuando Aby entró en el aseo quiso llorar de emoción. Era de mármol blanco, madera clara y pizarra gris y, además de con un plato de ducha, contaba con una enorme bañera de hidromasaje en la que cabrían muy bien hasta cuatro personas.

—¿Aby? —La voz ronca de Guillaume se arrastró sobre su piel en una sensación erótica que llenó su mente de imágenes de ellos dos en aquella misma bañera—. ¿Te encuentras bien?

Se obligó a volver la vista hacia el hombre y apartar aquellos pensamientos, a todas luces inapropiados, de su mente. Pero, cuando se giró hacia él, lo último que esperaba era encontrárselo con los ojos clavados en el mismo punto al que ella había estado mirando. Unos ojos que, cuando se volvieron hacia ella, brillaban cargados de algo que juraría que era deseo. Crudo, puro e instintivo. Guillaume tenía los labios ligeramente separados y su respiración parecía más agitada de lo normal. O quizás solo eran imaginaciones suyas y Aby estaba proyectando en él lo que, en el fondo, solo sentía ella; porque, en un simple parpadeo, el rostro del hombre volvió a cubrirse del mismo gesto serio e indiferente que le había dirigido desde que salieron de aquella cueva.

—Necesito que me des la dirección de Paul para llevarlo a casa —habló con un tono neutro que no mostraba la más mínima emoción o sentimiento—. Jacques dice que dormiré, al menos, unas cuatro horas más, pero tenemos que asegurarnos de que cuando despierte, lo haga en su propia casa.

—Claro —Aby se enderezó, poniéndose recta como un soldado ante su general. Solo le faltó cuadrarse—, recogeré mis cosas y os acompañaré —murmuró echando un último vistazo a la bañera. Adiós a su baño caliente con hidromasaje incluido.

—Tú te quedas aquí.

No era una sugerencia. Aquello era una orden en toda regla y Aby siempre había odiado que le dieran órdenes. Levantó aún más la cabeza mostrando toda su altura de poco más de metro sesenta, que se veía ridícula comparada con los casi dos metros del hombre que tenía enfrente.

—Cuando despierte, debería encontrar a alguien conocido junto a él. Tú mismo lo dijiste. Si despierta solo y confuso, puede sufrir otro ataque de nervios.

Aby se sintió orgullosa por la firmeza que había logrado imprimir en su voz, a pesar de que sus piernas temblaban como si fueran gelatina ante la imponente presencia del templario.

—¿Tenéis una relación? —Las palabras salieron a regañadientes debido a la forma en que se apretaba la mandíbula de Guillaume ante la sola idea de que Aby tuviera algún tipo de relación íntima con aquel pusilánime. O, ya

puestos, con cualquier hombre.

—Una... ¿¿qué?? —Aby apretó los puños indignada—. ¡¡Es mi jefe!! ¿Cómo siquiera puedes pensar que él y yo...?

—Entonces no hay ningún motivo para que estés en su casa cuando despierte —concluyó Guillaume con un tono que no daba pie a réplica alguna.

Una sonrisa satisfecha se coló en los labios del templario y, aunque desapareció con rapidez, Aby se percató de ella, lo que la enfureció aún más.

—Soy la única a la que conoce y que sabe la verdad, por tanto, soy la única que puede darle una explicación razonable de por qué ya no está en Acre y no recuerda nada del viaje de vuelta.

Habló decidida, con furia en la voz y los puños apretados. Guillaume descartó sus palabras con un gesto de su mano y una sonrisa en sus labios.

—Jacques es médico. Él se quedará hasta que despierte y le dará las explicaciones pertinentes. —La miró una vez más de arriba abajo antes de girarse sobre sus talones—. Tú te quedarás aquí. —Su tono autoritario resonó en la habitación mientras salía por la puerta.

—¡¡No puedes obligarme a quedarme!! —gritó Aby, aun sabiendo que ya no le escuchaba—. ¡¡No soy tu prisionera!! ¡¡Tengo una vida!! ¡¡Un trabajo...!! ¡¡Y una gata!! —cerró la puerta de un portazo que hizo vibrar los cristales de las ventanas y resonó en los viejos muros de la mansión. —No puedes obligarme a quedarme...

La última frase salió en un susurro ahogado y estaba cargada de inseguridad. Porque... no podía, ¿verdad?



Guillaume entró en su habitación con una sonrisa victoriosa en los labios, mientras escuchaba los gritos de Aby. Le gustaba que tuviera genio, que no le tuviera miedo y fuera capaz de enfrentarse a él. Aunque no fuera a servirle para nada, porque no tenía la menor intención de perderla de vista.

Se deshizo de sus ropas tan pronto hubo cerrado la puerta, dejándolas en un montón en el suelo, y caminó hacia la ducha. Mientras dejaba que el agua

helada cayera sobre su cuerpo, no pudo evitar pensar que el futuro tenía cosas a las que no le costaría nada acostumbrarse. Como la comodidad de darse una ducha. Ni siquiera recordaba cuándo fue la última vez que se había dado un baño.

En su época, para poder lavarse, era necesario calentar agua al fuego y cargar con los cubos hasta la bañera o encontrar algún río o arroyo en el que poder sumergirse y, durante el combate, no es que hubieran tenido tiempo para dedicarle precisamente a ese tipo de detalles.

El recuerdo de la batalla llenó su mente. Sabía que San Juan de Acre había caído, había sabido que ese era su destino incluso antes de la noche en que abandonaron sus murallas, pero descubrir que aquel solo había sido el principio del fin para sus hermanos, para su Orden, para todos los templarios, hacía que su corazón doliera y que la sangre bullera en sus venas con furia. Habían sido perseguidos bajo falsas acusaciones, privados de sus riquezas, de sus creencias y hasta de sus vidas, por aquellos en quienes habían confiado. Y todo por envidia, por miedo a que ellos se volvieran demasiado poderosos como para poder ser controlados.

Cerró los ojos con fuerza y apretó los puños. La vergüenza, el arrepentimiento y la deshonra sabían amargas en su boca. Él no había estado allí para luchar junto a sus hermanos. Había huido de San Juan de Acre en plena batalla, pero se había consolado a sí mismo con el recuerdo de su Gran Maestre diciéndole que habría más batallas en las que luchar en las que él y los suyos marcarían la diferencia.

Seguramente había sabido lo que se avecinaba y confiaba en que Guillaume y sus hombres pudieran impedir el fin de la Orden de los Pobres Caballeros de Cristo. Pero, en lugar de estar junto a sus hermanos, mano a mano, luchando por aquello en lo que creían, había permanecido oculto y paralizado en una cueva.

Lágrimas de rabia y frustración cayeron por su rostro mezclándose con el agua helada de la ducha. Ya no había nada que pudiera hacer, nada que arreglara lo que se había roto hacía más de setecientos años. Al menos, sus compañeros estaban sanos y salvos. Vivían y tenía la certeza de que volverían a luchar codo con codo. Si lo que habían descubierto en aquella cueva era cierto, tal vez no hubieran estado allí para luchar por el destino de los templarios, pero estarían preparados para hacerlo por el del mundo.

Abrió el grifo del agua caliente y reguló la temperatura para que saliera

más templada. Pulsando un botón, una serie de chorros a presión salieron de la pared, golpeando los músculos de su espalda. Si de algo estaba seguro en el poco tiempo que llevaba viviendo en aquella época, era de que Rodrigo sabía cómo disfrutar de cada una de las ventajas que ofrecía el siglo XXI.

Su mente volvió al instante en que se había reencontrado con sus hermanos. Rodrigo, Hugo, Práxedes y Jacques habían compartido un castigo muy diferente al de ellos cinco. Si sus caminos se habían cruzado alguna vez en todos aquellos siglos, ni siquiera se habían reconocido. Sin pasado, sin recuerdos. Cada uno de ellos había vivido innumerables vidas, viendo crecer y morir a aquellos a quienes amaban. Afrontándolo de la mejor forma posible, sí, pero, en definitiva, solos. Tanto dolor, tantas pérdidas.

El rostro de Aby se coló en sus pensamientos y no pudo evitar ponerse en el lugar de sus hermanos. ¿Qué haría él si tuviera que verla envejecer y morir? Un escalofrío recorrió su espalda, a pesar de que el agua estaba a una temperatura muy agradable, cuando fue consciente de que exactamente eso era lo que tendría que ver. Ni él ni sus compañeros envejecían, tenían una misión y permanecerían inalterables físicamente hasta que la hubieran cumplido o murieran en el intento, cosa de la que Luz y Oscuridad se habían asegurado de que no fuera nada fácil. Pero Aby era humana. Envejecería y, probablemente, antes de eso, querría encontrar a un hombre con el que compartir su vida, tener hijos...

Abrió los ojos de golpe ante su reciente descubrimiento y, por un instante, se permitió a sí mismo imaginar lo imposible: una vida con ella, hijos, besos, caricias y dormir cada noche pegado a su cuerpo, después de haberse perdido en él durante horas. Ese último pensamiento le llevó a minutos antes.

Cuando había entrado en el baño de la habitación de Aby, ella había estado observando la enorme bañera de hidromasaje, pero lo que realmente había impactado a Guillaume eran las imágenes que estaban desarrollándose en su mente. Ella los estaba imaginando a los dos juntos, en aquella bañera, desnudos, rodeados de burbujas y espuma. Compartiendo besos y caricias, con sus cuerpos enredados el uno en el otro.

Podía recordar cada detalle. Él ya conocía cada rincón del cuerpo de Aby, lo había explorado minuciosamente cada noche durante semanas, pero había algo en saber que ella lo deseaba tanto como él la deseaba.

Ahora que era real, que no estaban confinados al mundo onírico que había sido su único punto de encuentro durante años, era más consciente aún de que

no solo deseaba su cuerpo. La deseaba a ella. A toda ella. A la mujer con genio y carácter, a la tímida y vergonzosa, a la patosa, a la sexi y atrevida, a la triste y emocional, a la insegura... No solo quería conocer cada recoveco de su piel, sino que quería dejar su huella en cada pedazo de su alma y que ella hiciera lo mismo en la suya. Quería que ambos se unieran de todas las formas posibles más de lo que anhelaba su próximo aliento.

El rostro de una mujer muy diferente, venido directamente de sus peores pesadillas, se apoderó de sus pensamientos, ahogando cualquier deseo de una vida junto a Aby.

Ese no era su destino. Ella jamás podría ser suya, porque lo único que él podía ofrecer a una mujer era dolor y sufrimiento.

Y jamás le haría eso a su Aby.

Tiempo de Dudar

Jacques tomó asiento junto a la cama de Paul. Según sus cálculos, debería despertar de un momento a otro; ya habían pasado casi diez horas desde que le inyectó el sedante. Por un instante, dejó que el temor a haber sobrepasado la dosis recomendada y que el hombre no volviera a despertar paseara por su mente, pero lo desechó. Él era un profesional. Un médico experimentado que había aprendido de los mejores, avanzando en sus conocimientos a la vez que lo hacía la propia ciencia. Aprendiendo de las mayores eminencias de cada tiempo, en cada cultura, a lo largo de los siglos. Y había tenido más de setecientos años para hacerlo.

Durante todo ese tiempo había vivido tantas vidas que, en ocasiones, el orden de los acontecimientos estaba borroso en su mente. Demasiadas cosas que recordar, demasiados nombres, rostros, personas... Tantos seres queridos a los que había visto crecer y morir mientras él continuaba existiendo. Inalterable, inamovible, siempre avanzando con el tiempo, por mucho que deseara la muerte, por más que rogara por ella.

Sin recuerdos. Sin pasado. Sin saber cómo o por qué había sido castigado con esa no deseada vida eterna que le obligaba a continuar caminando aun sin querer hacerlo. La muerte o, más concretamente, su incapacidad para alcanzarla, se había convertido en su obsesión. Necesitaba saber qué le hacía diferente, por qué él no podía morir... y no es que no lo hubiera intentado. Lo

había hecho. En más de una ocasión y de muy distintas formas.

Había sido ese interés personal el que le había llevado a inclinarse por la medicina. Viajó hasta los confines más remotos, visitando pequeñas aldeas y grandes ciudades, en busca del conocimiento, de una explicación. Cualquier cosa que pudiera ayudarlo a entender. Habló con sabios, místicos, brujas, hechiceros, líderes religiosos, curanderos y alquimistas. Buscó respuestas en las antiguas escrituras, en libros prohibidos y conocimientos tachados de herejías, pero nada de lo que encontró en ellos explicaba su situación.

Fue perseguido, ajusticiado y dado por muerto tantas veces que el dolor, la mutilación y la tortura acabaron resultándole tan familiares como respirar. Y, cada vez que sus preguntas le llevaban hasta alguno de ellos, o a todos a la vez, los acogía con los brazos abiertos, como a viejos amigos, con la única esperanza de que, cuando por fin se cerraran sus ojos, en esa ocasión jamás volvieran a abrirse.

Pero sus plegarias nunca eran escuchadas y, al amanecer, igual que el sol se levantaba apartando las sombras de la noche; su cuerpo volvía a la vida y un nuevo día de su eterno peregrinaje comenzaba.

Ahora, cuando la niebla se había disipado de sus recuerdos y estos volvían a mostrarle cada detalle de su vida, incluido el instante en aquella cueva en que su destino cambió para siempre, no podía evitar sentirse avergonzado al recordar cada uno de sus infructuosos intentos por alcanzar la muerte. Pero ¿qué sabía él? ¿Cómo siquiera iba a imaginárselo?

En aquellos años, incapaz de encontrar respuestas sobre la muerte, decidió buscarlas acerca de la vida. Fue entonces cuando se encaminó hacia la medicina. Porque, si él no podía morir, quizás podría conseguir que otros tampoco lo hicieran. Al menos así, no se sentiría tan solo.

Sin embargo, a lo largo de los siglos y, a pesar de los avances que había experimentado la ciencia médica, sobre todo en los últimos tiempos, sus respuestas habían permanecido escondidas. Al igual que los recuerdos de su vida anterior.

En los últimos tiempos se había centrado en la Neurociencia, obsesionado con la idea de que, tal vez, en esa neblina que eran las imágenes de su existencia antes de que despertara en medio de un mercado de una ciudad desconocida, podrían encontrarse las respuestas que llevaba buscando tanto tiempo. Pero tampoco había surtido efecto.

Su trabajo de investigación en el Hospital Johns Hopkins de Baltimore,

Maryland, en los Estados Unidos, combinado con la fama que había adquirido como uno de los mejores neurólogos y neurocirujanos del mundo, le había abierto muchas puertas, pero ninguna de ellas le acercaba a lo que andaba buscando. Ninguna le llevaba a descubrir algo sobre su pasado o el motivo de su maldición.

Hasta dos días atrás.

Después de más de treinta y seis horas de guardia, lo único que había deseado era dormir. Mantener los ojos abiertos mientras se daba una ducha había sido un esfuerzo sobrehumano, pero lo había logrado. Cayó sobre el colchón de su cama, en su inmenso ático, aún con la toalla anudada a sus caderas. Poco le importaba en aquel momento que el suave edredón de auténtico plumón de oca se empapase, ni que lo hicieran sus preciadas sábanas de algodón egipcio de tres mil hilos tejidos a mano. Solo quería dormir.

Recordaba haber cerrado los ojos. Era como si aquel simple gesto, en ese preciso instante, hubiera golpeado un interruptor, causando una grieta en la enorme puerta blindada de su cerebro tras la que se ocultaban sus recuerdos. Aquella noche, por primera en toda su vida —al menos en aquella que recordaba haber vivido—, vio imágenes de su pasado, porque estaba seguro de que eso es lo que eran.

Un enorme ejército que llegaba hasta más allá de donde alcanzaba la vista, se encontraba apostado a los pies de una muralla de piedra, desde donde él los observaba. El sonido de los tambores llenaba el aire, impregnado de sangre, lágrimas, miedo y desesperanza. Y una torre se alzaba en el extremo de aquella misma muralla. Llamándole.

Despertó sobresaltado, con el sonido de la percusión que auguraba muerte aún retumbando en sus oídos y en la boca, el sabor ferroso de la sangre y el miedo.

«San Juan de Acre».

El conocimiento de que allí estaban las respuestas que tanto tiempo había estado buscando surgió en su mente de la nada y, sin pararse a reflexionar siquiera un segundo, lo dejó todo y tomó el primer avión que le llevara lo más cerca posible de aquella ciudad.

Durante casi cuarenta y ocho horas viajó en prácticamente todos los medios de locomoción existentes. Las imágenes, los recuerdos, seguían llegando a su mente de vez en cuando. Aisladas y a retazos, como si su

memoria fuera un grifo mal cerrado del que, cada cierto tiempo, se escapaba una pequeña gota. Pero no fue hasta que se encontró en aquella cueva y vio despertar a sus hermanos, que la presa invisible que retenía sus recuerdos reventó, dejando que le inundaran y casi asfixiándole en el proceso.

Vio a sus padres, sus hermanos, su familia. El momento en que decidió dedicar su vida a la Guerra Santa y unirse a los Templarios en su lucha por recuperar los lugares sagrados. Su primer encuentro con Guillaume, su amigo, su hermano, al que había jurado seguir hasta la muerte. Cómo uno a uno de aquellos siete hombres se unieron a ellos tomando aquel mismo juramento de hermandad, de compañerismo. Recordó el dolor, la sangre, las batallas ganadas y aquellas a las que sobrevivieron a duras penas. Las vidas perdidas, las caras de los amigos y hermanos que cayeron en San Juan de Acre después de que ellos se marcharan.

Pero había algo que se superponía a todo aquello. Una imagen. Ojos azules, sonrisa inocente. La necesidad de protegerle, la vergüenza. El miedo, la impotencia. La culpa, el... deseo. Todo aquello le golpeó con la fuerza de una bola de demolición en el instante en que aquel rostro se giró hacia él en la misma cueva en la que lo había visto por última vez.

Como si no hubieran pasado más de siete siglos en los que ni siquiera había recordado su cara o su nombre, las emociones, los sentimientos, regresaron en oleada. Con una intensidad desconocida, una que estaba seguro de no haber experimentado por ninguna de las personas a las que, en todos aquellos años, había llamado amigos o familia.

La certeza de que todo el vacío, la soledad, esa búsqueda sin descanso que le había mantenido en vilo cada uno de sus días no se debían al hecho de no tener recuerdos ni a su incapacidad de morir, sino a la pérdida. A *su pérdida*. Porque aquella noche de hacía más de setecientos años, cuando aquella fuerza lo lanzó a un pequeño mercado, no solo dejó en la cueva su pasado, sus recuerdos y a sus hermanos. También dejó allí su corazón.

Ahora, comprendía a la perfección los textos de los poetas, las canciones cuyas letras hablaban de cómo el mundo podía convertirse en un lugar oscuro y vacío y cada paso en el mayor reto al que podías enfrentarte, cuando perdías a la mitad de tu alma. Y él, ni siquiera había recordado haberla entregado hasta que la volvió a encontrar.



Paul se revolvió en sus sueños y Jacques se inclinó hacia delante en el cómodo sillón orejero que había desplazado hasta la habitación, aliviado de poder centrarse en otra cosa que alejara su mente de sus sentimientos.

Por lo que había visto de su casa, al jefe de Aby le gustaban los lujos. Muebles caros, antigüedades de valor incalculable, obras de arte en las paredes, sábanas de seda y un ático en una de las principales calles de Londres. Desde luego, no se privaba de nada.

Un ligero parpadeo antes de que abriera sus ojos azules y clavara la mirada en Jacques.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy?

Paul se revolvió entre las sábanas, incorporándose, antes de sujetar su cabeza con ambas manos. El calmante que había usado era muy efectivo, pero tenía algunos efectos secundarios, como sufrir un dolor de cabeza descomunal al despertar.

—Mi nombre es Jack Parker —utilizó el nombre que había adoptado durante los últimos diez años—, soy médico. Durante tu estancia en Acre contrajiste un virus poco conocido que te causó fiebre elevada, mareos y alucinaciones. Te trasladamos de vuelta a Londres en un vuelo medicalizado y, dado que tu estado ha mejorado ostensiblemente con la medicación adecuada, pensamos que te encontrarías más cómodo en tu propia casa.

Repitió, palabra por palabra, las mismas que Guillaume había metido en la mente de Paul. Su general —porque, aunque nunca se habían referido a él de esa manera, eso es lo que era—, había demostrado una vez más su valía al descubrir sus capacidades telepáticas y aprender a controlarlas en apenas una hora. Aunque algo le decía a Jacques, que las había estado usando por más tiempo del que parecía.

—U-Un... ¿virus? —murmuró Paul tragando saliva.

Jacques le aproximó el vaso de agua que había dejado sobre la mesilla, junto a un analgésico para el dolor de cabeza.

—Tómate esto, te ayudará. —Ayudó al hombre a incorporarse, puso la

pastilla entre sus labios abiertos y le tendió el líquido—. Solo ha sido una gripe más fuerte de lo normal, no tienes de qué preocuparte. Solo necesitas descansar y alimentarte como es debido y pronto te encontrarás perfectamente.

—Muchas gracias.

Paul volvió a recostarse. La cabeza le dolía horrores y todo daba vueltas a su alrededor, como si se hubiera bebido todas las existencias de tequila del mundo y estuviera sufriendo la peor resaca de su vida.

Tanto tiempo planeando aquella búsqueda y un virus había dado al traste con todos sus planes.

—¿Dónde está Aby? —preguntó al recordar que no había viajado solo.

—La señorita Stevenson está bien. También ha regresado a Londres, pero no era conveniente que permaneciera a su lado por el riesgo de contagio.

—Entiendo...

Los ojos le pesaban y, lentamente, dejó que el sueño le venciera llevándolo hacia la oscuridad.

Cuando volvió a despertar, su habitación estaba en tinieblas. La noche debía haber caído hacía tiempo, miró la butaca junto a su cama en la que había estado el médico y que ahora se encontraba vacía. Al menos sabía que no había sido un sueño, ya que normalmente ese asiento estaba en el otro extremo de su cuarto.

Se levantó, sintiéndose muchísimo más recuperado y lleno de energía. El reloj marcaba las tres de la madrugada del jueves. Así que, apenas habían estado en Acre unos diez días.

Sus sueños de encontrar a aquellos templarios de los que hablaba su antepasado en sus diarios, cayeron a sus pies hechos pedazos. O quizás no, se animó, tal vez solo había sido un revés, seguro que podría volver a intentarlo. Regresar a Acre y continuar con aquella búsqueda que se había convertido en su razón de ser. Aby había aceptado ayudarlo una vez, seguro que estaría dispuesta a volver y terminar lo que habían empezado.

Apoyándose en el lavabo de cristal azul, observó su rostro en el espejo del baño. Una buena ducha, un buen desayuno y estaría listo para regresar al trabajo. Iría al Museo Británico, hablaría con Thompson, le explicaría la situación y, aunque estaba seguro de que al viejo no le haría ninguna gracia, si echaba mano de sus contactos no le quedaría más remedio que ceder y permitir que, en un par de días, una semana a lo sumo, estuvieran de vuelta en Acre.

No había encendido la luz del baño al entrar y sus ojos se desviaron hacia

una sombra a su espalda que parecía ir adquiriendo una forma más densa. La sensación de estar rodeado por la más absoluta soledad, por la desolación y la tristeza más puras, se aferró a su garganta, como si unos dedos helados trataran de estrangularle. El pánico apretó su corazón haciéndolo latir más rápido.

Alucinaciones. La palabra que había pronunciado el médico se coló en su cabeza, pero todo parecía tan real... Fue lo último que pensó antes de caer desmayado sobre el impoluto suelo de mármol negro de su cuarto de baño.

Tiempo de Sorpresas

Aby estaba cabreada.

Sí, probablemente su muy estirada y solterona tía Marge no aprobara en absoluto su elección de palabras. Pero lo estaba. Cabreada y mucho. Más de lo que recordaba haberlo estado en su vida.

Seguramente, el hecho de que su enfado se mezclara con la frustración que sentía cada mañana al despertar, tenía algo que ver con su actual estado de ira irrefrenable.

Quería estrangularlo.

Arrancarle la piel a tiras.

Tumbarlo sobre la superficie plana más cercana, atarlo de pies y manos y... lamerle como un helado hasta quedarse sin saliva.

¡Mierda!

Y ahí estaba el motivo de su frustración. Una que hacía temblar sus piernas y que otras partes de su cuerpo se humedecieran con un solo vistazo de Guillaume de Blois. Caballero templario y auténtico hijo de puta, que convertía sus noches en un festival de sueños eróticos, pero que, al llegar la mañana, ni siquiera le dedicaba una segunda mirada. Mucho menos un simple «buenos días».

Capullo.

Llevaba así casi una semana y había aguantado estoicamente cada uno de los cinco días anteriores, a pesar de que él no se lo ponía nada fácil. El señor de Blois había decidido que, entre el tiempo que habían pasado convertidos en piedra y el que habían estado vagando sus otros cuatro compañeros, todos necesitaban ponerse en forma y recordar cómo luchar juntos. La afirmación causó aspavientos y burlas por parte de Jacques, Hugo y Rodrigo, mientras

Prax se limitó a mirarle con una expresión extraña en el rostro.

Los cuatro dejaron muy claro en el primer ejercicio, que podían haber pasado más de siete siglos vagando, pero ninguno había olvidado cómo luchar. De hecho, habían ampliado sus conocimientos.

Jacques había cambiado su espada templaria por un par de *katanas* y se había convertido en todo un maestro en su manejo durante su estancia en Asia. Tiempo que también aprovechó para aprender distintas artes marciales.

Rodrigo había convertido en armas sus propios dedos, no había un aparato tecnológico que no pudiera construir, que no supiera usar o que no pudiera... piratear. Además de ser el dueño de una de las mayores empresas tecnológicas era el mejor *hacker* a nivel mundial, después de todo, había colaborado en la creación de ARPANET, la antecesora de Internet y había seguido paso a paso cada uno de sus avances.

Hugo, aunque se había dedicado al estudio más que a la lucha, demostró que no había perdido su pericia ni como rastreador, ni con la pesada espada templaria que aún manejaba como un auténtico experto.

Práxedes, en cambio, hizo que Aby sintiera terror. No por el hecho de que se hubiera convertido en un experto en armas de fuego y explosivos. Ni siquiera porque confesara que había participado en la mayoría de guerras o conflictos bélicos que habían tenido lugar en los últimos siglos. Fue la forma en que lo dijo. Sus ojos brillaban, sus labios se curvaron en una sonrisa cruel y, mientras hablaba, sus palabras rezumaban una extraña mezcla de sangre, dolor y satisfacción.

También habían dejado claro que Luz y Oscuridad no habían mentido sobre sus nuevos "dones". Aquellos cuatro hombres tenían poderes asombrosos. Jacques no solo poseía telequinesis, lo que le permitía mover cualquier objeto, sino que, con los años, había descubierto que su don iba más allá, permitiéndole materializar cualquier cosa, desde cualquier lugar, con tan solo verla en una imagen. Rodrigo podía manipular el metal y, con el tiempo, había descubierto que también era capaz de conectarse con cualquier dispositivo electrónico, logrando que hicieran cualquier cosa que pasara por su mente.

Las habilidades de Hugo y Prax eran más... inquietantes y, aunque ya había visto al primero recomponerse y formar su cuerpo a partir de las sombras, verlo desaparecer ante sus ojos había sido perturbador. Su capacidad de camuflaje era realmente sorprendente. Podía deshacerse en

moléculas, confundirse con la oscuridad y pasar desapercibido. Pero lo peor era escuchar aquella voz distorsionada, que parecía provenir de todas partes y ninguna al mismo tiempo.

Práxedes, por su parte, controlaba el fuego. Era capaz de crearlo, moldearlo, dirigirlo e incluso extinguirlo a su voluntad. Su poder era aterrador no solo por lo que era capaz de hacer, sino por la expresión en el rostro del hombre cuando lo utilizaba. Una máscara de crueldad y disfrute cubría sus rasgos mientras dejaba que el fuego lo devorara todo a su paso.

Las confesiones de sus hermanos acerca de sus «nuevas» habilidades, solo habían convencido a Guillaume aún más de la necesidad que tenían de ponerse al día y volver a aprender a luchar juntos, así que, el entrenamiento había dado comienzo la mañana posterior a su llegada.

Aquello había sido un castigo cruel desde el punto de vista de Aby que, después de una noche repleta de sábanas revueltas, cuerpos sudorosos, caricias, besos y gemidos, había despertado en una cama vacía, rodeada por sábanas frías y solitarias, con la imagen del hombre que deseaba grabada en sus retinas. Cruzarse con él al salir de su habitación y que ni siquiera la mirase al decir «buenos días», no le sentó precisamente bien, aunque el café bien cargado con el que le esperaba Martha en la cocina ayudó a que su ánimo mejorara.

Al menos hasta que el sonido metálico de las espadas al chocar la atrajeron hacia uno de los patios. En alguna parte de su cerebro, ella sabía que había nueve hombres entrenando en aquel espacio abierto, pero ese conocimiento no pudo impedir que su mirada se colgara de uno solo de ellos. Guillaume, desde el centro del lugar, observaba luchar por parejas a sus hombres. Un pantalón de chándal gris colgaba bajo en sus caderas, peligrosamente bajo, atrayendo su mirada hacia el oscuro vello que se perdía bajo la cinturilla elástica, y ascendía en una fina línea que se ensanchaba un poco antes de llegar a sus muy definidos pectorales.

La visión de aquel pecho desnudo, salpicado de vello y gotas de sudor que resbalaban despacio, llamándola y poblando su mente de imágenes de sus más que excitantes sueños, hizo que Aby tragara saliva. Se obligó a sí misma a continuar elevando la vista, a apartarla de aquel pecho, de aquellos musculosos brazos y a dejar de lado el recuerdo de lo que se sentía al estar atrapada entre ellos. Cuando su mirada se encontró con la de él, su deseo se evaporó como una gota de agua a pleno sol en el desierto.

Sus oscuros ojos apenas se detuvieron en ella un segundo antes de que devolviera su atención a los movimientos de sus compañeros. No sin antes murmurar un: «Este no es lugar para ti, podrías resultar herida», que hizo que Aby apretara los puños y se mordiera la lengua, con tanta fuerza, que temió hacerse sangre.

Desde aquel día, los entrenamientos habían sido diarios y muy completos. Unas horas con espadas, otras con armas de fuego y otras tantas con explosivos. También dedicaban parte del tiempo a familiarizarse con las nuevas tecnologías: Internet, teléfonos móviles, GPS..., pero también drones, cámaras de vigilancia, *chips* de seguimiento... Aprendían a una velocidad vertiginosa y Aby no podía más que envidiar aquella habilidad. Lo cierto es que algo así le habría venido genial durante su carrera y doctorado.

Pasaba las horas muertas en uno de los enormes sofás con alguno de los libros de la inmensa biblioteca en sus manos. Aunque, en lugar de leer, se dedicaba a observarlos a través de las cristaleras. Era muy consciente de que había más de un pecho musculoso y desnudo al otro lado de las ventanas, pero por más que lo intentaba, su mirada siempre volvía al mismo y eso empezó a molestarla cada vez más.

Se había estado culpando a sí misma por sus sueños, machacándose por la aparente obsesión que había desarrollado por el templario. Quizás el destino se lo hubiera mostrado durante todos aquellos años incitándola a buscarle, pero ya lo había encontrado, a todos ellos, así que no había ninguna razón para que continuara viéndolo en sus sueños. Ninguna, aparte de una absurda adicción que la llevaba a desearle y odiarle a partes iguales.

En las últimas noches lo había intentado todo. Se había obligado a ver películas que normalmente le provocaban pesadillas, pero él siempre aparecía para salvarla en el último momento y acababan... en fin. Intentó no dormir, pero ni el café, ni las pastillas que tomaba para pasar las noches estudiando mientras estaba en la carrera, ni siquiera poner la radio a todo volumen con *trash metal*, habían impedido que acabara cayendo en un sueño intranquilo que solo se volvía apacible en el instante en que aparecía él.

Se sentía cansada y exhausta y comenzaba a creer que realmente había algo mal en ella que le hacía desear a un hombre que, a todas luces, no tenía el más mínimo interés. Hasta que esa noche lo había cambiado todo, transformando su deseo en una furia pura e incontrolable.

Pero es que Aby había descubierto el pequeño y «sucio» secretito del

hombre. Uno que solo había hecho que la sangre hirviera en sus venas como si de lava ardiente se tratara. Porque aquellos sueños no eran sueños normales, no.

Durante la última semana, el tiempo que llevaba confinada en aquella mansión que cada día se le asemejaba más a una cárcel de lujo, sus días habían consistido en una eterna sucesión de horas en las que, entre vistazo y vistazo a su mayor tentación, su cabeza giraba intentando averiguar cómo librarse de ella.

La noche anterior había decidido dar otra oportunidad a las películas de terror y se había decantado por una sesión intensiva de clásicos del cine. Empezó viendo *El exorcista*, a la que siguió *Al final de la escalera* y, más tarde, *La profecía*. Unos meses atrás ver una sola de ellas la habría dejado días sin dormir, en cambio, aquella noche, ni siquiera llegó a ver el final de la última. Una abrumadora necesidad de cerrar los ojos y dormir la invadió apenas empezar la película, obligándola a dejarse llevar al mundo de los sueños. Justo donde no quería ir.

Se encontró sumergida en una bañera, golpeando con fuerza las paredes blancas mientras luchaba por salir, por respirar. La falta de aire hacía que sus pulmones ardieran y, por un momento, pensó que eso sería suficiente para despertarla. Pero entonces llegó él. La sacó de debajo del agua y el viejo ático polvoriento se transformó en la antigua habitación en la que se habían encontrado cada noche durante las últimas semanas. Paredes de piedra, una inmensa cama, sábanas suaves y un cuerpo caliente apretándose contra el suyo. Había intentado resistirse, de verdad. Lo intentó con todas sus fuerzas, pero al final, acabó rindiéndose a sus deseos. Devolviendo cada beso, cada caricia, con el mismo fuego que ardía en sus venas, con la misma intensidad con la que el deseo hacía que su corazón latiese desenfrenado.

Y, tras el éxtasis, lo único que había sentido era una inmensa culpa. Una que cerró su garganta y llenó sus ojos de lágrimas.

Se sentía tan perdida. No sabía qué hacer, cómo evitar que aquellos sentimientos que habían anidado en su corazón continuaran creciendo, cómo liberarse de esa atracción no deseada que llenaba sus días de dolor, rechazo y frustración. ¿Realmente podía ser el destino tan cruel? ¿Cómo podía traer hasta ella al hombre de sus sueños, en carne y hueso, y que él no compartiera sus sentimientos?

Lloró, dejando que las lágrimas de rabia y frustración resbalaran por sus

mejillas y empaparan el pecho desnudo del hombre que solo vivía en sus sueños, preguntándose si, algún día, el dolor de saber que solo podría estar así con él en el mundo onírico pasaría.

Sus sollozos se hicieron más fuertes y una mano acarició su pelo mientras otra elevaba su rostro haciendo que sus ojos vidriosos se encontraran frente a otros, mucho más oscuros, que reconocería en cualquier parte, pero que, cuando estaba despierta, jamás la miraban con las emociones que mostraban aquellos. Ternura, cariño, deseo, pasión... ¿culpa?

—Shhh, Aby, no llores por favor.

La presa que contenía todas sus emociones se rompió ante las primeras palabras que pronunciaba y dejó que todo lo que pensaba saliera, dispuesta a desahogarse, a decirle lo que pensaba. Aunque fuera en sueños y sus palabras realmente jamás llegaran a sus oídos.

—N-no pu-pued-puedo más —logró articular entre hipidos—, duele.

—¿Te he hecho daño? —El Guillaume de sus sueños se apartó de ella y la recorrió lentamente con sus ojos y sus manos buscando el menor rastro de heridas.

—N-no fis-físico —Aby tomó aire y obligó a sus lágrimas a retroceder—. No es físico —confesó cuando pudo hablar más tranquila—, no se trata de eso. —Acarició el sutil rastro de barba que cubría la mandíbula de su acompañante y deslizó su cuerpo sobre las suaves sábanas, acercándose a él, buscando su calor—. No puedo soportar que todo lo que haya entre nosotros sea... esto. Que solo pueda tocarme en mis sueños. Sentir algo por alguien que ni siquiera sabe que existo me está matando, pero no sé cómo impedirlo. No puedo dejar de soñar contigo y tampoco puedo dejar de sentir que cada día me enamoro un poco más de ti...

—¿Me amas? —Su voz ronca se quebró ligeramente y su rostro mostró asombro.

—Creo que desde siempre —murmuró Aby, con timidez—. ¿Tiene sentido? Solo era una niña la primera vez que te vi, pero creo que ya entonces comencé a enamorarme de ti. Siempre estabas ahí, a mi lado, cuando necesitaba a alguien. —Se incorporó, recostando la espalda contra la fría pared de piedra y tirando de la sábana para cubrirse. Sus palabras ya la estaban dejando lo bastante expuesta, no necesitaba ser consciente también de su desnudez—. Nunca pensé que fueras real, que existieras. Jamás creí que pudiera encontrarme con el hombre de mis sueños en carne y hueso —una

sonrisa triste cubrió su rostro y se encogió ligeramente de hombros—, pero te encontré. Lo hice, aunque aún no sé cómo. —Una solitaria lágrima escapó cayendo desde sus pestañas hasta la sábana—. Pero supongo que no todos los sueños están destinados a cumplirse, ¿no? Puede que te haya encontrado, pero está claro que tú no sientes por mí lo mismo que yo por ti. Al menos no el tú real... ¿Crees que me estoy volviendo loca? —Una carcajada vacía brotó de sus labios al tiempo que más lágrimas caían de sus ojos—. Debe ser eso, después de todo solo alguien loco se enamoraría de un hombre que no existe y continuaría machacándose con sueños que jamás se harán realidad.

—Aby, yo... —Guillaume atrapó su rostro entre sus manos, mirándola fijamente, como si quisiera desnudar su alma—. Lo siento. Jamás pensé que tú... —acarició sus mejillas una última vez antes de apartarse de ella y darle la espalda, sentándose al borde del colchón—. Tienes que entenderlo, no soy bueno para ti. Pensé que, teniéndote durante las noches, podría mantenerme alejado de ti durante el día y lo estaba consiguiendo. Pero no pensé en lo que sentirías tú. Yo... ¡Dios! Te he estado empujando a estos sueños convenciéndome a mí mismo de que así evitaba hacerte daño y solo lo he empeorado todo.

—Que tú has... ¿qué? —Aby tiró de su hombro haciendo que Guillaume se volviera hacia ella—. ¿Me estás diciendo que eres tú, y no yo, ni mi subconsciente, quien provoca estos sueños? ¡¿Tú me traes aquí cada noche y me follas, solo para poder ignorarme durante todo el día sin sentirte culpable?!

Mientras hablaba, Aby se había arrodillado en la cama frente a él, con los puños apretados por la rabia. Cuando Guillaume bajó la cabeza ante sus palabras, dándole una muda confirmación de sus temores, la rabia explotó en su interior. Le propinó un empujón con tanta fuerza, que se despertó en el acto, incorporándose en su cama como si tuviera un resorte.

—¡¡Serás cabrón!! —gritó a las paredes de su vacío dormitorio deseando que él lo escuchara desde el otro lado del tabique.

Se fue directa a la ducha refunfuñando lo bastante alto para que pudiera escucharle desde la otra habitación, o al menos eso esperaba, y abrió al máximo el grifo de agua fría. Las duchas heladas se habían convertido en costumbre en los últimos días, pero en aquella ocasión no era su libido lo que necesitaba enfriar.

Había estado culpándose por no poder controlar sus sueños, luchando

contra ellos, sintiéndose frustrada, decepcionada y viendo como su autoestima caía en picado, sin saber que, en realidad, nada de aquello era por ella sino por él. Siempre había sido él.

De algún modo había logrado conectar con sus sueños cuando solo era una niña, aprovechó esa conexión para guiarla hasta ellos, para que los encontrara y, una vez lo había hecho, continuó usándola... ¿para poder estar con ella en sus sueños mientras la ignoraba en la realidad?

Tiró de la toalla colgada en la pared y se secó con brusquedad. Necesitaba liberar su furia, su enfado, de algún modo y no creía que pudiera ganar a Guillaume en una lucha cuerpo a cuerpo. A pesar de que lo que más quería en aquel momento era golpearle hasta que consiguiera hacer entrar algo de razón en su cabeza.

¡No quería hacerle daño! ¡El muy capullo le había dicho que lo había hecho porque no quería hacerle daño!

Aby negó con la cabeza mientras se ponía unos vaqueros y un enorme jersey celeste que dejaba uno de sus hombros al aire. Se calzó unas zapatillas de deporte blancas y salió al pasillo. El agua fría no había conseguido calmarla en absoluto y en lo único en lo que podía pensar en aquel momento, era en aporrear la puerta de la habitación de al lado hasta que Guillaume la abriera y pudiese decirle a la cara lo que pensaba de él, y de su forma de «no hacerle daño».

Lo último que esperaba encontrarse frente a su habitación era a un Dalman cabizbajo y con mirada nerviosa, que no dejaba de frotarse el brazo izquierdo con su mano derecha. El joven miró a ambos lados del pasillo antes de empujarla de nuevo hacia el interior y entrar tras ella.

Cerró la puerta y se apoyó contra la madera, con la mirada fija en el suelo, ante una Aby que boqueaba sin saber cómo reaccionar. Dalman era el más joven de los caballeros, por lo que tenía entendido se unió a los templarios con apenas dieciséis años, a Guillaume y los demás a los diecinueve y solo llevaba uno con ellos cuando entraron en la cueva. No era más que un crío.

Uno que, sin elevar la mirada, comenzó a desvestirse frente a ella, quitándose la enorme sudadera gris con capucha que llevaba, mientras murmuraba palabras que no llegaba a entender. En el momento en que sus manos agarraron el bajo de la amplia camiseta negra que cubría su torso y comenzaron a tirar hacia arriba, Aby reaccionó.

—¡¡Para!! ¿Se puede saber qué estás haciendo? —No estaba asustada. El muchacho aún no había levantado la vista y sus mejillas estaban rojas. Estaba claro que no se sentía precisamente cómodo con la situación.

—Necesito tu ayuda... —susurró terminando de quitarse la camiseta—. Es la única manera.

Aby había pensado que era un chico tímido y le había sorprendido que conservara ese rasgo después de todo lo que seguramente había vivido en su época. Guerras, sangre, muerte, crueldad. Matar o morir por la causa que había adoptado como propia.

Era el único de los caballeros que jamás luchaba a pecho descubierto durante los entrenamientos. No importaba las horas que llevaran practicando, el calor que hiciese o la cantidad de sudor que resbalara por su cuerpo. Él permanecía vestido en todo momento y Aby había llegado a cuestionarse si lo hacía por pudor o porque tenía alguna horrible cicatriz de batalla que desfigurara su torso.

Ahora, la respuesta a esa pregunta estaba frente a ella y, tenía que admitir que, por nada del mundo, hubiera podido imaginarlo.

—Pero... ¿qué? —Aby no podía apartar la vista de las manos de Dalman, que se esforzaban en desenrollar la venda que envolvía su pecho.

Cuando el extremo de la tela cayó, los labios de Aby se abrieron con asombro, al igual que sus ojos. De repente, los rasgos suaves del muchacho, cobraron un sentido totalmente distinto.

—Eres... —murmuró en un susurro.

—Una mujer —concluyó Dalman mientras gruesas lágrimas caían por su rostro y bajaba la cabeza, avergonzada.

Aby actuó por impulso, acercándose a la chica y estrechándola entre sus brazos, intentando consolarla. Si, cuando creía que era un hombre, le había dolido pensar en lo difícil que debía haber sido para alguien tan joven enfrentarse a una vida de guerra y sangre, ahora que sabía que era una mujer, ni siquiera podía comenzar a imaginárselo.

—Por favor... ayúdame... —Los brazos de la joven se envolvieron en torno a ella, aferrándose a su cuerpo como un náufrago en alta mar, como si fuera su única salvación, mientras sollozaba en silencio.

Aby caminó de espaldas hacia su cama y la hizo sentarse junto a ella. Soltando sus manos acarició el rostro de la joven, convenciéndola para que la mirase a los ojos. Cuando por fin se encontró con su mirada, sus orbes azules,

inundados de lágrimas, sostenían una súplica silenciosa que casi le rompe el corazón.

—Shhh, cariño, ya está —canturreó limpiando sus lágrimas con los pulgares—. No puedo imaginarme lo que debe haber sido guardar un secreto como este. Eres una mujer fuerte, mucho más fuerte que cualquiera de los hombres con los que entrenas cada día —añadió completamente convencida de sus palabras—, pero incluso las personas con ese tipo de fortaleza, a veces se rompen.

—No... ¿no piensas que soy un monstruo? —preguntó Dalman con sorpresa —¿No crees que soy una vergüenza?

Aby no pudo evitar sonreír con tristeza.

—¿Monstruo? ¿Vergüenza? ¡Jamás pensaría eso de ti, cariño! ¡Al contrario! Me parece admirable y más aún, teniendo en cuenta la época en la que naciste. Hoy en día cada vez es más normal encontrar mujeres soldado, pero... ¿en el siglo XIII? Ni siquiera puedo empezar a imaginarme lo que te llevó a correr tamaño riesgo, ni lo que hubiera sucedido si te hubiesen descubierto.

—No tenía otra opción —dijo negando con la cabeza —de haberme quedado en casa... —Su mirada se desenfocó como si hubiera vuelto al pasado, perdiéndose en sus recuerdos.

—Has dicho que necesitabas ayuda —intervino Aby, intentando traerla de vuelta de aquello que debía resultarle tan doloroso.

Su rostro se sonrojó de nuevo, al tiempo que bajaba la mirada una vez más.

—Yo... Estoy... Ya sabes... —murmuró antes de coger aire, como si se animase a hablar—. Sangro.

—¿Sangras? —Aby se apartó de ella alarmada, revisando su cuerpo — ¿Estás herida? ¿Dónde?

—No... no es eso... Soy... mujer, ¿recuerdas? —susurró frunciendo los labios con desagrado.

Una lucecita se encendió en la mente de Aby, que dejó caer sus manos sobre sus rodillas.

—Estás con la regla.

—Eh... —dudó Dalman—. Sí, creo que esa es así como lo llamáis ahora...

—Sí. Regla, menstruación, la mujer de rojo... tiene muchos nombres —

respondió entre risas—, pero no ha dejado de ser doloroso.

—Yo... sé que ahora existen cosas para... —Dalman gesticuló con las manos, mientras el color se hacía más fuerte en sus mejillas.

—¿El dolor? —La joven negó, antes de cambiar de idea.

—Bueno, para eso también, pero yo me refería a... ¿tam...tampones?

Aby se reprendió mentalmente por su propia estupidez. ¡Por supuesto que se refería a eso! Afortunadamente, al haber preparado su maleta para viajar a Acre sin saber cuánto tiempo estaría fuera, llevaba un completo repertorio de aseo femenino en su equipaje.

Pasó la siguiente hora explicándole todo lo necesario sobre compresas, tampones e higiene íntima femenina que, en el siglo XIII, no es que estuviera precisamente adelantada. También le proporcionó un par de analgésicos, indicándole que se tomase uno si le dolía mucho y esperase al menos ocho horas antes de tomarse otro, si es que le seguía doliendo. Aunque el mayor obstáculo fue superar la vergüenza de la pobre muchacha ante todo aquello.

—¿Me guardarás el secreto? —murmuró la joven, algo menos colorada.

—Claro que sí, Dalman, las mujeres tenemos que apoyarnos entre nosotras.

—Evangeline... —respondió casi en su susurro—. Mi nombre es Evangeline.

—Un nombre precioso que te queda a la perfección —dijo Aby con una enorme sonrisa, después de repetirlo en voz alta.

—Aby... si puedo ayudarte en algo, en cualquier cosa... —La joven cogió sus manos sosteniéndolas con fuerza—. Solo dímelo, por favor.

Junto al recuerdo de lo que había descubierto aquella noche, la frustración, la impotencia y el enfado, volvieron a su mente transformándose en un dolor sordo que lo llenaba todo, dejándola con un único pensamiento. Ojalá no tuviera que volver a ver a Guillaume nunca más.

—Si pudieras ayudarme a salir de aquí... —murmuró casi sin darse cuenta.

—¿Quieres irte? ¿Alguien te ha hecho daño de alguna manera? ¿Te han... forzado de algún modo? —Evangeline la interrogó entre dientes. El simple hecho de preguntarlo le dolía. Conocía a sus hermanos, eran hombres de honor que jamás dañarían a una mujer, pero...

—¡¡No!! —exclamó Aby sin dudar—. No se trata de eso, es solo que... —suspiró, puede que en la última hora hubiesen creado un vínculo entre las

dos, pero no estaba preparada para hablar de Guillaume con ella. Necesitaba a Chloé—. Necesito volver al trabajo, a mi casa, y ver a mi gata. La dejé con una amiga, pero ahora que estoy de vuelta, debo hacerme cargo de ella.

El alivio se dibujó en el rostro de Evangeline con toda claridad, antes de que una sonrisa traviesa cubriera sus labios.

—En ese caso... —la chica desapareció ante los ojos de Aby para reaparecer a unos metros de distancia—, quizás pueda ayudarte.

—Pero ¿qué...? —La miró boquiabierto sin entender lo que acaba de pasar.

—He aprendido un pequeño truco desde que desperté. Supongo que debe ser a lo que se referían Luz y Oscuridad en la cueva. Al parecer, el mío me permite ir de un lugar a otro, aún no lo entiendo del todo y nunca he llevado a nadie... pero si quieres, podemos intentarlo. Eso sí, necesitaré ver a dónde vamos.

Aby lo pensó unos segundos antes de sacar la maleta y ponerse a llenarla de ropa. ¿Qué más daba un riesgo más? Como si no hubiera hecho ninguna locura en las últimas semanas. ¿Qué era lo peor que podía pasar? Tal vez acabara dividida en millones de partículas diminutas, pero al menos así no tendría que volver a ver a Guillaume ni siquiera en sueños, ¿no?

Terminó de hacer el equipaje y sacó su móvil del bolsillo. Hacía algo más de un mes había cambiado las cortinas de su habitación y le envió una foto a Chloé para que viera cómo había quedado el cuarto. Esperaba que sirviera.

—Esta es mi habitación —dijo mostrándole a Evangeline la imagen en la pantalla—. ¿Servirá?

—Creo que sí —respondió—. Hasta ahora solo me he movido por la mansión, pero no creo que sea mucho más difícil... ¿no?

La duda en la voz de la joven hizo que Aby se planteara si aquella locura no era un riesgo demasiado alto. Daba igual, no pensaba quedarse allí ni un minuto más, no soportaría volver a cruzarse con Guillaume y que él... Cerró los ojos con fuerza, recordando la forma en que la había ignorado durante el tiempo que llevaba allí y el dolor que le había causado. Se acabó.

—Seguro que saldrá bien, ya verás. ¿Qué tengo que hacer? —resolvió aparentando mucha más seguridad de la que realmente sentía.

Evangeline cogió su mano derecha mientras ella agarraba la maleta con la izquierda.

—Cierra los ojos. —La chica le dedicó una pequeña sonrisa de ánimo—.

Esto puede marear un poco.

Aby obedeció con un asentimiento y apenas cinco segundos después, cuando volvió a abrirlos, se encontró en su propia habitación.

—¡Guau! ¡Eso sí que ha sido rápido! —Se sujetó a la cama, un poco mareada por el viaje.

—A-Aby... —La mano de Evangeline resbaló de la suya y la chica cayó desplomada sobre el suelo de madera clara.

—¡¡Eva!!

El susto de ver a su nueva amiga caer, con la piel de un color blanco lechoso y sangre goteando de su nariz, hizo que el mareo se le pasara de golpe. Se agachó y acarició su rostro antes de deslizar la mano hasta el cuello para intentar buscarle el pulso... Como si tuviera la más mínima idea de lo que estaba haciendo.

—¡Eva! ¿Te encuentras bien? ¿Qué te pasa? —Aby se arrodilló junto a ella apoyando la cabeza de la joven en su regazo.

—Can-cansada... tan... can...sada —murmuró en un susurro antes de volver a cerrar los ojos.

—Voy a llamar a Jacques —Aby volvió su bolso derramando todo su contenido en el suelo para buscar su móvil—, él sabrá qué hacer. Te pondrás bien, Eva, ya lo verás.

—¡¡N-No!! —Aunque apenas tenía fuerzas y tartamudeaba, su voz salió aún más clara y decidida—. No... Jacques no... por favor...

Una solitaria lágrima se deslizó de su ojo derecho mientras negaba con la cabeza sin dejar de repetir un «no», tan triste, que el corazón de Aby casi se rompió en aquel momento.

—Está bien, cariño —dejó la búsqueda del teléfono y volvió a acariciar el rostro de su amiga intentando calmarla—. Nada de llamar a Jacques.

—So-solo ne-nece-sito dormir...

Como pudo, ayudó a la chica a levantarse y la tumbó en su cama.

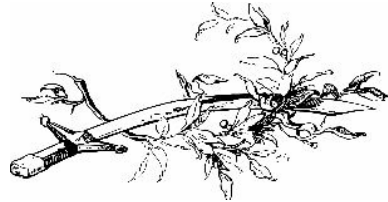
—Descansa, te traeré un vaso de agua y prepararé algo de comer para cuando te despiertes.

Besó la frente de Eva con dulzura, sintiendo un nudo en su garganta y con la sensación de que aquello era culpa suya. Recogió su móvil del suelo antes de abandonar la habitación. Eva no quería que llamase a Jacques, pero era médico y sabría qué hacer.

—Lo prometiste, Aby, prometiste guardar mi secreto. No llames a

Jacques, por favor.

Las palabras, aún en un murmullo, sonaron claras en sus oídos a pesar de que Eva continuaba con los ojos cerrados. Tenía razón, se lo había prometido. Esperaría a que despertara y si no lo hacía o empeoraba... rompería su promesa.



Guillaume pasó casi toda la mañana encerrado en su habitación, consciente de que era más que probable que hubiera cometido el mayor error de su vida aunque no tenía muy claro si este había sido interferir en los sueños de Aby o decírselo. No había sido su intención; ella no debía haberse enterado, pero cuando la vio llorar las palabras salieron de sus labios sin control y aquella mujer era demasiado inteligente como para no atar cabos. Así que allí estaba, encerrado en su cuarto como un niño asustado, como un cobarde, solo para evitar tener que cruzarse con ella y ver su cara de reproche. ¿Y si empezaba a llorar otra vez? Él sabía de guerras, batallas, armas y luchas, no de mujeres que lloraban. No sabía nada de sentimientos, había pasado toda su vida huyendo de ellos, evitándolos.

Pasó horas dándole vueltas a la situación, intentando averiguar cómo arreglarlo. A mediodía, Jacques llamó a la puerta de su habitación llevando un par de bandejas de comida y Guillaume agradeció la distracción, cansado como estaba de que sus pensamientos girasen sobre el mismo tema sin encontrar ninguna salida.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, hermano.

—¿Va todo bien, Guillaume? No se te ha visto el pelo en toda la mañana.

Su entrecejo se arrugó mientras intentaba comprender la expresión que había usado. El lenguaje moderno le resultaba en ocasiones rebuscado y complejo, pero poco a poco se iba acostumbrando a las expresiones y frases hechas, igual que sus compañeros.

—Necesitaba pensar —respondió al fin con el gesto más relajado.

—Demasiados cambios, ¿no?

Guillaume asintió, aunque sus pensamientos volvieron a deslizarse hacia Aby.

—¿Alguna vez has hecho llorar a una mujer? —verbalizó la pregunta sin pensar.

—Eh... —El rostro de Jacques mostraba con toda claridad su confusión—. ¿Sí? Supongo que es algo inevitable cuando mantienes una relación con alguna.

—¿Y cómo lo arreglaste?

—Depende del motivo —miró a su hermano con preocupación—. Estamos hablando de Aby, ¿verdad? E imagino que las lágrimas no han sido de alegría... ¿Qué es lo que ha pasado entre vosotros?

—Solo necesito saber cómo arreglarlo, Jacques, los detalles no son de tu incumbencia.

La respuesta, en un tono brusco y cortante, hizo que el médico se pusiera en alerta. Quería y respetaba a Guillaume como a un hermano mayor, le había confiado su vida en numerosas ocasiones, lucharon mano a mano en incontables batallas y siempre se protegieron la espalda el uno al otro y, precisamente por eso, conocía de primera mano el genio de su compañero. Era un hombre brusco, duro, un guerrero. Hablaba poco y cuando lo hacía sus palabras estaban medidas, calculadas, nunca se dejaba llevar por las emociones. Era más un hombre de acción, su espada solía hablar por él más que sus labios.

Y, en cambio, el que estaba sentado frente a él parecía un hombre confuso, perdido y abrumado por las emociones. Por eso sabía que, fuera lo que fuese aquello que lo tenía en aquel estado, estaba relacionado con Aby. Cuando los caminos de ambos se cruzaban, algo que Jacques se había dado cuenta de que su amigo intentaba evitar siempre que le era posible, el rostro de Guillaume mostraba más expresiones de las que le había visto jamás en los años que pasaron juntos, antes de volver a su gesto neutro e indiferente. Pero a él no le engañaba. Aquella mujer, de alguna manera, había conseguido llegar hasta él, atravesar sus escudos y, conociendo como conocía su historia, entendía por qué se encontraba tan agitado.

—Habla con ella —dijo manteniendo la intensa mirada de su amigo—. Intenta explicarle tu postura, tus motivos y sé sincero. Si aprecias a Aby de

alguna manera y quieres conservarla en tu vida, cuéntaselo todo.

El rostro de Guillaume se cubrió de una máscara de furia.

—Tú mejor que nadie sabes que no puedo hacer eso. No puedo conservarla...

Y eso sí que sonó como un lamento, sorprendiendo aún más a Jacques.

—Guillaume, te lo dije entonces y te lo repito ahora, el pasado no tiene porqué repetirse.

—Pero ¿y si lo hace? No puedo condenarla de esa manera.

—Habla con ella, cuéntaselo, explícale tus motivos para mantenerla alejada y deja que sea ella quien elija.

—No es una opción —respondió tajante, queriendo dar por zanjada aquella incómoda conversación.

—Pues tendrá que serlo —añadió Jacques con la misma firmeza—. Por si lo has olvidado la necesitamos de nuestro lado. Aby también tiene un papel importante en nuestra misión, es la única que puede mantener el cofre oculto de Odio. No podemos permitirnos que nos abandone.

—No la dejaremos hacerlo.

—Ya no estamos en el siglo XIII, Guillaume. Ahora las mujeres tienen los mismos derechos que los hombres, trabajan y son independientes. Aby tenía una vida antes de que se cruzara con nosotros, una a la que estoy seguro de que está deseando volver. Una casa, un trabajo, amigos y, por lo que tengo entendido, hasta una mascota. Quizás hasta un novio... —dejó que esa última parte calara en su amigo y supo que lo había hecho cuando su rostro se frunció en desagrado. Sonrió antes de continuar—. No le des razones para que sus deseos de volver a todo eso se impongan a su obligación para con nuestra causa. Ella no lo tiene fácil, prácticamente la hemos secuestrado, obligándola a vivir con nueve desconocidos con los que apenas tiene nada en común. No la alejes aún más o será peor para todos.

—La misión siempre es lo primero, ¿no? —Guillaume quiso decirlo con desenfado, pero no pudo evitar que una punzada de amargura se colara en sus palabras.

—Así ha sido siempre y así debe ser. Recuerda que ahora no luchamos por el destino de la cristiandad, sino por el de la humanidad entera. —Dudó unos segundos antes de continuar, inseguro sobre cómo se tomaría su amigo sus siguientes palabras, pero consciente de que era algo que tenía que escuchar—. Guillaume, nadie puede huir de sus miedos eternamente. Tarde o temprano

todos tenemos que enfrentarnos a ellos y a nuestro pasado para poder seguir adelante. Y, te aseguro, que la eternidad puede ser muy solitaria y demasiado larga para que la cruz de tu pasado sea tu única compañía.

La mirada de su amigo se perdió en algún punto de la pared a su espalda y Jacques no supo si debía continuar hablando o dejarle solo con sus pensamientos. Un golpe en la puerta llamó la atención de ambos.

—Adelante. —Guillaume se incorporó en el sofá en que estaba recostado.

—Perdonad la interrupción, pero no logro encontrar a Dalman —Hugo habló al tiempo que entraba en la estancia—. Su habitación está vacía. He llamado a la de Aby, pero nadie contesta, y tampoco la hemos visto en toda la mañana.

—¿Por qué iba a estar Dalman en la habitación de Aby? —Hugo dio un paso atrás ante el tono grave y amenazador en que Guillaume hizo la pregunta, algo que Jacques no dudó en identificar como celos.

—La última vez que lo vi fue esta mañana. Llamó a la puerta de la chica y entró con ella en su habitación, por eso pensé que quizás... aún estaría allí.

Terminó la frase en un susurro, consciente de cómo se tensaba el cuerpo de su superior y su rostro se cubría de una máscara de pura furia.

—¿Dalman y Aby? —Jacques se mostró sorprendido y bastante aturdido—. Eso no... tiene sentido.

Hugo sonrió y se encogió de hombros en un gesto despreocupado.

—Aby es una mujer atractiva por la que cualquier hombre podría sentirse interesado y Dalman es, con toda seguridad, el que tiene un aspecto menos amenazante de todos nosotros. No me extrañaría nada que hubieran... bueno, intimado.

La sonrisa de Hugo se congeló cuando Guillaume y Jacques saltaron de sus asientos directos hacia él. El primero lo agarró del cuello de la camiseta antes de hacer que su espalda chocara contra la pared más cercana.

—Aby es nuestra invitada. Ninguno de vosotros tiene permiso para ponerle la mano encima. —Guillaume casi escupió las palabras en el rostro de su amigo.

—Lo sabemos, señor, pero en el siglo XXI las mujeres son libres de escoger a sus parejas sexuales y acostarse con quien quieran cuando quieran. Y todos sabemos que Dalman nunca forzaría a una mujer.

—¡Por supuesto que no! —exclamó Jacques indignado ante la mera posibilidad—. Pero Dalman tampoco se acostaría con Aby. Él no...

¿Por qué, de repente, todos los músculos de su cuerpo estaban tensos? ¿Por qué lo único en lo que podía pensar era en buscar a Dalman y mantenerlo lo más lejos posible de Aby? ¿Por qué...? Tenía que centrarse. Guillaume era su General, pero él era el razonable, la mente pensante, el que siempre lograba que los nueve encajaran a la perfección funcionando como una máquina bien engrasada.

Salió de la habitación y fue hacia la siguiente a la derecha, a la puerta de la de Aby. Llamó un par de veces y esperó respuesta, pero no hubo ninguna. Estaba a punto de llamar de nuevo cuando el cuerpo de Guillaume se interpuso entre él y la madera.

—Apártate.

Esa fue la única advertencia que recibió antes de que su hermano echara abajo la puerta de la habitación.

—¡¡Aby!! —Guillaume la llamó mientras entraba en la estancia y revisaba cada rincón, buscándola—. ¡Mierda! —El grito de frustración que profirió al llegar al vestidor no auguraba nada bueno—. ¿Dónde demonios están sus cosas?

Jacques y Hugo se colocaron a ambos lados de Guillaume y observaron con asombro el vacío vestidor. Lo único que quedaba allí eran las escasas prendas que Martha y Tom les habían proporcionado y a las que Aby no había dado uso alguno al llevar su propio equipaje. No había maletas, ni zapatos, ni nada que perteneciera a la mujer. El baño también estaba vacío de cualquier objeto personal, no había peines, ni cremas, ni cepillo de dientes, ni perfume. Nada que indicara que una mujer se había estado alojando en aquella habitación durante la última semana.

Aby se había marchado.

Un escalofrío recorrió la espalda de Jacques en el momento en que esa certeza tomó forma en su mente. Giró sobre sus talones, salió de la habitación corriendo como alma que lleva el diablo, y fue directo a la puerta al otro lado del pasillo, justo frente a la de Aby; el cuarto de Dalman.

—Pero ¿qué...? —El chico salía del baño con el pelo húmedo, los pantalones de chándal y una camiseta negra amplia, cuando vio a Jacques entrar como una exhalación después de haber echado abajo la puerta.

—¿Dónde demonios estabas?

—¿Dónde está Aby?

Jacques y Guillaume preguntaron a la vez. Pura furia rezumando de sus

palabras, los puños apretados y una mirada intensa que clavó al joven en el sitio.

—¿A-Aby? —Se obligó a apartar su mirada de Jacques y responder primero a su General—. ¿No está en su habitación?

—Su habitación está vacía, se ha llevado todas sus cosas y no hay rastro de ella en toda la mansión. ¿Qué le has hecho?

En dos zancadas, tenía a su superior frente a él, mirándolo furioso. Dalman conocía el genio de Guillaume y era consciente de que estaba luchando contra las ganas de golpearle. Habló rápido, dejando que sus palabras salieran atropelladas, pero comprensibles.

—La vi esta mañana. Algo debió sentarme mal en la cena de anoche y no he podido pegar ojo. Fui a su habitación temprano por si tenía algo que pudiera ayudarme. Me dio un par de pastillas, me indicó cómo tomármelas y he pasado el resto de la mañana entre la cama y el baño. No he vuelto a verla desde entonces.

—¿Eso es sangre? —Le interrumpió Jacques señalando la toalla que tenía en la mano.

—Me ha sangrado un poco la nariz, supongo que de tanto vomitar, pero ya estoy bien.

—Dónde-está-Aby —Guillaume dio un paso más pegando su pecho al del joven, mucho más bajo que él, y Dalman tuvo que obligarse a no retroceder.

—La dejé en su habitación. Cogí las pastillas y me fui, apenas estuve cinco minutos con ella. Lo juro.

Los ojos de su superior se clavaron en los suyos y sintió una ligera presión en la cabeza. Lo único en lo que Guillaume podía pensar era en encontrarla, en eso y en averiguar si las imágenes de Aby y Dalman juntos que se habían formado en su cabeza eran reales o no.

La simple idea de imaginarla con otra persona hacía que quisiera destrozar algo. Se centró en el más joven de sus hermanos y entró en su mente. Lo vio en la puerta de la habitación de Aby, la había empujado al interior y había... Una extraña neblina recubría las imágenes haciéndolas parecer ligeramente inconexas, pero ahí estaba ella, ofreciéndole un par de pastillas y explicándole cómo tomarlas. Salió de la mente de Dalman sintiendo que podía respirar mejor.

—El chico dice la verdad —dijo dándose la vuelta y saliendo de la habitación—. Os quiero a todos recorriendo cada esquina de la mansión. Aby

no puede haber desaparecido en el aire y, si se ha ido realmente, alguien tiene que haberla ayudado. Tenemos que encontrarla lo antes posible.

Hugo siguió a su General, pero Jacques permaneció en la habitación sin apartar su mirada de Dalman, que había dejado caer al suelo la toalla y se estaba poniendo una sudadera con capucha del mismo tono gris que el pantalón.

—¿Por qué no me llamaste a mí? Soy médico —Jacques no pudo evitar que una pizca del dolor que sentía al saber que había preferido recurrir a una desconocida antes que a él, se colara en sus palabras.

—Ella estaba más cerca. —Dalman se encogió de hombros sin mirarle siquiera.

—¿Cómo te encuentras ahora? ¿Quieres que te examine? —Dio un paso al frente, acercándose al muchacho que reaccionó dando un paso atrás, alejándose de él.

—No es necesario, me encuentro mucho mejor, pero gracias. Ahora, si no te importa, me gustaría descansar un rato. Estaré en el entrenamiento de las cuatro. A no ser que me necesitéis para buscar a Aby.

—No... no creo que sea necesario. Descansa y recupérate, te avisaré cuando sepamos algo.

—Gracias.

Dalman se metió bajo las sábanas completamente vestido y se giró, dándole la espalda a Jacques, dejándole muy claro que no había nada más que decir. Aun así, permaneció en la habitación, observando cómo el joven se acurrucaba bajo las mantas y deseando poder unirse a él, abrazarlo, protegerlo, cuidarlo...

Agitó la cabeza, apartando aquellos pensamientos carentes de sentido y abandonó el cuarto, alejándose de la tentación. Cerró la puerta tras él y apoyó la espalda en la dura madera. Un suspiro aliviado brotó de sus labios. Al menos sabía que no se había acostado con Aby.

¿Y por qué saber aquello le consolaba?

Tiempo de Buscar

Eva le había dado un buen susto. Había dormido durante dos horas, completamente inmóvil y con una respiración tan lenta que había hecho que Aby se acercara más de una vez para asegurarse de que continuaba respirando.

El vaso de agua y el sándwich que le preparó estaban sobre la mesilla, esperando a que despertara. Mantenía su móvil cerca, con el número de Jacques preparado por si tenía que llamarle. Eso significaría romper la promesa que le había hecho y acabar con sus planes de huida, pero en aquel momento lo único que le preocupaba era que Eva se recuperase. Después de todo, si se encontraba en aquel estado, era por su culpa.

Cuando por fin despertó, Aby no sabía si reír, llorar de alivio, o gritarle. ¿Por qué no le había avisado de que algo así podía pasar?

—Lo siento, Aby. —La chica habló mientras devoraba la comida en dos bocados—. Es cierto que normalmente me canso si lo hago muy seguido, pero nunca había recorrido tanta distancia en un solo viaje, ni había llevado a nadie conmigo. No imaginaba que pudiera ser tan malo, de verdad, si no te habría avisado. Pero estoy bien, ¿ves? No tienes nada de qué preocuparte, solo necesitaba descansar.

Aby la miró intentando parecer enfadada, pero las lágrimas que caían de sus ojos y la fuerza con que la abrazaba dejaban claro que estaba más que aliviada de que su nueva amiga estuviera en perfecto estado.

—¿Quieres quedarte aquí? No tienes por qué volver a la mansión si no quieres —preguntó con un hilo de voz. Mantener un secreto como el suyo le parecía algo inconcebible.

—Tengo que volver, Aby. Son mis hermanos y no voy a dejarlos solos en la batalla que se avecina, pero quizás te visite de vez en cuando —añadió con una enorme sonrisa—. Ya sabes, para hablar de cosas de chicas... Si no te importa, claro.

—¡¡Me importará, y mucho, si no lo haces!!

Ambas rieron y se abrazaron una vez más, antes de que Eva se alejara y, despidiéndose con la mano, desapareciera de la habitación.

Lo primero que hizo fue llamar a Chloé para ver cómo estaba su gata y quedar con su amiga en que se verían en el trabajo al día siguiente. Necesitaba ver una cara amiga y sentir uno de esos abrazos que curan el alma y en los que la pequeña rubia era una experta. Después de eso, apagó su móvil y pasó el resto del día tirada en el sofá, abrazada a una tarrina de helado de nata y nueces. Lástima que en su última visita al súper se hubiera resistido a comprar el de chocolate; en aquel momento sería perfecto.

Despertó con las primeras luces del alba en un estado de alerta poco común. Revisó su alrededor con la mirada, buscando posibles peligros, sin encontrar ninguna amenaza. Cuando por fin se relajó, las lágrimas acudieron a sus ojos y las retiró con furia de un manotazo. No había soñado. Por primera vez en años, quizás desde que tenía uso de razón, no recordaba haber tenido ningún sueño; solo oscuridad y un vacío que apretaba sus entrañas, retorciéndolas con saña. Se levantó del sofá, en el que se había quedado dormida, sintiendo una mezcla de rabia y tristeza que solo la enfurecía.

Había esperado que Guillaume apareciera en sus sueños. Aunque solo fuera para pedirle una explicación, para preguntarle dónde estaba, para... algo. Pero quizás, después de que su «pequeña» manipulación hubiera salido a la luz, había perdido el interés en ella. Y eso dolía.

Aunque Aby supiera que no debía hacerlo. Dolía.

Probablemente ni siquiera se hubiese dado cuenta de que ella ya no estaba en la mansión. Desde luego no la habría echado de menos durante el día, no si tenía en cuenta cómo se había esforzado en evitarla durante el tiempo que había estado allí.

Entró en la ducha luchando aún contra las lágrimas y sin tener muy claro si estas se debían a que le echaba de menos o a que se sentía utilizada ante la

prueba irrefutable de que para el templario ella no había sido más que un entretenimiento. Alguien cercano con quien aliviar el picor de más de siete siglos de sequía. Siempre que solo se tratara de sueños, claro. La realidad quedaba para ella y era mucho más dura de lo que quería admitir.

Cruzó la puerta de su habitación cubierta tan solo con la toalla, refunfuñando sobre los hombres. Daba igual la época a la que perteneciera, al final, todos buscaban lo mismo. O lo único, si le preguntabas a alguno de ellos.

Sus pies se petrificaron en el momento en que sus ojos se posaron sobre la cama. Allí, como salido de la nada, estaba el cofre. El recuerdo vívido de que todo lo que había pasado en las últimas semanas era muy real. Eliminando incluso la opción de autoconvencerse de que no había sido más que otro de sus sueños y que sus caminos nunca volverían a cruzarse. Volverían hacerlo.

Quizás no la buscara a ella, pero sabía de sobra que buscaría el cofre. El templario tenía una misión que cumplir, una en la que ella estaba involucrada. Aunque no quisiese, aunque nadie le hubiera preguntado.

Estaba metida en algo mucho más importante que sus sentimientos; algo que abarcaba mucho más que su corazón roto y de lo que dependía el futuro de la humanidad.

Quería gritar su frustración. ¿Cómo podía haber sido tan idiota de creer que al irse de la mansión se acabarían todos sus problemas?, ¿que podría olvidarse de Guillaume y sus hermanos y continuar con su vida como si nada?

Lloró. Dejó que las lágrimas fluyeran con libertad y, junto a ellas, todo lo que llevaba dentro. La rabia, la ira, la frustración, la impotencia... y el miedo. A lo que venía, a tener que volver a verle, a saberse rechazada y, aun así, tener que volver a mirar a aquellos ojos oscuros sabiendo que no significaba nada para él, a pesar de que lo era todo para ella.

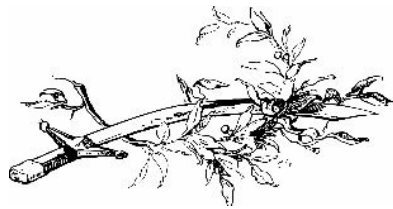
Se tumbó en la cama, aferrándose al cofre: su misión, su cometido, aquello para lo que estaba destinada y lo último que quería. Sabía que no había forma de escapar, que su destino estaba ligado al de Guillaume y sus hombres que, tarde o temprano, irían a buscarla. Y, con toda seguridad, sería más temprano que tarde.

Pasó unos minutos, o quizás horas, en aquel estado: sin poder parar de llorar; con su mente girando una y otra vez en torno a sus posibilidades, a lo que podría haber sido y nunca sería; las decisiones que debió tomar y los pasos que jamás debió dar, pero que había dado y la habían llevado

directamente a aquel punto.

La mujer que se levantó de la cama era una Aby completamente distinta. Una Aby cansada de llorar, de lamentarse y de vivir en un mundo de sueños; decidida a afrontar la realidad tal y como era y con un plan perfectamente definido formándose en su mente.

Que tenía que volver a la mansión estaba claro, pero no pensaba volver con las manos vacías, ni renunciar a su vida. Volvería al trabajo, vería a Chloé, recogería a su gata y haría lo que mejor se le daba: investigar la historia. Intentaría averiguar todo lo posible sobre el cofre, su funcionamiento y vería si podía encontrar algo sobre la historia que Luz y Oscuridad les habían contado en aquella cueva. Después de todo, trabajaba en el Museo Británico, ¿qué mejor lugar para encontrar información sobre Historia Antigua? Aunque fuera más antigua que el mismísimo Universo.



Guillaume estaba al borde de la locura: Aby continuaba desaparecida, nadie la había visto salir de la mansión y, a pesar de que habían pasado toda la tarde y parte de la noche del día anterior buscándola, no había rastro de la mujer.

Cuando se fue a la cama, bien entrada la madrugada, intentó contactar con ella en sueños, como había hecho cada noche durante años... Y, por primera vez, fue incapaz de hacerlo.

Algo se interponía entre ellos. Era como si hubiera construido una especie de muro de piedra entre los dos que le impedía llegar hasta ella. Sentía como si le hubieran arrancado una parte del cuerpo, como si le faltara una extremidad o, quizás, algo más importante, porque el vacío que crecía en su pecho solo podía compararse a lo que debía sentirse cuando te arrancaban el corazón.

Así que allí estaba, dando vueltas de un lado a otro de la sala principal de la mansión y discutiendo con sus hermanos sobre cómo encontrar a Aby. Era

cierto que tenía toda la información referente a los tiempos modernos en su cabeza, pero saber no implicaba ser capaz de desenvolverse en ellos. Aquellos eran simples conocimientos teóricos, definiciones e imágenes, que carecían de significado. Y esa era la única razón por la que aún permanecía entre esas paredes en lugar de haber salido a buscarla.

—¿Dónde está el cofre? —inquirió Jacques de repente, interrumpiendo la explicación de Rodrigo sobre localización de dispositivos electrónicos mediante GPS.

—En mi caja fuerte, dentro de la cámara de seguridad —respondió de manera concisa antes de retomar la exposición en el mismo punto en que la había dejado. Como si alguien estuviera entendiendo sus palabras...

Guillaume, desde luego, no tenía la menor idea de lo que significaban. Aunque tampoco podía decirse que estuviera prestando mucha atención a la explicación de su hermano. Continuaba intentando contactar con los pensamientos de Aby con los mismos resultados que hasta entonces: un vacío oscuro e inalcanzable, en el lugar donde la mente de la mujer siempre había estado.

El pánico comenzaba a atenazar su estómago, ¿y si aquel vacío se debía a que le había pasado algo? ¿Y si la razón por la que no era capaz de alcanzarla era porque... ya no estaba allí?

—¿Estás seguro de que sigue ahí? —Las voces de sus compañeros continuaban discutiendo en la habitación, ajenos a sus funestos pensamientos.

—Es una cámara de máxima seguridad con triple comprobación. No solo hacen falta mis huellas digitales y un código de veinte cifras que cambio a diario para abrirla, sino también mi globo ocular y, hasta donde yo sé, aún conservo los dos. —Rodrigo comenzaba a parecer bastante frustrado ante las constantes preguntas de Jacques—. Estoy bastante seguro de que, si Aby hubiera intentado obligarme a abrirla, lo recordaría.

—Nunca has sido capaz de resistirte a unos ojos bonitos o un cuerpo dispuesto —escupió Philippe entre dientes con desagrado. La mirada de Rodrigo se clavó en el rostro del otro caballero, con la mandíbula apretada con rabia.

—Entonces no tendrás ningún problema en que vayamos a comprobarlo —insistió Jacques, interrumpiendo el duelo de miradas que se había entablado entre ambos templarios.

—Está bien —resopló Rodrigo—, si un paseo hasta la cámara de

seguridad es todo lo que necesitas para dejarme tranquilo, que así sea.

Eché un último vistazo a Philippe antes de liderar el camino hacia el sótano seguido de cerca por Jacques.

Un grito de asombro seguido de pasos veloces subiendo las escaleras pusieron en guardia a sus compañeros.

—¡¡No está!! ¡¡El cofre ha desaparecido!! —Jacques entró en la habitación gritando como un poseso.

—Cálmate, seguro que hay una explicación. Aby sería incapaz de traicionarnos de esa forma —intervino Dalman.

—Y eso lo sabes... ¿porque te lo dijo mientras te la tirabas en su habitación?

La respuesta del médico salió cargada de rabia y el joven templario dio un paso atrás, atemorizado por su reacción.

—Yo no...

—Jacques tiene razón —le interrumpió Prax—, que sepamos, tú fuiste el último que estuvo con ella. ¿Cómo sabemos que no has tenido nada que ver con la desaparición del cofre?

—¡Eso es imposible! ¡Os he dicho que nadie puede entrar en la cámara de seguridad salvo yo! —exclamó Rodrigo.

—Entonces, debes ser tú quién nos ha traicionado —tajante, la voz de Philippe no mostraba el menor atisbo de duda en su acusación—. No sé por qué no me sorprende —concluyó en tono cansado.

—¡¡Basta!! —exclamó Guillaume imponiéndose entre las voces de sus hermanos que no dejaban de acusarse unos a otros—. No podemos empezar a desconfiar unos de otros de esa manera, ni tampoco pensar que Aby sería capaz de traicionarnos. La conozco desde hace mucho tiempo y sé que ella no es así. —Prax intentó interrumpirle, pero bastó una simple mirada de su superior para que guardara silencio—. No conocemos los poderes del cofre, ni la forma en que está ligado a ella. Si Rodrigo dice que nadie más que él puede acceder a su cámara y asegura que no ha tenido nada que ver, el cofre tiene que haber desaparecido de otra forma. Lo único que está claro en este momento es que tenemos que encontrar a Aby lo antes posible. Si antes temíamos que pudiera estar en peligro, ahora que cabe la posibilidad de que lleve el cofre consigo el riesgo es aún mayor.

—No puedo localizar su teléfono, debe tenerlo apagado —Rodrigo habló sin apartar la vista del portátil en el que estaba trabajando—. Dadme un

momento, intentaré encenderlo de forma remota—. El silencio inundó la habitación, interrumpido tan solo por el sonido de los dedos golpeando las teclas. Ni siquiera sus respiraciones parecían oírse—. ¡¡Bingo!! Según esto, Aby está en el... ¿Museo Británico? ¡No me jodas! ¿Se ha escapado para volver al trabajo? Sí que debe apasionarle su profesión—bromeó entre risas.

—O quizás alguien la ha obligado o engañado para que vaya allí —Hugo habló pensativo—. Nunca me fie de Paul, ¿estamos seguros de que no recuerda nada?

La mirada de todos se volvió hacia Guillaume y Jacques que, a su vez, se miraban entre ellos como si estuvieran manteniendo una conversación silenciosa.

—Como sabéis, tengo la capacidad de leer las mentes y ver los pensamientos de las personas —Dalman profirió un ahogado gemido al escuchar la confesión de su superior, pero nadie pareció estar prestándole atención. Salvo Jacques, cuya mirada aún furiosa, volvió a cruzarse con la del joven—, también me permite manipular dichas mentes y eso es lo que hice con Paul. Borré sus recuerdos de Acre y Jacques se encargó de convencerle de que había contraído una enfermedad mientras estuvo allí, por lo que no debería recordar nada... Pero no puedo negar que aún no controlo mis poderes en su totalidad, ni siquiera conozco su alcance real.

Guillaume agachó la cabeza sintiéndose humillado por expresar en voz alta su debilidad, pero les debía la verdad a sus hermanos, aunque eso significara que perdieran la confianza en él. Un buen líder debía pensar en el bien del grupo antes que en su honor o su posición.

—Estoy convencido de que funcionó —intervino Jacques, su segundo al mando, golpeando su hombro en un gesto de apoyo—. Paul no recordaba nada cuando me fui de su casa. Pero tienes razón respecto a nuestros dones, no todos hemos tenido el mismo tiempo para practicar con ellos, quizás debamos añadirlos al entrenamiento diario. De momento, nos centraremos en encontrar a Aby y averiguar qué sabe su jefe sobre nosotros.

—¡Tom! —Rodrigo llamó al mayordomo a voz en grito, que no tardó ni cinco segundos en aparecer por una de las puertas.

—Señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Prepara dos de los coches, nos vamos a Londres.

—En seguida, señor.

El hombre desapareció tan discretamente como había aparecido.

—Bien, ¿a quién le apetece dar un paseo por la gran ciudad? —preguntó Rodrigo con una enorme sonrisa, mientras se frotaba las manos complacido.

Tiempo de Trabajar

Aby terminó de arreglarse y se quedó mirando fijamente el cofre sobre la cama.

—No puedo llevarte en brazos en el metro —murmuró como si la caja de piedra pudiera escucharle—. Quizás, si te envuelvo en una manta... ¿o tal vez dentro de una maleta? Eso si tuviera una lo bastante grande para que cupieras...

Su voz fue disminuyendo de tono y parpadeó con fuerza varias veces, incapaz de creer lo que estaba ocurriendo ante sus ojos. Al parecer, después de todo, el cofre sí que la estaba escuchando, porque, ante su atónita e incrédula mirada, la caja de piedra que hasta aquel instante apenas había cabido entre sus brazos, se transformó en un colgante de poco más de unos centímetros y tan ligero como una pluma.

—Vaaaaaaaale —susurró alucinada y, por qué no admitirlo, un tanto asustada—. Si te pido que te conviertas en un millón de libras... ¿lo harás? —Durante unos segundos permaneció mirando la joya sin atreverse siquiera a pestañear, pero no pasó nada—. Está bien, supongo que era demasiado pedir. Aun así, admito que esto es lo más raro que me ha pasado en los últimos días... y eso es mucho decir.

Acercó la mano con cuidado al colgante y lo acarició con un dedo. Estaba frío al tacto, pero parecía completamente inofensivo. Con un encogimiento de hombros —después de lo vivido en las últimas semanas no iba a elegir ese momento para empezar a cuestionarse las cosas— se lo colocó alrededor del cuello dejando que la cadena colgara entre sus pechos de manera que quedara oculto bajo su camisa; cogió su bolso y salió hacia la parada de metro.

El viaje fue entretenido, sobre todo, porque de vez en cuando le entraba la risa floja al pensar en que el cofre recuperase su tamaño y acabara con una inmensa caja de piedra colgando de su cuello y destrozando su camisa en el camino.

¿Podía estar volviéndose loca? Tal vez ya lo estaba y nada de lo que creía haber vivido era real.

Cruzó las puertas de acceso para empleados del Museo Británico con la mano aferrada al colgante, en un intento de infundirse ánimos y convencerse de que, aunque la realidad a su alrededor hubiera dado un giro de ciento ochenta grados, ella continuaba teniendo una vida a la que regresar. El grito de Chloé al verla llegar hizo que sonriera, a pesar de que rondaba los treinta, su amiga conservaba su inocencia y jovialidad. En cambio, Aby sentía como si en las últimas semanas hubiera envejecido años.

—¡¡Por fin estás de vuelta!! —La pequeña rubia la estrechaba en un férreo abrazo mientras cubría su rostro de besos—. No te imaginas cuánto te he echado de menos. El trabajo sin ti es demasiado aburrido, ni siquiera burlarme de Shanon tiene gracia si tú no estás para reírte conmigo —concluyó con un mohín adorable que hizo que Aby sonriera.

—¡Vaya! ¡La hija pródiga ha vuelto!

—Hablando del demonio —murmuró Chloé junto a su oído antes de girarse hacia la recién llegada—. Hola, Shanon. Supongo que este fin de semana tampoco ha habido suerte y ningún rico heredero ha caído en tus redes.

La aludida giró su rostro haciendo volar su larga melena, de un rubio tan platino que parecía casi blanco, y miró con desagrado a las dos amigas.

—Créeme que algún día te cerraré esa boca de niñata sabelotodo. —Con un portazo abandonó la sala, refunfuñando.

—De verdad que lo siento mucho por el pobre ingenuo que algún día caiga en sus redes de viuda negra —afirmó Chloé con la vista aún fija en la puerta por la que acababa de salir—. ¡Pero basta de hablar de harpías! ¡Cuéntamelo todo! ¿Qué tal por Acre? ¿Habéis descubierto algo interesante? ¿Algún hombre sexi, maduro e interesante del que hablar? Y, lo más importante, si lo hay... ¿tiene algún amigo, hermano o conocido para mí?

Las preguntas salieron atropelladamente y la alegría se reflejaba en el rostro de su amiga, que lucía una enorme sonrisa. Aby, que en aquel momento estaba dando un sorbo al café que acababa de sacar de la máquina, casi escupe la bebida.

¿Que si habían descubierto algo interesante? Pues sí... pero nada de lo que pudiera hablar con Chloé.

¿Que si había algún hombre sexi, maduro e interesante...? El corazón le dolió en el pecho al pensar en Guillaume. Sabía que no podía hablarle a nadie

sobre los templarios o su misión, pero necesitaba a su mejor amiga y su consejo.

—No ha ido bien, ¿no? —Chloé la observaba con una mezcla de tristeza y comprensión. Siempre había sabido leerla sin necesidad de palabras—. Lo siento mucho, Aby. Cuando estés preparada para hablar de ello, ya sabes que puedes contar conmigo.

Abrazó con fuerza a su pequeña amiga. A pesar de medir poco más de metro y medio, Chloé ocultaba una enorme fuerza interior y una cantidad inconmensurable de amor que dar.

—Gracias, cariño, pero estoy bien. Creí que era el indicado, pero supongo que no buscábamos lo mismo.

—¡Bueno, al menos siempre te quedará el semental de tus sueños, ¿no?! —exclamó alegre, intentando quitar hierro al asunto y animarla.

«Si tú supieras...», pensó Aby con tristeza. Aunque su respuesta fue una broma con la que intentó demostrar una alegría que no sentía.

—¿Y qué tal han estado mis dos chicas preferidas? —preguntó intentando cambiar de tema—. Espero que Venus no te haya dado mucha guerra.

—Esa gata del demonio es una malcriada. ¿Te puedes creer que se pasó dos días escondida porque me equivoqué de marca de comida? ¡Menudo susto me dio la muy...! Ya había pensado incluso lo que quería que pusieran en mi lápida cuando me matases por haber perdido a tu gata. Menos mal que la muy golfa salió de donde quiera que estuviese escondida en el momento en que abrí una lata de comida de su marca preferida.

—Sí —Aby habló entre risas—, eso es muy propio de mi Venus. Es un pelín caprichosa, no sé a quién habrá salido.

—Lo de «un pelín» es quedarse bastante corto. —Chloé puso los ojos en blanco al responder—. ¿Y bien? ¿Qué tal la excavación? ¿Y cómo ha sido trabajar mano a mano con Paul? Yo no podría concentrarme en nada más que en su sonrisa. Ese hombre me vuelve loca —afirmó abanicándose cómicamente con la mano.

—La excavación no ha ido mal, aunque tuvimos que interrumpirla cuando Paul enfermó. Espero que ya esté completamente recuperado.

Aby ni siquiera había vuelto a pensar en él desde que regresaron de Acre, pero sabía la excusa que Jacques le había contado a su jefe para explicar que despertara en su casa de Londres. Confiaba en que hubiera funcionado y Paul creyera que los recuerdos de la cueva y las estatuas de templarios cobrando

vida, fueran alucinaciones causadas por la fiebre.

—Creo que volvió al trabajo a finales de la semana pasada, pero no le he visto por aquí, supongo que debe estar encerrado en su despacho. Por lo que he oído, está intentando arreglar la documentación para poder volver a Acre y retomar la excavación lo antes posible; algo que, según tengo entendido, a Thompson no le hace la más mínima gracia.

—Dudo que pueda hacer algo para evitarlo, Paul tiene una habilidad especial para salirse con la suya.

—Lástima que yo no esté entre sus intereses. Juro que no opondría la menor resistencia.

Ambas rieron por el comentario. Chloé siempre bromeaba sobre lo bueno que estaba el jefe de ambas, aunque Aby sabía que, en el fondo, nunca haría nada que pudiera poner en peligro su trabajo. Era una broma común, que no tenía ninguna maldad ni segundas intenciones.

Tomaron asiento cada una en su mesa y empezaron a trabajar sin dejar de parlotear sobre temas banales y algunos cotilleos que se había perdido durante su estancia en el extranjero.

Eso consiguió mantener su mente alejada de todas las complicaciones que habían llegado a su vida y la ayudó a volver a sentirse normal. Como si su existencia volviera a ser la de siempre, sin dioses, maldiciones, cofres que se convierten en colgantes, ni templarios que se cuelan en tus sueños para...

Sí, definitivamente mantener sus pensamientos lejos de todo aquello era justo lo que necesitaba.

Durante más de tres horas mantuvo su nariz enterrada en un antiguo códice, perteneciente a una colección privada, cuya autenticidad tenía que verificar. Consiguió mantenerse centrada en su trabajo a pesar de las punzadas que, de vez en cuando, sentía en su cabeza. Una jaqueca era justo lo que no necesitaba en aquel momento, así que se obligó a concentrarse en el trabajo y a apartar incluso esas molestias de su mente.

A media mañana su estómago empezó a quejarse. No había desayunado y el atracón de helado de la noche anterior seguro que no era la comida más nutritiva del mundo.

—Voy a la sala de descanso a por algo de fruta —anunció levantándose de su silla y quitándose la bata de laboratorio.

—Termino esto y te veo allí, ya sabes que no me gusta dejar los informes a la mitad.

Chloé ni siquiera apartó la vista del ordenador para responder. Había recogido su pelo en un descuidado moño, sujeto con un lápiz que tenía la figura de la novia del conocido ratón de dibujos animados en un extremo, y llevaba sus gafas de pasta roja, mostrando su estilo más «profesional». Aby le dedicó una sonrisa y un gesto con la mano, antes de salir del despacho que compartían ambas.

El pasillo estaba silencioso y solitario y un estremecimiento, que achacó a alguna corriente de aire, recorrió su cuerpo mientras lo atravesaba. En aquella parte del museo estaban las oficinas, salas de conservación y laboratorios, por lo general siempre había alguien yendo de un lado a otro y, aunque no solía ser un lugar bullicioso, tampoco era normal que todo estuviera tan en calma. Sin saber por qué, su mano se aferró al colgante, como si buscara protegerlo o, quizás, que le protegiera a ella.

—Señorita Stevenson, veo que por fin se ha dignado a aparecer en su lugar de trabajo. —La dura voz del señor Thompson hizo que sus pies se paralizaran en mitad del pasillo. Tuvo que luchar para que sus músculos le obedecieran y giraran para encararle.

—Buenas tardes, señor Thompson. Llevo toda la mañana trabajando. Teniendo en cuenta que se me concedió una excedencia de tres meses no creí que me echaran de menos.

—La excedencia era para trabajar en la excavación de Acre junto al señor Williamson y, dado que él se reincorporó a mediados de la pasada semana, me temo que usted carece de excusa para su ausencia.

Aby apretó los dientes, mordiéndose una respuesta mordaz y poco educada. Tampoco es que pudiera decirle que había pasado los últimos días encerrada en una mansión junto a un grupo de templarios que habían despertado en Acre después de setecientos años...

—Acompáñeme a mi despacho, por favor. Quiero conocer los detalles de su estancia en Acre.

—¿No le ha puesto al corriente Paul? Quiero decir... ¿el señor Williamson?

—Mis conversaciones con el señor Williamson no son de su incumbencia, señorita Stevenson.

Sin más, el anciano giró sobre sus talones y encabezó el camino hacia su oficina situada al fondo del pasillo. Aby lo siguió cabizbaja, sintiéndose como un tierno corderito camino del matadero. Tampoco ayudaba el hecho de que,

de repente, tuviera la sensación de que el colgante en su cuello pesaba cada vez más y se sintiera cada vez más caliente sobre su piel.



Podía sentirlo. Y con una intensidad que hacía milenios no detectaba. Estaba cerca, en el museo, justo al alcance de su mano.

Se levantó con dificultad de la enorme silla que presidía su despacho. Su «traje de carne», como solía llamar al cuerpo del pobre e ingenuo incauto que se había ofrecido a servirle hacía siglos, se deterioraba a marchas forzadas. Le había preocupado el hecho de que tendría que buscarse otro recipiente pronto, pero, si lo que estaba sintiendo era cierto, tal vez no fuera necesario.

Dejó que el tirón guiara sus pasos. Una sonrisa satisfecha coronó sus labios cuando la sensación se hizo aún más fuerte al encontrarse en el pasillo con Abigail Stevenson. Como no. Debió haberlo imaginado. Después de todo, quizás el viaje a Acre hubiera sido mucho más fructífero de lo que el estúpido de Paul le había hecho creer.

Había gastado gran parte de su energía en manipular a aquel joven prepotente y orgulloso. En convertir un inocente recuerdo de su infancia en una obsesión personal, algo que, aunque no era su especialidad, había resultado necesario.

Casi se agotó en su esfuerzo por encauzarle en el camino que necesitaba que siguiera, mostrándole la zanahoria colgada de un palo como se hacía con los burros para que continuaran avanzando sin detenerse, en busca de una recompensa que jamás serían capaces de alcanzar. Pobre idiota.

Aunque el pasillo estaba vacío, cualquiera de las puertas que lo circundaban podía abrirse en el momento menos indicado. Se esforzó en controlar sus ansias, su necesidad de abalanzarse sobre la mujer y conseguir todas las respuestas que llevaba tanto tiempo esperando.

El poder venía de ella, la esencia que había buscado durante milenios brotaba de cada poro de su piel. Lo que en una ocasión consideró su pase a la libertad, había acabado convirtiéndose en un agónico destierro, vacío e insatisfactorio. Uno que, si lo que sentía era cierto, podía llegar a su fin muy

pronto.

No le costó convencer a la señorita Stevenson para que lo siguiera hasta su despacho, al fin y al cabo, era su jefe. Apretó los puños y aceleró el paso, ansioso por llegar a su destino y poner el punto y final a su personal calvario.

—Cierre la puerta y siéntese, señorita Stevenson. —Thompson pronunció la orden sin mirarla, mientras caminaba hasta su asiento.

Una vez ambos estuvieron sentados, clavó su mirada en la mujer. Su cuerpo temblaba como una hoja al viento, parecía que le costaba mantener erguida la cabeza y pequeñas gotas de sudor caían por su rostro. Paladeó su temor en el aire y se sintió satisfecho.

—Señor Thompson... —Aby carraspeó ligeramente antes de empezar a hablar, pero él no tenía tiempo para excusas.

—Seamos claros, Aby. Puedo llamarla Aby, ¿verdad? —centró su mirada en ella y continuó hablando sin esperar respuesta—. Sé que su viaje a Acre ha sido mucho más productivo de lo que el señor Williamson ha intentado hacerme creer y también sé, que tiene en su poder algo que llevo mucho tiempo buscando. Así que dejémonos de rodeos, ¿dónde está?

Aby se sentía mareada. Aunque su peso había disminuido, la temperatura del colgante continuaba aumentando y comenzaba a sentirse como si llevara un horno colgando del cuello. Podía notar cómo las gotas de sudor resbalaban por su canalillo y la forma en que su cuerpo se debatía fuera de su control.

Al mismo tiempo, la necesidad de alejarse y acercarse, de luchar y rendirse, de callar y de hablar, pugnaban en su mente, convirtiendo su cuerpo en un campo de batalla. Conseguía mantenerse quieta a duras penas, aferrada a los brazos del asiento. Tragó saliva con dificultad y forzó a sus cuerdas vocales a moverse.

—No... No sé de qué me habla señor Thompson. —Nunca había sido buena poniendo cara de póker, pero confiaba en que todo lo que bullía en su interior en aquel momento la ayudara a enmascarar su pequeña mentira.

—Tsk, tsk, tsk —su jefe chasqueó la lengua con desagrado mientras una horrible sonrisa deformaba su rostro—. Nunca la tuve por una mentirosa, Aby, y los dos sabemos que tampoco es una guerrera. Carece de la fuerza necesaria para resistirse a mí, así que, déjeme darle un consejo: ni siquiera lo intente. Entréguelo y podrá irse a casa y continuar con su triste y anodina vida como hasta ahora.

Echando mano de todas las escasas fuerzas que conservaba, Aby luchó

por levantar la cabeza en un gesto orgulloso.

—Puede que mi vida sea triste y anodina, señor Thompson, pero no soy una mentirosa. —Vale, quizás sí que hubiera mentido, pero... se trataba de que él no lo supiera, ¿no? —Y, le repito, que quién se encontraba al frente de la excavación era el señor Williamson, por lo que es con él con quien debería hablar al respecto.

Lo que pasó a continuación sucedió demasiado rápido para que su aturdida mente pudiera asimilarlo. Los ojos de su jefe comenzaron a brillar pasando de su color negro habitual, a un azul frío y acuoso, como las llamas de los mecheros Bunsen, tan comunes en los laboratorios. La piel del que, hasta aquel momento, había sido un anciano se estiró, mostrando ante su atónita mirada los resultados de la operación de cirugía plástica más rápida de la historia. Su jefe parecía haber rejuvenecido al menos treinta años ante sus incrédulos ojos, mientras ella solo podía parpadear y esforzarse en evitar que su mandíbula se desencajara por el asombro.

—Vamos, Aby, no te resistas. Lo siento en tu interior. Él te ha hecho daño, ¿verdad? —Con una sonrisa casi paternal, como colofón a su nuevo aspecto, se acercó a ella lentamente—. ¡Pobre muchacha! Tan dulce, tan... inocente. Puedo sentir tu corazón roto latiendo en tu pecho, pequeña Aby. ¡Cuánto dolor te ha causado! Pero no le darás la satisfacción de que te vea hundida, destrozada por su traición, ¿cierto? Eres mucho más fuerte que eso. Eres una mujer poderosa y nadie debería hacerte daño y salir impune en el proceso. Puedes hacerle pagar, Aby, demostrarle que se ha metido con la mujer equivocada, que sus gritos de dolor superen los tuyos. ¿No te gustaría eso, pequeña?

Escuchaba las palabras como hipnotizada, al tiempo que una nueva fuerza surgía de lo más profundo de su interior. Una oscura y violenta, ansiosa por abrirse paso con uñas y dientes, mordiendo, desgarrando; deseosa de convertir en cenizas a cualquiera que alguna vez hubiese cometido el error de dañarla.

—Eso es, pequeña. Déjalo salir, entrégate a mí...

Los ojos de aquel ser, porque si de algo estaba segura era de que no era humano, brillaban aún con más fuerza, volviéndose de un tono violeta intenso. Una sonrisa de satisfacción, casi obscena, coronaba sus labios ahora tersos y sin rastro de arrugas.

Aby sentía la necesidad de hacer exactamente lo que le pedía: rendirse, entregarse a él y a esas ansias de infligir daño que bullían en su interior. Sus

fuerzas flaqueaban, cada vez le resultaba más difícil resistirse a su influjo, y las palabras continuaban girando en su mente: ríndete, entrégate. Sería tan fácil... Cogió aire con esfuerzo, dispuesta a claudicar, a decir aquello que liberaría sus más oscuros deseos y vengaría su corazón roto.

Estaban ahí, casi podía saborear las sílabas de un ruego milenario en un idioma desconocido. Sabía que, si las pronunciaba en voz alta, le traerían lo que su alma tanto ansiaba, aquello que se había negado durante toda su vida. Tragó saliva y entreabrió los labios. Iba a hacerlo.

Un estruendo a su espalda la sacó repentinamente de su trance y, confusa, miró alrededor.

—¡¡¡No!!! —el grito de furia inundó la habitación haciendo que Aby se encogiera en su asiento. —¿¿Cómo osáis irrumpir en mi despacho??

Guillaume y Jacques, seguidos por sus hermanos, entraron como un torbellino, arrasando hasta reducir a cenizas los hilos del inexplicable hechizo que Thompson, o quien quiera que fuese en realidad, había tejido en torno a ella.

Tiempo de Rescatar

El ambiente en el coche estaba más que tenso; el silencio que reinaba en el vehículo casi podía cortarse con un cuchillo. Durante las cerca de dos horas que duró el trayecto hasta el Museo Británico, Guillaume no paró de intentar contactar con Aby. No lo consiguió, pero sí que percibió cómo la sensación de que ella estaba viva y en peligro crecía en su interior conforme pasaban los minutos. Bajó del coche incluso antes de que este hubiera frenado del todo, sintiendo el corazón acelerado en su pecho. Saltó hasta la acera y rompió a correr hacia las puertas del impresionante edificio.

Ignorando las voces de sus compañeros, subió las escaleras e irrumpió en el interior. Su mirada voló de un lado a otro en busca de Aby, hasta caer sobre los guardias de seguridad que solían flanquear los arcos de acceso y que en aquel momento se aproximaban con paso decidido hacia él. Sus manos se dirigieron instintivamente a la empuñadura de la espada que debería llevar oculta en su espalda, bajo el largo abrigo, pero que había olvidado coger en su apresurada carrera hacia el museo. Así que, en su lugar, asió los cuchillos que llevaba atados a sus antebrazos, dispuesto a enfrentarse a cualquiera que se interpusiera en su camino hasta la mujer.

—Caballeros, les ruego que disculpen a mi amigo. —Rodrigo se interpuso entre él y los guardias y se dirigió a ellos en tono educado—. Nos gustaría ver a la señorita Abigail Stevenson, teníamos una cita con ella.

—Para acceder al área de personal necesitan una acreditación que podrán recoger en el mostrador de información —respondió uno de los guardias con voz firme, mientras el otro no apartaba la mirada de Guillaume y mantenía una de sus manos en la empuñadura de la pistola Taser que llevaba sujeta al cinturón.

—Muchas gracias, caballeros.

Rodrigo giró sobre sus talones, sujetando el codo de Guillaume y tirando de él en su camino hacia la zona de recepción.

—No tenemos tiempo para esto, Rodrigo, ¡Aby está en peligro! —La voz del francés resonó en los suelos y paredes del recinto, haciendo que el español tirase de él con más fuerza.

—Perderemos mucho más si montamos un escándalo y se persona la policía. Estamos en el siglo XXI, Guillaume —con la cabeza, indicó a su compañero a los numerosos visitantes que los apuntaban con sus móviles, esperando grabar algo emocionante—, ¿de verdad crees que podremos mantenernos ocultos si nuestras caras corren por todo Internet? Lo último que necesitamos es llamar la atención.

Jacques se puso a la altura de ambos y los detuvo, colocando sus manos en los hombros de sus compañeros.

—¿Estás seguro de que Aby corre peligro? —Guillaume hizo un leve asentimiento—. En ese caso... ¿crees que podrías controlar la mente de los guardias de seguridad? ¿Conseguir que nos lleven hasta ella sin hacer preguntas ni crear problemas?

—¡Jacques! ¿Estás loco? ¡Guillaume mismo nos ha confesado esta mañana que desconoce el alcance de su capacidad y cómo utilizarla!

Las palabras de Barthelemy rasgaron y dolieron más que una herida abierta en el pecho, pero no podía negarlas. Aun así, no pensaba rendirse. Aby dependía de ellos, de él, de que fuera capaz de llegar hasta ella antes de que algo horrible le pasara.

—Puedo hacerlo —afirmó irguiéndose e impregnando sus palabras de más seguridad de la que realmente sentía.

—Hazlo.

La orden de Jacques no admitía réplica alguna y sus compañeros lo sabían. Agradeció a su segundo al mando, que siempre había sido el puente entre él y sus compañeros, con un suave asentimiento de cabeza y, con paso decidido, volvió a girarse hacia los dos hombres de seguridad.

A pesar de que ambos habían regresado a sus puestos junto a los arcos de acceso, mantenían sus miradas fijas en aquel extraño grupo de hombres que parecían discutir visiblemente nerviosos. Sus cuerpos se tensaron, preparados para entrar en acción, en el momento en que retomaron su camino hacia ellos.

Guillaume se centró en el más cercano, que parecía ser también el más beligerante dado que no había soltado aún su táser. Con un ligero empujón se

adentró en su mente. Una bastante simple a juzgar por lo que había en ella. La vida del hombre parecía girar en torno a su trabajo, la comida basura y los videojuegos, lo que explicaba su prominente barriga y la lentitud de sus movimientos. Empujó un poco más, forzándolo a relajarse, a ignorar la señal de peligro que permanecía activa en un rincón de su cerebro. Quizás presionó demasiado, porque en pocos segundos, el hombre estaba roncando plácidamente en su silla.

El segundo guardia se levantó en el momento en que la cabeza de su compañero cayó hacia su cuello, intuyendo que algo extraño estaba ocurriendo. Centró su mirada en Guillaume, era a él a quien había percibido desde el principio como una amenaza.

El templario empujó en su mente, pero el aspecto físico parecía no ser lo único que diferenciaba a ambos empleados. Encontró una férrea resistencia a su intromisión, algo que no esperaba, pero tampoco le detuvo. Volvió a intentarlo con algo más de fuerza, pero sin presionar demasiado, dos guardias dormidos no les llevarían hasta Aby.

Un par de segundos después consiguió penetrar en la cabeza del hombre. Exmilitar, con un férreo sentido del deber y la responsabilidad, un hombre que cuidaba su cuerpo y cultivaba su mente. Un buen soldado, sin duda alguna, al que no sería fácil manipular.

Aun así, Guillaume no estaba dispuesto a rendirse tan pronto. Recurrió a su pasado militar, a su necesidad de proteger, de salvar. El sudor comenzaba a resbalar por su rostro debido al esfuerzo, había conseguido que el guarda cambiara su actitud amenazadora por otra más amable mientras se acercaba a ellos, pero nada más.

—Guillaume —Jacques puso una de sus manos sobre el hombro de su compañero y le habló muy cerca del oído—, puedes hacerlo. Tu mente es una de las más fuertes que jamás he conocido, eres cabezota y decidido, y siempre has sido capaz de salirte con la tuya. ¿Cómo si no habrías llegado tan lejos? Respira, concéntrate.

La voz de su segundo al mando, su amigo, *su hermano*, penetró en sus oídos. Cerró los ojos, cogió aire con fuerza y lo expulsó lentamente. Hizo a un lado su temor por Aby, la necesidad de verla sana y salva, de estrecharla entre sus brazos; su inseguridad, su miedo a lo que pasaría después, ahora que ella sabía lo que había estado haciendo cada noche. Vacío su mente de cualquier emoción y sentimiento que no fuera el objetivo que le ocupaba en aquel

momento y lo vio claro. Introdujo un único pensamiento en el guarda e hizo que pareciera que procedía de los propios instintos del hombre: «Aby Stevenson corre peligro, tienes que llegar junto a ella lo antes posible».

La duda y la incomprensión asomaron a los ojos del hombre durante una fracción de segundo antes de ser sustituidas por la decisión y, de repente, giró sobre sus talones y salió corriendo hacia una puerta de acceso situada en la pared este del edificio. Guillaume y sus compañeros no dudaron en seguirle ante la atenta mirada de los visitantes del museo.

Sus pasos resonaban con fuerza mientras bajaban la escalera de servicio que les llevaría a la zona de personal, siguiendo de cerca al de seguridad. Guillaume sentía a Aby cada vez más cerca, igual que al peligro. Frenó en seco al llegar frente a una puerta gris, con una pequeña ventana circular en la parte superior y una barra perpendicular de color rojo, que el guardia presionó para abrirla, antes de continuar su carrera por el largo pasillo que llevaba a los despachos.

—Creo que va siendo hora de que nuestro amigo se eche un sueñecito — sugirió Prax desde su derecha—. No sabemos lo que nos vamos a encontrar y seguro que no es buena idea que haya testigos. —Su voz, dura y cruel, pero cargada de inevitabilidad, hablaba desde la experiencia, con toda la naturalidad que proporcionaban muchas vidas vividas y todas ellas dedicadas a la batalla.

Guillaume apretó un poco más su agarre sobre la mente del guarda de seguridad haciendo que este parase su carrera y, dejándose caer contra la pared, resbalase por ella hasta quedar sentado en el suelo, sumido en un tranquilo sueño.

Se aseguró de que no recordara nada de lo que había sucedido, igual que había hecho con su compañero, y mucho menos su rostro o el de sus hermanos. Jacques se acercó al hombre y comprobó su pulso antes de asentir con un gesto seco. Estaba vivo, ahora solo faltaba que encontraran a Aby en el mismo estado.

El problema era cómo dar con ella.

La tenue conexión que habían mantenido y que le hacía saber que estaba en peligro había desaparecido. Miró a lo largo del pasillo, parándose en cada puerta, hasta que encontró una en la que el nombre de Abigail Stevenson aparecía junto al de Chloé Favre en una placa de metal. Abrió sin llamar, haciendo que la hoja de madera chocara contra la pared por el impulso, y

dispuesto a enfrentarse a lo que fuera que amenazaba a la mujer. Pero la estancia estaba vacía. Aturdido, revisó el lugar una y otra vez con la mirada, ¿dónde demonios estaba Aby?

Una voz fría e impersonal a su espalda le sacó de su ensimismamiento e hizo que se pusiera en alerta.

—Al final del pasillo. —Los labios de Prax se movían, pero aquella voz no parecía la suya.

—¿Cómo dices? —preguntó Guillaume.

Su compañero le dedicó una mirada oscura, vacía de toda emoción y sentimiento, antes de volver la vista al frente y emprender camino hacia el fondo del corredor seguido por sus, muy desconcertados, ocho compañeros.

Una energía extraña parecía brotar de la última puerta, creando una especie de barrera invisible que les hacía difícil avanzar. Como si un fuerte viento se hubiera desatado y los empujara en dirección contraria. A todos menos a Prax, que se abrió paso a través del denso espacio como si nada. De manera instintiva, Guillaume colocó una mano sobre el hombro de su compañero y, sin más, la resistencia desapareció.

—¡¡Agarraos a Prax!! —gritó para que sus hermanos pudieran oírle por encima del incesante pitido del aire en sus oídos.

Uno a uno, fueron alcanzando al templario con pinta de motero y, agarrándose unos a otros, todos se enlazaron a él. Se miraron entre ellos, ninguno comprendía qué estaba pasando ni por qué Prax era el único inmune.

Según tenían entendido, su poder era la piroquinesis, la capacidad de manipular el fuego e incluso crearlo de la nada, y allí no había nada que ardiese, al menos por el momento. Dios sabía que Guillaume estaría encantado de reducir aquel edificio a cenizas si llegaban demasiado tarde para salvar a Aby.

Sin soltar el hombro de su hermano, avanzó hasta la puerta cerrada del último despacho del pasillo en la que podía leerse: «*Mr. Thompson. Director del Museo Británico*». Fue necesaria la fuerza combinada de cuatro templarios para abrirla. Guillaume, Jacques, Prax y Hugo arremetieron con sus hombros contra la madera una y otra vez, hasta que consiguieron echarla abajo. Irrumpieron en tropel en la estancia, dispuestos a entrar en batalla.

El amplio despacho se vio visiblemente reducido al dar cabida a los nueve templarios. No se entretuvieron en admirar los muebles de caoba ni las estanterías repletas de incunables, ni siquiera el expositor de cristal en el que

se mostraban algunas reliquias antiguas. Un grito de furia hizo que la mirada de todos ellos se centrara en la escena que se desarrollaba.

Un hombre de unos treinta y muchos años estaba de pie tras el enorme escritorio. Sus ojos refulgían con algo semejante a llamaradas de un intenso color azul hielo y permanecían fijos en Aby, sentada en la silla al otro lado de la mesa, cuyas manos se aferraban a los reposabrazos, su mirada, vacía y perdida, como si estuviera muy lejos de aquella habitación.

Pero Guillaume ni siquiera se percató de la presencia de Aby. Se sintió incapaz de apartar la mirada del que suponía era el director del museo, aunque él lo había conocido con otro nombre, hacía mucho tiempo.

—¿Tío... Pierre?

El gesto del hombre se transformó al verle en una mueca de satisfacción.

—Vaya, vaya... ¿qué tenemos aquí? El último de los de Blois en carne y hueso, parece que mi suerte no hace más que mejorar.

—¿Cómo es posible...?

Guillaume estaba aturdido. El que estaba frente a él era su tío, el hermano gemelo de su padre, alguien que debería haber fallecido hacía siglos, los mismos que él había pasado convertido en piedra. ¿Cómo podía estar frente a él y parecer aún más joven de lo que le recordaba?

—¡Pobre chico estúpido! Tan noble, tan... patético —escupió la última palabra con asco—. Al unirme a los templarios cambiaste tu destino, impediste que pudiera cumplir mi parte del trato y, por tu culpa, me quedé atrapado en este inútil cuerpo mortal, pero ahora... ¡por fin podré obtener mi recompensa!

—¡Saca a Aby de aquí! Yo me encargo de él. ¡Llévatela! —Prax empujó a Guillaume, intentando hacerle reaccionar y que desviara su atención hacia la mujer, al tiempo que se interponía entre ambos.

—¡Eso es! ¡Huye! Aunque esta vez no tendrás donde esconderte —gritó satisfecho el director del museo, sin apartar la vista de la mirada de puro terror en el rostro de su supuesto sobrino, aún paralizado por la sorpresa.

Los ojos del motero comenzaron a adquirir un brillante color rojo, como si despidiesen llamaradas de puro fuego, y se clavaron en el hombre tras el escritorio.

—¿Por qué no te metes con alguien de tu tamaño... hermano? — Una vez más, la voz de Prax sonaba distinta, como si no fuera él quien hablaba, aunque fueran sus labios los que se movían.

—¿Có-cómo...? ¡¡Tú!! —el brillo azul helado de los ojos del

conservador desapareció y su rostro iracundo y satisfecho, mudó en uno que mostraba auténtico pavor—. ¡No es posible! ¿Cómo puedes estar aquí? —Su imagen comenzó a difuminarse en el aire hasta desaparecer, pero sus palabras quedaron flotando en el ambiente tenso de la estancia—. Volveremos a encontrarnos, Guillaume de Blois. Escapa mientras puedas, porque me aseguraré de que mi rostro sea lo último que veas antes de morir, cuando la sangre de la mujer que amas manche tus manos.

La clara amenaza hizo que Guillaume reaccionara finalmente. Aquello era lo que siempre había temido.

Tomó el cuerpo de la mujer, que había quedado desmadejada e inconsciente en el asiento, y lo apretó contra su pecho. Salió de la habitación con su preciada carga en brazos, acompañado por Jacques, Guido y Hugo, mientras los demás revisaban el despacho.

—¿Qué demonios ha pasado ahí dentro? —preguntó Guido dando voz a lo que todos tenían en mente—. ¿De qué conoces a ese hombre, Guillaume? Y... ¿qué demonios ha hecho Prax para hacer que huya despavorido?

Jacques se acercó a su superior, poniendo una mano en su hombro para infundirle fuerzas mientras con la otra revisaba el pulso de Aby. Latía lento, pero constante, con un poco de suerte, solo se habría desmayado y recuperaría la consciencia pronto.

—Es... mi tío, pero... eso no es posible, ¿verdad? —dijo en un susurro, buscando la respuesta en los ojos de su segundo.

—¡¡Alto ahí!! —Una pequeña rubia con unas enormes gafas de pasta roja, salió de una de las puertas y se los quedó mirando—. ¿¿Esa es Aby?? ¡¡Soltad ahora mismo a mi amiga!! —se acercó a ellos con paso decidido mientras continuaba gritando—. ¡¡Animales!! ¿¿Qué le habéis hecho?? ¡¡Seguridad!! ¡¡Seguridad!!

Sus gritos resonaban por el pasillo y no tardarían en atraer la atención de cualquiera de las personas que trabajaban allí. Pero los cuatro parecían haberse quedado paralizados ante la furia de la diminuta mujer que en aquellos momentos arremetía contra cuatro enormes templarios y los golpeaba con sus pequeños puños, al tiempo que intentaba arrebatar a Aby de los brazos de Guillaume.

Dalman salió del despacho, alertado por los gritos y reconoció a la mujer como la mejor amiga de Aby. Reaccionó sin pensar, abrazó a la chica con fuerza por la espalda, tapándole la boca desde atrás para amortiguar sus

gritos, cerró los ojos y visualizó su habitación de la mansión. Se arrepentiría de aquello, pero Aby jamás se lo perdonaría si Chloé salía herida.

Los cuatro reaccionaron al fin y salieron a la carrera del edificio, seguidos por sus compañeros, que cargaban a un inconsciente Prax cuyos brazos colgaban sobre los hombros de Barthelemy y Rodrigo.

—¿Qué le ha pasado a Prax? —preguntó Jacques cuando llegaron al coche y se percató del estado del templario.

—Ni idea —Philippe respondió mientras abría la puerta del todoterreno—. De repente se cayó redondo al suelo. Supongo que lo que quiera que haya hecho ahí dentro lo ha dejado sin fuerzas.

—¿Y Dalman? —Rodrigo miró de un lado a otro, al tiempo que intentaba recuperar el aire después del esfuerzo de cargar con el enorme cuerpo del motero—. ¿Cómo lo habéis perdido? Es el más rápido.

—Una mujer apareció en el pasillo y comenzó a llamar a gritos a seguridad. Dalman desapareció con ella. —La expresión de Jacques mostraba un claro desagrado—. Supongo que estará en la mansión.

Guillaume entró en el asiento trasero sin soltar a Aby. Abrazaba a la mujer, *su mujer*, contra su pecho intentando mantener la calma sin dejar de repetirse a sí mismo que estaba bien. La habían encontrado a tiempo y pronto despertaría.

Aun así, no podía dejar de observar su rostro. Retiró un mechón de pelo de su cara y, con infinita ternura, acarició sus mejillas, anhelando que abriera los ojos y le mostrara aquellos dos luceros verdes capaces de decirle tanto sin usar palabras.

El temor a las preguntas que estaban por venir y las respuestas que tendría que darle estaba ahí, pero en aquel momento prefería centrarse en su rostro dormido.

Intentó tocar su mente, comprobar que no había nada que la acechase en sus sueños... —un pensamiento irónico teniendo en cuenta lo que él había estado haciendo durante años—, pero el muro que le mantenía lejos de esa parte de ella continuaba allí, inamovible, como clara muestra de la pérdida de confianza entre ellos.

Respiró hondo y se acomodó. Dejándose caer contra el reposacabezas trasero, cerró los ojos. La imagen del rostro de su tío junto al de su familia ocupó su mente acompañada de todo el dolor, la tristeza, las pérdidas, el miedo... Casi podía oler el aroma a flores tan característico de su madre,

sentir la suavidad de su tacto cuando se hacía cargo de alguna de sus numerosas heridas.

Se forzó a alejarse de aquellos recuerdos lejanos y centrarse en lo sucedido en el museo. Tenía que ser práctico y eficiente si quería mantener a sus hombres a salvo, no un niño asustado que echaba de menos a su madre.

Si tenía algo claro después del extraño encuentro era que aquel hombre podía tener el rostro de su tío, pero no era él. Necesitaban descubrir quién o qué era y esperaba que Prax tuviese algunas respuestas al respecto.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —Barthelemy giró su cabeza lo justo para poder mirarle desde el asiento delantero y su gesto no era precisamente agradable.

—Has visto lo mismo que yo —Guillaume se esforzó en controlar su voz, pero no pudo evitar que su mandíbula se apretara.

Él y Bart nunca se habían llevado bien. De hecho, había sabido desde el principio que la única razón por la que aquel hombre aceptaba sus órdenes era porque su hermano pequeño, Philippe, le debía su vida a Guillaume. Esa era el único motivo por el que le había seguido en el pasado.

—¿Pretendes decirme que el hecho de que tanto tu tío, un hombre que nació hace casi ocho siglos, como tú estéis vivos y en la misma ciudad no es más que una casualidad? —Bart no ocultó en absoluto su desconfianza ni su desagrado y Guillaume sostuvo a Aby con más fuerza contra su pecho, aferrándose a ella y recordándose a sí mismo que el interior de un coche en marcha no era el mejor lugar para empezar una pelea.

—Te digo que no sé lo que es. La última vez que le vi fue antes de unirme a la Orden, cuando le transferí las posesiones de mi familia. —El dolor que acompañaba al recuerdo de los motivos por los que tomó aquella decisión hizo que apretase aún más los dientes—. Si quieres saber cómo ha conseguido vivir tanto tiempo y qué hace en Londres, tendrás que preguntárselo a él. Yo lo haré en cuanto lo encuentre.

—Más te vale, de Blois. —Bart escupió las palabras haciéndolas sonar como una amenaza y le dedicó una última mirada de desconfianza antes de volver su vista al frente.

Guillaume cerró los ojos cansado. Al parecer, daba igual el tiempo que pasase, había cosas que no cambiaban.

Tiempo de Cambiar

Aby había tenido una pesadilla horrible. El señor Thompson la llevaba a su despacho, su mirada se volvía inhumana, fría, inexpresiva, de un color violáceo y llameante, mientras la amenazaba. Pero lo peor había sido la sensación asfixiante que se había apoderado de ella. La necesidad de venganza, de hacer sufrir a cualquiera que le hubiese mirado mal, sobre todo a Guillaume, casi la dejó sin respiración.

Se incorporó de golpe, sintiendo cómo las náuseas la alcanzaban. Bajó de la cama de un salto y corrió hacia el baño dejándose caer junto al inodoro justo a tiempo. Por lo visto, el hecho de que el templario no estuviera en sus sueños no hacía las mañanas menos... desagradables.

Permaneció con la mejilla contra la fresca porcelana unos segundos, mientras intentaba ubicarse. Había algo raro en aquel baño... ¿En qué momento había cambiado su vieja cortina de ducha de gatitos por una mampara de cristal? Tampoco recordaba que el suelo formara un mosaico con la imagen de una mujer desnuda, ¿o era la representación de Virgo?

—¿Cómo te encuentras?

Aby cerró los ojos con fuerza. No podía ser. ¿Cómo la había encontrado tan rápido? ¿O es que su huida de la mansión también había sido un sueño? Instintivamente se echó la mano al cuello y la cerró en torno al colgante. No había sido un sueño, volvió a casa, el cofre se convirtió en un colgante y... fue

a trabajar.

Las imágenes de lo sucedido se fueron repitiendo en su mente y un escalofrío recorrió su cuerpo. Al final, eso que se rumoreaba en los pasillos del museo de que el señor Thompson era un monstruo, iba a tener más de verdad de lo que había imaginado.

—¿Cómo me habéis encontrado? —dijo sin mirarle e ignorando su pregunta.

—Siempre te encontraré, Aby. —Una tímida caricia en su rostro hizo que se revolviere para alejarse del contacto. No caería de nuevo en sus redes, no era tan tonta como para dejar que el mismo hombre la utilizara otra vez.

—¿Eso es una amenaza? ¿Acaso soy tu prisionera? —Levantó la mirada y clavó sus ojos en los de Guillaume, dejándole ver el dolor y la decepción que sentía por su traición.

—¿Prisionera? —El hombre dio un paso atrás, las palabras se sintieron como una bofetada, pero no dolió tanto como las emociones que percibió en ella cuando se miraron—. Yo nunca... —Se calló a mitad de la frase, sin saber cómo terminarla. ¿Qué podía decir? «Yo nunca... ¿te traicionaría? ¿Nunca te haría daño?». Como si no lo hubiese hecho ya. Carraspeó, intentando librarse del nudo que se había formado en su garganta, y volvió a empezar—. Nos preocupamos mucho cuando desapareciste, Aby.

—¿Os preocupasteis? —Una amarga carcajada sin el menor rastro de humor brotó de su garganta. Agachó la cabeza para ocultar las lágrimas que amenazaban con desbordarse de sus ojos y negó con la cabeza—. Seguro que sí, después de todo, dónde ibas a encontrar a otra estúpida como yo, ¿verdad?

—Tú no eres estúpida. —Su voz sonó firme, convencida, como si realmente lo creyera. Pero Aby no estaba dispuesta a dejarse engañar otra vez.

Comenzó a levantarse y, cuando Guillaume se acercó a ella haciendo ademán de ayudarla, lo rechazó de un manotazo.

—No me toques. Recuerda que estoy despierta —escupió con saña— y lo mismo te pego algo contagioso... o peor, imagina que alguien entra en la habitación y te ve tocándome. ¡El gran Guillaume de Blois confraternizando con una simple mujer humana! ¡Qué desvergüenza! —Aby quería que aquello sonara a burla, de verdad, pero el dolor que intentaba disfrazar se abrió paso a través de su garganta sin que pudiera evitarlo y acabó la frase en un susurro, mientras una triste sonrisa se deshacía en sus labios dejando tras de sí un gesto de derrota.

—¿Eso es lo que piensas?, ¿que me avergüenzas? —La sorpresa se dibujó en el rostro de Guillaume, que retrocedió otro paso, aturdido—. ¡No podría encontrar mayor honor en este mundo ni en el más allá, que tenerte a mi lado, Aby!

Sus palabras sonaban sinceras... «¿¿¿Por qué sus palabras suenan sinceras???»», pensó exasperada. Era un cretino. Falso, mentiroso, manipulador. Se había aprovechado de ella, la había utilizado durante años. Y, aun así, hablaba como si realmente pensase lo que decía.

Se acercó al lavabo esforzándose por mantener las distancias con él; cuanto más alejada estuviese de ese cuerpo que la atraía como el fuego a las polillas, mejor.

Estaba cansada, las emociones de los últimos días unidas al reciente encuentro con el señor Thompson le estaban pasando factura. Y metida en aquel cuarto de baño, sintiéndole tan cerca, su resolución comenzaba a flaquear. En aquel momento, lo único que quería era que la envolviera en sus brazos, que la hiciera sentir protegida como tantas otras veces. Pero eso siempre había sido en sus sueños, ¿verdad?

Definitivamente, la realidadapestaba.

Cogió el cepillo de dientes y lo usó sin apartar la vista del lavabo de pizarra gris. No quería verse en el espejo y mucho menos encontrarse con la mirada oscura de Guillaume, la misma que podía sentir fija en su espalda. Caliente e incitadora.

Enjuagó su boca antes de secarse con la mullida toalla de un blanco impoluto que colgaba a la izquierda del lavabo. Después de dejarla de vuelta en su sitio, apoyó sus manos a ambos lados de la pila. Sabía que tenía que volverse, pero se sentía incapaz de enfrentarse a él, estaba segura de que se rompería en pedacitos y ni el mayor experto en puzles del mundo podría recomponerla.

Las piernas le temblaban, amenazando con no ser capaces de soportar su peso durante mucho más tiempo. Justo cuando estaba a punto de rendirse y dejar que la gravedad hiciera su trabajo, aunque eso significara abrirse la cabeza contra el frío mármol, unos brazos la sujetaron alzándola en el aire y aplastándola contra un pecho duro y firme, caliente y acogedor, con un aroma que le resultaba tan familiar que se sentía como si estuviera de vuelta en casa.

Sabía que tenía que alejarse de él, que debería aporrear aquel torso con sus manos, revolverse y patearlo, forzarlo a que la soltara y mostrarle que

seguía enfadada con él, que siempre lo estaría. Porque Guillaume de Blois no la quería, nunca lo había hecho, se limitó a utilizarla a su conveniencia, permitiendo que los sentimientos crecieran en el pecho de Aby e indiferente al dolor que le causaría.

Pero, en lugar de alejarse de él, sus manos traidoras se aferraron a la suave camisa, su nariz se frotó contra la tela intentando impregnarse de su aroma, queriendo que se tatuara en cada una de sus células.

Aby cerró los ojos y disfrutó del calor de aquel cuerpo, permitiéndose, aunque solo fuera durante un instante, creer que sus sentimientos eran correspondidos. Que el cariño y el amor que manifestaban la dulzura de sus gestos, eran reales.

Sintió cómo el colchón cedía bajo el peso de ambos cuando Guillaume tomó asiento sobre la cama. La situación se volvió mucho más íntima con el simple conocimiento de que estaba entre sus brazos, sentada en su regazo, acurrucada contra su cuerpo y que, con un solo movimiento, podrían perderse entre las sábanas revueltas. Las posibilidades eran infinitas.

«Estúpida. ¡Estúpida, estúpida, estúpida!» El insulto se repetía en la mente de Aby con cada recuerdo que brotaba en su cabeza de los encuentros que habían compartido en sus sueños. Cada caricia, cada beso, cada suspiro. Y con cada uno de ellos, su corazón se rompía un poco más, mientras su traicionero cuerpo lloraba por volver a sentirlo o, mejor dicho, por sentirlo por primera vez estando completamente despierta.

Las manos de Guillaume acariciaban su espalda en un movimiento relajante, destensando sus músculos. Podía sentir su respiración caliente contra la suave piel de su cuello, ya que ambos mantenían sus cabezas apoyadas en el hombro del otro. Aby inhaló con fuerza, dejando que su aroma la envolviera una vez más, empapándose de aquella sensación de paz y sin encontrar las fuerzas necesarias para separarse de él.

—Mi dulce Aby... —Un simple murmullo muy cerca de su oído y cada célula de su cuerpo se centró en él, como girasoles buscando la luz y el calor del astro rey.

Quizás recuperó la cordura de repente o tal vez fue una reacción instintiva. Podría ser que simplemente fuera su instinto de supervivencia tomando el control, porque si había algo que tuviera claro era que aquel hombre podía destruirla. Fuese lo que fuese, en el momento en que Aby sintió sus labios acariciando su cuello, todo su cuerpo se tensó.

—No. No. No. No. ¡¡No!!

El primero surgió como un simple susurro, pero con cada repetición su voz y su determinación tomaban fuerza. Empujó con ímpetu el pecho contra el que se había acurrucado, apoyó los pies en el suelo y se levantó de un salto. Nadie, nunca, volvería a jugar con ella ni con sus sentimientos. Jamás permitiría que la utilizaran otra vez, ni siquiera el hombre al que amaba desde que tenía memoria.

Ya era hora de dejar atrás los cuentos de hadas. Puede que el hombre de sus sueños fuera de carne y hueso, pero no era quien ella esperaba y tampoco la amaba.

—Aby, por favor... —Ni su tono dubitativo, ni la inseguridad que parecía transmitir su mirada iban a hacerle cambiar de opinión.

—Se acabó, Guillaume —afianzó aún más sus pies en el suelo y apretó las manos en puños—. Ni tú ni nadie tiene derecho a utilizarme a mí, ni a mis sentimientos. —Su mirada bajó durante un segundo antes de clavarse en los ojos de él—. Sé que no sientes lo mismo que yo —y Dios sabía que pronunciar aquellas palabras en voz alta destrozaban lo que quedaba de su maltrecho corazón—, que no me quieres.

—Aby, yo...

—Déjame terminar —continuó sin permitir que la interrumpiera—. No sé por qué hemos estado conectados todos estos años. Entiendo que necesitabas que alguien os encontrara y que, de algún modo, formo parte de toda esta locura. Protegeré el cofre, lucharé a vuestro lado si es necesario, pero no volverás a entrar en mi cabeza, ni en mis sueños. Desde este momento, soy uno más de tus soldados y tú no eres más que mi general. Alguien en quien confío para que me guíe en la batalla que se aproxima, pero nada más. No somos amigos, mucho menos amantes.

—¿Cómo puedes decir eso? Aby, yo te...

—¡Guillaume! ¡Tenemos problemas! —Jacques irrumpió en la habitación interrumpiendo lo que fuera que su hermano fuera a decir, y Aby no podía estar más agradecida. Sus fuerzas comenzaban a flaquear y lo único que quería en aquel momento era volver a la cama, cubrirse con el edredón y desaparecer.

—¿Qué ocurre? —Guillaume hizo la pregunta con la mandíbula apretada y sin apartar su vista de Aby. ¿Podía ser más inoportuna la interrupción?

—Se trata de la señorita Favre. —La mirada de Jacques fue a Aby durante un segundo antes de volver a la de Guillaume—. Ha despertado y

digamos que no está muy contenta.

—¿¿Chloé está aquí?? ¿Por qué la habéis traído? —Si las miradas matasen, en aquel momento habría enterrado a los dos templarios de un solo vistazo—. ¡Ella no tiene nada que ver con todo esto! ¡No deberíais haberla involucrado! —Ignorando a Guillaume, se fue directa hacia el médico que aún permanecía junto a la puerta.

Jacques miró a su hermano, haciéndole entender que le otorgaba el privilegio de ser él quien respondiera a las preguntas de la furiosa pelirroja. Simplemente perfecto.

—No tuvimos otra opción, Aby —dijo intentando que su voz mostrase una calma que no sentía. La conversación que acababan de tener le dejaba claro que se estaba distanciando de él y tener a su amiga en la mansión no parecía que fuera a ayudar con esa distancia.

—Debería saber, señor de Blois, que siempre hay otra opción. —Aby consiguió que su nombre sonara como un insulto y habló sin siquiera mirarle, antes de dirigirse a Jacques—. ¿Dónde está?

—En la habitación de Dalman. —Aby respiró un poco más tranquila. Si había alguien en la casa que cuidaría de su amiga era él. Bueno... ella —. Tuvo que hacerla desaparecer antes de que alertara a la seguridad del museo y las cosas se complicaran, así que los transportó a ambos a su habitación. — Algo en el tono de voz del médico indicaba que eso no le hacía ninguna gracia.

El cuerpo de la mujer se relajó visiblemente en el momento en que supo que su amiga estaba con Dalman, lo que a Guillaume le provocó un pellizco nada agradable en el estómago y muchas ganas de zarandear al menor de sus hermanos. ¿Qué había entre él y Aby? Sabía o, al menos, creía saber, que no había nada físico entre ellos. Pero, mientras la seguía hasta la habitación de enfrente y observaba la forma en que abrazaba a su amiga, sin apartar la mirada de Dalman y con una sonrisa de agradecimiento colgada de sus labios, deseó ser él el destinatario de aquel gesto.

Por primera vez en su vida, Guillaume pudo sentir en sus propias carnes lo que eran los celos y la sensación amarga que dejaban en su boca.

—¡Esa mujer es una bruja! —La ruda exclamación hizo que reparara en la presencia de Barthelemy, que observaba el abrazo de las dos mujeres sin dejar de frotarse el brazo derecho.

—¿Yo una bruja?! —exclamó la pequeña rubia sin soltarse del abrazo de su amiga—. ¡Ven aquí, que te voy a enseñar dónde puedes meterte mi escoba!

—La respuesta de Chloé iba cargada de rabia, pero también de humor—. ¡Cobarde! ¡Debilucho! ¡Si solo te he dado un pellizco!

—¿Osas llamarme cobarde, bruja? —El cuerpo de Bart se tensó y su voz bajo un par de octavas, volviéndose amenazadora.

—Barthelemy —Guillaume intervino antes de que su compañero hiciera algo de lo que todos se arrepentirían—, deberías ir a buscar a Philippe —la mención de su hermano siempre conseguía llamar su atención—. Creo que no se encontraba muy bien después de nuestra visita al museo.

El templo era muy protector con su hermano pequeño y Guillaume no dudó en aprovecharse de ello para calmar las aguas, aunque tuviera que mentir. Tal y como esperaba, sin pronunciar una sola palabra más, Barthelemy miró con odio a Chloé antes de abandonar la habitación en busca de Philippe. Estaba seguro de que su compañero no agradecería la visita de su hermano mayor y los gritos no tardarían en escucharse.

—¡Aby! ¿Estás bien? —Chloé se separó unos centímetros de Aby y la observó de arriba abajo con preocupación—. Vi cómo te sacaban inconsciente del despacho de Thompson. Dicen que... ¿te atacó? —El rostro de la rubia mostraba perplejidad.

—Estoy bien, cariño, de verdad. —Aby buscó a Guillaume con la mirada, con una muda súplica en sus ojos, pero fue Jacques quien respondió.

—Como le hemos explicado a la señorita Favre, el señor Thompson al parecer sufrió un brote sicótico y la atacó, señorita Stevenson. Fue una suerte que mis compañeros estuvieran allí en aquel momento. Su amiga se asustó al vernos sacarla inconsciente del despacho, nos atacó, y cuando Dalman intentó contenerla se desmayó. Imagino que debido a las emociones y el estrés de la situación. Como soy médico, decidieron que la mejor opción era traerlas aquí a ambas hasta que se recuperasen.

—¿Y qué hacían ustedes allí? —preguntó Chloé con los ojos entrecerrados con desconfianza.

—Colaboramos en la investigación que realizaron Aby y el señor Williamson en Acre, señorita Favre —respondió Hugo—. Me temo que comparto profesión y especialidad con su amiga. —Una sonrisa brillante y encantadora que pretendía hacer que Chloé se relajara y bajase la guardia, se coló en sus labios—. Fuimos al museo a presentarnos al señor Thompson y explicarle que, durante la última semana, Aby ha estado ayudándonos a revisar algunos de los documentos que el señor Williamson pidió prestados al museo

de Acre.

Chloé asintió aun sin parecer demasiado convencida por la oportuna explicación.

—Señor de Blois, ¿podrían dejarnos solas un momento, por favor?

Que se dirigiese a él por su apellido, dejando clara la distancia que se había establecido entre ambos, hacía que el pecho de Guillaume ardiese con una mezcla de rabia y dolor.

No podía culparla, en una parte de su mente, incluso, sabía que era mejor así, pero eso no disminuía sus ganas de ir hacia ella, abrazarla y besarla hasta que su cuerpo se rindiera bajo el suyo como tantas otras veces.

En lugar de eso, respondió con un seco asentimiento de cabeza antes de dirigirse a sus compañeros.

—Vamos, será mejor que las dejemos solas.

—Si no le importa, señor de Blois —otra vez ese título tan formal clavándose como una puñalada en su corazón—, preferiría que Dalman se quedase con nosotras.

Jacques y Guillaume intercambiaron miradas de incompreensión. Aunque por diferentes motivos, a ninguno parecía agradarle la complicidad que parecía haberse generado entre la mujer y el más joven de los caballeros. Aun así, ambos asintieron, incapaces de mostrar abiertamente ningún gesto que sacara a la luz sus auténticos sentimientos.

—Está bien. De todos modos, no creo que estemos para muchos entrenamientos esta tarde.

Ambos inclinaron la cabeza a modo de despedida mientras se dirigían a la puerta, pero, justo antes de cruzarla, Guillaume recordó enviar un último pensamiento a la mente del joven templario. «Dalman, asegúrate de que la señorita Stevenson no comparte con la señorita Favre más detalles de los estrictamente necesarios. No queremos que se vea involucrada en nuestra misión, podría correr peligro».

Los ojos del joven se abrieron al recibir las órdenes de su superior directamente en su cabeza. Conocía su poder, pero era la primera vez que lo usaba con él. Asintió con un cabeceo al tiempo que se cuadraba en un gesto inconsciente de respeto. La distracción que supuso le permitió ignorar las punzantes miradas de Jacques, ya que le dio la excusa perfecta para mantener su vista fija en Guillaume hasta que abandonó la estancia.

—Joder, nena. ¿Se puede saber en qué lío te has metido ahora? —Chloé

comenzó el interrogatorio en el mismo instante en que se cerró la puerta.

Aby estrechó a su amiga, con fuerza, entre sus brazos. Quería contárselo todo, necesitaba hacerlo. Pero... ¿cómo? No podía soltarle algo así como: «Oye, Chloé, ¿recuerdas que te hablé del hombre de mis sueños? Pues resulta que existe. Es un caballero templario al que convirtieron en piedra durante la caída de Acre. Cuando fui allí, lo encontré a él y a sus compañeros y ahora vuelven a ser humanos. ¡Ah! ¡Por cierto! ¿Te he hablado ya del fin del mundo?»

Su amiga era comprensiva y la quería, pero no dudaría en colocarle una camisa de fuerza e internarla en el ala de psiquiatría del hospital más cercano si le contaba algo así. Por lo que la única opción que le quedaba era ceñirse a la historia que Jacques le había contado. Odiaba mentirle, pero ¿qué otra opción tenía?

Acompañó a Chloé hasta el borde de la cama de Dalman y ambas tomaron asiento cogidas de las manos. Rellenó como pudo los huecos que había dejado Jacques en su narración y se inventó alguna que otra excusa de más, intentando crear una historia con sentido que calmara la inquietud de su amiga.

—Así que Guillaume y sus compañeros se ofrecieron a acompañarnos a Londres. Paul estaba enfermo y nuestra investigación acababa de empezar, pero sabía de sobra que querría retomarla en cuanto se recuperase, así que pensé que la mejor opción era volver e ir avanzando todo lo posible aquí mientras tanto. No podía quedarme en Acre sin él, los permisos están a su nombre.

—Vale —aceptó Chloé—, pero eso no explica qué te traes con el tal de Blois. Es él, ¿verdad? El hombre que puso esa mirada de tristeza en tus ojos cuando te pregunté en el museo si habías conocido a alguien.

—No hay nada entre él y yo, Chloé. Por un momento pensé que podría haberlo, pero me equivocaba —zanjó Aby con una mezcla de dolor y resignación en su voz.

Su mirada se desvió hacia Dalman, que continuaba de pie, observándolas en silencio. Había querido que se quedara porque quería que Chloé y Eva se conocieran, pero ahora no sabía cómo explicarle a su amiga que él no era él, sino ella, sin desvelar cosas que no podía explicarle. Aunque, si era sincera consigo misma, tenía que admitir que ese no era el único motivo.

Aby se había dado cuenta de cómo reaccionaba Guillaume cuando ella y Dalman estaban cerca. No se engañaría pensando que eran celos, pero sí

estaba segura de que le molestaba la cercanía entre ambos y, aunque no le gustara usar a Eva de esa forma, lo haría si eso servía para mantener al hombre apartado de ella. Necesitaba establecer la mayor distancia posible entre ellos.

—Todos los hombres son iguales. —Un bufido de asentimiento brotó de los labios de Dalman de forma inconsciente y la mirada de Chloé se desvió hacia él, cuyo rostro palideció en el acto—. No sé por qué una mujer querría hacerse pasar por uno de esos capullos —añadió con una sonrisa ladina—, pero no seré yo quien pregunte.

—¿Cómo has...? —Eva, atónita, no fue capaz de terminar la pregunta.

—Tranquila —Chloé hizo un gesto con la mano, desechando la preocupación de la mujer—, tu secreto está a salvo conmigo. Al principio pensé que tal vez eras transexual, pero no parece que estés siguiendo ningún tratamiento para cambiar de sexo. Créeme, sé lo que es. Mi mejor amigo era la novia de mi hermano cuando estábamos en el instituto. Lo siento si te he molestado.

Aby observó el intercambio, perpleja. Eva se había relajado en presencia de las dos amigas, algo que jamás se había permitido hacer antes, y eso, unido a la agudeza de Chloé, había hecho que esta atara cabos, acertando de lleno en su suposición. Tampoco es que equivocarse hubiera supuesto un problema para ella. Chloé tenía por costumbre decir lo que pensaba y pedir disculpas después, si es que era necesario y le apetecía hacerlo.

Un suave toque en la puerta hizo que las tres miraran en su dirección. Eva volvió a tomar su personaje de Dalman y carraspeó antes de permitir la entrada.

—Señorita Aby, el señor de Blois me ha pedido que le informe de que el chófer espera en la entrada principal para llevar a la señorita Favre a su casa. —Tom permaneció en el marco de la puerta, con su pose recta y elegante, mientras hablaba—. También me ha pedido que le haga saber que los esperan en el salón, a usted y al señor Dalman, en cuanto la señorita Favre se haya marchado.

—Gracias, Tom.

Con una leve inclinación, el mayordomo se despidió y los dejó solos, cerrando la puerta tras de sí.

—Bueno... será mejor que me vaya. Venus me bufará de lo lindo por haberla dejado tanto tiempo sola. —Chloé se levantó de la cama y alisó su

falda con sus manos—. ¿Te veré mañana en el trabajo, Aby?

—No lo sé, Chloé... —La mente de Aby bullía con todas las cosas que le gustaría contarle a su amiga. Apretó los puños a ambos lados de su cuerpo unos segundos, antes de obligarse a relajarse—. Te llamaré, ¿de acuerdo? Después de lo sucedido con Thompson no tengo ni idea de qué va a pasar. Y, además, no puedo dejarte a mi gata para siempre.

—No te preocupes por eso, no está tan mal tenerla de compañera de piso. De hecho, seguro que es mejor que tenerte a ti —bromeó Chloé acercándose a su amiga para abrazarla—. Te mantendré informada de los cambios en el museo. Imagino que Williamson sustituirá a Thompson hasta que se recupere... si es que lo hace. Sería una suerte que se jubilara, ¿no crees? Probablemente quiera hablar contigo de todos modos, pero teniendo en cuenta que el viaje a Acre es su proyecto te dará un par de días de margen, supongo. Eso si no decide plantarse aquí.

—Gracias, cariño, pero creo que llamaré a Paul esta misma noche para informarle de lo sucedido y averiguar cómo sigue. No hemos hablado desde que volvimos a Londres y creo que ya va siendo hora de hacerlo.

Aby abrazó a su amiga mientras, en su cabeza, buscaba una excusa con la que enfrentarse a Williamson. Las explicaciones que debía se acumulaban y las mentiras empezaban a agotarse. Tenía que buscar una solución, que no pasara por dejar su puesto de trabajo —porque aún no sabía cómo alimentarse de aire y dudaba mucho que su casero estuviera dispuesto a dejar de cobrarle el alquiler—, y pronto.

Despidió a Chloé y observó el coche mientras se alejaba por el camino de acceso a la mansión. Saber que estaba bien era un alivio, pero verla marcharse solo le recordaba cómo había cambiado su vida en apenas unos días. Y lo infructuoso de su intento de volver a la que tenía antes. No hacía ni veinticuatro horas que había abandonado la mansión y ya estaba de vuelta.

El tiempo que habían pasado hablando con ella le había ayudado a tomar algunas decisiones, como por ejemplo, que el hecho de que se hubiera visto envuelta en todo aquel lío no significaba que fuera a renunciar a su independencia, ni a su trabajo y mucho menos a su gata.

Puede que todos aquellos hombres fueran soldados y estuvieran acostumbrados a la guerra, pero ese no era su caso. Ella era historiadora. Vivía rodeada de libros y objetos antiguos, tenía una vida tranquila y adoraba ambas cosas.

Admitía que, al principio, quedarse en la mansión había sido una oportunidad para estar cerca de Guillaume, conocerlo mejor y... alimentar unas esperanzas de que pudiera suceder algo entre ellos que ahora yacían hechas trizas a sus pies.

Así que, quizás, había llegado el momento de poner los puntos sobre las íes y retomar el control de su propia vida. Las cosas habían cambiado, tenía una responsabilidad que no había pedido, una que el peso del colgante en su cuello no permitía que olvidase, y de la que no iba a huir. Pero eso no significaba que no pudiera tomar algunas decisiones al respecto.

— ¿Señorita Aby? Los señores la esperan en el salón.

Tom le dirigió una dulce mirada de comprensión y esperó a que ella comenzara a ascender la escalinata. Aby asintió con una pequeña sonrisa al alcanzar al mayordomo, y murmuró un escueto «gracias» en su dirección, antes de entrar de nuevo en la casa. Tenía mucho en lo que pensar, pero aquel no era el momento. El día aún no había terminado y algo le decía que no iba a mejorar.

Tiempo de Enfrentamientos

El salón parecía la sala de espera de una agencia de modelos. Aby sonrió ante la comparación que pasó por su mente. Tenía que admitir que aquellos hombres eran impresionantes, cada uno a su manera. Aun así, su vista traidora seguía tendiendo a detenerse siempre en el mismo. Suspiró resignada. Aunque hubiese decidido mantenerse alejada de Guillaume, sabía que sería mucho más fácil decirlo que hacerlo.

—Buenas tardes.

La tímida sonrisa que colgaba de sus labios mientras saludaba al entrar se heló en su rostro cuando nueve pares de ojos se volvieron hacia ella, dejándola clavada en el sitio.

—¡Ya era hora! ¿Dónde está el cofre? ¿Qué has hecho con él? ¿Y dónde está tu amiga? —Barthelemy escupió las preguntas como si de una ametralladora se tratara, dejando a Aby incapaz de reaccionar —¡Esa mujer es un peligro, no puede estar husmeando a sus anchas por la casa!

Mientras continuaba despotricando sobre Chloé y acusando a Aby, el templario comenzó a avanzar hacia ella. Fue incapaz de retener el impulso de dar un paso atrás, retrocediendo, para mantenerse lo más alejada posible del hombre y su actitud amenazadora.

Una espalda ancha, muy ancha, se interpuso en su línea de visión, impidiéndole continuar observando el avance de Bart.

—¡Basta! —La voz de Guillaume se impuso a la de los demás, que

también habían comenzado a increparse unos a otros, a favor o en contra de la actitud de Barthelemy—. Controla tu genio y tus palabras si no quieres tener que tragártelas.

La postura de ambos hombres se tensó mientras se lanzaban dagas con la mirada en un duelo silencioso. Aby ni siquiera fue consciente del momento en que su mano se enredó en el brazo de Guillaume. No quería que peleasen, no quería ser la causa de una discusión entre aquellos hombres que habían compartido tanto, que se consideraban hermanos. Pero, sobre todo, no quería que Guillaume saliera dañado. Y no es que dudara de sus capacidades en combate, era más bien que también conocía las de Bart y era consciente de que en una lucha entre ambos ninguno saldría indemne.

—¿La defiendes? ¿Antepones a la mujer que calienta tu cama a la misión? ¡Menudo líder estás hecho! —Bart se las arregló para que el título sonara como un insulto.

—Entre Aby y yo no hay nada, Bart. —El tono de voz de Guillaume bajó un par de octavas, volviéndose helado. Sonaba serio y calmado, sin un ápice de duda o inseguridad en sus palabras. Como si solo estuviera señalando algo evidente.

La mano de Aby resbaló del brazo del templario y fue directa a su propio pecho, justo sobre su corazón. ¿Por qué dolía tanto escuchar de los labios de Guillaume algo que ya sabía? Ella no era nada para él. Solo había sido la herramienta para encontrarlos. Nada más.

Dio un paso a su izquierda, apartándose de la supuesta protección que le ofrecía estar oculta tras el hombre que poseía su corazón y lo había roto en pedazos, dispuesta a enfrentarse a la situación por sí misma.

—Suficiente —elevó su tono de voz lo bastante para que todos la escucharan y el silencio inundara la sala—. No tengo nada de ocultar y soy lo bastante mayorcita para defenderme sola. —Miró a Guillaume de reojo antes de fijar su vista en Bart—. Adelante, pregunta.

—¿Por qué huiste? ¿Qué has hecho con el cofre?

—No hui —una pequeña mentira, de la que esperaba que nadie se percatara—, de hecho, no sabía que tenía prohibido salir de la mansión. Aunque no lo creas, Barthelemy, en el siglo XXI las mujeres tenemos nuestras propias vidas y tomamos nuestras propias decisiones. Antes de encontraros, ya tenía responsabilidades: un trabajo, un piso, amigos, familia y hasta una gata. Y no pienso renunciar a nada de eso para pasar los días observando cómo os

preparáis para una batalla que no sabemos cuándo tendrá lugar. No soy vuestra prisionera, ¿verdad?

—No, pero... —A pesar de que intentaba sonar firme, la duda se mezcló con las palabras de Bart. No había esperado que Aby se enfrentara a él, que le hablara con tanta firmeza y mirándole a los ojos, sin dejarse intimidar.

—Eso creía y, por si no lo sabes, te diré que tampoco soy una frágil muñequita de porcelana. Ninguno de vosotros tiene derecho a exigir que renuncie a mi vida sin siquiera preguntarme al respecto. —Aby dejó que su mirada pasara por todos los hombres en la habitación y algunos bajaron la vista, avergonzados.

—Lo siento, Aby —Hugo sonaba realmente arrepentido cuando habló—, todos lo sentimos. Han pasado tantas cosas en los últimos días que ninguno nos paramos a pensar en cómo te afectaba a ti todo esto.

—Lo entiendo, Hugo, de verdad —respondió ofreciéndole una sonrisa de agradecimiento—. Han sucedido muchas cosas en muy poco tiempo y todos tenemos mucho que asimilar. Pero vosotros os tenéis los unos a los otros, os conocéis, habéis compartido mucho, yo, en cambio... —chasqueó la lengua mientras negaba con resignación—. No elegí esto, nadie me preguntó al respecto. No soy una de vosotros, o al menos, vosotros no me veis así y, al parecer, tampoco me está permitido volver a mi vida.

—¿Por qué no nos dijiste...? —Guillaume dio un paso hacia ella antes de detenerse y dejar la pregunta, inconclusa, colgando en el aire entre ellos.

—¿Acaso me habríais escuchado? —Una sonrisa triste se dibujó en los labios de Aby, antes de apartar la mirada del hombre y volverla hacia los demás.

—Sí, claro, todo eso está muy bien, pero sigue sin explicar por qué te llevaste el cofre y qué has hecho con él. ¿Dónde está? —Bart parecía dispuesto a retomar las acusaciones en su contra, con la misma fuerza que al principio.

—La verdad es que me gustaría saber cómo lograste superar mi seguridad —murmuró Rodrigo con una mezcla de admiración y duda.

—Yo no me llevé el cofre. —Mientras hablaba, Aby comenzó a tirar de la cadena que colgaba en su cuello—. Podéis creerme o no, me da igual —miró a Bart dejando muy claro que esas palabras iban dirigidas a él—, pero nunca he entrado en la cámara de seguridad de Rodrigo y no me llevé el cofre. Simplemente apareció sobre mi cama, en mi habitación.

—¡Sí, claro! ¿Pretendes que nos creamos que...?

Las palabras de Bart se quedaron atrapadas en su garganta cuando observó cómo el colgante de plata que Aby acababa de dejar sobre la mesa, se transformaba en el cofre de piedra.

—Aunque no lo creáis no soy tan estúpida. Sé lo importante que es y nunca me lo llevaría. Es obvio que está mucho más seguro aquí que conmigo. Pero, aun así, no sé cómo ni por qué, apareció en mi cama y, cuando iba a salir hacia el trabajo, se convirtió en un colgante. Parece que no puedo alejarme de él.

El rostro de Bart se torció en un gesto de desagrado. Algo le decía a Aby que su mente estaba trabajando a marchas forzadas para encontrar otra acusación a la que someterla. Debió encontrarla, porque su cuerpo se tensó nuevamente y clavó su mirada en ella.

—¿Dónde está tu amiga?

—La señorita Favre ha vuelto a su casa. El chófer se ha encargado de llevarla hasta allí. —Esta vez fue Guillaume quien respondió a la pregunta y su tono de voz no dejaba opción a réplica. Aun así, Bart no pensaba quedarse callado.

—¡Esa mujer es un peligro! ¡Ha visto demasiado! ¿Cómo has permitido que se marche?

—¡Chloé no sabe nada! —gritó Aby. Comenzaba a estar un poco harta y bastante exasperada de la actitud del templario—. ¡No es una amenaza para nadie! Y te aseguro que no quieres intentar retenerla en contra de su voluntad, porque entonces sí que se convertiría en una amenaza. —Su amiga podía ser bajita, tener un rostro dulce y una voz un tanto infantil, pero no era inofensiva y menos aun estando cabreada—. He hablado con ella, la explicación de Jacques no la convenció del todo, pero he conseguido rellenar los huecos. De todas formas, mañana cuando la vea en el trabajo, hablaré con ella de nuevo por si aún tiene alguna duda, y estoy segura de que en unos días se habrá olvidado de todo esto.

—Mañana no irás a trabajar. —La orden, porque eso es lo que era, salió de los labios de Guillaume en un tono brusco y conciso, haciendo que Aby se enderezara y apretara los puños, frustrada.

—Creí que esto ya lo había dejado claro. No voy a renunciar a mi vida —respondió en el mismo tono tajante que había usado el templario.

—No es seguro. Después de lo que ha pasado hoy, no podemos

arriesgarnos a que mi... el señor Thompson vuelva a atacarte. —Guillaume se maldijo mentalmente por su desliz en el momento en que se percató de la sonrisa de suficiencia en los labios de Bart.

—Hablando del señor Thompson, creo que nos debes algunas explicaciones, de Blois, ¿no es así?

Los ojos de ambos se encontraron. La mandíbula de Guillaume se apretó con furia. Barthelemy siempre había tenido un interés especial en desprestigiarlo y parecía que eso no había cambiado.

Se dio unos segundos para intentar controlar sus emociones y no estampar a Bart contra la pared más cercana. Sujetó el antebrazo de Aby con suavidad, por algún motivo, sentir el tacto de la piel de la mujer conseguía calmarle más que cualquier otra cosa, y la acompañó hasta uno de los sofás cercanos, invitándola a tomar asiento. Parecía que aquello iba para largo.

—No sé qué es lo que quieres que te explique, ya te lo dije en el coche cuando salimos del museo, sé exactamente lo mismo que tú —contestó mostrándose aparentemente mucho más relajado de lo que realmente se sentía.

—Así que, según tú, que tu tío, que debería llevar muerto y enterrado más de setecientos años, siga vivo y sea el director del Museo Británico, es una mera casualidad, ¿no?

—Espera, ¿qué? —los ojos de Aby se abrieron como platos y casi dio un bote en el sofá.

—Pues sí. El señor Thompson, al parecer, es el tío no difunto de Guillaume, ¿no lo sabías? —El sarcasmo y la ironía goteaban de cada palabra pronunciada por Barthelemy y era imposible pasar por alto su sonrisa victoriosa y altanera.

—¿Cómo es eso posible? —Los ojos de Aby se centraron en los de Guillaume.

—No lo sé —respondió con un suspiro de resignación, mientras tomaba asiento en una butaca cercana—, lo juro. Soy el más sorprendido, creedme. He intentado convencerme de que quizás no fuera más que algún descendiente con un aspecto físico muy parecido, pero... me reconoció. Sabía quién era yo. No tiene sentido. Debería estar muerto.

—A mí me interesa más saber cómo es que Prax pudo entrar en el despacho y qué demonios le sucedió allí —planteó Philippe, haciendo que las miradas de todos dejaran de centrarse en Guillaume.

El hermano de Bart estaba acostumbrado a la constante lucha que este

mantenía con el hombre al que habían jurado lealtad y tenía mucha práctica intentando desviar la atención, y los ataques, de Barthelemy en otras direcciones.

Guillaume le agradeció el gesto con un leve cabeceo. Quedaban muchas preguntas en el aire, pero no tenía las respuestas. Todavía. Porque si había algo que sabía con seguridad era que nadie estaba más interesado que él en conseguir las.

Prax no se dejó intimidar por las miradas de sus compañeros. Al contrario, se limitó a devolverles, uno a uno, una cargada de indiferencia.

—Conseguimos entrar en el despacho, rescatar a Aby y deshacernos de la amenaza, ¿no? Eso es lo único que debería importaros. El cómo lo hice no es asunto vuestro —aseveró con rudeza—. Quizás debería preocuparos más cómo es que no sabíamos que Dalman es capaz de teletransportarse. ¿Por qué no nos habías contado sobre tus poderes?

Aquella aparentemente simple e inocente pregunta, pareció el pistoletazo de salida para una batalla campal. De repente, los caballeros comenzaron a increparse unos a otros, lanzándose preguntas que escondían veladas amenazas y claras desconfianzas.

—¡¡¡Basta!!! —Guillaume se levantó de su asiento y profirió un grito que hizo que Aby se encogiera en el suyo. El rostro del templario estaba desencajado y sus ojos brillaban con enfado—. ¡Se acabó! Si no somos capaces de confiar unos en otros esta guerra está perdida antes incluso de que empiece, ¿es que no lo veis? —La faz de Guillaume cambió, transformándose en una máscara de derrota—. La culpa es mía. Fui yo quien os llevó a aquella cueva, yo decidí entrar, yo os metí en todo esto. Y, por mi culpa, unos habéis pasado siglos encerrados en la asfixiante oscuridad, mientras otros vivíais en soledad, ignorando vuestro pasado y enfrentando un futuro que no era para vosotros. Y, cuando por fin volvemos a encontrarnos, en lugar de hacerlo como hermanos, nos enfrentamos unos a otros con rencor, dudas y desconfianza.

Guillaume dejó que sus ojos se clavaran en cada uno de sus hermanos durante unos segundos, permitiendo que sus palabras calaran en ellos, antes de continuar.

—Ninguno de nosotros eligió esto y tampoco tenemos la posibilidad de huir —volvió la vista a Aby—, ni de volver a nuestras vidas anteriores. Así que, la única opción que nos queda es afrontar lo que venga y hacerlo juntos. Nosotros no somos el enemigo y eso es algo que todos tenemos que tener muy

claro. Estamos juntos en esto. Elegisteis seguirme hace mucho tiempo, pero lo cierto es que, ahora mismo, estoy igual de perdido que cualquiera de vosotros. Este mundo es totalmente nuevo para mí, al igual que mis poderes, al igual que la batalla que se presente ante nosotros. Sé cómo luchar contra enemigos de carne y hueso, pero ¿contra dioses? No, eso es algo que ni siquiera creí posible y que ha vuelto del revés todo lo que creía saber.

—¿Renuncias a liderarnos? —Aby buscó la mirada de Bart cuando este habló, esperando encontrar en ella el brillo de la victoria, pero encontró algo muy diferente. El templario parecía perplejo y... ¿culpable?

—Si es lo que consideráis mejor para todos, lo haré.

—¡No!

Las voces de todos volvieron a mezclarse, rechazando la posibilidad. Y, en esa ocasión, fue Jacques quien se impuso a los demás.

—Ninguno de nosotros está en mejor posición que tú para liderarnos. La situación es igual de nueva para todos —admitió, acercándose a su amigo y compañero—. No creo que la solución sea que renuncies a tu puesto. Confiábamos en ti entonces y lo hacemos ahora. —Guardó silencio unos segundos, dando la oportunidad a los demás de negar sus palabras, algo que ninguno hizo—. Como bien has dicho, tenemos mucho que asimilar y todos guardamos algún secreto que no estamos preparados para compartir —su mirada se desvió hacia Dalman durante una fracción de segundo—, pero quizás con el tiempo sí podamos hacerlo. Vayamos paso a paso, día a día. Hemos practicado y ya recordamos cómo pelear juntos, ahora solo necesitamos practicar la confianza, eso de volver a ser compañeros, hermanos en la batalla y fuera de ella.

Los hombres se miraron unos a otros, asintiendo en silencio. Cada uno de ellos admitiendo su parte de culpa y aceptando que aún les quedaba mucho camino por recorrer. Lo que ninguno dudaba era que debían hacerlo unidos, no solo juntos.

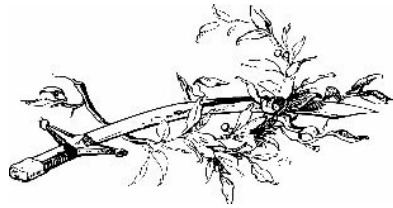
—Será mejor que nos vayamos a la cama —intervino Aby.

—¿Es un ofrecimiento? —respondió Rodrigo, bromeando, con una pícaro sonrisa en su rostro, que le sacó una carcajada. Las risas parecieron liberar un poco la tensión acumulada en el ambiente.

—Cada uno a la suya, vaquero, que no está el horno para bollos. Ha sido un día muy largo para todos y necesitamos descansar.

Aby se levantó del sofá bajo la atenta mirada de Guillaume, mientras los

hombres se iban retirando del salón entre murmullos de buenas noches. Sentía sus músculos agarrotados por los nervios y las emociones del día. Solo quería dormir, y esperaba que la mañana siguiente fuera mucho más tranquila, no estaba segura de poder soportar ese nivel de estrés durante mucho tiempo.



Guillaume observó retirarse a sus compañeros por el rabillo del ojo, mientras su atención permanecía en Aby. La mujer parecía realmente extenuada por el cansancio. Estaba orgulloso de ella, aunque realmente no sabía si tenía derecho a estarlo. La fuerza interior que había demostrado aquella noche, el coraje al enfrentarse a Bart con la cabeza alta, sin rehuirle la mirada, dejando muy claro que no era alguien a quien pudieran manipular ni manejar a su antojo, le había demostrado una vez más la clase de mujer que era. Una que no se dejaba amilantar por nada ni por nadie.

Un nudo se apretó en su garganta al ser consciente de la increíble mujer que tenía frente a él. Las manos le picaban por tocarla, por estrecharla en sus brazos, por compartir siquiera una parte de su fuerza, de la luz que desprendía y que lo iluminaba todo a su alrededor.

Había hablado en serio cuando ofreció su liderazgo. No estaba seguro de ser el más indicado para guiarlos en la batalla que se aproximaba, pero mirando a Aby sabía que quería serlo. Quería ser digno de dirigir a sus hombres, pero, sobre todo, quería ser digno de ella, pero ¿cómo serlo? ¿Cómo podía hablar de confianza y secretos si él era el primero que ocultaba cosas? ¿Cómo pedir valentía a sus hombres mientras él se comportaba como un cobarde renunciando a la mujer que amaba por miedo?

Aby había demostrado una vez más aquella noche que era perfectamente capaz de tomar sus propias decisiones, pero Guillaume le había estado negando esa posibilidad al apartarla de su lado, condenándolos a los dos a la soledad y al sufrimiento.

Sus pies se movieron antes de que su cerebro registrara la orden, mientras en su mente bullían los pensamientos. Cuando fue consciente, se encontró

frente a la puerta de la habitación de Aby. Sus manos temblaban cuando golpeó la madera con suavidad y el aire se bloqueó en su pecho mientras esperaba respuesta del interior.

Quizás había llegado el momento de sincerarse, de desprenderse de sus secretos y confiar... ¿No era eso lo que esperaba que hicieran sus hermanos? Si iba a liderarlos, debía empezar por dar ejemplo.

¿Qué era lo peor que podía pasar?

La posibilidad de que Aby lo rechazara estaba ahí, pero, después de todo, ya se había alejado de él. Si lo aceptaba en su vida... Sus manos temblaron y la visión de ellas manchadas de sangre hizo que su garganta se llenara de bilis. Moriría antes de hacerle daño a ella. Jamás permitiría que su pasado la dañara, aunque eso significara tener que entregar su propia vida.

La suave voz de Aby invitándolo a pasar sonó a través de la madera. Guillaume asió con fuerza el pomo y cogió aire. Era una promesa. Si después de que le confesara sus secretos, Aby decidía aceptarlo en su vida, la protegería hasta la muerte. Incluso de él mismo.

Tiempo de Confesar

El suave toque a su puerta pilló a Aby terminando de prepararse para meterse en la cama. Esperó a haber terminado de colocarse el suave camión y se cubrió con la bata antes de permitir la entrada a su visitante. Ver el rostro de Guillaume asomar por el borde de la hoja de madera hizo que su cuerpo temblara. De repente se sentía desnuda. El frío tacto del kimono de satén negro se convirtió en una caricia contra su erizada piel, al tiempo que su cabeza se inundaba de posibilidades.

Maldita traidora.

Daba igual las veces que se repitiera a sí misma que aquello no era posible, que él no la quería, que solo la utilizaba. Su cuerpo y su mente continuaban queriéndolo, deseándolo, anhelando sentir el tacto de sus manos y el calor de su abrazo envolviéndose en torno a ella.

Pero en esa ocasión no fue su fuerza de voluntad, ni su reflejo de autopreservación lo que hizo que aquellas imágenes desaparecieran, sino el mismo temblorio en el momento en que abrió la boca.

—¿Cómo recibes a alguien así vestida? ¿O es que esperabas a alguien?

Guillaume tuvo que esforzarse para que su mandíbula no cayera cuando tuvo el primer vistazo de la mujer. Apenas cubierta por un pedazo de tela, de color negro y apariencia suave, que cubría lo justo de su figura, dejando a la vista sus largas y definidas piernas y el colgante de plata que se perdía en el

canalillo formado por sus pechos. La idea de que estuviera esperando a alguien así vestida, cortó en su mente como un cuchillo bien afilado, haciéndole perder la compostura.

—Si solo has venido a insultarme puedes marcharte. Ya he tenido bastante de eso por una noche. —Aby se giró, dándole la espalda a Guillaume, mientras luchaba contra las lágrimas y la furia.

Sus manos se tensaron alrededor del cinturón, que mantenía su bata atada en su cintura, apretando con fuerza el nudo. Ya que no podía envolver el cuello del templario hasta dejarlo sin aire, tendría que conformarse con eso.

Guillaume guardó silencio, consciente de que sus palabras no habían sido las más acertadas. ¿Arreglaría algo si culpara a los celos de su reacción o solo empeoraría las cosas?

—Márchate —insistió Aby al no percibir movimiento a su espalda.

—¿Mañana irás al museo? —Guillaume se esforzó en que su tono sonara lo más natural posible, a pesar del nudo de nervios que atenazaba su estómago.

Quizás comenzar hablando de algo menos... comprometedor, le ayudaría a relajar el ambiente y haría que Aby bajara sus escudos.

—¡Ah, claro! Debí imaginar que venías a recordarme que tengo prohibido ir mañana a trabajar. —Aby se volvió con una máscara de pura furia cubriendo su rostro—. Supongo que nada de lo que he dicho hace un rato en el salón sirve para el señor de Blois, ¿no?

—Yo no... —carraspeó intentando recuperar el control de la situación, aunque, pensándolo bien, no creía haberlo tenido nunca—. En realidad, venía a proponerte que, si te parece bien, llevaras a Hugo contigo. Él también es historiador y estoy seguro de que estará encantado de poder recuperar, aunque sea, un trocito de su rutina. Además, podrá manteneros seguros a ti y al cofre

—¿En serio? —tartamudeó perpleja— ¿No vas a tratar de convencerme de que volver al museo es una locura y que debería quedarme? —Aby no daba crédito a ese cambio de actitud repentino. Aunque no sería ella quien se quejase.

—En serio. —Una pequeña sonrisa asomó a los labios de Guillaume—. También quería pedirte perdón por... todo, supongo.

—No te preocupes. —Aby agitó la mano, quitando importancia a lo sucedido—. Al fin y al cabo, a partir de mañana me perderás de vista y ya no tendrás que continuar evitándome.

—¿Qué quieres decir?

—Chloé no puede cuidar de Venus, mi gata, eternamente y yo necesito volver a mi casa; encontrar algo de paz y rutina en toda esta locura. No tienes que preocuparte, Dalman vendrá conmigo y se asegurará de que estoy a salvo.

—¿Te acuestas con él?

Las palabras brotaron de los labios de Guillaume antes de que pudiera pensar si pronunciarlas era una buena idea. Y no lo era.

—Te recuerdo que no soy yo quien va por ahí metiéndose en la cabeza de la gente para follársela. —Aby escupió la respuesta como si fuera veneno antes de coger aire y expulsarlo con lentitud, forzándose a calmarse—. Si lo piensas un momento, entenderás que Dalman es la mejor opción. Me cae bien, no me intimida y, en caso de peligro, puede teletransportarnos a los dos a la mansión en un parpadeo.

Guillaume se dio unos segundos para pensarlo y tuvo que admitir que Aby tenía razón. El problema era que no quería que se fuera, quería que se quedara en la mansión, a su lado. Lo bastante cerca para poder escuchar su risa, estrecharla en sus brazos, amarla...

«Sé sincero», el recuerdo del consejo que le había dado Jacques volvió a su mente y decidió seguirlo. ¿No era a eso a lo que había ido?

—No quiero que te vayas.

—No puedes obligarme a quedarme.

—No pretendo obligarte a nada, pero me gustaría que escucharas lo que tengo que decirte. Si, después de eso, aún quieres marcharte, prometo respetar tu decisión.

Aby pareció pensarlo unos segundos. Tomó asiento en el borde de su cama y asintió hacia Guillaume, invitándolo a que comenzara a hablar.

—Te quiero.

Lo soltó así, a bocajarro, sin pensarlo siquiera por miedo a que, si lo hacía, las palabras se le atragantaran. Aby se tensó, sorprendida y bastante incrédula por lo que podía leer en su rostro. Y maldito fuera si no sabía que la culpa de su desconfianza la tenía solo él.

—Continúa. —Le animó Aby, que no pudo evitar que una de las esquinas de sus labios se elevara en una ligera sonrisa, al ver el nerviosismo del templario.

Percibir aquel gesto hizo que Guillaume se relajara ligeramente. Quizás no estaba todo perdido.

—Te quiero, Aby, creo que siempre te he querido. No sé por qué ni cómo

conectaron nuestras mentes, pero no pasa un día en que no dé gracias por ello. Por encontrarte. Para mis hermanos, estos más de siete siglos solo han sido un parpadeo, pero no para mí. Yo recuerdo cada segundo de oscuridad, de nada, del más absoluto vacío a mí alrededor. En ocasiones temí perder la cordura, volverme loco en aquel vasto desierto en que se convirtió mi existencia. Sin poder moverme, sin oír más que el silencio más absoluto, sin ver nada que no fuera la oscuridad, sintiendo como cada segundo se convertía en la eternidad. —Un escalofrío recorrió su cuerpo al recordar todos aquellos años, siglos, en los que había permanecido consciente, encerrado en su propia mente—. Solo tenía mis recuerdos, era a lo único a lo que podía aferrarme y, créeme si te digo, que la mayoría de ellos no son buenos. Podría culpar a las luchas contra los sarracenos, pero lo cierto es que mis recuerdos de la muerte comienzan mucho antes de que me uniera a la Orden.

La mirada de Guillaume buscó la de Aby, dejando que viera en sus ojos la sinceridad de sus palabras. No quería su compasión, solo que entendiera por qué se había mantenido alejado de ella, pero para eso, tenía que continuar hablando.

—Mis recuerdos de la infancia son los que cualquier niño podría desear. Crecí en una familia de la nobleza francesa, mi padre era el Conde de Blois y mi familia había gobernado las tierras del condado durante siglos. Uno de mis antepasados, concedió privilegios a los vasallos locales, algo poco común en la época —guardó silencio unos segundos, intentando ordenar sus pensamientos, mientras Aby lo observaba sin interrumpirlo—. Espero no aburrirte con la clase de historia, pero necesito que entiendas que crecí creyendo, sabiendo, que mi padre era un buen hombre. Los aldeanos le apreciaban y valoraban, confiaban en él y aceptaban gustosos su protección. Era un hombre justo, al que no dudaban en recurrir cuando había conflictos entre los vecinos, y sus decisiones siempre eran respetadas.

»Éramos una familia muy unida. Mis padres se amaban y respetaban. Aunque el suyo fue un matrimonio concertado, cuando se conocieron se enamoraron profundamente. A mi hermano Louis y a mí nos enseñaron que el amor y la familia eran lo más importante; que siempre debíamos luchar por los nuestros, protegerlos y defenderlos hasta nuestro último aliento.

»Mi madre era una mujer hermosa y muy dulce, pero también era fuerte y tenía carácter, en eso me recuerdas a ella, y siempre había anhelado una hija. Nos adoraba a mi hermano y a mí, pero siempre decía que le faltaba una

cómplice, alguien con quien compartir su tiempo libre y sus quehaceres diarios. Así que, cuando nació la pequeña Béatrice, nuestra familia lo celebró con auténtica alegría.

»Por aquel entonces yo ya había cumplido los diez años y mi hermano los doce, nos considerábamos hombres y ambos juramos proteger a nuestra hermana pequeña, mantenerla segura y alejada de todo mal. Era nuestro más preciado tesoro. Nos encantaba observar a nuestra madre mientras la mecía y arrullaba para que se durmiera y disfrutábamos escuchando sus historias de cuando nosotros éramos tan pequeños como ella.

Aby escuchaba, en silencio, sin apartar la vista del rostro de Guillaume, observando con atención cada uno de sus gestos. La historia le hizo sonreír más de una vez y una parte de ella se ablandó al ver la forma en que los rasgos del templario se endulzaban y relajaban al hablar de su madre.

Pero, en aquel momento, cuando la mandíbula del hombre se tensó y su ceño se frunció, supo que lo que venía a continuación no era dulce ni amable. Deseó con todas sus fuerzas abrazarle, esconderlo en su regazo y pedirle que no continuara hablando. Decirle que no era necesario que recorriera una vez más aquellos recuerdos, ni que trajera al presente esa parte de su pasado. Pero sabía que no podía hacerlo. Él necesitaba contárselo y ella escucharlo para poder entenderlo.

Alargó sus manos hasta alcanzar las de Guillaume, que caían a ambos lados de su cuerpo, y las acarició con suavidad, intentado mostrarle que no estaba solo, que tenía su apoyo, que ella estaba allí y no pensaba irse a ningún sitio.

—Debía ser bien entrada la noche —continuó, aferrando con fuerza los dedos de Aby—. Nuestros padres no nos dejaban estar en la habitación de Béatrice, pero Louis y yo nos las arreglábamos para escondernos tras una de las cortinas cada noche para vigilar su sueño. Nos habíamos autoproclamado sus guardianes, sus protectores y todo nuestro afán era asegurarnos de que nuestro pequeño regalo estaba a salvo. Pero fallamos.

La mirada de Guillaume bajó, cubierta de vergüenza y tristeza. Aby creyó ver una solitaria lágrima resbalando por el rostro del duro templario y su corazón se rompió en pedazos al ver un dolor tan profundo y tan antiguo en sus oscuros ojos. Apretó sus manos una vez más, infundiéndole ánimo. Él comenzó a hablar de nuevo y las palabras fueron formando imágenes en su mente, mostrándole aquel recuerdo enterrado.

Aquella noche ambos nos debimos quedar dormidos, a pesar de que intentábamos hacer turnos y que uno de los dos siempre estuviera despierto. Éramos unos niños, aunque nosotros nos considerásemos hombres.

Nos despertó el sonido de la puerta al golpear contra el muro de piedra y los pasos rápidos de alguien. Mi madre entraba corriendo en la habitación y, al verla, nos mantuvimos escondidos tras las cortinas, ocultos en la oscuridad, temiendo ser castigados si nos descubrían. La vimos acercarse a la cuna donde descansaba Béatrice y tomarla en brazos. Louis y yo nos habíamos relajado al ver que era nuestra madre quien entraba, pero en el momento en que observamos su rostro, desencajado por el miedo, la forma protectora en la que estrechaba a la pequeña contra su pecho y su mirada nerviosa corriendo de un lado a otro de la habitación, como si buscara una salida, supimos que algo iba mal, que algún peligro desconocido acechaba a nuestra familia.

Pasos acelerados se escucharon en el pasillo y Maman^[v] corrió hacia uno de los tapices que había en las paredes, apartándolo y descubriendo una puerta que ni Louis ni yo conocíamos, y desapareció por ella con la pequeña Béatrice en brazos. Los pasos se escuchaban cada vez más cerca. Mi hermano y yo nos miramos, sabiendo que había llegado la hora de enfrentar a quién quiera que amenazara a nuestra familia. Salimos de nuestro escondite sujetando con fuerzas nuestras espadas de entrenamiento y nos colocamos frente a la puerta, dispuestos a interponernos entre nuestra madre y quien quisiera dañarla.

Lo último que esperábamos era ver aparecer a nuestro padre, espada en mano, con los ojos inyectados en sangre y su rostro desfigurado por la locura. Llamaba a mamá a gritos, exigiéndole que le entregara a la «bastarda» y jurando que acabaría con las dos. Se deshizo de nosotros, demasiado impactados para reaccionar, en apenas dos empujones.

Unos hombres a los que jamás había visto le seguían y él les ordenó que nos llevaran con ellos porque «teníamos que aprender una lección».

Apartó el tapiz de la pared y atravesó la entrada sin mirar atrás, profiriendo insultos y amenazas. Corrimos tras él entre empujones de aquellos hombres, sin entender lo que pasaba ni por qué nuestro padre se comportaba de aquel modo.

Fuera, la noche era oscura y húmeda, la luna apenas se dejaba ver

entre las nubes y los árboles del pequeño bosquecillo que rodeaba el castillo construían sombras tenebrosas. Estaba asustado, aterrado, ante un padre al que no conocía. El aullido de los perros de caza que habían olido a su presa, los gritos y amenazas de mi padre mientras nos internábamos en la espesura tras las huellas de mamá y Béatrice...

Aby podía ver y sentir cada aspecto de la narración, el miedo de un niño de diez años, la angustia, la impotencia. Pero también podía sentir a la madre de Guillaume y recordó que no era la primera vez que corría a través de aquel bosque, que sentía las piedras clavándose en la planta de sus pies, el pánico, el dolor de cada respiración clavándose en sus pulmones mientras obligaba a sus piernas a continuar moviéndose, a pesar del dolor que sentía en cada uno de sus músculos.

Guillaume soltó sus manos y le dio la espalda. Sus hombros temblaban y Aby sabía que estaba intentando controlar la rabia, el dolor y la impotencia de aquel niño de diez años que no había podido salvar a su familia. Pero continuó hablando.

Aquella noche, mi padre acabó con las vidas de mi madre, la mujer a la que amaba, y de mi hermana, ante nuestros ojos. Nos obligó a Louis y a mí a ver cómo su luz se extinguía y daban su último aliento entre lágrimas y ruegos.

El silencio, cuando sus voces se callaron para siempre, era abrumador. Lo sentía como una losa enorme, cayendo sobre mí y aplastando mi corazón. Mi padre pareció despertar de un extraño sueño, miró alrededor aturdido, como si no supiera cómo había llegado hasta allí, hasta que sus ojos cayeron sobre los cuerpos de mamá y Béatrice.

Su grito de dolor... creo que resonará en mis oídos para siempre. Lloró, grito y se maldijo a sí mismo, justo antes de atravesar su corazón con su propio puñal.

Louis y yo lo perdimos todo en apenas unas horas. Dijeron que los demonios habían poseído a mi padre y que por eso hizo lo que hizo, pero a nosotros el motivo nos daba igual, estábamos solos.

—Solo eras un niño, Guillaume, no puedes culparte por eso. —Aby quería abrazar a aquel muchacho de diez años, envolverlo en sus brazos, protegerlo del mundo y hacerle entender que nada de lo sucedido había sido culpa suya.

—No lo entiendes.

El templario la miró brevemente, por encima de su hombro izquierdo, antes de continuar hablando sin dejar de darle la espalda.

Pasaron los años, Louis, al ser el mayor, ocupó el lugar de nuestro padre y se hizo cargo de las responsabilidades que conllevaba el condado. Creció, se enamoró, se casó y se esforzó en que su matrimonio fuera tan perfecto como lo había sido el de nuestros padres antes de aquella fatídica noche.

Tardó mucho en atreverse a contraer matrimonio, lo que sucedió aquella noche nos marcó a los dos, pero cuando lo hizo, estaba decidido a que su esposa fuera la mujer más amada y feliz.

Y lo fue. Al menos hasta que nació su hija, Adèle. La nombraron en honor a nuestra madre y, la primera vez que miré a los ojos de mi pequeña sobrina, un trocito de mi corazón, destrozado aún por la pérdida de nuestra familia, pareció recomponerse. Pero, dos semanas después, todo cambió.

Me despertó el aullido de los perros y un escalofrío recorrió cada célula de mi cuerpo. Un mal presentimiento se cernió sobre mí, salté de la cama, cogí mi espada y corrí sin pararme a vestirme o calzarme siquiera, pero llegué tarde.

Encontré a mi hermano en el mismo claro, arrodillado junto a los cuerpos sin vida de su esposa y su hija, manteniéndolos abrazados contra su pecho y con lágrimas de desesperación corriendo por su rostro. Nuestras miradas se cruzaron un instante y en sus ojos pude ver el dolor, la culpa y la resignación.

—Estamos malditos, hermano, no cometas el mismo error que yo.

Esas fueron sus últimas palabras antes de quitarse la vida del mismo modo en que lo hizo nuestro padre.

Aby luchó contra las lágrimas. Tanto dolor, tanto sufrimiento sin sentido.

—Mi hermano tenía razón, Aby, mi familia está maldita. ¿Cómo si no se puede explicar que tanto mi padre como mi hermano, dos hombres amorosos y enamorados, acabaran con sus esposas y sus hijas recién nacidas? Así que, después de aquello, renuncié al título y a las tierras, que me correspondían por herencia, en favor del hermano de mi padre y dejé el lugar en el que había visto morir a mis dos familias para unirme a la Orden. Esa fue mi forma de resarcir los pecados de mi familia, fueran los que fuesen, de intentar recuperar el favor de Dios y terminar con la maldición. Luchando y muriendo en el

campo de batalla, quizás alcanzara el perdón en nombre de mi padre y mi hermano. Además, al unirme a los Pobres Caballeros de Cristo, hice juramento de castidad, lo que eliminaba cualquier posibilidad de encontrar a una mujer con la que pudiera casarme y a la que, con ello, condenara a la peor de las muertes. Caería en batalla, defendiendo al Dios en el que creía, el mismo que debía habernos castigado con esa maldición, y lo haría siendo el último de los de Blois, sin dejar descendencia, por lo que todo aquel dolor y muerte que había perseguido a mi familia acabaría conmigo.

Aby ya no se molestaba en intentar no llorar, las lágrimas resbalaban por su rostro, silenciosas, mientras intentaba imaginar lo que había significado para Guillaume tomar aquella decisión. Una idea fue formándose en su mente, mientras las piezas comenzaban a encajar.

—Iba a conseguirlo, ¿sabes, Aby? Aquella mañana, observando al ejército enemigo desde las murallas de San Juan, pude saborear la muerte, y supe que no tardaría en encontrarme. —Guillaume continuó hablando y se giró al fin, dejando que viera su rostro en el que se reflejaba el cansancio, el dolor y la tristeza que sentía al revivir todo aquello—. Pero el destino me jugó una mala pasada. No solo porque sigo aquí cuando debería llevar muerto varios cientos de años, sino porque me trajo hasta ti. —Cayó de rodillas y ocultó el rostro en su regazo, sus siguientes palabras estaban cargadas de impotencia y resignación—. Y tú eres mi maldición, Aby. Porque te amo, me enamoré de ti sin darme cuenta, te convertiste en todo mi mundo y me dejé llevar porque pensé que solo existías en mi mente, pero no es así, eres real, existes. Cuando te vi en aquella cueva y supe que eras de carne y hueso también supe que, si me acercaba a ti, si te decía cuáles eran mis sentimientos, te estaría condenando a muerte. Por eso me alejé de ti, aunque cada parte de mi ser te anhelaba, por eso me esforcé tanto en ignorarte. Porque tenía que mantenerte a salvo, Aby, y la única forma de hacerlo era que tú no me amases.

Los oscuros ojos de Guillaume, cuajados de lágrimas, se clavaron en los verdes de Aby, enmarcó el rostro del templario con sus manos, manteniendo sus miradas unidas mientras hablaba.

—Pero ya te amo, y no hay nada que puedas hacer para cambiar eso, Guillaume. Podemos pasar lo que nos quede de vida separados, luchando contra nuestros sentimientos o enfrentarnos juntos a lo que venga.

—No voy a condenarte a muerte, Aby, no puedes pedírmelo, no cuando serán mis propias manos las que acaben con tu vida.

—Ya estoy condenada, Guillaume, el fin del mundo se acerca, ¿recuerdas? Déjame que sea yo quien elija las batallas que quiero luchar. Porque, te aseguro, que prefiero vivir lo que me quede junto al hombre que amo.

Sin darle tiempo a responder y demostrando mucho más valor y decisión del que creía haber tenido en su vida, Aby acarició con sus labios los de Guillaume, recorriendo el inferior con una caricia de su lengua, húmeda y sugerente, antes de comenzar un beso lento y seductor. El templario ni pudo ni quiso resistirse al sabor dulce que explotó en su boca cuando la saboreó.

Sus manos se deslizaron bajo la bata de satén, aferrándose a la piel desnuda de los muslos de Aby. La batalla que se estaba librando en su cabeza quedó olvidada bajo la sensación abrumadora del cuerpo de la mujer bajo sus manos y el sabor de sus labios.

Los dedos de Aby acariciaron sus hombros y su cuello antes de enredarse en los oscuros rizos de su nuca. No pudo evitar tirar de las suaves hebras, con fuerza, en el momento en que Guillaume separó los labios e inundó su boca con la lengua, tomando el control del beso y devorándola como un hombre hambriento.

Un gemido escapó de sus labios entreabiertos cuando, sin saber cómo, se encontró extendida sobre la cama con el cuerpo de Guillaume acunado entre sus piernas. Luchó por deshacerse de la camisa que le impedía sentir el tacto del torso fuerte y bien definido, al tiempo que él apartaba su bata y enterraba su rostro en el hueco entre el cuello y el hombro inhalando su olor, dejando que lo empapara.

Aby necesitaba piel, necesitaba sentir cómo cada uno de los músculos ondulaban bajo su tacto, deleitarse en toda esa magnífica fuerza.

La ropa desapareció de sus cuerpos a una velocidad vertiginosa, sin que perdieran el contacto en ningún momento, manteniendo sus labios unidos o rozando la piel del otro. Un suspiro brotó de Aby cuando sintió extenderse la cálida piel de Guillaume sobre la suya, cubriéndola como lo haría una suave y acogedora manta después de un intenso día de trabajo, dándole la bienvenida a su hogar.

Ninguno de los encuentros que compartieron hasta ese momento, por muy intensos que pudieran haber parecido en sus mentes, podían igualarse a aquel.

Guillaume acarició, besó y reverenció cada centímetro de la piel de Aby, entreteniéndose en cada curva y cada hueco, para disfrutar de la forma en la

que su palidez enrojecía y se erizaba por las sensaciones. Solo para volver una vez más a sus labios y devorarlos con avidez. Sospechaba que eso era algo de lo que no se cansaría jamás.

Su boca se deslizó hacia la derecha y su lengua se entretuvo recorriendo el lóbulo de la oreja de Aby. Disfrutó de cada uno de los suspiros y gemidos entrecortados que provocó mientras dibujaba un camino a través de la mandíbula y el cuello, besando y mordisqueando la piel humedecida a su paso, hasta alcanzar las cumbres rosadas y enhiestas que coronaban sus senos. Bebió de ellos como un hombre sediento, envolviéndolos con su lengua, los saboreó antes de utilizar sus dientes para tirar de ellos con suavidad.

Sumida en aquel mar de sensaciones, Aby supo que, definitivamente, la realidad superaba con creces a los sueños, al menos cuando se trataba de estar con Guillaume. Sus uñas rastrillaron la espalda del templario, queriendo acercarlo a su cuerpo, necesitando sentirlo imposible cerca, para poder perderse en él. Buscó el sabor salado de su piel, besó, lamió y acarició cada centímetro que quedaba a su alcance, incapaz de contener los gemidos que escapaban sin control.

Para cuando las manos de Guillaume recorrieron la cara interna de sus muslos, separándolos, Aby estaba convencida de que debía haber muerto y estaba en el cielo. Sus dedos se enredaron una vez más en las hebras oscuras, un tanto húmedas por el sudor que comenzaba a aflorar en sus cuerpos, en el instante en que sintió el calor de su aliento sobre su sexo. Un escalofrío de placer y anticipación se unió a la sorpresa de sentir sus dientes arañar con suavidad el botón oculto de su deseo. La mezcla de sensaciones casi le hace perder el control y llegar al final antes de tiempo, algo que no podía permitirse, porque Aby quería que aquello durase, a ser posible, hasta el fin de sus días.

—Déjame beber de ti, Aby, no me niegues saborear tu deseo.

Guillaume murmuró las palabras contra su sexo, haciendo que su aliento rozase la carne temblorosa y húmeda, lo que aumentó las sensaciones e hizo imposible que pudiera resistirse a la ola de placer eléctrico que comenzó en la punta de sus pies y explotó en un grito de placer cuando todo su cuerpo se estremeció en un orgasmo devastador.

Él sintió deshacerse el cuerpo tembloroso bajo el suyo y devoró, ansioso, cada muestra del placer que le había proporcionado a Aby. Observó la forma en que sus pechos se elevaban por su respiración agitada y fue incapaz de

resistir la tentación que suponían. Acomodó su miembro en la entrada de aquella vaina caliente que lo llamaba a gritos y se sumergió lentamente, centímetro a centímetro, mientras sus labios devoraban las cumbres rosadas, deleitándose en su sabor salado y dureza.

Aby se sentía abrumada por la cantidad de sensaciones, por el placer y el anhelo. Envolvió sus piernas en torno a las caderas de su amante, del hombre que había colmado sus sueños y que le demostraba con cada gesto que la realidad, sentir sus cuerpos unidos, siempre sería mil veces mejor. Se aferró a su torso, abrazándolo con fuerza, uniéndose a él en el baile más íntimo y antiguo, aceptando cada dulce envite, sintiendo cómo ambos se convertían en uno solo.

Guillaume intentó refrenar sus impulsos, quería ir despacio, demostrarle a Aby todo el amor que sentía por ella. Se merecía dulzura, mimo y cuidado, caricias y besos tiernos que le mostraran todo lo que guardaba en su corazón. Pero la tensión en su interior crecía a pasos agigantados y la forma en que el cuerpo de Aby respondía a cada uno de sus gestos y caricias, con total entrega, abandonándose en cada suspiro y gemido, sin reservas, no le ayudaba a mantener el control.

Pronto, demasiado pronto, sintió los músculos apretarse alrededor de su miembro, estrechando aún más el cálido canal. Los balbuceos de Aby en su oído, diciéndole que le amaba, que jamás se separaría de él, que quería que aquella intimidad durase para siempre, hicieron imposible continuar aquella lenta danza. Sus caderas embistieron con más fuerza mientras sus labios buscaban los de su amante y los devoraban con ganas. Introdujo las manos bajo el cuerpo de Aby, sujetando sus nalgas y elevándola ligeramente para aumentar la penetración.

Ese leve cambio de postura, hizo que Aby lo sintiera aún más profundo en su interior, erizando su piel y llevándola al éxtasis en apenas un par de acometidas. Guillaume no tardó en unirse a ella, gritando su placer justo antes de caer sobre su cuerpo y cubrirlo de besos y caricias lentas. En cuanto recuperó la respiración se hizo a un lado, pasó un brazo alrededor del cuerpo de Aby y la atrajo a su lado, pegándola a su pecho.

Ella se giró, parpadeó un par de veces forzándose a mantener los ojos abiertos a pesar de que su cuerpo se sentía flojo y laxo, y miró a Guillaume, intentado que viera reflejado en su mirada todo lo que sentía. Dejó que los dedos vagaran despreocupadamente por el pecho del templario, enredándose

en el suave vello oscuro que lo recubría, antes de depositar un suave beso justo sobre su corazón.

Guillaume la abrazó con fuerza, apretándola contra su pecho, dejando que sintiera sus latidos. Si antes le había resultado difícil mantenerse alejado de ella, sabía que ahora sería imposible. Nada en el mundo podría apartarlo de su lado ni evitar que la tuviera así, envuelta en sus brazos y segura, cada noche hasta el fin de sus días.

Besó la coronilla de su mujer, porque esa era ella, negándose a pensar en la maldición que había pesado sobre su cabeza durante todo ese tiempo. Aby tenía razón. Lo superarían juntos y, llegado el momento, moriría antes de hacerle el menor daño a la mujer que se había adueñado de su corazón.

—Juntos —murmuró ella elevando la vista, medio adormilada.

—Juntos.

Tiempo de Regresar

El amanecer los encontró exhaustos y enredados, las sábanas revueltas y sus cuerpos saciados después de una noche plagada de placer y confesiones. Habían dormido a ratos, entre momentos de pasión y charlas sobre el pasado de Guillaume y lo que les depararía el futuro.

Aby sentía molestias en lugares y músculos que desconocía poseer, y tenía una enorme sonrisa que dudaba desapareciese pronto, cuando se levantó y fue al baño a refrescarse.

Al volver a la habitación, después de darse una ducha, se perdió en la imagen que ofrecía Guillaume desnudo sobre la cama. Estaba boca abajo, con la cabeza ligeramente ladeada y los brazos enterrados bajo la almohada, la sábana se había enredado en una de sus piernas, dejando a la vista un trasero que había arañado, acariciado y mordisqueado con ansias durante toda la noche y del que no tenía bastante. Sus fuertes músculos ondeaban en su espalda al ritmo de su respiración y Aby no deseaba más que deshacerse de la toalla que envolvía su cuerpo, tumbarse sobre él, piel con piel, y repetir cada una de las caricias que habían compartido la noche anterior, hasta memorizar cada arista, cada curva, cada músculo y grabarlo en el tacto de sus manos.

Lástima que fuera extremadamente responsable y tuviese que ir a trabajar.

Un suave golpe en la puerta y la voz de Hugo recordándole que su horario laboral comenzaba en media hora, la obligaron a ponerse en marcha a toda

prisa. Guillaume se agitó en sus sueños cuando se acercó a él para besar sus labios en despedida.

—Vuelve a la cama —murmuró amodorrado.

—Tengo que ir a trabajar.

Aby intento levantarse del borde del colchón, pero las manos de Guillaume se aferraron a sus caderas, reteniéndola.

—Di que estás enferma —sugirió, acariciando con su lengua el lóbulo de la oreja—, y que vas a pasar el día en cama —dientes mordisquearon un camino hasta su boca, antes de devorarla—. Solo será media mentira —concluyó, con media sonrisa y los labios muy cerca de los de Aby, que aún luchaba por recuperar la respiración después del beso demoledor.

—Guau. —Lamió sus labios saboreando al templario en ellos y supo que, si no se levantaba y salía pronto de la habitación, no iría a trabajar y él ganaría. —Mantén ese pensamiento —añadió después de aturdirlo con un beso lento y cargado de promesas—, esta noche tendrás que recordármelo.

—¿Volverás? —Guillaume se enderezó en la cama, incapaz de disimular la inseguridad que se filtró en su voz—. Pensé que querías ir a tu casa.

—Pensé que había quedado claro que no vas a librarte de mí tan fácilmente, señor de Blois —respondió Aby, burlona.

—Eso espero, señorita Stevenson.

Se lanzó a por su boca dispuesto a devorarla sin piedad, enredando sus lenguas en una batalla cargada de promesas de la que esperaban salir los dos vencedores. Juntos. El pasado, el presente y el futuro podían echarle lo que quisieran, ellos se tenían el uno al otro y eso ya era una victoria.

—¡Vamos, Aby! —La voz de Hugo resonó a través de la puerta, forzándolos a separarse —¡Al final llegaremos tarde!

Con un par de besos suaves, se separó lentamente del cuerpo caliente de Guillaume echando mano de toda su fuerza de voluntad. Ambos unieron sus frentes mientras intentaban que sus respiraciones se calmasen.

—Tengo que irme —murmuró muy cerca de sus labios.

—Pero volverás. Y yo estaré aquí, esperándote.

—Es una promesa.

—Lo es.

Hugo la esperaba en el pasillo, con un gesto serio que intentaba ocultar, sin éxito, una media sonrisa cómplice.

—Si llego tarde en mi primer día de trabajo, será culpa tuya.

—Y no lo lamentaré ni un poquito —respondió Aby con una radiante sonrisa, a lo que Hugo solo pudo responder con una carcajada.

—Vamos, nuestro chófer nos espera.

Aunque la primera impresión que había tenido no fue muy buena, tenía que admitir que le encantaba el sentido del humor del inglés, su carácter afable y su sonrisa perpetua. Dudaba que se acostumbrara a eso de verlo deshacerse o formarse a partir de la oscuridad, pero eso no quitaba que lo viera como una especie de hermano mayor, bromista. El perfecto compañero de trastadas.

Shane, el hijo de Tom y Martha, y chófer de Rodrigo, los esperaba en la entrada con el coche en marcha. El viaje de casi dos horas hasta el Museo Británico se les hizo eterno y Aby comenzó a plantearse seriamente si estaba dispuesta a hacerlo diariamente. ¿Aceptaría Guillaume mudarse con ella a su piso? Dudaba mucho que el hombre estuviera dispuesto a separarse de sus hermanos, más aún, sabiendo la amenaza que se cernía sobre sus cabezas. Quizás Eva pudiera llevarla cada mañana al trabajo y así evitarle los madrugones, podía planteárselo como una forma de entrenar su habilidad, ¿no?

Para el momento en que llegaron al Museo, Aby ya tenía un discurso perfectamente formado en su cabeza que estaba segura de que convencería tanto a Dalman como a Guillaume y la permitiría pasar un par de horas más en la cama.

Con una sonrisa se despidió de Hugo, al que acompañó hasta la puerta del despacho de Paul Williamson, y se dirigió a su departamento con paso decidido, contando las horas que faltaban para estar de vuelta entre los brazos de su amante.

Lo primero que le extrañó al abrir la puerta fue el leve olor a quemado. Dada la fragilidad de los documentos y artículos con los que trabajaban, estaba terminantemente prohibido que cualquier cosa susceptible de causar el menor daño pasara de la puerta. Lo segundo, fue el silencio: a esas horas Chloé ya debería estar tras su escritorio, enfrascada en algún trabajo, mientras charlaba con alguno de sus compañeros. A primera hora de la mañana, la sala que compartían solía convertirse en el centro neurálgico del cotilleo y la charla banal, pero, aunque su chaqueta roja colgaba del perchero y faltaba su bata, no había rastro de la rubia.

Apartó la impresión de que algo iba mal, achacándola a que todo lo sucedido en los últimos días tenía sus nervios de punta, dejó su bolso y cambió su abrigo por la ropa de trabajo. Pero la molesta sensación continuaba

acechándola, su mirada se desvió una vez más hacia la mesa vacía de Chloé, fijándose en un destello rojo en el suelo, junto a la silla. Reconocería esas gafas de pasta en cualquier lugar, algo puntiagudas en los extremos, la patilla derecha estaba mordisqueada porque su amiga no podía evitar ensañarse con ella cuando estaba estresada. Por un momento pensó que quizás se las había dejado allí el día anterior, pero recordó que las llevaba puestas cuando la despidió en la puerta de la mansión. La única explicación para que estuviesen en el suelo era que Chloé había ido a trabajar y... corrió hacia el aseo que compartían, temiendo que se hubiera encontrado mal y yaciera desmayada e indefensa.

Sus rodillas temblaron cuando abrió la puerta, parecía que un vendaval había arrasado con la pequeña habitación. Tanto el toallero como el pequeño mueble donde guardaban los útiles de aseo habían sido arrancados de la pared y estaban destrozados en el suelo. Las cortinas del pequeño plato de ducha estaban rasgadas y unas gotas de un líquido rojo oscuro cubrían las paredes. El espejo sobre el lavabo estaba hecho pedazos, pero fue el de cuerpo entero, situado en la pared de enfrente, el que atrajo su atención.

Escrito con lo que parecía sangre, podía leerse: «Su vida por la tuya», seguido de un número de teléfono. El recuerdo de su encuentro del día anterior con el señor Thompson volvió a su mente y se aferró al colgante en su cuello. Estaba segura de que era él quien estaba detrás de todo aquello y sabía que no podía entregarle lo que quería, pero tampoco estaba dispuesta a dejar morir a su mejor amiga si podía evitarlo.

Las manos le temblaban cuando cogió su móvil y marcó el número escrito en el espejo. Nunca se le habían dado bien las negociaciones, pero esperaba que su suerte cambiara en aquel momento. Su vida, la de Chloé y probablemente, la de toda la humanidad, dependían de ello.

—Ya era hora, señorita Stevenson —podía ver la sonrisa satisfecha asomando en los labios de Thompson solo con escuchar su voz y eso le provocaba escalofríos—, por un momento pensé que, tal vez, la había malinterpretado y, en realidad, no le importaba la señorita Favre.

—¿Dónde está? —Aby luchó contra las lágrimas al oír el grito de Chloé a través del teléfono.

—No tan deprisa —un nuevo grito de dolor se mezcló con la risa de Thompson y Aby supo que lo estaba haciendo aposta, que disfrutaba haciendo que las dos sufrieran—, primero tendrá que asegurarme que vendrá sola.

Tenemos mucho que hacer antes de poder desvelar la sorpresa al señor de Blois, señorita Stevenson, y no me gustaría que, por error, su amiga sufriera más de lo necesario.

Otro grito de dolor, seguido del llanto desesperado de Chloé, se mezcló con la risa, profunda y tenebrosa, del señor Thompson, poniéndole los vellos de punta.

—Iré sola —respondió con la mandíbula apretada, luchando contra la rabia, la impotencia y la angustia, que atenazaban su garganta—. ¿Dónde está?

—Salga del museo por la puerta principal, allí la espera un coche. Me da igual la excusa que se invente para hacerlo, pero asegúrese de que nadie la sigue. Y olvídense de avisar a sus amigos o la señorita Favre y usted lo pasarán realmente mal.

Aby siguió las indicaciones al pie de la letra. Por suerte, no necesitó inventarse ninguna excusa ya que, con la ausencia del director, el museo parecía haberse convertido en un barco a la deriva.

En cuanto bajó las escalinatas, un coche paró frente a ella. Un hombre vestido de chaqueta bajó de él y abrió la puerta trasera, invitándola a entrar. No se lo pensó dos veces antes de tomar asiento. El sonido metálico al cerrar retumbó en sus oídos a pesar de la delicadeza con la que lo hizo el chófer. Se aferró con fuerza al cinturón de seguridad, retorciéndolo entre sus manos, al notar que se ponían en marcha. Los cristales tintados, al igual que la mampara que la separaba del conductor, le impedían saber hacia dónde se dirigían.

El motor paró pasados unos veinte minutos, Aby inhaló y espiró un par de veces para relajarse y se dio ánimos mentalmente. La imagen de Guillaume se dibujó en su mente.

—Lo siento —murmuró—. Te quiero.

Una solitaria lágrima resbaló por su mejilla y se apresuró a retirarla de un manotazo en el momento en que su puerta volvió a abrirse.

No había tiempo para lamentarse, tenía que proteger a Chloé y, aunque no tenía ni idea de cómo hacerlo, esperaba que se le ocurriera algo antes de que fuera demasiado tarde.



«Lo siento. Te quiero». La voz de Aby resonó en la mente de Guillaume con total claridad por primera vez desde su discusión y supo que algo no iba nada bien. Sus sospechas se confirmaron en el momento en que intentó contactar con ella y volvió a toparse con el muro de su mente.

Corrió escaleras abajo mientras cambiaba de objetivo y dirigía su mente hacia la de Hugo.

—¡Hugo! ¿Dónde está Aby? ¡Hugo!

—¿Aby? Debe estar en su despacho, ¿por qué?

—¡¡Compruébalo!!

Al bajar el último escalón se encontró con sus compañeros, que venían corriendo desde distintos puntos de la mansión. Había lanzado la pregunta telepática con tanta fuerza que resonó en la mente de todos sus hermanos.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Jacques.

—¿Aby está bien? Creí que Hugo había ido con ella al museo. —Dalman apenas se atrevía a mirar a Guillaume mientras hablaba.

—Y así fue, pero algo va mal. Ella...

Tom entró en la estancia interrumpiéndole.

—Disculpe, señor de Blois, pero acaban de dejar un paquete para usted.

Guillaume estaba demasiado nervioso para prestar atención al mayordomo, así que fue Rodrigo quien se acercó a él y tomó la caja de cartón de sus manos.

—Creo que deberías ver esto, Guillaume.

El dueño de la mansión había abierto el paquete y el olor a flores silvestres, el mismo que solía envolver a Adèle de Blois, inundó la estancia atrayendo la atención de su hijo.

Con manos temblorosas, Guillaume desenvolvió el papel de seda que cubría el contenido, dejando a la vista la manta en la que solían envolver a la pequeña Béatrice y el colgante que su padre regaló a su madre el día de su boda. Los recuerdos asaltaron su mente aún con más fuerza, haciéndolo caer de rodillas. Estrechó el viejo trozo de tela, manchado de sangre, y el frío

collar contra su corazón y agachó la cabeza en un vano intento de ocultar a sus compañeros las lágrimas que era incapaz de controlar.

—Hay una nota —Jacques recogió un trozo de papel que había caído al suelo—. «Los hombres de honor deben cumplir su destino» —leyó con voz queda, casi en un susurro, temeroso de lo que aquellas palabras podían significar.

En ese mismo instante, la voz de Hugo se coló en su mente. Aby había desaparecido, no había rastro de ella en el museo, el aseo de su despacho estaba destrozado y habían dejado un mensaje escrito con sangre en uno de los espejos.

La imagen del claro de sus pesadillas penetró en su mente y supo que quien había dejado aquella nota era el mismo que tenía a Aby. Furia ardió en sus venas al saber que, después de tanto tiempo huyendo, no había conseguido protegerla.

—Tengo que ir a casa —dijo, con decisión, cuando logró recomponerse. Su mirada se clavó en Dalman en el momento en que volvió a ponerse en pie—. ¿Crees que podrás llevarme? No hay tiempo que perder.

—Dalman no puede llevarnos a todos, sería demasiado esfuerzo —señaló Jacques, queriendo dejar claro que no iría solo.

—Solo me llevará a mí. Esto no os incumbe a ninguno de vosotros —sentenció Guillaume, mirando a su segundo al mando.

—¡Y una mierda que no nos incumbe! —El exabrupto salió de los labios de Barthelemy y todos lo miraron sorprendidos—. Estás muy equivocado si piensas que vamos a mantenernos al margen. Aby es la guardiana del cofre y, si todo esto tiene algo que ver con ella, es asunto de todos.

La mandíbula de Guillaume se apretó en desagrado, no había pensado en eso, estaba tan aturdido por las implicaciones del contenido del paquete y la desaparición de Aby que ni siquiera había pensado en el cofre.

—Iremos en helicóptero —resolvió Rodrigo—, solo tienes que decirnos a dónde.

—Condado de Blois. A unos dos kilómetros al este del castillo hay un claro. Preparaos, no hay tiempo que perder.

Como una maquinaria bien engrasada, a pesar de los años que llevaban separados, cada uno se dirigió a recoger sus armas y a tomar las medidas oportunas. Rodrigo aseguró que tendrían el transporte preparado en menos de veinte minutos, harían una parada en un helipuerto cercano al museo para

recoger a Hugo antes de continuar hacia su destino. Según sus cálculos, el viaje no debería llevarles más de un par de horas.

Guillaume subió a su habitación a prepararse, pero en el último momento, se desvió a la de Dalman. Entró en ella sin llamar a la puerta.

—Ahora lo entiendo —admitió sin mostrar la más mínima emoción al ver el torso desnudo del joven, que se encontraba enrollándose las vendas en torno a sus pechos para disimularlos—, no sé cómo no me di cuenta antes.

Eva se cubrió como pudo al verse descubierta y su rostro se volvió de un profundo tono rojo.

—Yo... lo siento, señor —su voz temblaba y fue incapaz de elevar la vista.

—No, debería ser yo quien te pidiera disculpas por no haberlo visto. Pero no hay tiempo para eso, necesito que me lleves a de Blois.

—Pero... Jacques...

—Sé que Aby te importa y dudo que ella cuente con dos horas de tiempo —sentenció, ignorando las dudas del joven y recuperando su voz de mando, para dejar clara la urgencia de su petición.

—Necesito ver a dónde vamos.

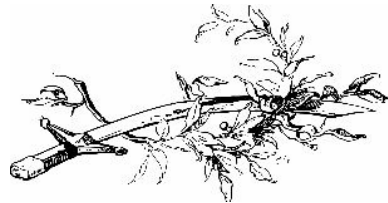
Guillaume envió telepáticamente la imagen del claro que guardaba en su memoria.

—Espero que no haya cambiado mucho y esto sirva.

Dalman asintió y se cubrió con rapidez antes de acercarse a él, cargado con sus espadas.

—Será mejor que cierres los ojos —sugirió poniendo su mano sobre el hombro de Guillaume—, esto puede marear un poco.

Obedeció sin pensarlo, cerró sus párpados y sintió cómo el suelo se desvanecía bajo sus pies antes de volver a aparecer, dejándolo con una sensación extraña en el estómago que no sabía si se debía al viaje o a estar de vuelta en el lugar al que un día llamó hogar.



Aby bajó del coche y se ubicó con rapidez, estaban cerca del mercado de Brixton. Durante años había sido uno de los barrios más conflictivos del sur de Londres, pero en los últimos tiempos se estaba convirtiendo en un importante centro turístico de la capital. Su mercado, a pesar de llevar en funcionamiento desde finales del siglo XIX, en los últimos años se había transformado en un importante atractivo turístico, así como en un ejemplo de multiculturalidad.

El ajetreo en las calles cercanas tentó a Aby. Podría gritar, pedir ayuda, avisar a la policía que seguro rondaba en las proximidades, al menos durante el día. Se permitió que la idea viviera en su cabeza unos segundos, imaginando como sería que interviniesen las fuerzas del orden, liberasen a Chloé... y ella pudiera volver junto a Guillaume tal y como le prometió.

Pero nada de eso iba a suceder. Thompson había sido bastante claro en su solicitud de que fuera sola y ya tenía suficiente con que su amiga estuviera en peligro como para involucrar a nadie más.

El chófer la acompañó a un edificio que parecía estar siendo reformado. Los andamios cubrían las paredes y el trozo de acera frente a él estaba vallado por seguridad, algo que no les impidió colarse por una estrecha puerta lateral. La construcción tenía un patio central, en el que se amontonaban los materiales para la obra cubiertos por una gruesa capa de polvo, lo que daba a entender que los trabajos llevaban parados una temporada, si es que habían llegado a iniciarse en algún momento.

Agarrándola del brazo, el conductor, que no había pronunciado una sola palabra desde que la recogió en el museo, tiró de ella hasta una puerta de madera con los goznes algo oxidados y vencidos, que chirrió un poco al abrirse.

La oscuridad, el olor a cerrado y humedad, y el aire frío inundaron los sentidos de Aby al poner un pie en la estancia.

—Bien, bien. Ya era hora, señorita Stevenson, comenzaba a impacientarme.

Aby intentó vislumbrar la imagen de Thompson a través de la poca iluminación, pero todo lo que podía apreciar eran sombras más claras o más oscuras y el sonido de algo, que esperaba no fueran ratas, correteando.

—¿Dónde está Chloé?

Aunque intentó disimular el miedo y la inseguridad, no pudo evitar que la pregunta sonara un poco estrangulada.

—¿La señorita Favre? Supongo que en el museo, envuelta en una importante reunión de última hora. —Su tono burlón era inconfundible—. Prefiero no ensuciarme las manos si no es estrictamente necesario, normalmente un par de gritos y algunos llantos suelen ser bastante efectivos, pero he de admitir que es usted incluso más crédula de lo que pensaba.

Una carcajada rebotó contra las paredes de la oscura habitación y su estómago se revolvió. Aby se puso blanca al comprender lo que acababa de escuchar. Entonces... ¿Chloé no estaba en peligro? ¿Todo aquello no había sido más que una artimaña para llevarla hasta aquel edificio sucio, oscuro y abandonado? Deslizó la mano hasta su garganta, que parecía haberse secado de golpe. De repente le costaba respirar.

—Llevo mucho tiempo esperando este momento, ¿sabe? Así que será mejor que no lleguemos tarde a nuestra cita.

Un brazo envolvió su cintura desde atrás y sintió cómo el mundo se desenfocaba antes de volver a centrarse. Cerró los ojos luchando contra el intenso mareo, pero fue incapaz de retener las ganas de vomitar.

En cuanto volvió a sentir que bajo sus pies había tierra firme, dejó que las arcadas siguieran su curso. Thompson acababa de transportarlos a algún sitio, la sensación fue muy parecida a lo que sintió cuando Eva la llevó a su casa, pero mucho más intensa.

Parpadeó con fuerza cuando la intensa luz del sol llegó a sus ojos. Le costó unos segundos sobreponerse al mareo y al cambio de iluminación después de haber estado en la oscuridad; cosa que Thompson aprovechó para asegurarse las manos a la espalda.

Cuando pudo abrir los ojos y mirar a su alrededor, se encontró en el centro de un claro rodeada de árboles. El sonido de los pájaros, la brisa sobre la hierba y el olor a bosque se coló en cada uno de sus sentidos. No tenía ni idea de dónde estaba, pero algo le decía que aquello no era Londres y tampoco la vieja Inglaterra.

Se obligó a respirar.

Chloé estaba a salvo y esperaba que el cofre también. Sentía el frío de la cadena contra su piel y la ausencia del peso del colgante en su cuello como si de un miembro fantasma se tratase. Con suerte, tardaría un poco en volver a ella. Sabía que había sido un movimiento absurdo, pero ¿qué otra opción le quedaba? Confiaba en que Hugo o alguno de sus compañeros lo encontrara. El nombre de Guillaume flotó en su mente y se apresuró a alejar el pensamiento y

la tentación que lo acompañaba. Thompson lo quería a él y Aby no tenía la menor intención de permitir que estuviera ni siquiera cerca.

—Parece que nuestro invitado de honor se retrasa. —Estaba frente a ella y, por un segundo, pareció inseguro—. Tal vez malinterpreté los sentimientos que tiene hacia usted, señorita Stevenson. Quizás no sea tan importante para él, después de todo.

El aspecto del que había sido su jefe durante los últimos tres años estaba más que cambiado. Parecía haber pasado por la operación de rejuvenecimiento más rápida y efectiva que había visto en su vida. Las arrugas de su rostro, así como las manchas propias de la edad, habían desaparecido dejando en su lugar la imagen de un hombre de algo menos de cuarenta años. Sus ojos continuaban siendo negros, pero no se veían tan pequeños al no estar ocultos tras los cristales de unas gafas. El pelo de Thompson era de color oscuro, casi negro, y su pose altiva y elegante hacía que pareciese unos centímetros más alto de lo que recordaba. Una sonrisa sádica, como si estuviese disfrutando del dolor que causaba con sus palabras, brillaba en sus labios.

—No vendrá —escupió Aby, queriendo parecer más valiente de lo que realmente se sentía—. ¿Dónde estamos?

—¿No lo reconoces? —inquirió sorprendido, y el toque de duda en su rostro pareció agudizarse.

—¿Debería? —respondió aparentemente despreocupada.

Quizás sacarlo de quicio no fuera lo más inteligente, pero Aby no pensaba morir dócilmente si podía evitarlo. Como mínimo, lo sacaría de sus casillas antes. La sonrisa en el rostro de Thompson se ensanchó.

—He estado en tu cabeza, niña, no lo olvides. Conozco tus sueños. —Con un movimiento de su mano, el sol pareció oscurecerse y el luminoso día se convirtió en noche cerrada—. Quizás así lo recuerdes mejor.

—No... no es posible.

Aby miró alrededor y volvió a sentir la angustia, el peso de Béatrice entre sus brazos, las ramas arañando sus piernas mientras corría por su vida. Sabía que aquella no había sido ella, tan bien como sabía que ese era su destino.

—Así es, niña. Este es el lugar donde termina todo. Donde ha de cumplirse el destino del último de los de Blois... y parece que nuestro invitado de honor llega justo a tiempo.

Tiempo de Venganza

Guillaume se sentía mareado, su estómago parecía querer abandonar su cuerpo a través de su boca y la cabeza le daba vueltas. Tanteó a su alrededor, aún con los ojos cerrados, y se aferró a lo que supuso era el tronco de un árbol. La corteza se sentía rugosa bajo la palma de su mano y la arañó ligeramente al apretar para mantener el equilibrio. Los olores fueron llegando a su cerebro lentamente, conforme respiraba con fuerza para recuperar el control, y le transportaron a otra época.

A pesar del tenue rastro de polución, el aire llevaba los mismos aromas de su infancia.

—¿Te encuentras bien? —Dalman apoyó una mano en su hombro y miró su rostro fijamente—. Normalmente no es tan malo, pero tampoco había recorrido nunca tanta distancia. Me siento como si...

Guillaume lo sujetó justo antes de que su cuerpo diera contra el suelo. Lo acomodó con cuidado sobre la mullida tierra, cubierta de hierba y se aseguró de que respiraba. Si después del viaje él estaba al borde de la extenuación, no podía imaginarse cómo debía sentirse Dalman, el esfuerzo que debía haber significado para él. «Ella», se recordó a sí mismo. Alejó el pensamiento, ya volvería a ello más tarde, cuando Aby estuviera a salvo. Pero, sin lugar a dudas, tenían mucho de qué hablar.

El móvil vibró en el bolsillo de sus pantalones. Tardó unos segundos en

darse cuenta de lo que era, había cosas de la modernidad a las que no sabía si sería capaz de acostumbrarse jamás, pero tenía que admitir que aquel aparato podía ser bastante útil.

—¿Dónde demonios estás? —Jacques sonaba más allá del cabreo.

—Estoy en Blois, Dalman me ha traído, pero está inconsciente por el esfuerzo. Recogedlo a unos quinientos metros del claro. Voy a buscar a Aby.

Colgó sin dar la menor opción a réplica. Sabía que su segundo al mando estaba menos que contento, pero aquella era su batalla, la de nadie más. Quizás tuvieran razón respecto al cofre, no obstante, si perdía a Aby el mundo podía irse a la mierda.

Apenas caminó unos pasos cuando el sol desapareció en el cielo, dando paso a la luna y sumiendo el bosquecillo en la oscuridad. Los recuerdos asaltaron su mente con violencia, obligándole a aferrarse al árbol más cercano para mantenerse en pie.

Todos sus miedos parecían estar haciéndose realidad antes sus ojos y su cuerpo tembló en respuesta. Se forzó a apartarlos de su mente y a centrarse en Aby. Ella estaba cerca, podía sentirla, y le necesitaba. Con esa idea en la mente, continuó avanzando.

La brisa llevó la voz de su tío hasta él y un escalofrío recorrió su cuerpo. Estaba cerca y en clara desventaja. Había demasiadas cosas que no sabía, aún no podía entender cómo era posible que siguiera vivo. Aunque tampoco tenía idea de cómo podía estarlo él mismo.

—Así es, niña. Este es el lugar donde termina todo. Donde ha de cumplirse el destino del último de los de Blois... y parece que nuestro invitado de honor llega justo a tiempo.

Adiós a la posibilidad de sorprenderle.

La maleza se agitó levemente antes de que Guillaume se dejara ver entre el grupo de árboles frente a ellos. Sus ojos recorrieron a Aby, asegurándose de que estaba bien, antes de centrarse en la principal amenaza.

—Bienvenido, *sobrino* —la palabra sonó como una burla—. Comenzaba a pensar que no aparecerías.

—¿Estás bien? —preguntó mirando a Aby y aparentando ignorar al hombre junto a ella.

No parecía haber sufrido ningún daño, pero necesitaba oírlo de sus labios.

—No debiste venir —respondió en un sollozo.

—Siempre te encontraré, ¿recuerdas? —Una sonrisa triste se dibujó en sus labios mientras la miraba, con tanto amor en los ojos, que Aby pudo sentirlo incluso en la distancia—. ¿Estás bien?

Aby asintió, incapaz de pronunciar palabra por el nudo de sentimientos que apretaba con fuerza su garganta.

—¡Qué bonito! —exclamó su tío sarcástico—. Una lástima que no pueda dedicaros el tiempo que os merecéis, algo me dice que habría disfrutado de lo lindo con vosotros. —Su risa, ronca y cargada de crueldad, inundó el bosquecillo—. Pero llevo demasiado tiempo con este traje de carne y ya va siendo hora de cambiar de aires. Además, ahora que se acerca la hora de mi señor...

Un brillo sádico y lujurioso cubrió su mirada, como si estuviera saboreando las mieles de la victoria en una batalla largamente esperada.

—Deberías darme las gracias —continuó con un tono meloso—, después de todo, gracias a mí, no tendréis que ver cómo acabamos con vuestra raza de mestizos inmundos.

—¿Por qué, tío?

Guillaume verbalizó la pregunta que llevaba mucho tiempo rondando en su cabeza.

—Ohhhh, ya entiendo, ¿ha llegado la hora de las explicaciones? —Volvió a reír, mientras sujetaba con más fuerza el brazo de Aby, que apretó los dientes para evitar gritar de dolor—. Está bien, supongo que puedo satisfacer tu curiosidad. El dolor lo hace todo más... dulce, ¿sabes?

Se relamió los labios y aflojó su agarre, que pasó a ser una especie de caricia brusca, haciendo que la piel de Aby se tensara, al igual que el cuerpo de Guillaume.

—Quizás debería empezar por decir que yo no soy tu tío. Digamos que solo voy... vestido de él. —Se rio de su propio chiste, al que solo él parecía encontrarle la gracia, y clavó su vista en el templario—. Mi nombre es Venganza y, ya que insistís, os contaré mi historia.

Mucho antes de que el primero de vosotros pisara estas piedras, existíamos nosotros. Éramos dioses, reyes, con más poder del que ningún humano insignificante podría llegar siquiera a soñar. Nacimos de la Oscuridad y ella nos bendijo con dones inimaginables, pero pretendía que compartiéramos este, nuestro mundo, con los débiles hijos de la Luz, nuestras némesis, los únicos que podían bloquear nuestros poderes. Así que,

un día, decidimos que no teníamos por qué hacerlo.

No os aburriré con detalles que creo que ya conocéis, pero las cosas no salieron como esperábamos. Uno de mis hermanos nos traicionó, el mismo que debía habernos llevado a la victoria. Así que, nosotros acabamos encerrados y nuestro mundo os fue entregado a los humanos. Solo se nos permitía estar aquí como una pequeña parte de vosotros, habitando en vuestro interior, unidos a nuestros opuestos, los mismos a los que habíamos querido gobernar.

No podíamos controlar nuestro destino, dependíamos de vuestras decisiones, de vuestro «libre albedrío», para expresarnos o morir.

Por suerte, no calcularon bien el poder de la Oscuridad. Nuestro poder. Ni vuestra debilidad.

Los seres humanos sois patéticos, manipulables y extremadamente débiles. Durante milenios fui alimentándome de los deseos de venganza de cada hombre, mujer y niño. Susurré en sus oídos, le hablé a sus corazones, avivándolos, aumentando su intensidad, hasta que encontré a uno lo bastante fuerte, y lo bastante desesperado, como para abrir la puerta.

Cuando encontré a tu tío, era un hombre miserable, consumido por la rabia y la desesperación. Louis de Blois lo había perdido todo.

—¿Louis? —preguntó Guillaume interrumpiendo el relato—, querrás decir Pierre.

—No, he dicho exactamente lo que quería decir.

Una sonrisa de satisfacción, que le puso a Guillaume los vellos de punta, llenó su boca antes de que continuara su narración.

Louis de Blois no dejaba de contar, a todo aquel que quisiera escucharle, cómo su hermano gemelo, Pierre, el hombre con el que había compartido absolutamente todo desde que nacieron, le había traicionado.

Ambos eran idénticos, no se diferenciaban absolutamente en nada, y eso era algo que los dos habían potenciado y aprovechado desde que fueron conscientes de la ventaja que suponía. Se habían intercambiado tantas veces que ni siquiera sus padres se daban cuenta cuando lo hacían. Era su pequeño secreto, el que les libraba de las tareas que no les apetecía hacer o de las responsabilidades que no querían asumir.

Se cubrían el uno al otro, sin excusas, sin explicaciones. Cuando Pierre necesitaba a Louis, allí estaba su hermano y lo mismo sucedía al revés.

Louis era el mayor, por apenas un minuto, pero eso significaba que él

era el heredero del título de su padre, así como del Condado de Blois y todo lo que ello conllevaba. Era joven, belicoso y adoraba las faldas. Por eso, cuando el conde enfermó y decidió que su primogénito debía casarse con la hija de uno de sus aliados, no dudó en pedirle ayuda a su hermano.

Pierre, que estaba secretamente enamorado de la muchacha, no dudó en aceptar ocupar el lugar de su hermano, bajo la promesa de que sería él, Louis, quien ocuparía el lugar de su padre cuando este muriese.

Nada más lejos de la realidad.

Cuando Pierre regresó siendo Louis, después del matrimonio concertado, convenció al padre de ambos para que enviara a su hermano lejos a ocuparse de algunos asuntos de la familia y, para cuando volvió, las cosas habían cambiado.

Tu hermano y tú ya habíais nacido, la enfermedad del Conde se había agravado y Pierre, quien todos creían que era el legítimo heredero, se había hecho cargo de sus responsabilidades. La primera de sus órdenes fue enviar a su gemelo lejos, de forma permanente, con la excusa de negociar un tratado con sus vecinos del norte.

Louis aceptó a regañadientes, no sin antes hablar seriamente con Pierre sobre el trato que tenían. Su hermano le aseguró que el condado sería suyo cuando el padre de ambos falleciese y él lo creyó.

Lo que no esperaba era ser atacado durante su viaje por los hombres de su hermano que lo abandonaron, dándolo por muerto, en mitad de ninguna parte. Pero el dolor de sus heridas no podía compararse con el de la traición. Sobrevivió como pudo, gracias a que una mujer lo encontró y curó sus heridas.

Su salvadora, a la que muchos consideraban una bruja, le ayudó a recuperarse y, mientras él lo hacía, me encargué de que mi semilla creciera en su interior hasta que lo único en lo que tu tío podía pensar era en mí, en Venganza.

Para cuando estuvo lo bastante fuerte como para regresar a reclamar lo que era legítimamente suyo, tu abuelo había muerto y todos los habitantes del condado hablaban maravillas del nuevo conde, su preciosa familia y la buena noticia del nuevo embarazo de la condesa.

Los rumores acerca de un borracho que se parecía mucho al conde y aseguraba ser su difunto hermano gemelo llegaron al castillo y fue tu propio padre quien salió en busca de su hermano. Al encontrarlo, fingió alegrarse

de su regreso, le aseguró que él no había tenido nada que ver con su ataque e insistió en que volviera a casa. Allí celebrarían su regreso y harían los cambios necesarios para que él pudiera hacerse cargo de su legítima herencia.

Pero, en cuanto cruzó las enormes puertas que separaban el castillo de la aldea cercana, los hombres de su hermano lo inmovilizaron. Intentó luchar sin conseguirlo y terminó encerrado en los calabozos, donde el tiempo pasaba lento y constante.

Mientras él se pudría, podía escuchar las risas de su hermano y su familia, la forma en que los aldeanos alababan al hombre que le había quitado todo lo que era suyo.

Gota a gota, gesto a gesto, palabra a palabra, la mente de Louis se fue abriendo a mí.

Cuando le ofrecí la oportunidad de obtener la venganza que tanto ansiaba ni siquiera se lo pensó. Me entregó su cuerpo, su alma y todo lo que quisiera, a cambio de que su hermano y su descendencia sufrieran. Lo único que quería era que perdiesen aquello que más amaban de la forma más cruel y vengativa.

—Y no había nada que mi padre amara más que a mi madre y a Béatrice.
—La voz de Guillaume estaba cargada de dureza, a pesar de que las lágrimas caían por su rostro.

Su padre había sido un buen hombre, amó a su esposa, adoraba a sus hijos y cuidó de cada uno de los habitantes del condado como si fueran de su familia.

Recordaba haber conocido a su tío cuando aún era un niño, las lágrimas que derramó su padre cuando recibieron la noticia de su muerte y los días de luto en su honor, cuando se negó siquiera a salir de la capilla del castillo. En aquel momento, su madre les había dicho que necesitaba tiempo para sobreponerse al dolor, ahora, Guillaume se planteaba si lo que había buscado era expiar su culpa.

La noticia de su milagroso regreso, tras la muerte de su padre, fue una nota de alegría entre todo el dolor en el que se hallaban sumidos su hermano y él.

¿Realmente su padre había sido capaz de hacer aquello? ¿A su propio hermano?

No quería creerlo, pero lo cierto era que tampoco importaba. Fuera

verdad o no, le había llevado hasta allí y lo único que contaba en aquel momento era que Aby sobreviviera. De lo demás: la culpa, la vergüenza, el desengaño y el dolor, se preocuparía más tarde.

—Un toque maestro hacer que él mismo las matara, ¿no crees? —respondió con orgullo Venganza.

—¿Y mi hermano?

—Bueno... recuerda que el trato con tu tío incluía a su descendencia. Es decir, tú y tu hermano teníais que pasar por lo mismo que él. Y justo por eso estamos aquí. —Con una sonrisa, Venganza empujó a Aby, dejándola caer entre ellos—. Por tu culpa, por esa absurda idea del honor que te inculcó tu padre, a pesar de que carecía de él, llevo siglos atrapado en este cuerpo sin poder alimentarme como es debido. Pero ahora, por fin, podré cumplir mi parte del trato y avanzar. ¡Hay tanto deseo de venganza en el mundo! ¡Tantos hombres y mujeres a los que manejar!

Aby lloraba desconsolada. La historia que Venganza acababa de contarles no le había afectado tanto como ver llorar a Guillaume. El hombre parecía destrozado ante la revelación, como si al conocer la auténtica naturaleza de su padre lo hubiera vuelto a perder.

Descubrir el motivo de la «maldición» familiar no había apaciguado su alma, sino más bien todo lo contrario. Podía sentir el dolor del templario como si fuera el suyo propio.

«Estamos aquí, hermano». La voz de Jacques resonó en la cabeza del templario sacándolo de sus propias lamentaciones. Pero la sensación de ventaja duró poco.

—Vaya, vaya, parece que no estamos solos. —Venganza golpeó ligeramente su sien derecha con su dedo índice—. Yo también tengo mis propios trucos, de Blois. Tus compañeros no podrán evitar lo inevitable.

Sus ocho hermanos aparecieron desde distintos puntos, formando un círculo alrededor del claro en cuyo centro se encontraban Guillaume, Venganza y Aby. Armados hasta los dientes y preparados para entrar en batalla, los ojos de cada uno de ellos se centraron en la amenaza.

—¡Bienvenidos, caballeros! —Venganza abrió los brazos con una sonrisa, no parecía preocupado en absoluto por sentirse en minoría, quizás porque, en contra de lo que creían, no lo estaba—. Espero que no les importe que yo también haya traído a algunos amigos.

Unos veinte hombres y mujeres, de distintas razas y estatus sociales

comenzaron a aparecer en el claro. Los había que llevaban ropas elegantes, como si vinieran a un cóctel o una cena de gala, otros con uniforme militar y algunos cuyas vestimentas estaban raídas y en mal estado. Al principio parecían aturcidos, como si no entendieran muy bien qué hacían allí, hasta que veían a Venganza. Entonces, inclinaban la cabeza ante él y su mirada se volvía firme, decidida, como guerreros preparados para la lucha a quienes no les importaba morir en ella.

—Durante estos años he hecho algunos amigos. La sed de venganza puede ser una buena moneda de cambio si sabes a quién ofrecérsela. —La sonrisa de suficiencia que había mantenido en su rostro hasta aquel momento desapareció, mudando su gesto en uno de furia—. Acabad con ellos.

Ni siquiera tuvo que gritar. Dio la orden como quien pide un café y se desató el infierno.

Tiempo de Luchar

Decir que estaba cabreado era quedarse corto. Jacques podría estrangular a Dalman con sus propias manos en aquel momento y quedarse tan pancho. ¿Por qué demonios tenía que haber desobedecido sus órdenes?

Vale, quizás Guillaume fuera su superior, pero meterse los dos solos en la boca del lobo no era una idea inteligente lo mirases como lo mirases. Y, para colmo, ahora estaba inconsciente en algún punto del bosque alrededor del claro, solo, mientras Guillaume se enfrentaba a vete tú a saber qué.

Eso sobre hacer las cosas con cabeza y no precipitarse.

Apretó con fuerza los dedos alrededor del diminuto asiento del helicóptero, que parecía aún más pequeño con siete hombres armados hasta los dientes allí amontonados, hasta que sus nudillos se pusieron blancos. Si les pasaba algo...

No, mejor no pensar en aquello.

El prototipo de helicóptero que Rodrigo había conseguido viajaba más rápido de lo esperado, lo que les permitió llegar a su destino en menos de hora y media. Lo que realmente era un tiempo récord. Aterrizaron lo bastante lejos para no alertar a nadie con el ruido de las aspas, intentando no perder el elemento sorpresa, y saltaron al exterior cuando el aparato aún estaba tomando tierra.

La experiencia era nueva para la mayoría de sus hermanos y, por la cara

que tenían algunos como Philippe y Guido, no parecía que les hubiera resultado atractiva. Los dos hombres habían adquirido un tono de piel un tanto verdoso, pero ambos aguantaron la situación, se tragaron las náuseas y sostuvieron con fuerza sus armas.

Como una máquina bien engrasada se alejaron en distintas direcciones. Rodrigo les había proporcionado intercomunicadores y todos llevaban uno en su oreja, al fin y al cabo, el único con capacidades telepáticas era Guillaume y no podían contar con él en aquel momento.

Después de informar a Jacques sobre el estado de Dalman, parecía haber cerrado su mente a cal y canto. O eso, o simplemente le estaba ignorando, porque las veces que había intentado contactar con él para recibir actualizaciones no había tenido respuesta. La otra opción, la de que estuviera inconsciente o muerto... era algo que prefería ni siquiera plantearse.

Se internó en el bosquecillo junto a sus compañeros y, una vez que todos informaron de que habían alcanzado sus posiciones, comenzaron a avanzar en silencio. Jacques hacía mucho que había renunciado a la guerra, pero allí, entre aquellos árboles, rodeado por sus hermanos y sin saber con seguridad lo que iban a encontrar, su sangre cantó. Puede que él hubiera olvidado esa parte de su vida, pero formaba parte de su ADN, igual que el color de sus ojos, por lo que todo aquello le resultaba tan natural como respirar.

Dalman estaba apoyado contra un árbol, sujetándose la cabeza mientras masajeaba sus sienas con los dedos. Al verlo, Jacques respiró aliviado durante un segundo, el tiempo que tardó en recordar los miles de razones por las que estaba enfadado con él. Se acercó a él con sigilo, pero el muchacho se percató de su presencia, sostuvo sus espadas y se puso en guardia antes de que pudiera llegar hasta él. Punto para el chico. Al menos esa sería una bronca que se ahorraría.

—¡Jacques! —gritó en un susurro.

—¿Dónde está Guillaume? —respondió con brusquedad.

Le estaba costando resistirse a la necesidad de abrazar al chico y asegurarse de que estaba bien. Comenzaba a creer que se estaba volviendo loco, o tal vez siempre lo había estado, pero cada vez le era más difícil controlar la atracción que sentía hacia él.

—No lo sé... —bajó la cabeza, avergonzado—. Debí desmayarme, nunca había viajado tan lejos y menos aún llevando a alguien conmigo. El esfuerzo me dejó agotado, todavía me duele la cabeza.

—Tenemos rodeado el claro. Quédate aquí.

Sonó duro y, aunque pretendía que aquello pareciera un castigo, lo cierto era que tomaría cualquier excusa que le permitiera mantenerlo seguro y alejado del peligro. La sola idea de que saliera herido le sacaba de quicio y sin duda, sería una distracción si entraban en batalla.

Dalman hizo caso omiso a sus palabras una vez más. Incorporándose, se colocó bien sus ropas y afianzo su agarre sobre sus dos cimitarras, las mismas armas que había usado Hugo, quien le había enseñado a utilizarlas y en las que el chico se había convertido en todo un experto.

—Te sigo —respondió decidido.

—He dicho que te quedas aquí —masculló Jacques entre dientes, furioso.

—Podemos quedarnos los dos discutiendo el tiempo que quieras y perdernos la diversión, o podemos ir a buscar a Guillaume y Aby. Tú decides —zanjó Dalman con un leve encogimiento de hombros.

—Eres insufrible. Si te matan, no esperes que lo lamente.

El mero hecho de decir esas palabras le causó a Jacques un daño físico. Menuda mentira. De alguna manera estaba seguro de que, si el joven moría, él jamás sería capaz de dejar de lamentarlo. Se giró, para ocultar la forma en que había palidecido su rostro ante aquel pensamiento, y comenzó a caminar en la dirección que, según indicaba el GPS de su reloj, se hallaba el claro.

—En posición —murmuró en el comunicador cuando ocupó su puesto, oculto tras la primera línea de árboles.

Sus seis compañeros se hicieron eco, indicando que también estaban en sus posiciones. Cabeceó a Dalman y centró su atención en la escena que se desarrollaba en el claro. Se encontraban justo a la espalda de Guillaume, por lo que no podía ver su rostro, pero por el aspecto tenso de su postura supo que habían llegado a lo justo. La situación estaba a punto de estallar.

Aby yacía en el suelo entre el templario y su oponente, que mantenía una sonrisa prepotente y aspecto relajado, como si nada de aquello fuera con él, mientras hablaba.

—Por tu culpa, por esa absurda idea del honor que te inculcó tu padre, a pesar de que carecía de él, llevo siglos atrapado en este cuerpo sin poder alimentarme como es debido. Pero ahora, por fin, podré cumplir mi parte del trato y avanzar. ¡Hay tanto deseo de venganza en el mundo! ¡Tantos hombres y mujeres a los que manejar! —La brisa llevaba sus palabras hasta los oídos de Jacques y este notó la forma en que se apretaban los puños de Guillaume al

oírlas.

«Estamos aquí, hermano». Lanzó el pensamiento a la mente de su compañero espera que esa vez lo recibiera, lo que no esperaba era que el hombre que amenazaba a Aby también pudiera captarlo.

—Vaya, vaya, parece que no estamos solos. —El tío de Guillaume golpeó ligeramente su sien derecha con su dedo índice—. Yo también tengo mis propios trucos, de Blois. Tus compañeros no podrán evitar lo inevitable.

Podían despedirse del elemento sorpresa, así que, sin nada más que perder, los ocho abandonaron sus posiciones y dieron un paso al frente, dejándose ver y rodeando el claro. Sus miradas se posaron en Guillaume, que cabeceó en reconocimiento a cada uno de ellos antes de volver a centrarse en su oponente.

—¡Bienvenidos, caballeros! —El hombre abrió los brazos con una sonrisa. En aquel momento parecía más un maestro de ceremonias que alguien que estaba rodeado por ocho hombres armados hasta los dientes y dispuestos a acabar con él—. Espero que no les importe que yo también haya traído a algunos amigos.

Hombres y mujeres comenzaron a aparecer en el claro, rodeándolos. Jacques pensó que estaba teniendo un *déjà vu*, que la situación que vivieron hacia tanto tiempo en aquella cueva, volvía a repetirse. Volvió la vista hacia Dalman que permanecía a su lado, dispuesto a luchar, y dejó que el temor a no volver a ver al muchacho lo inundara durante un instante. Respiró y devolvió su vista al frente.

Luchar o morir. Esa había sido su vida y esa volvía a ser.

Le resultaba irónico que, después de tanto tiempo buscando la forma de alcanzar la muerte, ahora que la posibilidad estaba frente a sus ojos un sudor frío de temor cayera por su espalda y todo su cuerpo se rebelara en contra de la idea.

Aun así, enderezó su postura y sujetó con fuerza sus *katanas*. Durante sus años en Asia, había desarrollado un gran interés por el manejo de la misma, algo que consideraba un arte, hasta convertirse en un experto capaz de luchar con dos de ellas a la vez. El ejercicio y la concentración que requería manejarlas le ayudaba a alcanzar un estado de paz mental que, hasta entonces, había creído imposible.

—Durante estos años he hecho algunos amigos. La sed de venganza puede ser una buena moneda de cambio si sabes a quién ofrecérsela. —Cuando el

hombre volvió a hablar, Jacques hizo a un lado sus recuerdos y se centró en él. La aparente indiferencia que había mostrado hasta entonces desapareció, dando paso a su auténtico rostro, uno que solo presagiaba muerte—. Acabad con ellos.

Tres palabras que desataron el infierno.

Jacques apartó a Dalman de un codazo, cuando dos de los hombres se dirigieron hacia él. Las armas habían aparecido en las manos de sus enemigos como por arte de magia. Espadas, pistolas, y hasta un par de ametralladoras ligeras. Suerte que Prax había insistido en vestirlos a todos de Kevlar para la ocasión. Además de los chalecos antibalas y las botas reforzadas, había insistido en que llevaran pantalones y camisetas con una capa del material que los hacía resistentes a las balas sin dificultar sus movimientos. Y en aquel momento no podía estarle más agradecido.

Casi los triplicaban en número.

Las balas volaban a su alrededor y tuvo que volver a dar gracias mentalmente a Prax cuando hizo volar por los aires las dos ametralladoras. Que fuera capaz de controlar el fuego era una ventaja. Hizo explotar las armas de sus enemigos con solo un pensamiento y un gesto sádico en su cara. Sí, realmente era una suerte que estuviera de su lado.

Jacques luchaba contra dos oponentes sin perder de vista a Dalman que se encontraba enfrentándose a una mole de piel oscura que le sacaba más de dos cabezas. Otro hombre se acercaba por detrás a su compañero, armado con un par de cuchillos, y se sintió tentado a usar su telequinesis para apartarlo. Pero, ante su mirada incrédula, el joven desapareció para reaparecer justo detrás del segundo de sus oponentes y, usando los filos de sus cimitarras como si de unas tijeras se trataran, le rebanó el cuello con un solo movimiento antes de centrarse nuevamente en la mole que avanzaba hacia él con decisión.

Después de todo, tal vez Dalman no le necesitara para mantenerse a salvo.

La lucha se recrudeció, los gritos y el olor a sangre inundaron el ambiente y Jacques tuvo que apartar al joven de sus pensamientos para centrarse en sobrevivir él mismo a lo que tenía enfrente.



Cuando la pelea dio comienzo, Guillaume se lanzó hacia Aby dispuesto a protegerla, pero Venganza fue más rápido. Sujetó a la mujer por el cuello y apretó hasta que su cabeza colgó inerte debido a la falta de oxígeno, mientras mantenía un cuchillo amenazando su garganta.

Observó impotente cómo caía desmadejada sobre el suelo y rezó porque siguiera con vida. Su atención se desvió momentáneamente hacia una sombra que parecía hacerse más densa alrededor del cuerpo de Aby. Disimuló el alivio que pugnaba por mostrarse en sus facciones y se volvió hacia Venganza. Necesitaba distraerlo para que Hugo pudiera materializarse y sacar a Aby de allí. Ojalá pudiera hablar mentalmente con sus compañeros y pedirle a Dalman que la llevara a Londres donde estaría segura y a salvo, pero su enemigo ya había dejado claro que esa no era una opción viable.

—Está viva, tranquilo. Tienes que ser tú quien acabe con su vida, ¿recuerdas?

El deje burlón que usaba para hablarle estaba comenzando a sacarle de sus casillas. Además, saber que Aby vivía solo para poder morir por su mano no era precisamente un consuelo.

—Es a mí a quién quieres, ¿no? Por mi culpa llevas más de setecientos años atrapado en ese «traje de carne». —Utilizó el mismo término despectivo que Venganza había usado. Quería molestarle, enfadarle lo suficiente para que no pensara con claridad—. Tanto tiempo esclavizado por hacer un trato con un pobre y simple humano. ¿Y tú dices que eres poderoso? —Soltó una carcajada cargada de hilaridad.

—¡Tú...!

El rostro de su falso tío se volvió rojo de ira y sus ojos llamearon en un color azul violáceo justo antes de que se lanzase sobre él. Una pesada espada llameante, del mismo tono que su mirada, apareció en su mano y Guillaume tuvo que esforzarse por interponer la suya, que llevaba sujeta a su espalda, para repeler el ataque.

El templario se deshizo de la chaqueta y asió con fuerza la empuñadura,

sacando el acero de su funda justo a tiempo para evitar que atravesara su pecho.

—No eres nadie, ¿sabes? —profirió Venganza furioso—. No eres más que un insignificante insecto al que aplastaré con mi bota. ¡Y disfrutaré del sonido de tus huesos al romperse!

Guillaume se aisló de las amenazas y la rabia que desprendía su oponente, centrándose únicamente en los movimientos de la batalla. Su espada se convirtió en una prolongación de su cuerpo y dejó de pensar. Ya no importaba él, ni Aby, ni su familia muerta. Daban igual sus compañeros, la misión o los años que había pasado en aquella cueva.

Su vida había sido la batalla. Había entrenado para eso, nacido para eso. Para luchar. Para matar. Para morir.

Ahora, solo importaba la venganza. Destruir al hombre que había acabado con su familia, con su pasado, y que pretendía acabar con su futuro. Un sabor ácido llenó su boca. Quería vengarse y daría cualquier cosa por conseguirlo.

Ante aquel pensamiento, un susurro surgió en su mente.

«*Aussi, tu es né pour vivre, Guillaume. Pour aimer. Pour être heureux*^[vii]».

Escuchó la voz de su *maman* tan clara como si la tuviera delante.

«*Bat toi pour moi, mon frère, pour ce qui mon enlevé, pour ce que mon obligé à faire. Ne permet pas qu'on te l'enleve à toi aussi*^[viii]».

La imagen de su hermano Louis, se dibujó tan clara como si lo tuviera frente a sus ojos y una ola de energía llenó su cuerpo.

No quería venganza, ni siquiera justicia. Quería paz.

Una paz que le permitiera disfrutar de la compañía de sus hermanos de armas, vivir, reír y compartir cada día junto a la mujer que amaba. Tener hijos, envejecer y experimentar todas esas cosas que se había negado a sí mismo.

Mientras sus manos se movían casi inconscientemente, repeliendo los ataques de su oponente, su cabeza se llenó de posibilidades, de imágenes de un futuro que jamás se había atrevido a soñar y que ahora era su objetivo anhelado.

Pero para lograrlo debía perdonarse. Perdonar su cobardía a la hora de aceptar sus sentimientos, perdonar a su padre por traicionar a su gemelo, por no ser el hombre que él había creído que era. A su madre por abandonarlo, a su hermano, porque junto con su esposa e hija, también murieron las

esperanzas de Guillaume de llevar una vida normal. Tenía que perdonar al Gran Maestre, por obligarle a abandonar San Juan y a sí mismo por dejar que se perdieran tantas vidas y no quedarse a luchar por ellas.

Hizo las paces consigo mismo y con cada una de las decisiones que había tomado en su vida, dejando que el perdón curara, una por una, todas las heridas que aún seguían abiertas, llenando sus venas, imbuyéndolo de una luz y una claridad mental que jamás había conocido.

Dejó que fluyera, como agua escapando de una presa rota, y que esa sensación de calma, de claridad y de perdón lo cubriera todo.

Una luz comenzó a generarse a su alrededor y Guillaume entró en una especie de trance. Sus ojos se clavaron en los de su oponente, buscando ver más allá. No era a Venganza a quien buscaba sino a su tío Louis, o lo que quedara de su alma.

—Te perdono. —Eran sus labios los que se movían, pero su madre quien hablaba.

—Te perdono —repitió, esta vez con la voz de su hermano.

—Lo siento. —Su padre, el hombre al que había admirado, tomó posesión de sus cuerdas vocales y habló directamente a su gemelo—. Jamás debí traicionar tu confianza del modo en que lo hice. Nunca debí dejarme llevar por mi egoísmo. Destrocé tu vida y con ello la mía. Pero lo que más lamento es haber perdido a mi hermano. Tú siempre fuiste el mejor de los dos, el más noble, y al destruir nuestra relación, destruí lo único que me había convertido en el buen hombre que era. Lo siento, hermano, Louis, por favor, perdóname.

El rostro frente a Guillaume cambió, suavizándose. Los ojos recuperaron su color oscuro normal, la espada resbaló de entre sus dedos y, de repente, supo que ya no estaba ante Venganza, sino que aquel hombre era su tío.

—Pierre... hermano.

Con un sollozo, se echó a los brazos de Guillaume, que se había transformado en su padre. Ambos hermanos lloraron, se pidieron disculpas y se perdonaron, entre sollozos, abrazos y lamentos.

La batalla a su alrededor enmudeció en el momento en que ambos hermanos se perdonaron el uno al otro.

Las armas cayeron de las manos de los hombres y mujeres que defendían a Venganza resonando contra el suelo del claro. Se miraron aturdidos, sin entender qué hacían allí ni cómo habían llegado.

Un grito de rabia llenó el aire antes de que, uno a uno, comenzaran a

desaparecer.

Guillaume recuperó la consciencia y miró el rostro sonriente de su tío, que irradiaba una infinita paz.

—Gracias —murmuró el auténtico Louis de Blois, mientras una lágrima rodaba por su mejilla, justo antes de que empezara a deshacerse entre sus brazos.

Una brisa fresca, con aroma a flores silvestres, elevó sus cenizas en el aire, como si bailara con ellas, hasta hacerlas desaparecer.

Tiempo de Amar

Guillaume mantuvo a Aby sentada sobre su regazo y apretada contra su pecho durante todo el viaje de vuelta. Y ella no pensaba oponer la más mínima objeción.

Recuperó la consciencia durante la batalla, con el tiempo justo de apartarse antes de que uno de los hombres abatidos cayera sobre ella. Había podido ver el desenlace y aún le costaba asimilar lo que había sucedido, la forma en que la familia de Guillaume había hablado a través de sus labios, la imagen de su padre, idéntico a su hermano gemelo, superponiéndose a la del templario.

Fue un momento emocionante y aterrador al mismo tiempo. Después de que el cuerpo del señor Thompson, es decir, Louis de Blois —le iba a costar un tiempo acostumbrarse— se deshiciera en el viento, Guillaume había caído al suelo inconsciente. Ella se lanzó a sostenerlo y Jacques corrió raudo a comprobar sus constantes. A pesar de que el médico le había asegurado que estaba bien, los segundos que permaneció con los ojos cerrados le parecieron eternos. Se abrazó a él mientras las lágrimas caían por sus mejillas, emocionada y asustada a partes iguales. Él le había devuelto el gesto con el mismo fervor en el momento en que despertó, y no volvió a soltarla.

Dalman desapareció en el mismo instante en que se pusieron de pie, no necesitaba ir en el helicóptero y tampoco aceptó los cuidados de Jacques a

pesar de la cantidad de sangre que manaba de una herida de su costado.

Se negó a permitir que le atendieran y Aby entendía por qué, aunque no podía dejar de preguntarse cómo Evangeline había sobrevivido y guardado su secreto, luchando en batallas como esa y siendo herida constantemente.

Barthelemy le había dado la excusa perfecta para su huida cuando preguntó por el cofre y ella confesó que lo había dejado oculto en su despacho del museo. Llevaba la cadena para disimular, pero el colgante estaba a buen recaudo.

Dalman se ofreció en el acto a llevar a Bart al museo antes de regresar a casa, ignorando los gritos de Jacques sobre el esfuerzo que aquello requeriría y más teniendo en cuenta la pérdida de sangre.

Hizo caso omiso a sus quejas y se limitó a apretar un vendaje en torno a su torso para detener la hemorragia antes de desaparecer junto a su compañero.

El médico no se veía en absoluto satisfecho. Continuó refunfuñando hasta que llegaron al helicóptero y durante todo el viaje, pero a Aby no podía molestarle menos. Estaba demasiado extasiada entre los brazos de Guillaume, aprovechando para degustar sus labios cada pocos segundos y acariciando constantemente el duro cuerpo a su alrededor. Necesitaba asegurarse de que estaba vivo, bien, que ambos lo estaban. Que todo había pasado y por fin estaban a salvo, seguros y juntos.

Debió quedarse dormida en algún momento, porque cuando volvió a abrir los ojos, estaban en la azotea de la mansión, que Rodrigo había acondicionado como un helipuerto privado, y Guillaume la bajaba del aparato envuelta en sus brazos.

Se aferró a su cuello e inhaló su aroma, disfrutó del contacto de su piel caliente y no pudo evitar lamer con deleite el pequeño trozo de carne visible bajo su oreja. Él apretó su agarre cuando el sensual contacto le provocó un escalofrío, deseando estar lejos de miradas indiscretas.

Ambos necesitaban sentirse, saborearse, acariciarse sin que ninguna tela se interpusiera entre sus cuerpos. Regodearse en la piel caliente, en la sensación del latido de sus corazones recordándoles que seguían vivos, que habían sobrevivido y que ya no había ninguna maldición pendiendo sobre sus cabezas como si de la espada de Damocles se tratara.

Ni siquiera se despidió de sus compañeros. Sin pronunciar una palabra ni importarle las posibles heridas que pudiera tener, se alejó de sus hermanos

con un único objetivo en mente.

Necesitaba a Aby en su cama, desnuda al igual que él; perderse en su cuerpo caliente, vivo, y unirse a ella de todas las maneras posibles. Hasta que ambos estuvieran saciados y convencidos de que, a partir de ese momento, el futuro era una hoja en blanco, que solo dependía de ellos y en la que podían escribir lo que quisieran.

No quería perder tiempo. Entró en la habitación cerrando la puerta tras de sí de una patada y dejó a Aby sobre la suave colcha justo antes de empezar a desvestirse.

—Primero ducha.

No se dio cuenta de lo que dijo hasta que observó la mirada atónita de Guillaume, que la contemplaba como si lo que hubiera dicho no tuviera ningún sentido. Y quizás fuera así, porque Aby quiso retirarlas en cuanto su mirada cayó sobre el pecho desnudo del templario.

Al menos, hasta que observó los rastros de sangre seca y la herida aún sangrante que empapaba la tela oscura de sus pantalones, rotos a la altura del muslo derecho. Un fino rastro de gotas de color rojo oscuro iba desde la puerta hasta el lugar donde él estaba parado, haciéndose más ancho junto a su pie derecho, donde poco a poco comenzaba a acumularse el líquido vital.

—Primero ducha, después curarte y, más tarde, sexo —insistió—. No queremos que te desmayes a la mitad por la pérdida de sangre, ¿verdad?

Guillaume la observó incrédulo, sin saber si debía sentirse ofendido por la sugerencia sobre no ser capaz de cumplir con sus deberes de alcoba. Miró su cuerpo, manchado de sudor, barro y sangre y pensó que, tal vez, la ducha no sería mala idea. Sobre todo, cuando volvieron a su mente las imágenes que se formaron en la de Aby al ver la bañera de hidromasaje de su cuarto de baño.

Una sonrisa pícaro comenzó a moldearse en sus labios y miró a la mujer frente a él con los ojos cargados de deseo. Sus heridas no eran graves y, aunque la sangre podía ser muy aparatosa, por su experiencia, sabía que una vez limpias apenas serían unos pocos rasguños.

Así que... Aby quería una ducha, ¿no? ¿Por qué no darle gusto?

—De acuerdo, una ducha primero.

Algo en el gesto de Guillaume le puso los vellos de punta, pero en el buen sentido. Su piel comenzaba a sentirse caliente y tirante y la sensación solo aumentó cuando el hombre frente a ella comenzó a desvestirse sin dejar de mirarla a los ojos. Todo su cuerpo se estremeció en anticipación y tuvo que

recordarse a sí misma que había sido ella quien insistió en lo de la ducha.

Él se giró, dándole la espalda, y comenzó a caminar hacia el baño. De repente, la mente de Aby comenzó a llenarse de sugerentes imágenes, las mismas que surgieron en ella la primera vez que vio la bañera, pero algo le decía que, en esa ocasión, no era su imaginación la que estaba causándolas.

«En ningún momento has dicho que tuviera que bañarme solo, ¿verdad?»

La proposición, hecha con una voz ronca y excitada, sonó directamente en su cabeza y se quedó allí, flotando, durante unos segundos. Haciendo que se le erizara aún más la piel y que la temperatura de la estancia subiera unos cuantos grados. Al menos, eso parecía dado el color sonrojado que tomó su cutis y la forma en que empezó a sobrarle la ropa.

Sus piernas comenzaron a moverse mientras se desvestía camino al cuarto de baño. Para entonces, Guillaume ya se encontraba desnudo, bajo el chorro del plato de ducha, eliminando los rastros de suciedad de su cuerpo.

La imagen casi la dejó sin aliento. Su piel, oscurecida por el sol, resultaba aún más atractiva cubierta por gotas de agua. Los músculos de su espalda se tensaban y relajaban con cada movimiento, y sus glúteos, firmes y tersos, la atraían como la miel a los osos.

Quería devorarlo. Y no tenía la menor intención de resistirse al impulso.

Escogió ese preciso instante para girarse levemente, cambiando la vista de su perfecto trasero por una de su impresionante erección, que lucía orgullosa sobresaliendo de una mata de pelo oscuro. Altiva e incitadora, llamándola, reclamando su atención.

Inconscientemente, Aby se relamió los labios. Guillaume no había dejado de proyectar sugerentes imágenes en su mente que, sumadas a las vistas ante ella, la tenían al borde de la combustión espontánea.

Lo único que la detenía era la propia intensidad de sus deseos. Jamás se había sentido tan excitada. Nunca había deseado nada, ni a nadie, con tanta fuerza. Así que permaneció allí, debatiéndose entre el deseo de ceder al calor y el miedo a quemarse en su fuego.

Guillaume levantó la vista y clavó sus ojos oscuros en los de ella. Entreabrió la mampara de cristal que separaba la ducha del resto del cuarto de baño y extendió su mano hacia Aby, invitándola a acompañarle.

Las manos de ella, que se habían paralizado mientras desabrochaba su camisa, recuperaron la movilidad deshaciéndose de la tela que la cubría en apenas unos segundos y dejándola vestida tan solo con su conjunto de ropa

interior. Una provocativa combinación de encaje y satén en color rojo vivo que contrastaba con su nívea piel haciendo que pareciera porcelana.

Sus piernas la llevaron hacia la ducha y asíó la mano que se le tendía dejando que tirara de ella y la introdujera en el cubículo. Los dedos de Guillaume se enredaron en su pelo, atrayéndola hacia él hasta hacer que sus bocas chocaran, devorándose en un duelo de labios, lenguas y dientes, que amenazaba con acabar con la cordura de ambos.

Fue deslizándose sus manos lentamente, recorriendo los brazos de la mujer que amaba hasta llegar a su cintura, para volver a ascender hacia sus pechos. Acarició la suave tela, empapada ahora por el agua templada que continuaba cayendo, antes de introducir sus dedos bajo ella para acariciar la piel de sus senos. Los pezones de Aby se alzaban desafiantes, reclamando una atención que no dudó en ofrecerles.

Dejó que su boca vagara desde sus labios hasta el pequeño hueco tras su oreja y desde allí viajó hasta su mandíbula. Continuó repartiendo suaves besos y pequeños mordiscos por su cuello y su clavícula hasta llegar a su objetivo y envolver uno de sus enhiestos picos, deleitándose con su sabor.

El pequeño espacio no tardó en llenarse de gemidos y sonidos de placer. Las manos de Aby iban de un lado a otro del cuerpo de su amante intentando abarcar toda la piel posible, que no quedara ni un solo centímetro sin descubrir. Clavó las uñas en su espalda, empujándolo imposiblemente más cerca, queriendo fundirse con él y convertirse en uno solo.

La boca de Guillaume abandonó sus pechos con un gruñido de renuencia y volvió a sus labios, mientras sus manos se deshacían de la poca ropa que aún cubría el cuerpo de ella con un par de tirones, dejando que los jirones de tela cayeran a sus pies.

Una vez la tuvo completamente desnuda, la estrechó contra su cuerpo, uniéndolos desde los pies hasta la cabeza y enterrando la suya en el cuello de Aby. Poder sentirla así, saber que era suya y que no había nada que impidiera que la reclamase, le hacía sentirse como si estuviera tocando el cielo.

Cerró el grifo sin apartarse de su cuerpo y la tomó en brazos. En el momento en que sus labios volvieron a encontrarse, no se separaron. Ni siquiera cuando salió de la ducha y la llevó hasta la bañera para introducirse en ella.

El agua templada abrazó sus cuerpos envolviéndolos en una sensación etérea que solo ensalzó la libido de ambos. Cuando Guillaume tomó asiento

sobre uno de los escalones Aby se movió, colocando sus piernas a ambos lados de las caderas de su amante dejando que entrara en ella, llenándola, haciéndola sentir más completa de lo que jamás creyó posible.

—Te quiero —admitió Guillaume, con la voz ronca por el deseo, la excitación y la cantidad de emociones que le embargaban.

—*Je t'aime*^{[lviii](#)}. —Aby respondió con las mismas palabras, pero pronunciadas en el idioma natal del hombre que poseía su corazón—. Juntos —susurró justo antes de dejarse llevar por la pasión y entregarle cada pedazo de su alma al templario que la sostenía en sus brazos y jamás la dejaría caer.

Tiempo de Aceptar (epílogo)

Dalman aprovechó la vía de escape que le ofrecía la obsesión de Barthelemy y, agarrando su antebrazo, hizo que ambos desaparecieran para reaparecer en el pasillo del Museo Británico donde se encontraba el despacho de Aby.

Sintió cómo todo daba vueltas a su alrededor y tuvo que apoyarse contra la pared para evitar caer al suelo. Vale, quizás Jacques tenía razón cuando dijo que estaba demasiado débil e insistió en que aquello no era una buena idea.

—¿Dónde está?!

—¡Te he dicho que me sueltes, pedazo de animal!!

Las voces de Bart y Chloé se filtraron en su aturdida mente haciendo que reaccionara. Se obligó a enderezarse como pudo y, apretando con fuerza la herida de su torso, se tambaleó hacia la puerta de la oficina.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Dónde está el cofre?

—¡Trabajo aquí, capullo! ¿Y de dónde vienes con esas pintas? Por imposible que parezca, tienes aspecto de haberte peleado con un animal más bestia que tú.

Ambos discutían a voz en grito, tan concentrados, que no se percataron de la presencia de Dalman, ni de su deplorable estado.

La mirada de Bart cayó sobre la cadena que colgaba del cuello de Chloé y, sin pensarlo, alargó la mano hacia ella, dispuesta a arrancársela. Nadie iba a interponerse entre él y su objetivo y mucho menos aquella pequeña bruja con

pinta de sirena, capaz de enloquecer a un hombre solo con su figura.

—¡Dámelo!! ¡Eso no te pertenece!!

En cuanto sus dedos entraron en contacto con el colgante, una fuerza invisible lo empujó apartándolo de Chloé y estrellándolo contra la pared contraria.

— ¡Bruja! —exclamó aturdido.

La chica se quedó alucinada, observando el enorme cuerpo del hombre que se había desplazado varios metros como si nada y ahora luchaba por incorporarse.

—Yo... —Su voz tembló ligeramente, incapaz de dar una explicación razonable a lo que acababa de ver—. Estaba en el baño, es de Aby, pero ella no está, y el baño está destrozado, y no sé qué ha pasado, ni dónde está ella, y no sabía qué hacer. Así que lo encontré y me lo puse, pensé que así lo podría mantener seguro hasta que supiera lo que ha pasado, pero...

Comenzó a hablar atropelladamente mientras sus ojos saltaban de un lado a otro de la habitación, incapaces de centrarse en un solo punto, y sus neuronas trabajaban a marcha forzada buscando algo de lógica en todo aquello.

—Cl...Chloé... —Dalman tartamudeó, incapaz de mantenerse en pie, resbalaba apoyado contra la pared junto a la puerta.

La mirada de la mujer cayó sobre su cuerpo desmadejado y fue como si un interruptor se activara en su cabeza.

—¡Ev...Dalman! —exclamó, corrigiendo su error a tiempo—¿Estás bien? ¿Qué te ha pasado?

Sus manos vagaron por el cuerpo de su amiga, manchándose de sangre y suciedad hasta dar con la herida abierta que tenía en el costado.

—¡Por Dios! ¿Qué ha pasado? ¿Quién te ha hecho esto?

Empezó a quitarle el chaleco antibalas y a levantar la camiseta, pero Dalman, con las pocas fuerzas que le quedaban, no hacía más que resistirse.

—¡Estate quieto! ¡Tengo que parar la hemorragia!

—Ba...Bart.

Esa sola palabra le dijo a Chloé todo lo que necesitaba saber. Dalman no permitiría que le desvistiera delante del otro hombre, porque eso dejaría al descubierto su pequeño secreto, que Dalman era, en realidad, Evangeline.

Se volvió con decisión y clavó su mirada en Barthelemy, que acababa de incorporarse y estaba sacudiendo los restos de yeso de su ropa.

—Espera fuera —ordenó tajante.

—No pienso salir de aquí hasta que me expliques unas cuantas cosas, bruja —replicó sin siquiera mirarla.

—He dicho que salgas —insistió.

—Y yo te he dicho que no. —Bart se cruzó de brazos, aburrido.

—Por si no te has dado cuenta, Dalman necesita ayuda urgentemente y no me dejará ayudarlo mientras sigas aquí. Sal. Fuera. ¡Ya!

El rostro del hombre palideció al ver el aspecto de su compañero y salió inmediatamente, aunque no sin antes dedicarle una mirada asesina y una amenaza a Chloé.

Corrió al baño en busca del botiquín antes de arrodillarse junto a Eva. Como pudo, la movió hasta conseguir tenerla tumbada en el suelo y, usando las pequeñas tijeras que venían en la caja, cortó y apartó la tela de su camiseta.

—Mierda, cariño. Esto no tiene buena pinta —murmuró observando la herida de casi diez centímetros que cruzaba bajo el pecho derecho—. Lo siento, pero me temo que esto va a doler.

Volcó el bote de alcohol sobre la herida abierta haciendo que Eva se tragara un grito de dolor, que salió en forma de bufido entre sus dientes apretados.

—Lo siento, cariño, pero es necesario desinfectar. Además, así permanecerás despierta. Necesito que no te duermas, ¿vale? Mírame, Eva, por favor.

—He... he tenido... heridas... peores. —Estaba cansada y le costaba mantener los ojos abiertos, pero sabía que debía hacerlo.

—Eso es, buena chica, ¿sabes? Hace mucho que no hago esto, espero no estar oxidada.

—¿Su... sueles co...coser a... la gente... en... tu des... despacho?

Una risa nerviosa escapó de los labios de Chloé, que empezó a hablar atropelladamente.

—No, solía hacerlo en un hospital. Soy médico, ¿sabes? Entrar en la universidad a los doce años hace que te dé tiempo de estudiar mucho. —Volvió a reír, histérica, mientras sus dedos se encargaban de la herida de forma mecánica, como si fuera algo que tuviese tan integrado en su psique, que ni siquiera necesitase pensar para hacerlo—. Mi padre es cirujano y siempre quiso que su hija superdotada siguiera sus pasos, aunque a mí lo que me gustaba era la historia. Así que, me las arreglé para estudiar las dos cosas a la vez. Sin que él lo supiera, claro. Piensa que trabajo en un hospital privado,

aquí, en Londres. De vez en cuando llama al director, que es mi padrino, y él le cuenta algunas mentiras. Yo le cuento otras cuando me llama y así, él es feliz pensando que me dedico a lo que él ama y yo soy feliz haciendo lo que amo realmente.

—¿Cómo puedes... vivir en una mentira constante? —Parecía encontrarse mejor, su voz y sus fuerzas estaban volviendo poco a poco.

—Es curioso que seas tú quien me pregunte eso —murmuró Chloé, despreocupada—. Listo. Esto ya está. Necesitarás una transfusión, pero aguantará hasta que llegues al hospital. ¡Mierda! Olvidé pedirle a Bart que llamara a una ambulancia.

—Estoy bien —repuso intentando incorporarse—. Ni hospital, ni ambulancia, solo necesito ir a casa y descansar.

—¡Pero has perdido...!

—¡¡Bart!!

Dalman llamó a su compañero, interrumpiendo la réplica de Chloé, y le pidió que le ayudara a levantarse.

—He llamado a Shane para que venga a buscarnos —dijo mientras pasaba el brazo de Dalman sobre sus hombros y le sostenía por la cintura —y tú te vienes con nosotros.

—¡¡Ni muerta voy contigo a ninguna parte!!

Esta vez fue Chloé la que cruzó los brazos sobre su pecho, mostrándose decidida.

—¿No quieres ver a Aby? —respondió Bart con una sonrisa victoriosa en su rostro—. Entonces más te vale acompañarnos.

La mano de Chloé se deslizó por la cadena que colgaba de su cuello, al tiempo que miraba al hombre con desconfianza.

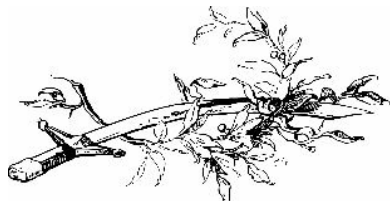
—¿Sabes dónde está?

—Va camino de la mansión —añadió abriendo la puerta y comenzando a salir—. Además, Jacques no está y estoy seguro de que no quieres dejar a Dalman sin atención médica en el estado en que se encuentra.

Chloé se mordió el interior de la mejilla para no gritar de frustración. Bart acababa de dejarla sin argumentos y, por algún motivo, eso le fastidiaba hasta niveles insospechados. Agarró el otro brazo de Dalman y se lo pasó por sus propios hombros, cuando le rodeó la cintura, su brazo tocó el de Bart y un cosquilleo extraño recorrió su piel.

—Vamos —dijo sin querer pensar en lo que significaba aquella

sensación.



El salón principal de la mansión parecía un hospital de campaña. Jacques iba de uno a otro de sus compañeros limpiando y curando heridas de diversa gravedad, aunque no tardó en percatarse de que todas ellas estaban sanando a un ritmo mucho más rápido del normal.

Una de las ventajas de su condición, supuso. Dudaba que Luz y Oscuridad le hubieran encomendado la misión que tenían entre manos sin asegurarse de hacerles lo bastante fuertes y resistentes como para poder llevarla a cabo.

A medida que iba haciendo curas, sus compañeros fueron trasladándose a sus respectivas habitaciones para asearse y regresar poco más tarde.

Acababa de terminar de coser un tajo bastante feo en el brazo de Prax, cuando las puertas que daban al jardín se abrieron de golpe. Un hombre de aspecto femenino cruzó a través de ellas y corrió hacia Rodrigo lanzándose a sus brazos.

—¡Hola, amor! ¿Me echabas de menos? —exclamó con voz chillona, mientras envolvía sus piernas alrededor de las caderas del templario.

—¿Qué haces aquí, Ben? —Rodrigo intentó deshacerse del apretado agarre del chico sin mucho éxito—. Pensé que te había dejado claro que no quería volver a verte.

—¡Oh, vamos, amor! ¡Sé que no hablabas en serio!

El chico atacó la boca de Rodrigo ignorando los intentos de este de alejarlo de su cuerpo y, en aquel momento, viendo como su compañero era devorado con pasión por los labios de otro hombre, sus pensamientos vagaron hacia Dalman. ¿Cómo se sentiría su boca? ¿A qué sabrían sus besos?

Como un autómatas, abandonó la habitación y subió las escaleras. Ni siquiera había podido ir a verlo desde que habían llegado. Tuvo que resistir sus ganas de saber en qué estado se encontraba al recibir un informe detallado por parte de Chloé.

Fue una sorpresa descubrir que tenía conocimientos médicos y también un

alivio que hubiera estado allí para encargarse de Dalman.

Llamó a la puerta sin obtener respuesta. La preocupación por si su estado había empeorado hizo que entrara en la habitación y el sonido del agua lo llevó hasta el baño.

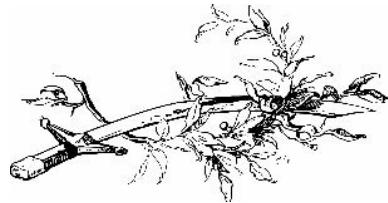
Nada lo había preparado para lo que encontró allí.

Había una mujer bajo el chorro de agua, una con la piel tersa y dorada, del color de la miel, que pasaba las manos por su cuerpo enjuagando los restos de espuma. El movimiento de sus dedos le resultó hipnótico y se quedó allí parado, observándola sin entender qué hacía una mujer en el cuarto de baño de Dalman.

Sus dudas fueron sustituidas por otras cuando elevó la vista y se encontró con unos ojos azules, tan claros como el cielo limpio en las montañas, y que reconocería en cualquier parte.

—¿Dalman?

El nombre brotó de sus labios cargado de preguntas sin respuestas. Los orbes azules se ampliaron con asombro justo antes de que desaparecieran, dejándolo frente a una ducha vacía de la que aún salía agua, y con un montón de dudas.



El Museo Británico estaba al borde del desastre. El señor Thompson había desaparecido y nadie era capaz de localizarlo, lo que había convertido a la delicada maquinaria que mantenía en perfecto funcionamiento la institución, en un grupo de personas que iban de un lado a otro como pollos sin cabeza.

Eso los que estaban en sus puestos de trabajo. Porque algunos, como Aby y Chloé Favre, ni siquiera se habían dignado a aparecer por su despacho. Su cuarto de baño estaba destrozado y una de las paredes tenía daños importantes, pero no había rastro de ninguna de las dos mujeres.

Paul Arthur Williamson suspiró y pasó sus dedos por su pelo revuelto. Había repetido ese gesto tantas veces en los últimos días que su peinado comenzaba a parecer más el de un vagabundo que el del director en funciones

del Museo Británico.

Recorrió una vez con la mirada el despacho que ocupaba temporalmente, hasta que apareciera Thompson o la junta nombrara a un nuevo director. Aquello se le estaba yendo de las manos, si no se le había ido ya.

Un par de golpes en la puerta le forzaron a recuperar la compostura. Tiró de las mangas de la chaqueta de su traje y se colocó bien el cuello de la camisa y la corbata, antes de dar paso a quien fuera su visitante.

La brillante sonrisa de Shanon le saludó desde la puerta entreabierta. Perfecto. Justo lo que necesitaba. Más problemas.

La rubia apartó su larga melena de un manotazo, haciéndola pasar por encima de su hombro y se acercó a él con andares felinos.

—Buenos días, Paul —saludó con voz melosa.

—Buenos días, señorita Clark —respondió formalmente esperando que la mujer captara la indirecta, a pesar de que nunca lo hacía.

—Verás, como sabes, la próxima semana tenemos prevista una recogida de fondos...

Podía ver cómo se movían sus labios. Sabía que estaba hablando con él y que, quizás, lo que estaba diciendo fuera importante, sin embargo, fue incapaz de centrarse en sus palabras, ni de entender nada de lo que salía de su boca.

Una sombra se desplazaba por la pared a la espalda de Shanon, cubriéndolo todo. Absorbiendo la luz, sus pensamientos, sus sentidos y hasta el aire que respiraba, mientras una voz retumbaba en su mente. Pidiéndole que cediera, que le dejara entrar, asegurándole que juntos, dominarían el mundo.

La sombra desapareció tan rápido como había aparecido. Sus sentidos se aclararon, el aire volvió a sus pulmones con normalidad y la voz en su cabeza guardó silencio.

—... ¿te parece bien?

Shanon le miraba con una sonrisa de oreja a oreja, su mano derecha descansaba en el hueco entre sus pechos, llamando la atención hacia su generoso escote.

—Eh... sí, claro, Shanon, lo que tú veas —respondió sin convicción alguna, deseando librarse de ella.

—Entonces quedamos en eso. —La sonrisa de la mujer se volvió más brillante justo antes de que se girara y fuera hacia la puerta balanceando sus caderas exageradamente—. Puedes recogerme en casa a las ocho. Te estaré esperando.

¿A qué demonios acababa de acceder?

Daba igual, lo importante era que necesitaba ver a un médico. Tenía que estar enfermo. Quizás lo que pilló en Acre no fue una gripe después de todo, o tal vez había derivado en alguna otra cosa. Un tumor cerebral, quizás. ¿Qué, si no, podría explicar aquellas extrañas visiones y esas voces que solo él podía oír?

Sí, tenía que ser eso.

Se volvió hacia su escritorio y descolgó el teléfono. Pediría cita con su médico para que le hicieran todas las pruebas necesarias y seguro que encontraban la forma de solucionarlo para que así pudiera volver a su vida normal.

Sí, eso haría.

Agradecimientos

Siempre que llego a esta parte me quedo en blanco. No porque no sepa a quién dar las gracias, sino porque hay tantas personas a las que me gustaría nombrar que nunca sé por dónde empezar y siempre temo dejarme a alguien en el tintero. Si es el caso, lo siento, de verdad.

Gracias a ti, por haber llegado hasta aquí.

Gracias por leer mis historias y disfrutar con ellas, gracias por acompañarme libro tras libro, gracias por los ánimos, las palabras de aliento y la ilusión. Gracias.

Si este es el primer libro de Kaera Nox que lees, gracias por darme una oportunidad. Espero que hayas disfrutado del comienzo de este viaje y que te animes a seguir leyéndome y si no es así, gracias por haberlo intentado al menos.

Gracias a Inés, mi hada madrina, la que me ha ayudado a que mis chicos estuvieran más guapos que nunca cuando me he visto con el agua al cuello. Gracias por la corrección, eres la mejor.

Gracias a Yoli Pérez, mi francesa preciosa, por las traducciones, pero, sobre todo, por estar en mi vida. Eres la mejor y no hay día que no dé gracias por haberte encontrado.

Gracias a Rachel RP por la increíble portada y perdón por la lata incansable que le he dado. Gracias por ponerle rostro a mis chicos y uno increíble, además.

Gracias a Laura, Belén, Tania, Inés y Yoli por los consejos, los gritos, las emociones y el cariño. Gracias porque este libro tiene un trocito de cada una de vosotras.

Gracias a mi aquelarre. Yoli, Julia, Ana, Sayo, Katy, Analí, Sara, Loli... os quiero, chicas.

Gracias a mi grupo de Facebook de Lectoras de Kaera Nox Eva Solano, Marillac Romero, Noelia González, Patricia Puente, Mireia Loarte, Pilar Sanabria, Nieves López... por las risas, los musos, las bromas, las carcajadas y, sobre todo, por estar ahí a cada paso.

Aquí están vuestros templarios, al fin, y ojalá la espera haya merecido la

pena.

Gracias a Conchi Pons por ser capaz de poner una sonrisa en tu cara por oscuro y gris que se plantee el día. Ojalá mis templarios te hagan sonreír más de una vez. Eres un regalo, no lo olvides nunca.

Gracias a mi familia y en especial al Sr. Nox, por aguantar mis ausencias y las interminables horas frente al ordenador. No sé qué sería de mí sin vosotros.

GRACIAS, de verdad, porque mi sueño se hace un poco más real cada día y eso solo puedo agradeceréte a ti.

Y después de tanto agradecer, solo me queda pedirte un favor. Si has disfrutado de la historia, deja tu comentario en amazon, goodreads, mi muro de Facebook o envíame un correo a kaeranox@gmail.com

Si no te ha gustado también, ¿eh?, esa es la única forma de aprender y seguir mejorando.

Sobre la autora

Kaera Nox es el seudónimo con el que escribe una sevillana nacida en diciembre del 81. Leer ha sido una de sus pasiones desde la infancia, siempre le ha gustado escaparse a otros mundos a través de los libros, conocer otros lugares. No es capaz de decir cuándo comenzó a escribir, en realidad, es algo que lleva haciendo toda su vida, porque forma parte de su forma de ser.

Enamorada de la naturaleza, estudió Ciencias Ambientales, aunque la carrera resultó no ser lo que esperaba. Desde entonces ha trabajado en distintos sectores, hasta que, en 2015, decidió que ya era hora de dedicarse a lo que realmente le gustaba. Hizo el Máster en profesorado de secundaria y bachillerato y se está preparando las oposiciones.

Siguiendo con su decisión de dedicarse a lo que realmente le gustaba, en 2017 autopublicó su primera novela: *Volverte a ver*. Una historia romántica contemporánea cuya publicación comenzó siendo un experimento y acabó convirtiéndose en una experiencia que aún le cuesta creer. También tiene publicados un relato corto navideño llamado *Nuevos Comienzos* y en junio de 2018 publicó su segundo libro, una comedia romántica titulada *¡Estás loca!*

El género romántico es con el que se siente más cómoda, aunque está dispuesta a explorar todos los subgéneros posibles.

Puedes contactar con ella en:

www.facebook.com/kaera.nox.5

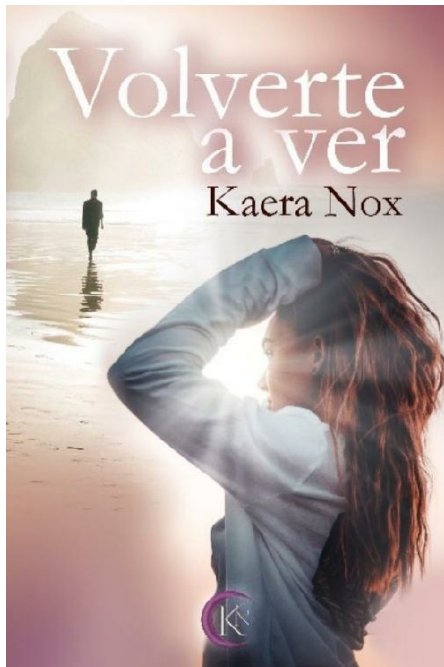
Twitter: [@kaeranox_autora](https://twitter.com/kaeranox_autora)

Instagram: [@kaeranox](https://www.instagram.com/kaeranox)

E-mail: kaeranox@gmail.com

Otros libros de Kaera Nox

Volverte a ver



Claudia no está pasando por su mejor momento. Su prometido la dejó plantada días antes de la boda y ahora tiene que pasar una semana en Tenerife. ¿El problema? Irá acompañada por sesenta adolescentes a los que vigilar durante su viaje de fin de curso. Podría ser peor... ¿no? Pues sí, lo último que espera Claudia es coincidir en el mismo hotel que su amor de juventud. El que fue su mejor amigo y su primer gran amor. El mismo que se deshizo de ella sin mirar atrás ni una sola vez, dejándole el corazón hecho pedazos.

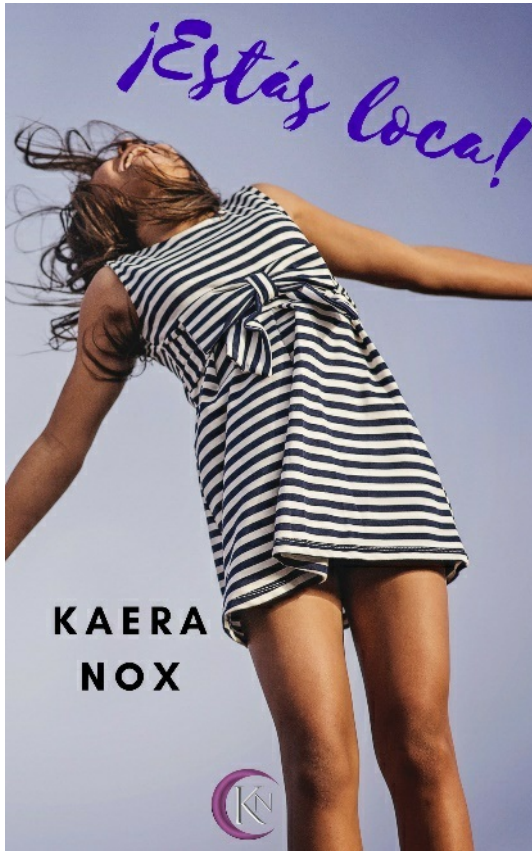
La vida de Jorge ha dado muchas vueltas en los últimos diez años. Ha cambiado de trabajo, de casa, de vida. Pero por muchos cambios que ha hecho sigue echando en falta algo... A ella. Encontrársela en Tenerife es la excusa perfecta para volver a tenerla en su vida. Pero... ¿Serán diez años demasiado tiempo? ¿Podrá Claudia perdonarle?

Cuando el destino los cruza de nuevo tendrán que decidir si confiar el uno

en el otro, si dejar atrás el pasado y hacer frente a los sentimientos que se han negado durante demasiado tiempo.

<https://amzn.to/2SQK1ot>

¡Estás loca!



Dos encuentros, (nada agradables), un beso, muchas salidas de tono, una mujer sin filtro, un bombero con miedo al fuego, un mastín, una amiga dueña de un sex-shop y otra mística con una tía medio bruja y... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! También hay un jefe buenorro y una jefa bastante golfa, ¿qué más se puede pedir?

La historia de Iván y Lía es algo complicada, ¡y eso sin contar con Mateo y Tesa! Porque... ¿Qué no harías por tu hermana pequeña? ¿Y por tu mejor amigo?

Dos personas totalmente opuestas, huyendo de sus propias vidas, que se encuentran en un pequeño pueblo costero y oscilan entre el amor y el odio.

¿Qué puede salir mal?

<https://amzn.to/2PHePJ>

Cómo romper las reglas... y no morir en el intento



Cuando se trata de hombres, Paula tiene tres reglas básicas en su vida:

- 1º Polvos rápidos en lugares neutrales.
- 2º “Una y no más, Santo Tomás”.
- 3º NUNCA mezcles negocios y placer.

Pero, cuando viaja a Londres para colaborar con Scotland Yard en la identificación de un posible asesino en serie conoce a alguien que le hace romper una de sus reglas de oro, o quizás dos. Qué más da, después de todo no le volverá a ver, ¿verdad?

Incorporarse al trabajo y descubrir que su superior es el mismo hombre con el que ha pasado todo el fin de semana convertirá el trabajo en un infierno y mantenerse alejada de

él en todo un reto.

Joona sabe que, probablemente, un año antes dejó escapar a la mujer de su vida y no pasa un solo día en que no se arrepienta de ello. Paula ha creado un muro entre los dos que le hace imposible acercarse a ella y no le queda más remedio que aceptarlo.

Hasta que los cadáveres de los miembros de su equipo empiezan a amontonarse.

Todo apunta a que alguien está acabando con la vida de todas las personas que participaron en la investigación y, de ser así, el nombre de Paula está en la lista, al igual que el suyo. Viaja a Madrid dispuesto a protegerla, aunque ella insista en que no necesita protección de nadie y menos de él.

Dos ciudades, un año de por medio y un asesino pisándoles los talones, ¿podrá vencer el amor los miedos de Paula? Y, lo que es más importante, ¿sobrevivirán ellos?

CON PRÓLOGO DE LIGHLING TUCKER-TANIA
CASTAÑO

NOTA DE LA AUTORA: Aunque Paula y Joona, los protagonistas de este libro, aparecen en *Volverte a ver*, ambos son historias completamente independientes y auto conclusivas. Aun así, no estaría mal leerlos por orden para evitar posibles "spoilers".

<https://amzn.to/2HbyfA9>

Serie #RedDeAyudaParaCorazones

1 CORAZONES ROTOS

#RedDeAyudaPara



Celia es una terapeuta especializada en relaciones de pareja.

Éric un periodista buscando un ascenso.

Un anuncio en Internet. Una red de ayuda para corazones.

Dos personas con el corazón roto y distintos motivos para estar allí.

Mrs. Red quiere volver a empezar, recuperar la persona que fue un día, y dejar atrás una relación de quince años plagada de mentiras.

Mr. Green solo busca una noticia que le lleve a su ansiado ascenso y está convencido de que esa supuesta red

de ayuda oculta algo. Aunque, mientras intenta averiguarlo, no desperdiciará la oportunidad de dejar clara su visión cínica y, desde su punto de vista, realista, de la vida y la humanidad.

¿Qué pasará cuando Mrs. Red y Mr. Green crucen sus caminos? Pues lo que pasa siempre que el rojo y el verde se mezclan: un marrón.

Nota: Esto no es un libro de autoayuda, ni pretende serlo.

Todos los libros de esta serie son independientes y autoconclusivos por lo que pueden leerse por separado y en cualquier orden.

<https://amzn.to/2HcCg7o>

Notas

[li](#) La hora se acerca, Hugo, y ella es la llave. Guíala. Ayúdala. Encuéntranos.

[lii](#) Tranquilo, hermano. Ella volverá y tú tendrás que guiarla.

[liii](#) Confía en él, Aby. Encuéntranos

[liiv](#) Lo has hecho. Nos has encontrado.

[liv](#) En francés, Mamá.

[livi](#) También has nacido para vivir, Guillaume. Para amar. Para ser feliz.

[lvii](#) Lucha por mí, hermano, por lo que me quitaron, por lo que me obligaron a hacer. No permitas que te lo arrebaté a ti también.

[lviii](#) Te amo.